

eTerciopelo

FINALISTA
XII PREMIO
NOVELA
ROMÁNTICA
TERCIOPELO

SUSÚRRAME
AL OÍDO



YOLANDA MONTIEL

Susúrrame al oído

Yolanda Montiel



TERCIOPELO

SUSÚRRAME AL OÍDO

Yolanda Montiel

ACERCA DE LA OBRA

¿Pondrías la mano en el fuego por la persona a la que confías tu cuerpo?

Susúrrame al oído.

Hazme tuya.

El sexo nunca fue tan tan emocionante hasta que él se cruzó en mi camino.

Sara Larson es una empresaria con muchas inseguridades a pesar de su éxito, y le resulta imposible encontrar su pequeño lugar dentro de la sociedad; en su interior, se siente diferente al resto del mundo. Un día, su monótona existencia se ve alterada por completo al cruzarse por casualidad con su nuevo vecino: Alejandro Casas.

Alejandro es un político inteligente e increíblemente atractivo, que despertará en ella una atracción desenfrenada... y la irá introduciendo en unas prácticas sexuales mucho más intensas y plenas de las que ella había imaginado jamás.

Las perversiones ocultas de Alejandro pondrán al descubierto el lado más salvaje de Sara, que intentará complacerlo cediendo en todos sus deseos.

Al mismo tiempo, una serie de asesinatos en el hotel Hilton está volviendo loca a la policía de Valencia, y acabará conectada de una forma inexplicable con Sara...

Porque las obsesiones no son buenas..., aunque empiecen susurrándote al oído.

ACERCA DE LA AUTORA

Yolanda Montiel nació en Quart de Poblet (Valencia). Después de estudiar un MBA en Gestión y Dirección de RR. HH., se ha dedicado durante años a la gestión de tiendas y dirección de equipos humanos, pero actualmente dirige su propia empresa dedicada al sector retail. Desde pequeña siempre ha sentido la necesidad de escribir e inventaba miles de historias que plasmaba en papel, porque para ella era la mejor manera que tenía de expresarse. Con su primera novela *Susúrrame al oído* ha quedado finalista en el XII Premio Novela Romántica Terciopeb.

Índice

Portadilla

Acerca de la autora

Dedicatoria

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

Epílogo

Agradecimientos

Créditos

Léeme, entiéndeme...
Dame lo que necesito y jamás te dejaré...

Se abalanza sobre mí y me tira al suelo. Empieza a besarme el cuello. Noto que sus babas repugnantes se van deslizando por mi piel... Forcejeo e intento quitármelo de encima cómo puedo... Pero él, tiene más fuerza que yo, y no lo consigo.

—Te voy a follar. Es lo que te gusta, ¿no? Que te follen duro.

—¡Nooo! ¡Quítate de encima! ¡Me haces daño! —Está tirándome de la ropa y metiéndome la mano por la cinturilla del pantalón.

—¡Oh, sí, nena! ¡Te voy a hacer disfrutar cómo nadie! —Yo empiezo a llorar... Me tiembla todo el cuerpo. Esto va en serio, ¿va a violarme y a matarme?

—¡Quítate! ¡Por favor, no lo hagas! —grito desesperada.

Me está metiendo la mano por debajo de la camiseta y empieza a apretarme los pechos con tanta violencia... que me hace daño. Siento náuseas; tengo ganas de vomitar.

—¿Te gusta esto zorra? ¿Eh? ¡Contesta! ¿Te gusta? Porque voy a follarte hasta reventarte.

Me tiene inmovilizada, ¡Dios mío, qué horror! Me baja los pantalones y arrastra la mano dentro mis bragas para tocarme sin parar... Se baja los vaqueros con rapidez y, en un descuido, cuando separa las piernas, le doy un rodillazo en los huevos...

—¡Ay! —se retuerce de dolor—. ¡Putas! —grita con toda la rabia que lleva dentro, y el instinto de poder se adueñan de él para propinarme un puñetazo en la cara con todas sus fuerzas... ¡Mierda!, siento como si se me hubiera partido la ceja. Un líquido cálido y espeso sale despedido de ella... hasta salpicar el suelo.

Este es justo ese momento en el que miras atrás y te das cuenta de que nunca en tu vida te habrías imaginado que quisieran asesinarte solo por el hecho de

haberte convertido en una obsesión para alguien. Eso es algo que les pasa a otras mujeres y escuchas en la lejanía, pero jamás esperarías que tal atrocidad pudiera ocurrirte a ti. ¿Es cierto que el amor puede convertirse en una obsesión hasta tal punto que genera un deseo maniaco de poseer a la otra parte? Ahora empiezo a comprender que eso puede llegar a ser así...

Abro los ojos y todo se vuelve borroso cuando miro a mi alrededor. Tengo una sensación de ansiedad, tristeza y soledad; como si unos clavos me traspasaran el pecho y no me dejaran respirar. Esas son las emociones que me invaden, y que, por mucho que luche contra ellas, no desaparecen nunca. Así es mi día a día desde que me levanto hasta que me acuesto. Este es mi extraño mundo interior que solo yo comprendo y que no me deja avanzar en esta maldita sociedad. Siempre acabo preguntándome si soy un bicho raro y por eso no me acepta nadie. No lo sé, pero nunca dejo de intentarlo.

De repente empieza a sonar la radio del despertador, y se oye *Creep* de Radiohead a un volumen suave. Como ya estoy despierta; dejo que la melodía y la letra me envuelvan; es una canción sublime. Siempre que la escucho, siento que soy yo en estado puro, y me identifico totalmente con ella.

*Eres como un ángel
Tu piel me hace llorar
Flotas como una pluma
En un hermoso mundo
Desearía ser especial
Eres demasiado especial
Pero soy rara
Soy un bicho raro
¿Qué rayos estoy haciendo aquí?
Si no pertenezco a este lugar...*

Pero ahora solo quiero pensar: «¡Levántate ya!, hoy será un día mejor que el de ayer...».

Voy al cuarto de baño y abro el grifo del agua caliente para ducharme. Me lavo el pelo y después lleno la bañera con una gran cantidad de espuma. Es una manera de empezar bien el día, quiero sentirme limpia y arreglarme un poco. Me recreo un buen rato en la sensación.

«¡Oh, sí!, esto me relaja... ¡Qué maravilla que el agua caiga tan caliente sobre mi piel!».

Ya lista, después de maquillarme un poco y de pasarme las planchas por la larga melena rubia, voy al armario y elijo un vestido blanco entallado de manga corta, por encima de la rodilla, con unas sandalias negras de tacón alto atadas al tobillo. Todo un clásico que estiliza mis largas piernas.

¿Qué demonios es ese ruido? ¿Está sonando mi teléfono? Como siempre, nunca sé dónde lo he dejado. Tardo un poco en encontrarlo, pues estaba camuflado debajo del cojín marrón, en el sofá.

—¿Diga?

—¡Hola, soy Raquel! Te estoy esperando en la cafetería. ¿Dónde estás?

Me gusta que su voz suene tan alegre por mañana.

—Acabando de coger el bolso. Ya estoy saliendo para allí.

—Entonces te espero. ¿Te pido lo de siempre?

—Sí, por favor. Pídeme un cortado descafeinado y unas tostadas de pan integral.

—Vale, no tardes.

Raquel, además de ser mi mejor amiga, es mi asistente personal, algo que compagina con un puesto directivo en mi compañía. Nos conocimos en el primer año de universidad y ya nunca nos hemos separado. Es una persona muy agradable y positiva, pero, sobre todo, una auténtica profesional. Lo que más me gusta de ella es su alegría contagiosa. Siempre está contenta y siempre ve el lado bueno de las cosas. ¿Cómo no voy a dar gracias a Dios por tenerla en mi vida?

Me apresuro hasta el coche, un Audi R8 de color negro mate. Escuchar el sonido del motor cuando le doy al contacto hace que se me pongan los pelos de punta. Con él, siento como si pudiera volar... Es por esa sensación de libertad que me transmite cada vez que acelero, que me transporta a otro lugar; a un universo paralelo del que me gustaría no volver jamás. Es como si cada una de sus piezas de ingeniería las hubieran creado solo pensando en mí. ¡Qué placer conducirlo!

Solo tardo cinco minutos en llegar al café Delius. Aparco el coche y desde mi asiento veo a Raquel, con su gran sonrisa, que me mira a través de las grandes cristaleras de la cafetería, con unos bucles moldeados en su pelo color miel y las pestañas postizas que hace aletear sin parar. Es más bien

bajita, pero tiene muy buen tipo y un don para saber combinar su vestuario. Me saluda con la mano.

Cuando entro en esta cafetería, tengo la impresión de estar en el paraíso. Podría pasarme aquí sentada horas y horas, disfrutando. Es por el olor a café y a pan recién hecho, que me recuerda mi niñez, cuando iba de vacaciones con mis abuelos, a un pueblecito de Granada, llamado Orce, donde, a cinco metros de su casa había una panadería tradicional donde se hacía el pan en esos hornos antiguos de leña que impregnaban toda la calle con ese aroma tan especial. ¡Oh, tengo absoluta debilidad por ese aroma...! Y ¿qué decir de los banquitos de madera, forrados en piel suave, muy blanditos, para dos? ¡Qué cómodos son!

Me invade una extraña sensación de bienestar que me relaja mucho y, aunque parezca raro, creo que solo yo soy capaz de apreciar este lugar.

—Por fin, me moría de hambre. Menos mal que has llegado. —Suen a reproche por mi tardanza, y noto que tiene la cara pálida.

—¿Todo a punto para la reunión de hoy?

—Sí, Sara, todo a punto. Ya tengo todos los informes de cuentas preparadas.

—Raquel, voy a ir un momento contigo a las oficinas para recoger una documentación y luego tengo que marcharme. Pedro y tú tendréis que encargáros de todo. Esta mañana, tengo que ir a ver aquel piso del que te hablé, ¿te acuerdas? —Raquel mueve la cabeza dándome una respuesta afirmativa—. Hay otra persona interesada en comprarlo, pero me van a dar la oportunidad de elegir a mí primero.

—¿En qué zona me dijiste que estaba? —pregunta interesada, mientras me mira a los ojos fijamente.

—Es en la Alameda. Un ático dúplex. Me enseñaron fotos y me enamoré de él al instante. Por eso quiero verlo esta mañana sin falta.

—¡Claro que sí! No te preocupes por nada que yo me encargo de todo. Si hay alguna cosa, te aviso.

—Por favor, cuando acabéis, mándame un *email* con un resumen. ¿Nos vamos ya? ¿Tú has acabado?

—Sí, ya está. Pido la cuenta y nos vamos.

Raquel se apresura a pagar y, como siempre, deja una buena propina; a ella también le encanta este sitio. En realidad, venir aquí se ha convertido en una rutina agradable, casi diaria, entre las dos, porque estos son los pequeños detalles que valoramos de nuestra amistad y que hacen que nos mantengan

unidas. Dedicarnos tiempo, hablar no solo de trabajo, sino también de nuestras cosas, pero sobre todo reírnos un poco de las adversidades de la vida.

Nos subimos a los coches y nos dirigimos a Tessa Corporación: mi compañía. Está justo en el centro de Valencia, por la zona de Aragón, en el edificio Europa. Raquel, me sigue hasta allí en su Mercedes AMG reluciente, de color blanco. En ese enclave preferente dispongo de las plantas necesarias para el desarrollo del trabajo y capacidad para albergar a todo el personal. Me dedico principalmente a comprar grandes empresas con problemas financieros, luego las divido en partes y las vendo. Sé que no hago feliz a mucha gente, pero alguien tiene que hacer este tipo de trabajo... ¡Y qué diablos!, hacerlo nos permite llevar este nivel de vida a mis empleados y también a mí.

El edificio tiene un aparcamiento privado, al que se accede por una rampa demasiado estrecha que odio con todas mis fuerzas. No tengo ni idea de quién la construyó, pero no pensó en los coches grandes. Sí, suspenso para el arquitecto. Mi plaza está pegada a la de Raquel, muy cerca del ascensor que nos lleva directamente a las oficinas, en concreto, a la última planta.

Como siempre en la recepción está Ana, con su cálida y temblorosa sonrisa cada vez que me ve llegar.

—¡Buenos días, señorita Larson! Señorita Sánchez...

—¡Buenos días, Ana! —respondemos a la vez.

Nunca me llama por mi nombre de pila, y así es como debe ser. Con los empleados siempre mantengo las distancias. Mi relación con ellos es estrictamente profesional, y solo me permito una excepción: mi gran amiga Raquel.

Mi despacho está justo al final del pasillo. Es amplio y está decorado en estilo moderno: todo en color blanco y madera clara, salvo la mesa, de cristal, y el sillón, ergonómico y muy cómodo, donde paso sentada gran parte del día. Al fondo del despacho tengo un armario que prácticamente es invisible; forma parte de la decoración de las paredes y siempre guardo allí algunas prendas de mi vestuario para cualquier situación que se me presente. Me gusta ser previsor. En la parte derecha, próxima a la mesa de trabajo, hay una puerta que comunica con una pequeña terraza privada para mi disfrute. Allí he puesto algunas plantas y hamacas, y es donde salgo y me fumo un cigarro Novel Style en momentos de estrés, para calmar esa maldita ansiedad que me invade el cuerpo todo el santo día. Justo al lado, se encuentra el despacho de mi

abogado, el señor Pedro de la Iglesia. Una eminencia del sector laboral, que quise que trabajara en exclusiva para mí. Así puedo disponer de él las veinticuatro horas del día para cualquier consulta o problema que se tercié. Es una persona indispensable para la empresa, porque sin él, me encontraría sin saber qué hacer ante un sinfín de situaciones. Contiguo al suyo, está el despacho de Raquel, algo más pequeño y decorado en estilo colonial, como a ella le gusta.

—Raquel, voy a salir ya —la llamo desde el teléfono de mi despacho, por la línea uno—. Luego tal y como te he dicho, me mandas un resumen de la reunión.

—Ok, no te preocupes. Ya están llegando todos a la sala de reuniones y me voy para allá. Luego hablamos, que la junta se encuentra a punto de empezar.

—Vale. ¡Hasta luego!

Aligero el paso para llegar a la visita que tengo concertada con la señora Mariona Soler. Ella —una mujer de unos cincuenta años, con el pelo corto teñido de un rubio platino, casi blanco— habla, habla y habla sin parar. Es de esas típicas personas que resultan pesadas, poco interesantes y que las ves venir enseguida. Su verdadero y único interés, es vender y cuando tú comentas algo, sabe siempre cómo hacerte la pelota para que sientas que eres la mejor del mundo. Bueno, en fin... eso es lo que ella se cree.

—¡Hola, señorita Larson! ¿Ha llegado bien? ¿Le ha resultado difícil encontrar el lugar? —En su frente lleva escrito: «Te lo voy a vender».

—¡Buenos días, Mariona! ¿Qué tal? Sí, sin problemas. ¿Subimos?

—Sí, aquí tengo las llaves. El ascensor está ahí —dice a la vez que va caminando distraída—. Lo primero que voy a hacer, es enseñarle el garaje. Tendría una planta entera para usted, ya que me dijo que era de vital importancia para su privacidad, y porque tenía varios coches, ¿no? —La miro y asiento con la cabeza sin decir nada.

Así es, aparte del Audi, tengo dos coches más: un utilitario, el Volkswagen New Beetle de color blanco y otro muy especial, pero que no utilizo tanto: un Aston Martin DB11 en color gris, muy parecido al de la película de James Bond, *Spectre*. Es tan alucinante que a veces pienso que me conduce él a mí, en vez de yo a él. Fue un capricho que me di hace algún tiempo, tras cerrar una operación que me hizo ganar mucho dinero. Vaya, sigo recordándola como si fuera ayer... ¡menudo subidón! Pero como la joya que es, solo lo conduzco en ocasiones especiales.

Mariona sigue a lo suyo, inmersa en explicarme todo al detalle con ese entusiasmo que la caracteriza, cuando el ascensor se abre... No está mal, es de estilo moderno. Se nota que han reformado el edificio entero hace muy poco y se respira el lujo.

—Como puede comprobar, tendría acceso directo desde el garaje por el ascensor hasta la que sería su planta. En el ático, hay solo dos viviendas: una ya está ocupada; la otra es el que vamos a ver ahora. —Este ascensor sube muy rápido, eso me gusta—. Lo ve, ya hemos llegado.

En el pasillo se puede observar que el suelo es de moqueta, recién cambiada, de un color tierra bonito; supongo que para no molestar a los vecinos al llegar.

—Y por fin, esta sería su puerta. Voy a abrirla, y verá qué maravilla.

Cuando lo hace, aprecio que el suelo sea de mármol de un espectacular color claro. Los techos son muy altos; cómo a mí me gustan. El salón es enorme y luminoso. En la cocina, diseñada con mucho gusto, todo es de color gris y blanco. También hay un despacho espacioso y dos habitaciones de matrimonio, y en una de ellas, un baño amplio y una bañera *jacuzzi* maravillosa. Esta será mi habitación y la otra la utilizaré como vestidor. También dispone de una terraza extensa, unos ciento veinte metros cuadrados. La escalera de caracol que sube a la planta de arriba es majestuosa. Allí hay tres habitaciones más: dos de matrimonio, una individual y tres baños.

—¿Qué le parece señorita Larson?

—¿Quién vive en el ático de enfrente? —El piso me ha encantado, pero no se lo digo de inmediato, quiero negociar el precio y, además, es cierto que tengo interés por saber a quién tengo de vecino. Quiero vivir tranquila.

—Ahí vive un señor que tiene un cargo político importante. —Respiro un poco. Por lo menos alguien que trabaja en algo legal. Eso me tranquiliza.

—Bien, Mariona. Mi abogado se pondrá en contacto con usted para darle una respuesta.

—Pero ¿qué le ha parecido? No me ha comentado nada, ¿no le ha gustado?

—Mariona, como ya le he dicho, mi abogado le dará una respuesta a lo largo de la mañana. Un placer y gracias, pero ahora tengo mucha prisa.

Mariona se queda con cara de extrañeza porque no he hecho ningún comentario al respecto, pero yo soy así, no demuestro nada, eso lo dejo para mi abogado. Es él, el que ahora mismo va a negociar el precio y ese piso va a ser mío, tiene que serlo.

—Está bien, espero su llamada. ¡Hasta luego!

—¡Hasta luego, Mariona!

En el momento ella se aleja, cojo el móvil y llamo a mi abogado:

—¡Hola, Pedro! Llama a Mariona y negocia el precio del ático. Quiero la documentación mañana a primera hora en mi despacho y las llaves también. Necesito hacerle algunos cambios e instalarme cuanto antes.

—Ok, me pongo de inmediato.

Justo cuando subo a mi coche y pongo la radio, suena la canción *Fire in the water* de Feist. La melancolía que siento hace que me sumerja en mis pensamientos. De repente suena el teléfono y se conecta el manos libres.

—¡Hola, soy Raquel! Ya hemos acabado la reunión. Algunas tensiones, pero todo bien. Tienes el informe en el correo.

—De acuerdo, gracias. Luego lo miro que ahora estoy saliendo de la Alameda. Por cierto, el ático me ha encantado; me lo voy a quedar.

—¡Genial! ¿Era tal y cómo lo viste en las fotos?

—Nooo, es todavía mejor; las fotos no le hacen justicia. Raquel, hoy no voy a ir en todo el día a la oficina, tengo que ir a hablar con Luisa. Quiero que mañana se ponga manos a la obra con toda la decoración del ático y con los cambios que quiero hacerle.

—Si necesitas ayuda, ya sabes que a mí me encanta eso de la decoración — me lo dice con bastante emoción.

—Lo sé, pero ya tienes demasiado trabajo. Tienes que descansar. Voy a dejarlo en manos de Luisa que para eso le pago, ¿no te parece?

—Como quieras, pero ya sabes que lo que necesites...

—Lo sé. Besos. Mañana nos vemos.

Me dirijo a la Eliana, a ver a Luisa. Ella es decoradora y tiene la oficina allí mismo, en su propia casa. Es una mujer encantadora y con mucho gusto. Además, conoce mi estilo y no me hace perder demasiado el tiempo, que es algo muy valioso para mí y del que dispongo de poco. Solo con mostrarle las fotos y darle cuatro pinceladas, sabe exactamente lo que quiero, y lo más importante, es capaz de llevarlo a la práctica en pocos días.

—¡Hola, Luisa! —le saludo con una gran sonrisa. Siempre me alegro mucho de verla.

—¿Cómo está, señorita Larson?

Ella tampoco utiliza mi nombre de pila; siempre me llama por mi apellido, porque, aunque nos tengamos mucho cariño, yo no dejo de ser una muy buena

cliente, muy exigente, por lo que no puede tratarme de otro modo. Luisa es una profesional.

—Muy bien, como siempre con prisa. Te he pasado ya las fotos por *email* de mi casa nueva. —Con el portátil encima de la mesa, abre mi correo y se pone a verlas—. Mañana tendré las llaves por la mañana; te las haré llegar lo más rápido posible. Luisa, quiero la misma decoración y detalles de siempre, ya sabes que soy de ideas fijas. Utiliza la habitación de matrimonio de la parte de abajo para el vestidor. Por lo tanto, mi habitación y el despacho también los instalas allí. Todas las puertas y armarios de la casa los quiero en madera blanca. El suelo puedes dejarlo, me ha encantado. ¡Ah, no te olvides!, el despacho con puerta de seguridad, por favor. Confío a tu gusto ropa de cama, toallas... todo, ya sabes, lo de siempre. ¿Para cuándo calculas que podría estar acabado? Necesitaría saber la fecha exacta.

—Hoy es lunes, teniendo en cuenta que mañana tendremos las llaves y que hay que hacer la mudanza de tu anterior casa, creo que no estará listo hasta el domingo. Eso va a suponer trabajar veinticuatro horas al día, pero ya sabes que puedo obrar milagros...

—Sí, lo sé, tranquila, para el domingo me va perfecto. Lo único que te pido es que cuides los detalles de siempre. —Ella ha decorado todas las casas que he tenido y conoce mis manías; sabe todo lo que me gusta y lo que no.

—Eso no hace falta que me lo diga, lo dejaré a su gusto.

—Perfecto, Luisa. Ahora tengo que irme, pero vamos hablando. —Nos despedimos con un cálido y fuerte abrazo. Siempre es cariñosa conmigo, la adoro.

*H*oy es domingo y hace un día estupendo. Son las nueve de la mañana y estamos a veinticinco grados. No se ven nubes en el horizonte, solo el cielo despejado y un sol brillante que me acaricia la cara a través del cristal de la ventanilla del coche... Adoro esta temperatura tan familiar de la zona de levante. La humedad y el calor son la mezcla perfecta para que mi cuerpo y mi mente funcionen en maravillosa sincronía. No podría vivir en otro lugar.

Casi estoy llegando ya al edificio que se va a convertir desde ahora en mi nuevo hogar. ¡Qué nerviosa estoy! Aparco el coche en el garaje sin ninguna dificultad, ¡menos mal! y llamo el ascensor. Estoy emocionada por ver cómo habrá quedado todo. Subo, recorro con rapidez el pasillo, impaciente, y meto la llave en la cerradura para entrar. Huele a pintura, a nuevo. Echo un vistazo a la parte de abajo y luego a la parte de arriba. Esta vez Luisa se ha superado, en tiempo récord ha dejado el ático perfecto. Me ha llenado los armarios con mi ropa doblada a la perfección. Me conoce mucho y sabe que soy un poco maniática del orden. Está todo como a mí me gusta. Todas las puertas y armarios en color blanco muestran un diseño y una calidad superior. Mi despacho lo ha dejado impresionantemente luminoso, igual que el que tengo en Tessa. Este es mi nuevo hogar; me encanta y ha quedado sencillamente perfecto.

Cojo el móvil y le mando un Whatsapp a Luisa.

Yo: «Luisa, todo impecable. Muchas gracias».

Luisa: «De nada. Me alegra que sea de su agrado. Cualquier cambio o mejora que quiera sugerir, no dude en decírmelo».

Yo: «Ha quedado perfecto. Gracias, Luisa».

Como es muy temprano, decido salir a correr por los jardines que tengo justo debajo de mi casa, por el paseo del río. Es algo que me ayuda a quemar adrenalina y a calmar la condenada ansiedad. Voy uniformada de arriba abajo

con ropa de entrenar. Qué agradable es correr a estas horas que no hay casi nadie por la calle. Me pongo los auriculares y conecto mi iPod porque correr sin música es como correr desnuda, como si te faltara algo; bueno, eso dicen y creo que tienen una parte de razón. Cuando voy cogiendo el ritmo, acelero un poco la marcha y me pongo, sin darme cuenta, en paralelo con un hombre de unos treinta y pico años.

«Menudo estilazo tiene corriendo», pienso mientras lo miro.

Yo empecé hace poco y claro, doy bastante pena; además me falta el aire por culpa del tabaco. Él me mira de reojo y empieza a acelerar la marcha. ¿De qué va este tío?, si se piensa que voy a quedarme atrás, lo lleva claro. Empiezo a apretar el ritmo. Seguimos yendo en paralelo y, de nuevo, vuelve a ir más rápido... Me estoy ahogando —¡Mierda, maldito tabaco!, tengo que dejarlo—, pero mi orgullo me puede y mantengo el paso a su lado. Me sonrío con cara de diversión y da otro acelerón fuerte... ¡Uf, a este no llego!, estoy a punto de vomitar. Voy parando, y él se aleja mirándome por encima del hombro. Me vuelve a sonreír divertido. ¡Maldita sea!, no me gusta perder ni a las canicas... Aunque ahora que lo pienso, perder con un hombre tan increíblemente atractivo no es tan grave. ¿He dicho «increíblemente atractivo»? Joder, creo que era mucho más que eso... Me ha parecido realmente guapo.

Agotada por el *sprint* que he dado, y sudada hasta el alma, decido dar media vuelta e irme a casa andando. Aunque tardaré un rato en llegar, no me importa. Voy pensando en un baño caliente de espuma, en esa bañera redonda que tengo,

«Mmmm, sin duda no me va a venir nada mal».

Llego al ascensor cuando se está cerrando, pero alguien desde dentro aprieta el botón para que se abran las puertas. Menos mal, no me apetecía nada esperar. Cuando se deslizan para que yo entre, miro y ¡Dios!, ¡no me lo puedo creer! ¡¿Quién está dentro?! ¡El hombre que estaba corriendo conmigo por los jardines!

—¡Hola! —me dice sonriente, mirándome—. ¿A qué piso va?

—¡Hola! Voy al ático. —Se me escapa una risita nerviosa.

¿A qué piso ira él? Cuando miro el tablero de control, veo que ya tenía el botón del ático apretado y me doy cuenta de algo... ¡Madre mía! Pero... pero ¿y si es mi vecino? ¿Mi vecino de enfrente? Debo tener toda la cara colorada,

seguro, ¡Qué vergüenza! Se respira un silencio asfixiante dentro del ascensor. Lo miro de reojo y veo que no aparta su mirada de mí.

«¡Por favor, qué suba ya!».

Por fin suena el timbre de llegada.

Nos acercamos cada uno a su puerta, y meto la llave sin decir nada.

—¡Hasta luego! —me dice, y no puedo ni girarme.

—¡Hasta luego! —contesto tímidamente.

Cierro la puerta con rapidez, pero me quedo apoyada en ella, como si tuviera colocado un imán dentro de mi cuerpo y no pudiera soltarme. ¿Qué ha sido eso? Joder con mi vecino..., ¿cuánto tiempo hacía que un hombre no me impactaba de esa manera? Ya ni me acuerdo.

«Piensa... ¡Concéntrate!» me digo.

Quizá... ¿nunca? Dios, qué momento más incómodo acabo de pasar. ¿Por qué seré una persona tan tímida? Odio ser así.

Voy a llenarme la bañera de espuma y a encender unas velitas perfumadas con olor a rosas que distribuiré por todo el cuarto de baño. ¡Huy! Y la garganta la tengo muy seca, me cuesta tragar. Una copa de vino blanco me iría genial, así me relajaré un poco, porque vaya sofoco que llevo encima.

Me sumerjo en la bañera con mi copa de vino y siento como si el agua caliente casi traspasara la fina capa de mi piel por todas las partes de mi cuerpo.

«Esto sí que es vida...», suspiro.

Qué a gusto estoy aquí. Me voy relajando poco a poco, aunque no paro de pensar y de darle vueltas a lo que me acaba de pasar. No puedo quitarme de la cabeza a mi flamante vecino. Es realmente atractivo y yo no suelo fijarme tan rápido en alguien. Tiene una cara perfectamente esculpida. Su piel parecía suave, sin restos de barba..., parece ser que se hace un buen rasurado. Su pelo es de color castaño oscuro, con algún reflejo más claro; seguro que por los rayos del sol. Debe medir como uno ochenta y cinco o más, y posee un físico atlético, pero no de culturista, más bien de otro tipo de deporte, como natación. Considero esa posibilidad por el desarrollo de sus hombros y la parte del pecho. ¿Y su sonrisa? Joder, me ha dejado sin habla..., y eso que no tengo un prototipo de hombre que me llame la atención, pero él, ¡Dios, cómo me ha impactado! Es increíblemente sexy, sí, es mucho más que eso. La mirada intensa y profunda de sus ojos castaños me ha dejado paralizada; como si pudieran atravesarme.

«En fin, Sara, deja de obsesionarte con él y de pensar en tonterías que te llenan la cabeza de pajaritos absurdos y disfruta de este baño tan agradable, en tu nueva casa...».

La semana siguiente se desarrolla con total normalidad en el trabajo. Cerramos varios negocios con los inversores dispuestos a comprar algunas de las pequeñas empresas que hemos creado como fruto de dividir otras, a las que siempre me refiero como «Los grandes monstruos», y ya es viernes. Por la mañana recibo como siempre la llamada matutina de Raquel. Por suerte estoy cerrando la puerta de casa, así que hoy llegaré pronto a desayunar.

—¡Sara!, ¿dónde estás? —Ella siempre con ese tono alegre que me hace empezar bien el día.

—¡Hola, Raquel! Acabo de cerrar la puerta de casa.

En este instante ya voy caminando por el pasillo que tiene el suelo enmoquetado, gracias al cual no hago ruido con los tacones, cuando oigo que se cierra una puerta.

«¡Uf, ese es tu vecino! Porque no hay nadie más... Bueno, igual es alguien del servicio. No te gires, sigue andando hasta el ascensor y sigue hablando con Raquel. Eso te distraerá e impedirá que te ruborices, si es él».

—Oye, Sara, ¿recuerdas qué esta noche tienes la cena de gala en el hotel Hilton de Valencia?

—¡Mierda, no me acordaba! ¿Y tengo que ir? Ya sabes que yo... Raquel, uf..., esos eventos me aburren; no me van mucho. —Lo que me faltaba, otro tostón de fiesta.

—Sí que tienes que ir, es una gala benéfica. Van a ir políticos, empresarios, gente importante, la *crème de la crème* de Valencia. Es una noche especial para que te relaciones y es necesario para el negocio.

—Vaya, no tengo opción, ¿no? Tendré que ir entonces... —respondo, resignándome.

—Sara, no hay opción y sí que creo que deberías ir. Es algo positivo para la compañía.

Estoy intentando llamar al ascensor, pero por lo visto esta mañana hay mucho tránsito de vecinos bajando a la vez. Espero a que esta eterna luz del botón se apague de una maldita vez.

—¿Mi vestido y mis zapatos están preparados?

—Sí, está todo a punto. Tu asistenta lo recogerá esta mañana y los llevará a tu casa.

—Raquel, ¿por qué no me acompañas? Bueno, si no tienes planes para esta noche.

—No había pensado en ello. Me apetecía quedarme en casa viendo una peli, tomando una copa de vino y un filete. Relajarme un poco... Y, además, no tengo vestido ni nada preparado para esta ocasión.

—¿Un filete y una copa de vino...? ¿Una peli...? Eso lo puedes hacer cualquier otro día. Anda, acompáñame. Lo pasaremos mejor juntas... Bueno, por lo menos yo. Y lo del vestido es fácil; lo solucionamos rápido, habla con Margot —Que es mi estilista—. Dile que vaya a la oficina y escoge el que más te guste. ¡Ah, y te quiero espectacular para esta noche! Oye, mil gracias, no sé qué haría sin ti.

—Pero, si aún no te he dicho que sí...

Cuando veo que la luz se apaga y voy a llamar al ascensor de nuevo, oigo una voz por detrás de mí.

—Permítame, por favor.

Cuando me giro, ¡Dios, es él!

—¡Gracias! —Empieza a subirme el calor por las mejillas... Mierda, me estoy ruborizando, y seguro que él se está dando cuenta. Entramos enseguida. ¿Habrá escuchado la conversación? Seguro que sí, lo tenía pegadito a mi espalda.

—Yo voy a la planta baja —me dice sin apartar su mirada de la mía.

—Yo al garaje —le informo con frialdad, aunque solo es un reflejo de mi timidez, por lo que no aparto la mirada de la suya. No puedo evitarlo y, por un instante, me quedo atrapada en la belleza deslumbrante de sus ojos castaños... Casi es como si quisieran decirme algo; no es así, por supuesto...

¿Esa vocecita sale de mi teléfono?

—Sara, Sara... —¡Ay, es Raquel! Por un momento me he olvidado de ella. Inmediatamente aparto mi mirada embelesada de la suya.

—Raquel, perdona. Acabo de entrar en el ascensor.

—Entonces, ¿esta tarde te recojo en tu casa sobre las ocho y media?

—Eso es un sí, ¿verdad? Pues ahora nos vemos y ya ultimamos detalles. — ¡Qué alivio, lo último que quería era ir sola!

—Vale, hasta ahora.

Suena el timbre del ascensor, y prácticamente no he sido capaz de seguir

mirándolo, sin embargo, él me sonrío con su boca perfecta.

—¡Hasta luego!

—¡Hasta luego! —contesto. Y antes de que se cierren las puertas, puedo apreciar su silueta por detrás. Va vestido con un traje azul marino y un maletín de cuero marrón oscuro. No puedo estudiarlo mucho más, ya que cuando estaba observándolo como una boba, se me cierran las puertas del ascensor en las narices. Jo, pero ¿qué me pasa con este hombre? Vaya tontería que tengo encima. Pero si no lo conozco de nada.

«¡Haz el favor de no pensar en él!», me ordeno a mí misma.

Pero por mucho que lo intento, no puedo evitarlo. ¿Esto es lo que llaman un flechazo? Debe serlo; a mí es la primera vez que me pasa... Sea lo que sea, me voy a desayunar con una sonrisa de oreja a oreja.

Tardo diez minutos en llegar a la cafetería, donde Raquel ya está esperándome:

—¡Hola, Raquel! —Me acerco para darle dos besos.

—Huy, ¿te pasa algo? —Me da rabia ser tan transparente, y además a ella no se le escapa una.

—No, no, que va. ¿Por?

—No sé, te noto especialmente contenta esta mañana. Me acabas de dar dos besos y tienes esa sonrisa tonta que... Amiga mía, ¿algo qué te hayas olvidado de contarme y que tenga que saber? —Esboza una sonrisa y arquea las cejas hacia arriba como diciéndome que está esperando ya una respuesta.

—No, no, de verdad. —No quiero contarle nada, porque no hay nada que contar..., ¡joder, solo es mi vecino!

—Pues yo te noto como si te hubiera pasado algo, pero si es un secreto..., no insisto más. —Pone cara de pícaro e incrédulo a la vez—. Oye, una cosa, ahora vendrá Margot a la oficina y estaré un rato en mi despacho. Ya sabes, para elegir una ropa espectacular para esta noche. Tendré que estar a la altura...

—Raquel, tú siempre lo estás y mucho más.

—Eso es amor de amiga —asegura Raquel a la vez que me abraza.

—Anda, vamos a tomarnos esto rapidito, que tenemos que irnos a Tessa...

Con tanto trabajo, el día pasa tan rápido que prácticamente no he tenido tiempo ni de comer; apenas un sándwich en la sala de reuniones y un café en toda la jornada. Miro el reloj de la pared de mi despacho, ¡mierda, se me ha hecho un poco tarde! Recojo mis cosas, y salgo a toda velocidad de la oficina. Margot está esperándome, y tiene que arreglarme en tiempo récord para la cena de esta noche.

Son las ocho y media, hora exacta en mi reloj y ya está sonando el timbre de la puerta de casa.

—Marisa, ya abro yo —digo a mi asistente.

—De acuerdo —responde como siempre, con su dulce voz...

—¡Hola, Pol!

—¡Hola, señorita Larson! —El chofer me saluda con cara de asombro. Pero ¿qué le pasa a este? ¿Se ha quedado pasmado, o qué?

—¿Dónde está Raquel?

—La espera en la limusina, abajo. Me ha mandado a recogerla. —Continúa mirándome de arriba abajo sin parar—. Si me permite el atrevimiento, tengo que decirle que esta noche está usted impresionante. —¡Será descarado...! Ese comentario está fuera de lugar.

—¡Gracias, Pol! —contesto por educación.

Impresionante es el vestido que llevo puesto de Givenchy de color rojo. Es de una tela que se ajusta perfectamente a mi cuerpo, cubriendo mis hombros, pero con un escote bajo de pico, y una abertura que, deja a la vista toda mi pierna al caminar. La pequeña cola que se desliza por el suelo con suavidad y las sandalias doradas proporcionan el toque final. He elegido un elaborado peinado con raya al lado y ondas al agua, a lo Katharine Hepburn, y el maquillaje hace resaltar mis rasgos de una forma asombrosa, sobre todo el rojo carmín de mis labios y el rímel que alarga aún más mis pestañas. Hoy me siento más segura de lo normal, pero ¿quién no se sentiría de esta manera vestida, maquillada y peinada así? No me falta detalle.

—Salgo enseguida —me disculpo—, voy a recoger el bolso.

Cuando voy al salón a por él, me despido de mi asistente con un fuerte abrazo. Es una mujer adorable que me cuida como si fuera su hija.

—Marisa, buen fin de semana. Nos vemos el lunes.

—Señorita, está usted preciosa. Qué lo pase muy bien esta noche, hasta el lunes.

Por un momento me he olvidado de Pol; está ahí plantado en la puerta, esperándome, con su gorra negra de chófer. ¿Era necesario que subiera a buscarme? Ni que esto fuera una cita. Esta Raquel... se preocupa por todo.

Cuando vamos caminando por el pasillo, casi llegando al ascensor, se oye cerrar la puerta del vecino. Sigo avanzando mientras Pol llama al ascensor, y justo cuando entramos, me giro y miro hacia el fondo del pasillo. Allí está él; va vestido con un esmoquin negro y se ha echado fijación en el pelo. ¿Laca? sí, podría ser.

Se me agita el corazón, se me acelera el pulso... ¡Oh, Dios mío!, va increíblemente guapo y muy, muy elegante.

—Pol, por favor, bloquea el ascensor, que viene un vecino —le ordeno tajantemente.

Mi vecino se acerca a nosotros, sonriendo, sin apartar su mirada de la mía.

—Buenas noches. Gracias.

—Buenas noches. De nada —respondo educadamente.

Me noto tensa, así que le ofrezco una sonrisa seductora sin darme cuenta. Sobre todo, porque no deja de mirarme fijamente a los ojos; los quince segundos que tarda en bajar el ascensor me parecen dos horas.

Por fin las puertas se abren, y salimos los tres caminando hacia la entrada. Allí está Raquel, dentro de la limusina negra, con la puerta abierta, estudiándome con una gran sonrisa. Por lo que puedo llegar a ver, lleva puesto un vestido dorado, y el pelo castaño claro recogido en un peinado precioso. Está muy guapa, como siempre. Al lado, hay otra limusina negra, pegada a la nuestra, esperando a alguien... Mi vecino va directo hacia ella, pero antes de meterse, se gira y me dedica una sorprendente sonrisa, que le devuelto totalmente embelesada.

—¡Hola, guapísima! Madre mía, estás impresionante. —El tono de Raquel es de admirada sinceridad.

—Tú también estás espectacular. —Porque está increíblemente guapa.

—Hoy lo vamos a pasar de muerte, ya verás. —Se nota que se siente emocionada. Yo no tanto, pero su ansiedad resulta contagiosa.

—Ya sabes que a mí estas fiestas no me van mucho.

—Menos mal que tienes asumido que hay que ir; es bueno para la compañía y para todos. —Sin venir a cuento se empieza a reír y no puede parar.

—Pero ¿de qué te ríes? —le pregunto un poco alucinada.

—¿Que de qué me río? Ahora mismo vas a contarme quién es el macizo que acaba de salir de tu portal.

—Es mi vecino, el de la puerta de enfrente. —Se me debe de haber puesto cara de gilipollas al decirlo. Estoy segura.

—¡Aja! Vaya, vaya..., creo que esa es la razón de la cara que lucías estos días.

—No, no, que va. —Intento disimular y cambio de tema radicalmente. ¡Joder!, a Raquel no se le escapa una. Esta mujer es un lince—. ¿A qué hora hay que estar allí?

—A las nueve empieza la cena y luego a las once empieza el baile de gala. Va mucha gente y creo que nos sientan con varios empresarios, pero nos enteraremos cuando lleguemos allí.

En ese momento me suena el teléfono; es Pedro, mi abogado.

—Sara, ha surgido un imprevisto que requiere de tu presencia en las oficinas.

—Pedro, estoy de camino al Hilton.

—Lo sé, pero no quiero decirte nada por teléfono. —Su voz parece inquieta y si no voy, sé que estaré preocupada toda la velada.

—Pol, llévame a las oficinas. Tengo un asunto importante que solucionar allí. Después traslada a Raquel al Hilton.

—Sara, ¿estás de broma? ¿Vas a dejar qué vaya yo sola a ese sarao?

—Era Pedro, me ha dicho que era urgente y he notado su voz un poco angustiada ¿Qué sugieres que haga si no...?

—Vale, pero, por favor, no tardes, que yo allí sola... —Su cara es un verdadero poema.

—Pol me recogerá después, e iré enseguida —le digo para tranquilizarla.

En cuanto llego a las oficinas, encuentro a Pedro un poco preocupado, y cuando me muestra la demanda que han interpuesto contra mi compañía por apropiado indebido de la empresa Company Ser que acabo de comprar, se me cae el mundo encima.

—Pedro, ¿qué ha pasado? Quiero esta empresa sin tener ningún tipo de problema.

—Lo sé. He hablado con el señor Tímblerlan y quiere más dinero si queremos que retire la demanda.

—¿Cuánto te ha pedido?

—Cinco millones más.

—¡Estamos locos! ¿Cómo qué cinco millones más? Tráeme toda la documentación que tengamos de Company Ser. Tú puedes irte a casa, de verdad, Pedro, tranquilo; yo me encargo de todo. Voy a llamarlo ya. Lo conozco, y si ha hecho esto es que hay otros motivos que desconocemos.

—Cualquier cosa me llamas, ¿vale? Tendré el móvil conectado —añade con cara de preocupación.

—Sí, gracias, Pedro. Buen fin de semana, nos vemos el lunes. —Me despido de él y sale de las oficinas.

Voy directa a mi despacho y, después de revisar todo el expediente, cojo el teléfono.

—¿Señor Tíberlan?

—¿Sí? ¿Quién es? —contesta en un tono elevado y seco. Parece como si le hubiera molestado la llamada.

—Soy Sara, Sara Larson. ¿Cómo se encuentra?

—Bien. Acabo de hablar con el señor de la Iglesia, su abogado y como ya le he dicho a él, no voy a retirar la demanda, a no ser, que abonen lo que solicito.

—Señor Tíberlan, usted y yo nos conocemos, ¿no es cierto?

—Sí, pero eso no cambia nada —contesta reticente.

—Desde luego que sí, eso lo cambia todo, porque podemos ser sinceros el uno con el otro. Podemos entendernos y, por eso, voy a preguntarle qué es lo que ocurre de verdad. ¿A qué se debe esa acción fulminante contra mi compañía? ¿Acaso hemos obrado de mala fe contra usted? Ahora he revisado toda la documentación que tengo de su empresa y veo que todo se ha cerrado legalmente. Jamás lo haría de otra manera y usted lo sabe. Por eso le pido sinceridad y que me exponga el verdadero problema por el que nos encontramos en esta situación.

—Señorita Larson, estoy preocupado por mis trabajadores. Se van a quedar en la calle y necesito ese dinero para indemnizarlos. No como ni duermo pensando que será de esas personas y de sus pobres familias, que no tienen culpa de nada.

—Sé cómo se siente —le digo para infundirle algo de aliento.

—No, no lo sabe.

—Claro que lo sé. Tiene corazón, una cualidad de la que hoy en día carece mucha gente y por eso quiero ayudarle. Voy a proponerle algo...

La llamada se demora más de una hora, pero finalmente consigo llegar a un

acuerdo con él, sin tener que pagarle los cinco millones de euros que solicitaba. Sabía que había un mensaje escondido en todo esto. No quería el dinero por avaricia, lo quería para indemnizar a sus trabajadores que se verían en la calle en unos días. Él escucha mi propuesta: los trabajadores conservarían sus puestos de trabajo, aunque la empresa fuera dividida en partes, por lo menos durante los siguientes dos años. Luego ya dependería de ellos, de su valía y de su adaptación con los nuevos gerentes de las pequeñas empresas que se formarían.

El señor Timberlan queda satisfecho con mi propuesta, pero me pide un documento por escrito de todo lo prometido, como es normal. Se lo preparo, lo firmo y se lo mando por correo electrónico. Muy amistosamente, me contesta con el documento de retirada de demanda que iba a presentar el propio lunes. Y con esto, queda todo el tema zanjado.

Miro el reloj y son las diez y media de la noche. Mi pensamiento no puede ser otro que imaginarme la cara de Raquel cuándo llegue... Esa que me pone de: «Te mato». Sobre todo, porque ha ido a este evento por mí. Así que aviso a Pol enseguida.

—Pol, estoy bajando y tenemos que llegar al Hilton en tiempo récord. Como a la cena ya no llego, ¿tenemos algo de beber o de comer en la Limusina?

—Sí, tenemos cava, vino blanco y aperitivos.

—Anda, vete preparándome algo y nos vamos.

Por el camino me tomo tres copas de vino blanco y unas galletitas saladas, no había mucho más. El vino se me sube muy rápido porque prácticamente no he comido nada en todo el día, así que empiezo a notarme algo mareada.

«Bueno, de esta forma estarás a tono con todos los que estarán en la fiesta», pienso irónicamente.

Salgo de la limusina y voy caminando hacia el vestíbulo del hotel. Pregunto en la recepción por el salón del evento y, con mucha amabilidad, el chico que está detrás del mostrador me acompaña hasta la entrada.

Cuando abro la puerta, me noto algo nerviosa. No me gusta llegar sola a este tipo de acontecimientos, pero me quedo maravillada del lujo que se respira aquí. Hay lámparas enormes que cuelgan del techo, con cristales de Swarovski. Un espléndido suelo de mármol y una barra blanca lacada muy

elegante al fondo, donde se están sirviendo los cócteles. Está claro que la cena ha terminado y que ya están con las copas. Todo el mundo va bien vestido, y me quedo contemplando el gran lujo que me rodea mientras busco con la mirada a Raquel, aunque de momento no la encuentro.

Por fin, allí al fondo está. ¿Con quién estará hablando? Parece un hombre muy atractivo. Para llegar hasta ella tengo que bajar unas escaleras y cruzar toda la pista de baile. Me da la impresión de que está muy interesada en la conversación que mantiene con ese caballero, así que voy a quedarme aquí, a ver si me ve y luego me acercaré. Escudriño toda la sala, pero empiezo a percibir que la gente me está mirando. Noto que las miradas me atraviesan, sobre todo las de los hombres. ¡Oh, no!, ya empieza esa maldita timidez que tanto odio.

En ese momento comienza a sonar la canción *Won't go home without you* de Maroon 5, una de mis canciones favoritas, y, sin querer, voy bajando las escaleras y mi vestido se abre, dejando a la vista toda la pierna, en lo que me figuro que es una imagen muy sensual. Me dejo llevar mientras voy adentrándome en la pista. Cada vez más adentro, cada vez más y más... Cuando estoy en el centro, cierro los ojos y empiezo a moverme, no puedo evitarlo. Esta canción hace que balancee los hombros y me sumerja en lo más profundo de ella. Estoy flotando como si estuviera encima de una nube. ¡Oh, sí, me gusta la sensación!

De repente, alguien me coge de la mano y me asusto. Abro los ojos y me giro de forma automática. Me quedo en *shock*. ¡No puede ser! ¡Madre mía!, si es... es mi querido vecino. Pero ¿qué hace aquí? ¡No me lo puedo creer! Se va acercando a mí con mucha delicadeza. Me coge de la cintura y pega su cuerpo al mío. Empezamos a bailar... Noto sus delicados dedos, que se van deslizado por mi espalda, y siento como si casi atravesaran mi vestido. ¡Oh, sí, me gusta sentirlos! Sus ojos no se apartan de los míos mientras me lanza una sonrisa arrebatadora. No hablamos, no decimos nada. Solo nos miramos, pero ¡madre mía, de qué forma! Ahora nos movemos abrazados, como si nos envolviera la magia y no pudiéramos separarnos. ¡Por Dios, qué bien huele! Ese aroma es inconfundible para mí, ¿es Armani? Sí, mi colonia favorita de hombre, aunque en él huele aún mejor... Es como si todo lo que nos rodea hubiera desaparecido, como si solo existiéramos él y yo...

Con el último suspiro de la canción acerca su mano a mi cara y me acaricia a la mejilla con el dorso de los dedos. Entonces un hombre se interpone entre

los dos. De repente, el universo donde me encontraba tocando el cielo se desvanece como si nada y me devuelve a la realidad. ¡A la mierda de la realidad!

Con el ruido de la música apenas puedo apreciar lo que están diciendo.

—Hombre, señor Casas, ¿cómo usted por aquí? Es un verdadero placer tenerlo en este evento.

—El placer es siempre mío. —Su cara al contestar, es más bien de «¡Vaya, ¡mira que eres inoportuno!».

Empiezan a hablar y me voy separando. Noto que me busca con la mirada, pero yo me pierdo poco a poco entre la multitud y camino hacia la barra. La inesperada llegada de este hombre ha roto el mejor momento que he vivido en mucho tiempo, y no puedo ni girarme.

Llego a la barra interminable que han situado al final de la sala y me quedo mirando al camarero.

—¡Hola! ¿Me puede poner un *gin-tonic* de Tanqueray con lima?

Necesito beber con urgencia algo que me ayude a digerir todo lo que acaba de pasarme, porque aún estoy temblando; ha sido un momento mágico... ¡Oh, sí!, esa es la palabra perfecta que define lo que ha ocurrido y, sobre todo, lo que ese hombre despierta en mí.

—Por supuesto señorita. ¿Lo quiere en copa?

—Si no le importa. ¡Gracias!

Levanto la copa y la vacío en tres tragos mientras me voy abriendo paso hasta la zona donde había visto a Raquel... ¡Ya la veo! La idea era acercarme, aunque creo que la conversación que mantenía con ese caballero está subiendo de tono. Me incomoda un poco llegar hasta ella, pero por lo menos que sepa que he llegado, y que todo va bien.

—¡Hola, Raquel! Ya estoy aquí. —Ella me sonrío de tal manera que me pregunto si no estará piripi. Me parece que sí. Así que también le sonrío y me da un abrazo.

—Sara, ¿todo bien en Tessa? —Asiento con la cabeza. Creo que con ese gesto es suficiente para que sepa que está todo controlado—. Mira, te presento al señor Javier de la Vera. Es el presidente de la compañía de Telecomunicaciones Avissa. Ella es Sara Larson, la presidenta de la compañía Tessa Corporación, y también mi jefa y amiga.

—¡Hola, señor de la Vera! Mucho gusto en conocerle —me acerco y le doy dos besos.

—El gusto es mío, pero llámame Javier, y tutéame por favor.

—Claro, Javier, no hay problema, nos tuteamos. ¿Todo bien por aquí?

—Mejor que bien, te has perdido la cena, pero ahora estamos en lo mejor —
Raquel interviene sin dejarlo hablar.

—¡Ya lo veo, ya!

«Este hombre parece un pulpo de ocho brazos», pienso en mi cabecita perversa.

—Oye, he visto a tu vecino el macizo en el evento —me balbucea Raquel al oído—, así que, igual te lo encuentras por aquí.

—Ya, lo he visto hace unos minutos. —Intento no darle demasiada importancia, pero madre mía, si supiera lo que acaba de pasarme—. Voy a ir a pedir una copa, ¿os traigo algo? Y también tengo que ir al cuarto de baño. ¿Sabes dónde está?

—Está en el piso de arriba, por una de esas escaleras. ¡Ah!, y no nos traigas copas que nos estamos bebiendo esta botella de Dom Pérignon. Bueno —suelta una risita—, esta es la segunda. —Está muy afectada por el alcohol y no para de reírse. Su voz se ha transformado por completo, no parece ella... Hace que yo también me ría.

Decido ir primero al baño, porque no puedo aguantar más. Mientras subo por las escaleras, mi vestido se contonea sin parar cada vez que subo un escalón. Es muy bonito y me siento cómoda con él. Y ahora se ha convertido en uno de mis favoritos, sobre todo porque me recordará ese baile, con mi canción favorita de fondo, y a ese hombre tan maravilloso, que me ha cogido con dulzura de la cintura y me ha hecho por un momento, tocar las estrellas.

Vaya, no hay nadie por esta planta, y veo demasiadas puertas... ¿Ahora cuál de todas será la del cuarto de baño? Para ser un Hilton, podrían señalarlo un poco mejor. ¿A ver si me he equivocado de escalera? Como había dos... Yo siempre igual, soy capaz de perderme en una habitación. Ese es uno de mis grandes defectos: no tengo ningún sentido de la orientación.

Continúo hasta el final del pasillo, por si acaso, pero aquí no se ve nada. Pues venga, media vuelta y a cambiar de escalera. Cuando me giro para salir de allí, lo veo al fondo... Ahí está, de pie, clavando en mí los ojos, tan guapo como siempre o más, y con una sonrisa que hace que me derrita. Se acerca a mí y mi cuerpo reacciona estremeciéndose sin control. Empiezo a ponerme nerviosa y noto como si el corazón me fuera a estallar. ¿Me habrá estado

observando? ¿Me ha seguido? ¡Dios mío, no tengo escapatoria! Nos encontramos en medio de ese pasillo eterno.

—Hola... —susurra mirándome fijamente a los ojos.

—Hola... —respondo casi sin aliento, un poco avergonzada; me he quedado bloqueada.

—Antes no me ha dado tiempo a presentarme, soy Alejandro Casas, pero puedes llamarme Alex.

—Yo soy Sara Larson, pero puedes llamarme Sara. —Se me escapa una risa nerviosa.

—Somos vecinos, ¿verdad? —Sus ojos traspasan los míos, intimidándome.

—Sí, eso parece. —Mis palabras entrecortadas flotan en el aire, definitivamente este hombre me paraliza.

—Arriba hay una terraza privada con unas vistas preciosas... ¿Te apetece tomar una copa allí? —Asiento con la cabeza, porque no soy capaz ni de vocalizar.

Saca una tarjeta dorada del bolsillo y me coge de la mano. Cuando abre una de las puertas que hay a nuestra izquierda y aparece un ascensor privado, mete la tarjeta para subir hasta el ático.

—Es por aquí —me dice sin soltarme, tirando de mí.

Abre una puerta, y se ve una terraza más bien pequeña, con el suelo de madera, llena de velas encendidas, de varios tamaños. Hay dos sofás de color blanco con una mesita baja, y el conjunto está cubierto por una gran pérgola. Del techo cuelgan algunas esferas blancas muy curiosas que me gustan mucho; unas lámparas redondas que tienen diferentes tamaños. Cuando levanto la mirada, me quedo absorta mirando el horizonte; se puede ver el cielo totalmente despejado, con miles de estrellas, acompañadas por la luna llena, que brilla con todo su esplendor. Por un momento me pierdo en ella.

Se acerca un camarero.

—Señor Casas, ¿qué desean tomar? —pregunta educadamente.

—Dos *gin-tonics* de Tanqueray con lima. Gracias. —Alex no aparta en ningún momento su mirada de la mía. ¿Cómo sabe que bebo eso en concreto? ¿Y él toma lo mismo que yo? ¡Vaya casualidad...!

Los prepara muy rápido y nos los trae enseguida. Me bebo la mitad de un trago. Empiezo a notarme algo mareada, pero prefiero sentirme así que tener que lidiar con los nervios que me provoca este hombre.

Se empieza a escuchar de fondo *Warrior* de Demi Lovato. El ambiente es de

lo más romántico. Inesperadamente, sus palabras rompen el silencio que se había creado entre nosotros:

—¿Por dónde nos habíamos quedado? ¡Ah, sí!, estábamos bailando.

Me levanta con suavidad, pone la mano sobre mi cintura y me aprieta contra él. Todavía sigo sin poder articular palabra, solamente me dejo llevar al ritmo de la canción, que bailamos durante un rato abrazados, sin decir nada. Va acercando la cara hacia la mía muy poco a poco. Sus labios me están rozando la oreja y noto su respiración, cada vez más agitada... ¡Por Dios, me está volviendo loca! Mi corazón se está acelerando sin control.

—¡Eres realmente preciosa! —susurra, haciendo que me estremezca de nuevo. El corazón se me ha desbocado de tal manera que solo puedo oír mi pulso en los oídos.

Empieza a deslizar los labios por mi cara muy lentamente. Avanzando poco a poco, recorriendo lo que me parece un camino interminable hasta que, por fin, se unen a los míos. Son perfectos y carnosos; es como si nos fundiéramos, me enrosca la lengua con la suya con tanta pasión y deseo que mi cuerpo vibra de excitación. Nos sumergimos en un beso intenso y profundo.

Su sabor exquisito me hace volar como si no existiera un mañana. ¡Dios mío!, ¿qué me pasa? Tengo un nudo en el estómago, o quizás no sea un nudo... ¿Serán mariposas? ¿Miles de mariposas revoloteando dentro de mí?

Se detiene en el sitio sin dejar de bailar y levanta la mirada. Sus ojos castaños brillan ahora más de lo normal... ¿Estará sintiendo lo mismo que yo? Espero que sí, porque es evidente que yo estoy perdiendo la cabeza por él...

—¡Señor Casas, disculpe que le moleste!, pero el presidente tiene un asunto importante que quiere tratar con usted. Le espera en el salón uno de la planta baja.

Y, ¿quién coño es este? Hoy no paran de interrumpirme. Está claro que parece un asistente, secretario o quizás alguien de confianza de Alex.

—Voy enseguida, Marco —le responde con el semblante serio en un tono bastante seco.

Desliza la mano por mi mejilla..., acariciándola.

—Oye —me dice con cara de circunstancias—, tengo que ausentarme un rato y no sé cuánto tiempo estaré reunido, pero no quiero que te vayas. Tengo una habitación aquí en el hotel. Te voy a dar una llave, y, si quieres, podemos vernos más tarde. Es la *suite* 112 del ático.

Saca una tarjeta de plástico del bolsillo de la americana y me la ofrece.

—No sé, yo... —Niego moviendo la cabeza. No estoy segura de querer ponerme a esperarlo en una habitación de hotel, acabamos de conocernos.

—Por favor, cógela —dice con algo de inquietud.

Cuando lo hago, se acerca a mí. Me da un beso muy dulce en los labios y se aleja apresuradamente de la terraza mientras yo me quedo allí sola, contemplando las vistas, hasta que aparece de nuevo el camarero con otra copa.

—He pensado que le vendría bien... He visto que la de antes ya está vacía. —Qué considerado es este camarero.

—¡Muchas gracias! Estás en lo cierto.

Me siento en el sofá blanco, pero me da vueltas la cabeza. Tengo un gran dilema: por una parte, me muero por subir, por estar con él solos los dos, que me siga besando y acariciando como lo estaba haciendo mientras bailábamos. ¡Dios, cómo me ha hecho vibrar! Aunque no creo que quiera que suba a su habitación solo para eso, ¿no? Por otra parte, apenas lo conozco. Yo no soy así, la verdad. No voy a ir a esperarlo. Si realmente está interesado en mí, se le ocurrirá algo para que volvamos a vernos otro día. Sí, esa una buena idea... Una idea inesperada y afortunada, que me llega justo en este preciso momento. Con mi lucha interna finiquitada, acabo la copa y me voy. Además, ¿qué es de Raquel...? Le he dicho que iba al cuarto de baño y ya no he vuelto. Debe estar preocupadísima.

Miro el móvil y veo siete llamadas perdidas y dos Whatsapp de ella.

Raquel: «¿Dónde estás? Me tienes preocupada... Cuando leas el mensaje, por favor, respóndeme».

Raquel: «Hola, no te localizo. Por favor, responde cuando puedas... Me voy con Javier a tomar una copa en su casa. Dime algo...».

Yo: «Estoy bien, me voy ya a casa. Mañana, cuando puedas, dime qué tal todo. ¡Besos!», me apresuro a responder.

¡Uf!, cuando me levanto del sofá, me noto muy mareada... Tanta copa ha hecho efecto. El camarero se acerca preocupado.

—¿Está bien señorita? —me pregunta.

—Sí, estoy bien. Quiero salir de aquí. ¿Me puedes acompañar a la salida?

—Desde luego, venga por aquí. —Camina a mi lado a paso ligero hasta el ascensor privado. Pasa su tarjeta dorada y bajamos hasta el vestíbulo.

Por fin estoy fuera. Miro mi reloj y veo que son casi las dos de la mañana. ¡Cómo se me ha pasado el tiempo!

En la entrada se encuentra Pol, esperándome. Me abre la puerta y me pregunta si me lleva a casa. Yo asiento con la cabeza, porque no soy capaz de articular una palabra. Tengo ganas de llegar ya, quitarme esta ropa y ponerme el pijama. Debería comer algo para bajar un poco la borrachera. ¿Una tostada con jamón y una copa de vino? ¡No!, mejor vino no.

—Ya hemos llegado señorita Larson. ¿La acompaño hasta arriba?

—No es necesario, gracias. ¡Adiós, Pol! —Uf, ¡qué pesadito está Pol esta noche!

Hogar dulce hogar. No hay nada mejor que estar en casa. Me quito la ropa y la cuelgo con cuidado en el vestidor. Me pongo el pijama: un *culotte* negro y una camiseta de tirantes del mismo color que se ajusta perfectamente a mi cuerpo; son prendas que me resultan muy cómodas. Me pongo las zapatillas a juego antes de ir a la cocina a prepararme algo de comer. Tengo tanta hambre que me decido por una tostada, algo rápido y fácil, y para beber, una Perrier. Me voy al sofá, conecto la tele para devorar sin piedad la comida mientras la miro. ¡Qué a gusto me he quedado...! El canal Historia me parece perfecto para relajarme y dormirme en el sofá... ¡Es tan cómodo!

Ring... Ring...

¿Qué pasa? ¿Qué es eso?

Ring... Ring...

¿Es el timbre de la puerta de arriba? ¿O de la de abajo? Miro el reloj y veo que son las cuatro de la mañana. ¿En serio? ¿A quién se le ocurre llamar a estas horas a la puerta? Estaba totalmente dormida, literalmente con la babilla colgando de la boca de lo a gusto que estaba y lo profundo que era mi sueño. Me acerco a la puerta y echo un vistazo a través de la mirilla. ¡Joder!, no puede ser. ¡Ay, madre mía, es Alex! ¿Le abro la puerta con estas pintas? Si debo tener todo el rímel corrido y una cara de sueño que no me aguanto de pie. ¿Qué hago? Ya me he puesto nerviosa otra vez. Me vuelven a temblar las piernas y no las puedo controlar.

—¡Abre, por favor, Sara! —Debe haberse dado cuenta que estaba echando un vistazo por la mirilla.

Decido abrirle. Veo que lleva la pajarita en la mano.

—¿Qué quieres? Estaba dormida —pregunto con cara de mosqueo.

—Ya sé que es muy tarde, pero te estuve esperando en la *suite*. Como no estabas y veía que no venías, he decidido presentarme en tu casa. Lamento mucho haberte dejado allí plantada, no ha sido mi intención.

—Lo sé —replico muy seria.

—De verdad, no me ha quedado otra opción —añade con gesto nervioso.

—Siempre la hay —respondo sin contemplaciones.

Sus ojos —que están más brillantes de lo normal— me miran de arriba abajo.

—¡Estás en pijama! —exclama de repente, cuando baja más la cabeza.

—Sí, claro, estaba durmiendo. El vestido rojo me iba a resultar un poco incómodo para dormir. —¡Viva el sarcasmo!

Se queda callado un instante, mirándome fijamente a los ojos.

—¿Puedo pasar? —pregunta. Está claro que quiere entrar en mi casa.

Dejo que pasen unos segundos en un silencio incómodo, pero a pesar de su expresión seria e inquieta, no aparta la mirada de la mía.

—Puedes pasar. ¿Quieres tomar algo?

—¿Tienes *Perrier*?

—Claro. —Notar que bebe lo mismo que yo, me vuelve a hacer gracia. Enseguida voy a la cocina y le traigo una. Nos sentamos en el sofá del comedor.

—Aquí tienes. ¿Quieres comer algo?

—No, gracias. Yo sí que he cenado, pero ¿tú dónde estabas? No has llegado hasta después. —Al parecer me ha estado controlando.

—He tenido un problema en Tessa y no me ha quedado más remedio que ir a las oficinas. Me he entretenido un par de horas. Tessa es mi compañía.

—Lo sé —contesta, con aires de suficiencia.

—¿Sí? ¿Y tú cómo sabes eso? —Me sorprende, ¿acaso me conoce?

—Eres mi nueva vecina. Tengo que saber quién vive enfrente de mi casa, por seguridad —sonríe y da un gran sorbo al vaso de *Perrier*.

—O sea, ¿qué te has informado sobre mí para tu seguridad? ¿Quién eres? ¿Alguien importante? ¿Alguien famoso? —Se me escapan una risita.

—Sí, me he informado sobre ti. Me dedico a la política, soy el consejero de economía de la Generalitat valenciana. —De repente, recuerdo que Mariona

comentó algo sobre que, enfrente, vivía un señor que era político, pero lo había olvidado por completo.

—Bueno, pues como ya sabrás, señor consejero de economía de la Generalitat valenciana, no soy ninguna psicópata.

—Sé que no eres una psicópata. —Mira de una manera provocativa antes de continuar—. Y también sé que eres realmente preciosa.

A la vez que salen esas palabras de su boca de una forma muy delicada, se va acercando a mí. Se aproxima demasiado, y su cara queda a solo cinco centímetros de la mía. Me levanta la barbilla con suavidad y veo que tiene una expresión... ¡Oh, vaya!, le brillan mucho los ojos y es evidente que bebe los vientos por mí, que la pasión lo desborda. Me acaricia el cabello una y otra vez mientras me sigue mirando hasta que ya no puede aguantar más y hace que nuestras bocas se fundan. Me besa con amor, con excitación. ¡Oh, qué labios tan suaves tiene! Yo le respondo de la misma manera y no puedo parar, noto su deseo. Su cuerpo reacciona a mis besos, a mis caricias... Se quita la americana y se desabrocha tres botones de la camisa. Quiere estar cómodo para estrecharme entre sus brazos. Baja la boca por mi cuello y me lo besa con tanta intensidad que los tirantes de la camiseta caen ligeramente por mis hombros mientras se me pone la piel de gallina. Desliza la mano desde mi cuello, pasándola por el medio de mis pechos hasta llegar al ombligo, desde donde vuelve a subir. Mis pechos se erizan. Vuelve a besarme con lujuria y, mientras lo hace, se desabrocha la camisa y se la quita. ¡Madre del amor hermoso, qué cuerpo tan perfecto, fuerte y escultural! No me equivocaba cuando lo vi por primera vez, sabía que practicaba natación.

Creo que esto está tomando un rumbo imparable y, por un segundo, me pregunto a mí misma si seguir adelante. Jamás había deseado tanto a alguien, pero sé de sobra que luego no habrá vuelta atrás. Quizá si lo miro a los ojos, pueda percibir lo que él está sintiendo. Busco su mirada con rapidez, pero tiene los párpados cerrados... De repente los abre y sus pupilas dilatadas, brillan de deseo. Inmediatamente los clava en los míos.

—¡Quiero hacerte el amor! —susurra.

Y yo ¿quiero hacer el amor con él? Vaya pregunta... desde luego que sí.

Sin pensármelo dos veces, lo cojo de la mano y lo llevo a mi habitación. Tengo una cama grande, con sábanas blancas de algodón egipcio que huelen a limpio. Enciendo las velas que tengo en la cómoda y en las mesillas, mientras él espera sentado en la cama. Me acerco, le tiro de la mano para que se

levante y le desabrocho el cinturón, le bajo los pantalones; él mismo se quita los calcetines y los zapatos. Lo tengo delante, solo cubierto por un bóxer ajustado de Calvin Klein de color negro. ¡Uf, menudo cuerpazo más impresionante! A la vez que va levantando los brazos, va subiéndome despacio la camiseta, hasta que finalmente me la quita.

—¿Tomas anticonceptivos? —pregunta con ternura.

—Sí.

En realidad, solo tomo la píldora por recomendación del médico para regular la regla, no porque tenga relaciones esporádicas. De hecho, ni recuerdo la última vez que hice el amor con alguien... Él esboza media sonrisa y al momento, su gesto resulta tranquilizador.

Se queda mirando mis grandes pechos y los acaricia con delicadeza mientras noto su erección. Me tumba sobre la cama para seguir besándome con desesperación. Nuestra respiración es cada vez más agitada... Va bajando hasta mis pezones y los lame sin descanso. Pasa la lengua por uno y juguetea con él, trazando círculos. Lo succiona antes de pasar al otro y hace lo mismo. Sigue por mi ombligo hasta llegar al *culotte*, que me quita muy despacio. Cuando se baja de la cama y se deshace del bóxer, puede verme estirada sobre las sábanas, totalmente desnuda, esperando a que me haga suya.

Se queda unos segundos ahí de pie, observándome.

—Me vuelves loco... —susurra.

Se va deslizando a través de las sábanas, hasta que sitúa su escultural cuerpo encima del mío y, mientras me besa apasionadamente, me va acariciando muy despacio con las manos, erizándome toda la piel. Las emociones hacen que nuestros cuerpos despierten ¡Oh, Dios, qué calor! Separo las piernas debajo de las suyas, y lentamente se introduce dentro de mí. Nuestros ojos se cierran un instante ante el placer absoluto que nos hace sentir este primer contacto mientras jadeamos sin parar. Él se está fundiendo en mi interior. No puede detenerse; está demasiado excitado. Cada vez se hunde más adentro, cada vez más y más y más... Está poseyéndome por completo, todo mi cuerpo, todo mi ser. Me levanta con fuerza y me sienta encima de él. Está completamente dentro, moviéndose, sintiéndome, disfrutando de este momento conmigo. Gime perdido en el placer absoluto. Me pone las manos en los pechos y se recrea con ellos. Los aprieta con devoción, sin apartar la mirada de la mía. Le gusta ver mi cara de placer y a mí la suya. Estoy tan excitada que

no voy a poder aguantarme mucho más. Él lo nota, se está volviendo completamente loco.

—Córrete conmigo —me susurra finalmente al oído.

Cogiéndome por las nalgas con fuerza me aprieta contra él, y nuestros cuerpos empiezan a arquearse, y, sin parar de besarnos apasionadamente, estallamos a la vez... ¡Oh, Dios mío, ha sido impresionante!

Nos abrazamos durante unos minutos hasta que nuestros latidos bajan de intensidad. Tenemos la piel cubierta de sudor, y nuestros cuerpos están resbaladizos, pero no nos importa nada, solo podemos permanecer tumbados y abrazarnos, hasta que nos quedamos completamente dormidos.

Me despiertan unos besos en el cuello. Lo que hace que me dé cuenta de que no estoy durmiendo sola; es la falta de costumbre. Tengo a Alex totalmente acoplado en mi espalda, besándome. Noto su erección pegada a las nalgas. Levanto la muñeca para mirar el reloj. ¿Son las siete de la mañana? Pero ¡por Dios!, si no han pasado ni dos horas desde que nos dormimos. Estoy muerta y con un resacón de miedo. Pero él, desde atrás, desliza la mano por debajo de mi brazo y me coge un pecho, que acaricia con delicadeza a la vez que se empuja contra mí. Quiere hacerme suya de nuevo, lo noto y yo me dejo llevar. Me gira para ponerse encima de mí. Me besa el cuello y va bajando hasta mis pechos, que coge, aprieta y empieza a lamer con dedicación. ¡Dios, me vuelve loca! Sigue bajando, recorriendo todo mi cuerpo con la boca, pasando por el ombligo hasta llegar a mi clítoris. Entonces, aprieta la lengua contra él y empieza a jugar. Al mismo tiempo, sube una mano a mis pechos y los acaricia, me pellizca un pezón, mientras saborea sin cesar mi monte de Venus y me introduce un dedo con la otra mano. Después son dos; los mete hasta el fondo, los saca y los vuelve a meter. ¡Quiero gritar! Estoy empapada. Cada vez lo hace más rápido, cada vez más y más, sin parar, hasta que no puedo aguantar más y me corro en su boca. Cuando llego al clímax, se pone encima y me penetra. Está muy, muy excitado mientras posee todo mi cuerpo sin dejar de besarme la boca loco de deseo. Pero ¿de dónde ha salido este hombre? Me tiene totalmente subyugada, es Eros, mi dios griego particular del sexo. Es increíblemente bueno en la cama. Cuando creo que está acelerando para entregarse al placer llevándome con él, se detiene de repente para darme la vuelta. Con mi cara sobre la almohada, me levanta las nalgas, poniéndome a

cuatro patas. Busca mis pechos desde detrás y me penetra de nuevo con tanta fuerza que tengo que sujetarme al cabecero de la cama. ¡Oh, cómo me embiste una y otra vez! Parece que vaya a partirme en dos. ¡Qué manera de follar! Empezamos a jadear agitadamente, cada vez más y más... hasta que gritamos por el absoluto placer que provocamos al otro. Por fin, ya no podemos aguantar más y empezamos a convulsionar sin parar. Nos corremos juntos, totalmente exhaustos.

Aunque ninguno de los dos dice nada, ambos sabemos que ha sido espectacular. Él solo me abraza y me acaricia el cabello hasta que nos quedamos profundamente dormidos.

Me despierta el teléfono que está encima de la mesita.

—¿Sí? —digo con voz somnolienta.

—Nena, soy Raquel. ¿Te he despertado?

—Sí.

—Ay, perdona... Acabo de ver tu Whatsapp, y he querido llamarte para decirte que estaba bien.

—¿Qué hora es?

—Son las cinco de la tarde.

—¿Qué dices? Pero ¿cuánto he dormido?

Cuando le digo eso a Raquel, recuerdo que estaba durmiendo con Alex, giro la cara hacia el otro lado de la cama, pero ya no está ahí. Aunque me ha dejado una nota en la mesilla.

—Pues, depende de a qué hora te acostaras... Por cierto, ya me estás contando por qué desapareciste. He estado muy preocupada toda la noche, además, añádele lo de tener que cenar sola. ¡No vuelvas a hacerme eso nunca más! —Está cabreada conmigo y con razón, no puedo culparla. Se queda unos segundos callada, después de la reprimenda antes de rectificar—. O, sí...

—¿O sí? ¿A qué te refieres? —le pregunto, extrañada.

—¡Nena, qué noche! ¡Qué noche! Guau..., ¡cómo me lo he pasado! Te digo desde ya, así sin pensar, que ha sido un flechazo. Creo que me he enamorado de Javier.

—Relax, chica, que lo conoces de una noche. Y, por cierto, ¿noche loca?

—¿Loca? No, no, loca se queda corta. Me fui a su casa como te dije y qué noche; ¡madre mía! Lujuria y pasión.

Me río.

—Tú sí que estás loca. Bueno, ¿y qué te ha dicho? Quiere volver a verte, ¿o qué?

—Sí, me ha dado su teléfono. Es un hombre muy ocupado, como nosotras, ya sabes... Pero creo que le he causado buena impresión.

—Te gusta, ¿eh?

—Muchísimo, pero vamos a ver cómo se desarrolla todo, que luego los príncipes se convierten en ranas. —Sí, no sería la primera vez, ni la segunda...

—Eso es verdad —confirma con una risita.

—Por cierto, solo hemos hablado de mí. ¿Qué te ha pasado? ¿Cómo es que no has aparecido?

—Te lo cuento el lunes desayunando, si te parece. —Tengo tantas ganas de leer la nota de Alex, que ahora solo quiero poner fin a la llamada.

—No me dejes así. Por favor, cuéntamelo ya. —¡Qué cabezota es!

—De verdad, es que no tengo tiempo.

—Aunque sea rápido. Solo por encima... —¡Uf, qué pesadilla de mujer!

—No, ahora no puedo, tengo que colgarte. En serio, el lunes te lo cuento todo.

—Vale, amiga. Besos —claudica en un tono de resignación y decepción.

—Besos.

En cuanto cuelgo el teléfono, estiro el brazo todo lo que puedo y cojo la nota que me ha dejado Alex en la mesilla.

Dormías tan plácidamente, que no he querido despertarte. He tenido que marcharme. Una reunión imposible de posponer en Alicante, a la que no podía faltar. Vuelvo el lunes por la mañana. Te dejo mi tarjeta por si necesitas llamarme.

Ha sido una noche maravillosa... ¡Tú, eres maravillosa!

Alex

Se me queda una cara de tonta al leer la nota..., no puedo parar de sonreír. Solo puedo recordar cada momento de la noche: el primer baile, el primer beso, la primera impresión cuando entró dentro de mí; todo ha sido sencillamente espectacular. Cuando acerco la cara a la almohada, huele a él y también a mí. Me dejo llevar por mis pensamientos, notando las mariposas que siguen revoloteando en mi estómago con más intensidad que nunca. ¿Qué me

pasa? Estoy como en una nube. Creo que este hombre me gusta mucho y de verdad, porque nunca había sentido algo así, tan intenso y rápido, por nadie.

¡Oh, Alex, tú sí que eres un hombre maravilloso!

Ya es lunes y, como cada día laboral, el despertador suena a las siete de la mañana. Me despierta con la canción *Adventure of a lifetime* de Coldplay. Me levanto animada y empiezo a moverme, a bailar... porque este es el efecto que él provoca en mí. No me acuerdo del tiempo que hacía que no me despertaba tan contenta. Hoy tengo ganas de arreglarme y sentirme especialmente guapa, así que después de una buena ducha debajo del grifo de diseño a presión que me ha instalado Luisa, me quedo como nueva. Voy al vestidor y elijo un modelito sin mangas, con escote en pico, de color azul azafata; la parte de abajo, con rayas blancas, me llega por encima de la rodilla. Posee un diseño precioso, y, con unas sandalias en el mismo color azul y blanco, voy totalmente conjuntada. Hoy me rizo el pelo con un moldeador de esos profesionales carísimos, me suelto la melena, y ya estoy lista para salir.

Le mando un Whatsapp a Raquel, y quedo con ella en el Delius para desayunar como de costumbre. Hoy llego antes que ella y me siento en el mismo sitio de siempre... Para matar un poco el tiempo, cojo el periódico para informarme de lo que sucede por el mundo.

Me quedo absorta con la lectura, hasta que llego a la página de sucesos y veo algo que me llama la atención:

«Asesinado el señor Marco Pérez, secretario del Partido Popular, en el hotel Hilton de Valencia, durante la madrugada del viernes al sábado. Lo encontraron degollado en la habitación 111 del hotel...».

¡Madre mía, pero si se trata de aquel hombre que entró en la terraza para avisar a Alex de que tenía una reunión! Solo de pensarlo, me entran unos escalofríos que me recorren todo el cuerpo... Y entonces caigo en algo: Alex me dio la llave de su habitación y era la 112. ¡Joder, justo la de al lado! ¿Quién habrá podido hacer algo así? Me quedo pálida. Sigo leyendo, pero no

hay más detalles, simplemente que el caso está bajo secreto de sumario, como es lógico y normal.

—¡Hola, Sara! ¿Cómo estás? ¿Qué haces? ¿Leyendo un poco? —Raquel acaba de llegar y parece estar de buen humor.

—¡Hola, Raquel! ¿Qué tal? Sí, estaba haciendo tiempo hasta que llegaras. ¡Siéntate anda y mira esto! —De inmediato fija la vista en el periódico.

—¡Ostras! ¡Qué fuerte! Si fue el viernes por la noche en el Hilton y nosotras estábamos allí. Se me acaban de poner todos los pelos de punta. —No le cuento que Alex me dio la llave de la habitación de al lado. Ahora no quiero entrar en detalles.

—A mí también, ¿pedimos? —intento desviar un poco su atención.

Llamamos a la camarera.

—Lo de siempre, por favor —le dice Raquel cuando esta se acerca; hace tiempo que venimos y ya conocen nuestras preferencias.

—¿Qué te pasa? —le pregunto preocupada al notar que mi amiga tiene la vista clavada en un punto.

—Nada, qué me ha impactado la noticia. ¿Cómo puede haber alguien capaz de hacer algo así?

—No lo sé, algún loco, enfermo de la cabeza.

—Sí, creo que esa sería la mejor definición, pero si no te importa prefiero no seguir hablando de eso ahora, se me está quitando el hambre.

—Yo tampoco, la verdad...

—Bueno, pues cambio de tema... Ya es lunes y tienes algo que contarme, ¿no? Me lo prometiste. ¿Dónde estuviste? —Su expresión ha cambiado de repente, ahora está risueña y divertida...

—Estuve con Alex en la terraza del ático, en el hotel, tomando una copa.

—¿Y quién es Alex? —pregunta extrañada.

—Alex, mi vecino.

—Me muero. ¿Tu vecino, el macizo? ¿En serio? Pero ¿qué me he perdido yo? —sonríe sin parar a la vez que pone cara de sorpresa.

—Nos encontramos por casualidad y tomamos una copa en la terraza. Es encantador...

No le doy más detalles, aunque ella sigue preguntando insistentemente, divago un poco, pero es que a mí no me gusta hablar de mi intimidad con nadie, es demasiado personal.

—Raquel, tenemos que irnos ya al despacho, hoy tengo una reunión a

primera hora con Pedro.

—Sí, pero luego sigues contándome más, ¿eh?

—Sí, vale.

«Uf, esta mujer no se rinde nunca».

Llegamos a las oficinas de Tessa, donde Pedro me está esperando en la sala de reuniones. Abro la puerta y me lo encuentro con el mismo aspecto de siempre, el semblante serio y el pelo negro repeinado hacia atrás. Parece envuelto en un aire de misterio, y resulta casi imposible descifrar lo que estará pasando por su cabeza. Tiene cuarenta y dos años, es muy atractivo y está soltero, pero resulta aburrido como él solo. Y algo extraño, su mejor cualidad es ser el mejor en su trabajo, algo en lo que se deja la vida. La lealtad y la eficacia son sus mayores virtudes. Su peor defecto, desgraciadamente, es que no empatiza mucho con las personas. Se trata de un hombre muy reservado, y su seriedad a veces le juega malas pasadas. Pero no le doy demasiada importancia a eso, ya que es una persona imprescindible para esta compañía. Llevamos cinco años trabajando juntos, y durante ese tiempo hemos cosechado muchos éxitos. Los dos nos admiramos profundamente, por lo que hacemos un buen tándem.

—¡Sara, buenos días! —me saluda con su voz ronca, rompiendo el silencio de la sala—. Tenemos en primicia la compañía World Times de Londres —continúa mientras tomo asiento—. Aquí te dejo el dossier que te he preparado con todos los detalles. Quiero ir agilizando el tema, qué vamos muy mal de tiempo.

—Ok, te sigo.

—Es una compañía que tiene serios problemas económicos para sostenerse, y le están saliendo compradores hasta de debajo de las piedras. Me he permitido el atrevimiento de concertarte una reunión, en concreto una comida, a las dos del mediodía con el presidente: el señor Martín Espinosa que, por cierto, es español. La comida será en el hotel The Savoy de Londres y eres la primera empresaria con la que va a reunirse. ¿Qué te parece?

—Pues me parece que si voy a ser la primera... debería ser la primera y la última. ¿Mi vuelo está preparado?

—Tienes que salir dentro de treinta minutos. Ya tengo toda la documentación necesaria para que prepares la reunión durante el trayecto.

—De acuerdo, llamaré a Raquel y que lo disponga todo; no quiero dejar pasar esta oportunidad. Y, por favor, Pedro, tienes que investigar la vida privada del señor Martín: sus gustos, preferencias, dónde estudió... Todos los detalles que puedas encontrar sobre su vida personal; es algo realmente importante. Por favor, envíame un correo en cuanto lo tengas.

Salgo de la sala de reuniones como un rayo y voy directa al despacho de Raquel.

—Raquel, tengo que salir en menos de media hora para Londres —le digo al abrir la puerta—. ¿Tengo ropa suficiente en el armario de la oficina para este viaje exprés de dos días?

—Tienes de sobra, eres muy previsora —sonríe—. Te preparo la maleta ahora mismo, no te preocupes por nada.

—Perfecto. Acabaré de hacer unas llamadas desde tu despacho y me iré dentro de veinte minutos.

El avión privado sale a la hora prevista. Cuando ya estoy sentada, saco el dossier que me ha preparado Pedro y el portátil. Me doy cuenta de que, con las prisas, me he dejado el móvil encima de la mesa del despacho. ¡Ups! Bueno, por lo menos podré comunicarme con Pedro y Raquel por correo electrónico. Ya me encargaré de ese asunto cuando llegue allí... No es importante.

En las dos horas y media de vuelo, me aprendo a la perfección la estructura de la compañía, dejando para el final los detalles de su vida privada. Es algo primordial en una negociación, ya que podrían radicar ahí sus puntos débiles. Empiezo a leer: cuarenta años, sin hijos, recién divorciado. Al parecer su matrimonio se fue al traste por un desgaste de la relación, y su mujer está interponiendo duras demandas para sacarle hasta el último céntimo a ese pobre hombre; mmm..., es posible que se encuentre inestable emocionalmente. Presa fácil para una mujer como yo, con carita de niña, pero muy audaz en los negocios.

Por fin llego al hotel... Suerte que en Londres hay una hora menos que en España y me da tiempo a darme una ducha rápida y a ponerme un elegante vestido negro conjuntado con unas sandalias de tacón. Me maquillo a la perfección, dándome un toque final con un labial de color rojo intenso, y bajo con rapidez... Son cerca de las dos; menos mal que me hospedo en el mismo hotel donde tenemos la reunión.

Cuando llego al restaurante, viene a recibirme un hombre de traje negro con camisa blanca que parece el *maître*.

—¡Buenas tardes! Tengo una cita con el señor Martín Espinosa.

—¡Buenas tardes, señorita! Sí, acompáñeme, por favor. —El *maître* habla español. Eso da gusto.

Lo sigo hasta la mesa donde se encuentra sentada mi cita; está en una habitación privada a la que solo tienen acceso los camareros. Veo que el señor Espinosa ya está acomodado y relajado, tomándose lo que parece un *Martini* blanco. Cuando me ve entrar, arquea las cejas y me mira con cara de asombro. Me da un repaso con la mirada de arriba abajo... Es lo que suele ocurrir con los hombres divorciados, que ven a una mujer alta y rubia, con un vestido un poco provocativo, y se convierten en depredadores.

—La señorita Sara Larson, ¿verdad?

—Sí. ¡Buenas tardes! ¿El señor Martín Espinosa? —Mueve la cabeza para darme una respuesta afirmativa—. Un placer conocerle. —Le tiendo la mano y nos damos un fuerte apretón.

—El placer es mío. ¿Le parece bien que nos tuteemos?

—Claro, como gustes... En realidad somos demasiado jóvenes para tratarnos de usted; no sé si de edad, pero de espíritu, seguro. —Nos reímos los dos con el comentario. Bueno, parece que he empezado con buen pie... ¡Vamos allá!

—Si quieres podemos pedir primero y ya hablaremos de negocios después... —sugiere algo despreocupado.

—Me parece perfecto. ¿Conoces este sitio?

—Sí, lo frecuento mucho. Realizo aquí muchas comidas de negocios.

—Pues estoy pensando que posiblemente elegirás los platos mejor que yo, así que lo voy a dejar en tus manos —propongo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Entonces, ¿te fías de mí? Pues haces bien. Voy a pedir varias exquisiteces en plan degustación, estoy seguro de que alguna te gustará.

La comida se desarrolla como si fuéramos dos amigos de toda la vida. Se nota mucho que tiene necesidad de afecto, y yo me aprovecho de esa debilidad para hacerle sentirse a gusto conmigo.

Sin darnos cuenta, la comida se alarga hasta las ocho y media de la tarde... Me expone toda la situación por la que está pasando la compañía, dejando patente que no quiere venderla a cualquier empresa, pero, sobre todo lo que más claro tiene es el precio que quiere obtener por ella. Aunque me parece justo lo que está pidiendo, mi objetivo es siempre rebajarlo al máximo posible. Le hago una oferta bastante atractiva, consciente de que sabe de sobra que en Tessa estará en buenas manos. Finalmente, me dice con sinceridad que quiere pensarlo, pero que mañana tendrá una respuesta por su parte. Nos despedimos con camaradería. Cuando se marcha, subo a mi habitación.

La verdad es que durante toda la comida hemos bebido algo más de la cuenta y necesito descansar un poco, mandar unos correos a Pedro y a Raquel con el resumen de la operación y tirarme en la cama, o simplemente no hacer nada. Enciendo el portátil para acabar lo antes posible, sin pararme a mirar la bandeja de entrada. Aunque tengo algunos *emails* de Raquel, decido que los leeré más tarde; necesito tomarme un respiro.

Ya me he puesto el pijama y estoy mirando el techo desde la cama, cuando me viene a la mente mi dios griego.

«¡Vaya fin de semana más maravilloso que he pasado!».

Desde que estuvimos juntos el viernes y el sábado, no he sabido nada de él. Ahora lo llamaría... Me gustaría hablar con él, pero desgraciadamente me dejé la tarjeta y el teléfono encima de la mesa, pues pensaba grabarlo en la agenda, sin embargo, con tantas prisas, al final no lo hice. Y tampoco le di el mío, así que me resigno pensando que mañana será otro día.

Llaman a la puerta de mi habitación, y miro el reloj; ya son las diez de la noche.

—¿Sí? ¿Quién es? —pregunto alzando la voz.

—Servicio de habitaciones —contesta una voz masculina en perfecto español.

Pero si yo no he pedido nada... Como si me quedara hueco para algo con todo lo que he comido antes. A lo mejor es cortesía del hotel. No voy a hacerles el feo, que lo dejen encima de la mesa y listo.

Abro la puerta y veo ahí de pie a Alex, con una sonrisa arrebatadora, muy guapo con una ajustada camiseta negra de manga corta y unos vaqueros Levi's azul oscuro. Está increíblemente sexy así vestido.

—¡Hola, preciosa! Qué difícil es dar contigo...

Me derrito al instante, me abalanzo sobre él y le doy un abrazo. ¡Oh, Dios cómo huele! Me abraza y me levanta, por lo que pongo las piernas alrededor de su cintura. Atraviesa la sala de estar y me lleva hacia dentro, directa al dormitorio. Se sienta sobre la cama, conmigo encima.

—¿Cómo me has encontrado? —le pregunto mirándolo a los ojos. Todavía no me puedo creer que esté aquí conmigo—. Esto sí que es una sorpresa, la mejor de las sorpresas.

—Como no me llamaste, decidí intentar dar contigo a través de tu empresa, así que hablé con una tal Raquel. Ella me ha contado que te habías dejado el móvil y que habías tenido que marcharte pitando por un negocio urgente a Londres. Como soy muy persuasivo, conseguí que me dijera dónde te alojabas. Tenía muchas ganas de verte y valía la pena venir hasta aquí para estar contigo.

—Yo también tenía muchas ganas de verte, pero como no tenía tu teléfono, no podía llamarte. De todas formas, he acabado la reunión hace muy poco.

—¿Y cómo ha ido?

—Mañana tendré una respuesta. Confío en que todo vaya bien.

—¿Sabes qué estás preciosa?

—Pero si estoy en pijama, aunque hoy es blanco —ríe entre dientes.

—Este me gusta más, se te trasparenta mire por donde mire —sonríe con cara picarona.

De repente, me viene a la mente el nombre de Marco.

—Otra cosa, he leído en el periódico que el hombre que entró en la terraza para avisarte, Marco, ha sido encontrado muerto en la habitación que estaba justo al lado de la tuya.

—Sí, una tragedia, pero no tengo ningún detalle sobre el tema. El miércoles es el entierro. La policía ha abierto una investigación, pero de momento no sé nada más.

—¡Uf, se me ponen los pelos de punta! —exclamo al tiempo que me miro el vello del brazo.

—Normal, a mí también, pero ahora no quiero hablar de eso. —Noto que el tema le afecta y no sigo hablando de ello.

—Oye, me gusta mucho cómo vas vestido, estás muy guapo. Hasta ahora solo te había visto de traje...

—Pues a mí, tú me gustas más sin ropa —replica con expresión traviesa.

Como estoy sentada encima de él, me desliza la mano por debajo de la nuca y me aparta el cabello con cuidado, dejándome el cuello al descubierto. Cierra los ojos y, con un gruñido, comienza a besármelo muy despacio, pero con mucha intensidad. Oigo su respiración cada vez más agitada, cada vez más entrecortada... Noto que está desbordado por el deseo que siente por mí, cuando de repente, acerca los labios a mi oreja

—¡Voy a hacerte el amor! —me susurra.

—¡Ah! —gimo.

Se queda mirándome con esos ojos penetrantes que tanto me gustan mientras se acerca a mí para posar sus labios suaves sobre los míos. Me los besa despacio, con deseo. Quiere saborearlos, quiere disfrutarlos. Sus besos se vuelven cada vez más apasionados, más intensos... haciéndome sentir el deseo que le envuelve. Me tumba sobre la cama y me quita la ropa antes de desnudarse con rapidez. Luego se pone encima de mí, se abre paso entre mis piernas y va hundiendo su erección en mi interior poco a poco. Mientras tanto, no deja de besarme.

—¡Estoy loco por ti! —me susurra al oído, consiguiendo que me derrita entre sus brazos, como cada vez que hace eso. Hoy parece que me está haciendo el amor con delicadeza, con ternura... Hoy está siendo diferente. Sigue dejándose llevar por un ritmo delicioso, lento, pausado, hasta que me levanta los brazos por encima de la cabeza y me sujeta las muñecas con fuerza para que no pueda moverme. Tiene un modo de inmovilizarme, de apretarme contra él... que resulta muy dominante, le gusta poseerme con fuerza, como si fuera suya, solo suya. Le envuelve un aura de dominio que me atrapa...

«¡Oh sí, mi dios griego! Soy tuya, toda tuya».

Pasamos un buen rato disfrutando el uno del otro, llegando a unos límites de excitación que no había experimentado antes, hasta que alcanzamos juntos el clímax. Me rodea con los brazos con firmeza y nos quedamos dormidos toda la noche.

Por la mañana, me despierta temprano el teléfono de la habitación, miro hacia el otro lado de la cama y veo que Alex está totalmente dormido.

—¿Diga?

—Sara, soy Pedro. Me ha llamado el señor Martín y va a aceptar nuestra oferta.

—¿No me digas? Eso son muy buenas noticias.

—Sí, lo son. Ya me ha mandado toda la documentación. El viernes vendrá a

Tessa, a firmar todos los documentos necesarios. También me ha dicho que pasaría por el hotel para despedirse de ti.

—¿Por aquí? —«¡Joder!, ahora no, que estoy con Alex»—. Vale, gracias Pedro. Dentro de unas horas sale mi vuelo; nos vemos pronto.

Cuando cuelgo el teléfono me quedo mirando al hombre desnudo que tengo a mi lado. La sabana se ha deslizado por debajo de las rodillas y lo estoy contemplando embobada.

—¿Qué estás mirando, perversa? —dice de repente, sobresaltándome. ¡Uf, qué cara tiene recién despertado! ¿Cómo es posible que esté tan increíblemente guapo como para comérselo?

—Al hombre que tengo aquí, a mi lado. —Lo devoro con los ojos, como una leona a su presa.

—¿Y te gusta lo que ves? —Su voz se ha vuelto sensual.

—Lo que veo, me vuelve loca.

—Anda, ven aquí. —Intenta cogerme, divertido.

Suena el timbre de la habitación.

—Alex, debe ser el señor Martín que ha venido para despedirse de mí. Solo será un segundo, ¿vale? Quédate en la habitación, por favor. —Él se pone serio y asiente con la cabeza.

—¡Un momento! —grito para que me oigan desde fuera—. ¡Abro enseguida!

Me pongo algo lo más rápido que puedo, concretamente el pijama blanco y una bata del mismo color. Atravieso la salita con grandes zancadas desde la habitación, hasta que abro la puerta.

—¡Hola, Martín! —Estoy sin aliento.

—¡Hola, Sara! ¿Cómo estás? Supongo que ya sabrás que he aceptado tu oferta; he venido a despedirme de ti.

—Sí, ya me han informado y has tomado la decisión correcta. En Tessa, ya sabes que estará en buenas manos.

—El viernes voy a Valencia para firmar toda la documentación, aunque ya he enviado el documento de cesión. Oye, una cosa, ¿me preguntaba si te gustaría salir a cenar o a tomar una copa conmigo cuando esté allí?

—Mmm..., ya te lo confirmo el viernes. No sé cómo tengo la agenda, ya sabes que voy un poco liada.

—¡Eh, no pienso aceptar un no por respuesta! —Me río, pero no coqueteando, me río en plan «¡Lo llevas claro, chaval!», aunque creo que él se lo toma de otra manera.

—Pues nada, Martín, te voy a dejar que dentro de un rato sale mi vuelo y tengo que prepararlo todo. ¡Nos vemos pronto!

—Hasta luego, preciosa. —Le doy dos besos y cierro la puerta.

«¡Uf!, ¿pero este qué se ha creído? ¿Preciosa? Ni que me tuviera en el bote, yo solo quería que me entregara su empresa y ya la tengo, así que, *bye, bye, nene*».

Entro en la habitación y miro a Alex, que tiene la mirada clavada en un punto fijo y los labios apretados, parece enfadado. Seguramente ha escuchado todo lo que he estado hablando con Martín.

—¿Qué te pasa? —le pregunto con cierta preocupación.

No me contesta, así que insisto.

—¿Me puedes decir qué te pasa? —Sigue sin responder, pero ahora me mira fijamente a mí como si quisiera atravesarme con la vista, como si fuera Cíclope de los X-Men.

—¿Preciosa? ¿Cómo que preciosa? —Parece realmente enfadado. Definitivamente ha oído toda la conversación. Me acerco a él, quiero acariciarle la cara para tranquilizarlo, pero me aparta la mano con desdén. Me gira bruscamente y me quita la bata que me he puesto para recibir a Martín, después me arranca la camiseta y el *culotte* con rabia, me coge del brazo y me lleva delante de la cama.

—¿Qué haces? —pregunto extrañada, aunque no obtengo ninguna respuesta.

Me pone de rodillas en el suelo de moqueta, obligándome a apoyar los brazos en el diván que está pegado a la cama. Luego deja caer su cuerpo desnudo sobre mis nalgas y mi espalda, arqueándose conmigo. Acerca las manos a mis pechos y los aprieta, pellizcándome los pezones sin parar... se deleita con ellos. Por fin, me agarra el culo y lo acaricia un poco antes de apretarlo con fuerza hasta que me separa las piernas y hunde su erección dentro de mí con violencia. Empuja hasta el fondo, cada vez más fuerte. Lo hace tan salvajemente que estoy sintiendo un poco de dolor.

—Alex, ¿qué te ocurre? Me haces daño. —Está claro que ahora no me está haciendo el amor. ¿Qué le pasará? Yo me giro para mirarle y veo su cara totalmente desencajada. ¿Está enfurecido?

—¡Quieta! —me ordena, y yo obedezco. ¿De verdad quiero saber hasta dónde va a llegar con esto?

Me desliza la otra mano por el pelo y, enroscándolo entre los dedos con mucha habilidad, tira de él para que deje de mirarlo. Después acerca la boca a

mi cuello y se pone a besarlo y a chuparlo. Está preso de la pasión.

—Eres mía, solo mía... ¡Dilo! —me susurra al oído tirándome más de pelo.

Pero ¿qué le ocurre? ¿Esto es por qué está celoso? Está dejando claro que es un hombre que no quiere que nadie toque lo que es suyo, pero ¿es esto necesario?

—Soy tuya, solo tuya —respondo para tranquilizarlo, pues tengo muy claro lo que siento por él. Entonces se vuelve loco, empieza a jadear muy fuerte, casi gritando por el placer que siente. Empieza a convulsionar y se corre con rapidez dentro de mí.

«¿Qué ha sido esto? ¿Un arrebató del momento?», pienso, confusa por lo que acaba de ocurrir mientras él me coge en brazos y me levanta. Tiene tanta fuerza que me siento como una pluma entre sus brazos. Me tumba sobre la cama y se pone encima de mí. Empieza a besarme, deslizando sus húmedos labios hasta mi cuello.

—¡Quiero que seas mía! —susurra con la voz entrecortada—. ¡Solo yo te llamo preciosa! —Me siento muy desconcertada por la actitud posesiva que acaba de mostrar, pero ¡cómo me pone cuándo me hace eso!

—¡Ah! —gimo.

—¡Sara, eres tan guapa! —sigue murmurando en mi oído sin parar, haciendo que me olvide de todo—. ¡Dios, cómo te deseo!

Su expresión ha cambiado. ¿Se ha desahogado y ahora está más calmado? Baja la mano hasta mi sexo y mete uno de sus dedos dentro empezando a moverlo dentro y fuera enérgicamente. Cada vez estoy más cerca del límite, me está volviendo loca de deseo cuando, sin sacar el dedo de mi vagina, me lame los pezones, gimo sin parar... Al acabar con ellos, va directo a mi clítoris, que aprieta con la lengua antes de ponerse a trazar círculos sobre él.

«¡Oh, Dios mío..., qué lengua más prodigiosa tiene! Eros, sigue, sigue, no pares», me digo a mí misma en mi cabecita perversa. Me pierdo en el placer cuando lo succiona y mete un segundo dedo, que hunde con fuerza en lo más profundo de mi interior. ¡Dios mío, quiero gritar! Él sigue y sigue sin descanso hasta que no puedo aguantar más y me corro con un orgasmo brutal.

Se acerca a mí y me rodea con los brazos, sin soltarme. Me abraza y me estrecha con una ternura que me deja completamente desconcertada.

—¡Estoy loco por ti, amor mío! —susurra, acercando la boca a mi oreja.

—Y yo por ti —musito mientras noto su aliento.

¿Amor mío? ¿He oído bien? ¿Soy su amor? Mi cabeza no para de darle

vueltas a lo que acabo de escuchar... Me siento confusa. Lo que está claro, es que es capaz de hacerme el amor con delicadeza, con toda la ternura del mundo, pero también es obvio que hay una parte oscura dentro de él que lo convierte en una bestia. ¿Quién de los dos es en realidad? ¿O simplemente son los dos en uno? No puedo evitar hacerme esa pregunta. No lo conozco lo suficiente, pero ¿acaso importa? Los dos me vuelven loca. Menuda manera tiene de follar... Jamás, en los treinta y dos años que tengo, me habían excitado de esta manera. Es increíblemente bueno en la cama; disfruta haciéndome disfrutar, algo muy difícil de encontrar en un hombre.

—¿Qué piensas? —me pregunta, intentando descifrar mi agitado silencio.

—No sé, no conozco mucho de ti —contesto—. Solo estoy inquieta y me gustaría averiguar un poco más de tu vida.

—Pregúntame lo que sea, ¿qué te gustaría saber?

—¿Qué situación tienes ahora personalmente?

—Estoy con una mujer preciosa, estoy contigo.

—Pero ¿has estado casado alguna vez? ¿Alguna relación? ¿Tienes hijos? —Arquea las cejas a la vez que mueve la cabeza negando.

—¡Cuántas preguntas! Vale, vale... voy a intentar contestar a todas. A ver, no, no estoy casado, no tengo hijos, pero sí, sí que he tenido alguna relación. Alguna más larga que otra. Mi profesión requiere mucha dedicación y generalmente mis parejas no han aguantado que pase más tiempo en el trabajo que con ellas. ¿Algo más?

—Er..., bueno, no por el momento.

—¿Y tú qué me cuentas?

—Tú ya estás informado de toda mi vida, ¿no?

—No es cierto, solo sé a qué te dedicas y que no eres una psicópata.

Suelto una carcajada.

—Mira que eres... —hago una pausa y sigo—. Nunca me he casado, aunque estuve a punto de dar el paso, me arrepentí en el último momento. Esa fue la relación más importante que tuve. Luego nada que merezca la pena. Me pasa un poco como a ti; dedico mucho tiempo al trabajo y eso hace que las relaciones no acaben de funcionar. Bueno, eso y que tampoco he sentido nada fuerte por nadie. Algo extraordinario, que me haga sentir mariposas por todo mi cuerpo. —Me invade una cierta melancolía al pensarlo... Ahora mismo acabo de darme cuenta de algo: «Jamás me he enamorado de nadie».

—¿Nunca? —pregunta extrañado.

—Bueno, solo contigo —confieso con una sonrisa a la vez que le miro a los ojos.

—Claro, solo conmigo. Eso me lo dices ahora, porque estoy aquí. —Parece que no me cree.

—No, eso te lo digo porque es verdad y, por cierto, quedan dos horas y media para que salga mi avión.

—Dos horas son mucho tiempo... —sonríe con picardía—. ¿Te apetece bañarte conmigo?

—Claro, me encantaría.

Se va hacia el cuarto de baño, y enseguida escucho el ruido del agua cayendo sobre la bañera. Cuando se mete dentro, me llama para que vaya. Al verme aparecer completamente desnuda, me contempla con una expresión embelesada en su cara perfecta mientras me estudia de arriba abajo...

—¿Qué estás mirando? —pregunto con curiosidad.

—A ti... Eres impresionante... Tienes un cuerpo precioso. Tus piernas son largas y torneadas... Y tus pechos, ¡Dios mío, son perfectos! Tienes una cara increíble con esos ojos grandes de color miel, esa mirada penetrante y esa naricilla respingona; no hay nada en ti que no me atraiga. No me canso de mirarte.

Me ruborizo rápidamente al escucharlo, y siento como me sube un ardor sofocante a las mejillas.

—Me alegro de que te gusten mi cuerpo y mi cara —le digo con cierta timidez—. A mí también me gustas mucho. Practicas natación, ¿verdad?

«¡Oh, mi dios griego!, tu cuerpo sí que debería estar en un museo».

—Sí, desde que era muy pequeño... Ven aquí conmigo, anda. —Me acerco en respuesta a su ansiedad, y me siento con él en la bañera. Aunque noto que está muy excitado, solo me enjabona y me acaricia de pies a cabeza con ternura.

El baño es relajado, y conversamos sin parar. Básicamente hablamos de cómo han sido nuestras vidas. Él me cuenta cómo llegó a dedicarse a la política, y yo, cómo fundé mi propia compañía. Empezamos a querer saber más el uno del otro, como en cualquier pareja que acaba de comenzar una relación.

Después de vestirnos, salimos del hotel a toda prisa para ir al aeropuerto, donde nuestros respectivos aviones salen a la hora prevista.

Cuando aterrizamos en Valencia, cojo un taxi y me voy directa a la oficina. Al llegar al despacho, voy a buscar el teléfono y lo primero que hago, es añadir a Alex a la lista de contactos.

Alex: «¡Por fin, preciosa, ahora ya no te me escapas...!».

Yo: «No pensaba hacerlo. Además, sabes dónde encontrarme. Soy tu vecina, ¿recuerdas?».

Alex: «Lo sé, y me encanta. Por cierto, ¿qué haces el sábado? ¿Te apetece acompañarme a una cena de trabajo? Le quieren hacer un homenaje a Marco».

Yo: «¿Quieres que te acompañe?».

Alex: «Me encantaría».

Yo: «Pues vale. ¿Es de gala?».

Alex: «Sí, tienes que ir arreglada».

Yo: «Perfecto. Intentaré estar a la altura».

Alex: «Preciosa, siempre lo estás».

Yo: «Un beso».

Alex: «Otro para ti».

Por lo que me ha estado contado Alex, ha sacrificado parte de su vida personal por su dedicación a los estudios y al deporte. Me parece un hombre muy perseverante e inteligente, ya que se licenció en derecho y económicas con matrícula de honor. Vamos, que además de ser guapísimo, es un cerebritito. Después, realizó un postgrado en derecho constitucional, casi nada... Toda la vida estudiando sin parar y ahora tiene un cargo político muy importante en el Partido Popular de Valencia, algo muy merecido. Su despacho está situado en el palacio de Fuentehermosa en Valencia, también conocido como el palacio del Marqués de Castellfort, proyectado por el arquitecto Joaquín María Arnau Miramón, en la Calle Caballeros. Ese palacio es espectacular; consta de planta baja, entresuelo y tres pisos altos, con miradores poligonales en las esquinas del piso principal. Lo que más destaca del interior es el lujoso zaguán con la escalinata de mármol blanco, que queda iluminada por una claraboya cenital. Como lugar de trabajo es todo un lujo, al alcance de muy pocos.

Cuando Alex llega a la sede, se queda extrañado al ver a dos policías merodeando por la entrada del palacio. Uno de ellos es más bien corpulento, de unos cincuenta años, con el pelo negro y algo desaliñado. Lleva un bigote descuidado y luce una expresión muy seria. El otro policía —más joven, de unos treinta años— se ve mucho más atlético y lleva el pelo rubio muy repeinado con un tupé a la moda, aunque parece algo inexperto.

—¿Es usted el señor Alejandro Casas? —le pregunta el policía experto al verlo entrar.

—Sí, soy yo. ¿Sucedó algo? —contesta Alex, sorprendido.

—Yo soy el sargento Ernesto López. —Le tiende la mano a la vez que se presenta—. Me gustaría hacerle unas preguntas.

—¿Unas preguntas sobre qué?

—Nos gustaría hablar con usted en privado, si no le importa.

A su alrededor hay gente de la sede que entra y sale continuamente, pero el sargento, siguiendo los procedimientos, prefiere llevar a cabo el interrogatorio en otro lugar más cómodo, donde puedan disfrutar de algo más de intimidad.

—Está bien, pueden venir a mi despacho. Está al subir por estas largas escaleras, al final de la sala que nos encontraremos a continuación. ¡Sígueme!

Cuando suben a la planta de arriba se encuentran con la secretaria de recepción y una gran cantidad de puertas que llevan a los despachos de todos los consejeros de la presidencia. Alex les va guiando hasta el suyo, y por fin se topan con una puerta de madera de color marrón oscuro, con un letrero que pone: «Señor Alejandro Casas. Conseller de Economía».

—Es aquí. Ya pueden pasar. —Alex no está nervioso, aunque su actitud es fría y distante—. Pueden tomar asiento —ordena.

El sargento y el ayudante se sientan en las dos sillas que tiene justo delante de su mesa y, como de costumbre, él se sienta en su silla de trabajo, de esas que tienen el respaldo alto, acolchado, de estilo moderno y color negro.

—Bueno, pues ustedes dirán. ¿En qué puedo ayudarles? —Lo pregunta con amabilidad, pero está claro que se siente incómodo por la presencia de estos policías en su despacho.

El sargento López, no vacila, y va directo al grano sin andarse con rodeos.

—Supongo que estará enterado de la muerte del señor Marco Pérez.

—Sí, claro, era el secretario del partido. Mañana es el entierro —contesta Alex, algo distraído.

—Hemos sabido que usted se hospedaba en la habitación 112, justo en la

habitación al lado de donde sucedió todo.

—Sí, así es —confirma sin darle ninguna importancia al dato a la vez que se encoge de hombros y tuerce un poco los labios.

—¿Oyó algo? ¿Algún ruido? ¿Algún grito? ¿Vio algo sospechoso? ¿Algo qué nos pueda servir de ayuda para la investigación? —insiste el sargento mirándole de forma desafiante, como si intentara intimidarlo.

—No, la verdad es que no vi ni oí nada.

—¿A qué hora subió usted a su habitación? Sabemos que era uno de los invitados del evento que se celebró en el hotel.

—Yo subí sobre las tres de la mañana aproximadamente.

—¿Y más o menos a qué hora se durmió?

—La verdad es que no dormí esa noche en la habitación —reconoce finalmente algo inquieto, tras estar callado unos segundos.

—Pero usted reservó esa habitación, ¿no?

—Sí, pero...

—Entonces —lo interrumpe el sargento sin dejarlo acabar—, ¿por qué cogió una habitación en un hotel, si no pensaba dormir en ella? —Su tono es áspero y algo elevado.

—Bueno, es mi costumbre cada vez que me invitan a un evento. Siempre reservo una habitación, por si me paso bebiendo y no me apetece volver a casa.

—Por eso o... por si le sale algún plan femenino, ¿no? —insinúa el sargento intentando acorralarlo.

—¡No creo que eso sea asunto suyo! —replica Alex, elevando la voz más de lo normal, un poco nervioso.

—En estos momentos sí lo es, puesto que ha habido un asesinato.

La conversación empieza a ponerse tensa...

—¿Acaso soy sospechoso? —pregunta molesto e indignado a la vez que gesticula con las manos.

—De momento no, pero por su bien es mejor que colabore con nosotros en todas las preguntas que le hagamos; así será más rápido y más fácil para todos.

—A la pregunta anterior, simplemente decirle que siempre cojo la habitación por los motivos que le he dicho; nunca se sabe en ese tipo de fiestas. Puede que conozca a alguien que me guste y sí, que acabemos allí.

—¿Por qué no durmió en la habitación esa noche? Ha dicho que subió a la habitación a las tres de la mañana. ¿A qué subió?

—Bueno, subí porque había quedado allí con alguien, pero como no estaba, me fui a casa.

—¿Quién era esa persona? ¿Podría contrastar lo que usted está diciendo?

—Sí, claro, su nombre es Sara Larson. Es la presidenta de la compañía Tessa.

—¿Y qué hizo después al ver que la señorita Larson no estaba?

—Esperé un rato en la habitación hasta las cuatro menos veinte de la mañana aproximadamente y después me marché a mi casa —Alex se empieza a sentir alterado de nuevo—. ¿Alguna pregunta más? Soy un hombre muy ocupado y me esperan en una reunión.

—No, por ahora. Gracias por su tiempo y por su colaboración —dice el sargento, a la vez que mira fijamente a Alex, intentando analizar su comportamiento no verbal—. Es posible que volvamos a hablar con usted muy pronto. ¿Nos podría facilitar su número de teléfono por si tenemos que llamarle?

—Sí, como no. Aquí les dejo mi tarjeta para cualquier cosa que necesiten.

Sin decir nada más, el sargento y su ayudante salen a toda prisa del palacio y, cuando suben al coche patrulla, se miran pensativos y dubitativos.

—¿Qué opina sargento?

—El político oculta algo. ¿No lo has visto? Se ha alterado demasiado con las preguntas que le hemos formulado. Mañana le haremos una visita a esta señorita, a ver que nos cuenta, o mejor vayamos ya a su empresa, no quiero dejar pasar más tiempo. —El ayudante asiente con la cabeza y se marchan con el coche a toda prisa.

Estoy en mi despacho cuando llaman a la puerta.

—¡Adelante! —digo sin saber quién es...

—¡Nena, felicidades! —Entra Raquel como una apisonadora—. He visto tu correo y ya me ha avisado Pedro. El viernes se cierra la operación. —Su sonrisa irradia felicidad, está muy emocionada.

—Sí, ha ido muy bien, pero ya sabes que hasta que no se firme todo, yo no voy a celebrar nada —ríe entre dientes.

—La cesión ya la tenemos, y el resto es pan comido.

—Irà todo bien, ya verás.

—¡Seguro! Oye cambiando de tema, te he enviado unos cuantos correos.

—Lo sé; aún no he podido leerlos. Iba a hacerlo luego.

—Te llamó tu vecino, el macizo..., y le dije que estabas en Londres, de viaje de negocios. Te llamé al hotel e intenté preguntarte por *email* si podía decirle dónde te alojabas, pero como no di contigo, me tomé la libertad de decírselo. Igual ha sido un error hacerlo, y he estado muy preocupada por si te enfadabas conmigo. Pero fue muy insistente; se notaba que tenía ganas de verte, así que al final se lo dije. —Me mira con carita de cordero degollado, qué mona...

—No estoy enfadada. Estoy encantada de que lo hicieras. —Se abalanza sobre mí y me abraza.

—Menos mal, me has quitado un peso de encima.

Suena el teléfono de la oficina por la línea tres.

—¡Hola, Ana! Dime.

—Señorita Larson, tengo aquí en recepción a unos policías que quieren hablar con usted.

—¿Unos policías? —¿Qué habrá pasado?—. Acompáñalos a mi despacho, por favor.

—Enseguida.

—Raquel, ahora mismo han llegado unos policías que quieren hablar conmigo. Luego seguimos.

—¿Policías?

—Raquel, luego hablamos. —Estoy tan nerviosa que prácticamente la echo de mi despacho.

Llaman a la puerta y Ana asoma la cabeza.

—Señorita Larson, los agentes de policía.

—¡Qué pasen! —ordeno, alzando un poco la voz.

—¡Hola! ¿Es usted la señorita Sara Larson?

—Sí, yo soy. ¿Sucede algo? —¿Qué hacen ellos aquí? Es la primera vez que unos policías entran en estas oficinas... Tiene que haber pasado algo grave. Pero ¿de qué quieren hablar conmigo?

—Soy el sargento Ernesto López, y él es mi ayudante, Jose Martínez.

—Encantada, pero... Jose, tú eres el hermano de Carla, ¿no? —le pregunto dirigiéndome a él.

—Sí —contesta con timidez, manteniendo las distancias. Carla es una amiga que tengo de la infancia y sabía que su hermano pequeño estaba estudiando

oposiciones para Policía Nacional, por lo que parece ya las ha sacado.

—Disculpe señorita Larson, como ya sabrá, de la madrugada del viernes al sábado, asesinaron al señor Marco Pérez.

«Vaya, es eso...».

—Sí, me enteré leyendo el periódico, luego ya salió en televisión, en las noticias...

—¿Puede contarnos qué hizo esa noche y con quién estuvo?

—Er..., bueno, sí. Fui al evento sobre las once de la noche. La cena ya había terminado y llegué para el baile.

—¿Por qué llegó tan tarde?

—Tuve un problema en la compañía y tuve que venir a las oficinas. Me retrasé un par de horas porque no fui hasta que lo solucioné.

—Siga, por favor —dice el sargento, atento a lo que estoy contando.

—Después de llegar, me encontré con mi vecino, el señor Alejandro Casas y tomamos una copa en la terraza del ático del hotel. Después me marché a casa.

—¿Usted y el señor Casas mantienen una relación de pareja?

—Bueno, aún nos estamos conociendo, no puedo decir todavía que seamos una pareja.

—¿Sabía usted que se alojaba el señor Casas en la habitación 112 del hotel?

—Sí, me dio una llave de su habitación para que subiera, pero como estaba reunido con el presidente, no quería estar ahí esperándolo un tiempo indeterminado. Así que me tomé otra copa sola en la terraza y después el camarero me acompañó a la salida. Posteriormente me marché a casa.

—Perdone que vuelva a insistir, pero ¿seguro que no subió a la habitación?
—pregunta, incrédulo.

—Seguro. El camarero de la terraza estuvo conmigo todo el rato que permanecí sola. Me trajo una copa y después tuvo la amabilidad de acompañarme a la salida. Se lo pueden preguntar a él, si quieren.

—De acuerdo. ¿Algo más que quiera contar?

—No hay nada más que contar, eso es lo que hice durante toda la noche.

—Después se fue a su casa, ¿no?

—Sí, así es. Me llevó Pol, el chófer de la limusina que llevaba.

—¿Durmió sola esa noche?

—No, dormí con el señor Casas. —Estas preguntas ya empiezan a incomodarme, pero no me queda otra que contestar.

—¿Y a qué hora llegó él a su casa?

—A las cuatro de la mañana.

—¿Y cómo sabe la hora exacta? ¿Miró el reloj?

—Estaba dormida y, cuando me despertó el timbre de la puerta principal de mi casa, miré el reloj —hago un gesto levantando la muñeca—. Por eso puedo decirle la hora exacta.

—¿Nos puede dejar su número de teléfono por si tenemos que volver a preguntarle alguna cosa?

—Claro, aquí les dejo mi tarjeta. Si puedo ayudar en algo más, no duden en llamarme.

—Muchas gracias por su colaboración. —El sargento López me da la mano, y Jose se despide de mí, con dos besos. Rápidamente se marchan de las oficinas.

Al cabo de una hora, estoy revisando toda la cesión de la empresa de Martín en mi despacho, cuando me suena el móvil. Aparece un número oculto, pero respondo.

—¿Sí?

—Hola, Sara, soy Jose, el hermano de Carla —su voz suena ahogada.

—Hola, Jose, ¿sucede algo? —contesto también en un tono de voz suave.

—Lo primero decirte que esta llamada nunca se ha producido, ¿vale? Te encuentras dentro de una investigación y no debería ponerme en contacto contigo, pero, por el aprecio que le tienes a mi hermana, quería prevenirte de algo. Por lo que nos has contado, creo que estás empezando algún tipo de relación con el señor Casas y después de interrogarlo hoy, tenemos muchas dudas sobre él. ¿Sabías que siempre reserva una habitación en los hoteles donde se desarrollan los eventos a los que asiste? Al principio nos ha dicho que lo hacía por si bebía más de la cuenta o no le apetecía volver a casa, pero después de apretarle un poco, ha reconocido que lo hacía también por si acababa la noche en compañía femenina.

—¿Qué dices Jose? —Me quedo pálida al escuchar eso.

—Sí, lo siento. Solo quiero que estés bien, y aparte de eso, hay un espacio de tiempo, en el que este tipo no tiene coartada. Ojalá me equivoque, pero creo que oculta algo. Ten cuidado.

—Gracias, Jose, por llamar y decírmelo.

—De nada, pensé que tenías que saberlo. Recuerda que esta llamada nunca ha existido, ¿vale?

—Sí, vale. Hasta luego.

—Hasta luego. Hablaremos pronto.

Cuando cuelgo el teléfono, empiezo a notar un nudo en la boca del estómago que no me deja respirar. Me invade un sentimiento de tristeza desolador que provoca que se me llenen los ojos de lágrimas de una forma que no puedo controlar... ¡Dios mío! No me puedo creer lo que me acaba de contar. ¿Esto lo hace con todas? ¿Soy una más, y esa noche me tocó a mí? ¿Por qué he sido tan tonta de creer que él sentía lo mismo que yo? ¿Y lo de la coartada? Bueno, creo que ahí Jose está un poco paranoico. En cuanto lo comprueben, verán que eso no va a ningún sitio.

Al cabo de un rato, sigo sin parar de darle vueltas a toda la conversación que hemos mantenido, presa del dolor que me provoca.

Me suena un Whatsapp en el móvil.

Alex: «Preciosa, me voy el miércoles a Madrid después del entierro de Marco. Estaré allí el resto de la semana hasta el sábado. Recuerda que me tienes que acompañar a la cena de trabajo. No te olvides...».

Cuando leo esto, empiezo a pensar que en Madrid estará en otro hotel, seguro que en compañía de otra. Las lágrimas caen de mis ojos con más fuerza todavía. No puedo parar de llorar. Es tal el sentimiento que tengo dentro de mí, que me quedo mirando el teléfono totalmente absorta, pero no le contesto. Necesito analizar todo esto y aclararme, porque desde luego, no estoy bien.

Cojo el teléfono de la mesa y llamo por la línea uno.

—Raquel, oye, una cosa, mañana miércoles y el jueves, no voy a venir a la oficina.

—¿Te pasa algo? —Debo tener la voz temblorosa y ella lo nota.

—No, no pasa nada. Tengo unos asuntos pendientes que solucionar y estaré ausente estos dos días. Volveré el viernes para cerrar el tema de World Times con el señor Martín, ¿de acuerdo?

—Sí claro, pero ¿seguro que no te pasa nada?

—No, no, tranquila, está todo bien —le digo para no preocuparla.

Recojo mis cosas y bajo al aparcamiento, subo al coche y conecto la radio. Está sonando *Photograph* de Ed Sheeran. Esta canción es tan triste que no puedo parar de llorar mientras salgo disparada y me dejo llevar por la velocidad del R8. Me relaja conducirlo... y continúo sin parar hasta que me doy cuenta de que estoy llegando a El Campello, en Alicante. Llevo casi dos horas conduciendo y ni siquiera he sido consciente de ello. Allí suelo frecuentar un hotel que está pegado a un acantilado con una playa maravillosa. Decido ir; me parece una buena idea dar un paseo por la arena con las olas rompiendo en mis pies.

Se me hacen las once de la noche paseando y decido quedarme en el hotel, así que pido la *suite*. Es una habitación muy espaciosa de dos alturas, con una terraza muy grande con vistas al acantilado. Ya la conozco, he pasado alguna noche aquí y la estancia es muy agradable.

Llamo al servicio de habitaciones para pedir una botella de cava y fruta.

—Servicio de habitaciones —dicen después de llamar al timbre de la habitación.

—Pase, por favor.

—¿Se lo dejo aquí? —pregunta el camarero.

—Sí, ahí está bien. Gracias. —Le doy una generosa propina y me voy directa a por la botella de cava, tengo mucha sed. Me lleno la copa y destapo la bandeja de fruta. Esta vez se han superado: fresas, piña cortada, sandía, melón y muchas moras. Aunque ahora mismo no tengo hambre, el cava combinado con este tipo de fruta es la mezcla perfecta para mi paladar. Me bebo la botella mientras contemplo las estrellas desde la terraza.

Mis pensamientos no paran de atormentarme. ¿Realmente soy un juguete para él? ¿Por qué me he dejado llevar de esa manera con alguien que apenas conozco? ¿Estará haciendo ahora mismo con otra mujer lo que hizo conmigo? Me estoy volviendo loca, necesito dejar de pensar, así que decido pedir una segunda botella de cava. Quiero emborracharme y dormir el día entero.

Y así sucede, me quedo medio inconsciente... Dos botellas para mi sola son demasiado y me paso el miércoles durmiendo. Cuando despierto, afortunadamente no tengo mucha resaca. Lo primero que hago es coger el móvil para ver qué hora es. Son las doce del mediodía del jueves y enseguida me planteo recoger todas mis pertenencias para volver a casa. De repente me doy cuenta de que tengo varios Whatsapps. Los dos primeros son de Raquel.

Raquel: «Nena, ¿estás bien?».

Raquel: «Alex ha llamado a la oficina y he hablado con él. No es capaz de localizarte. Por favor, dime que estás bien. Me tienes preocupada».

Decido responderle para tranquilizarla.

Yo: «Estoy bien, no te preocupes. Nos vemos mañana».

Raquel: «Vale, nena, me quitas un peso de encima al decirme que estás bien. Nos vemos mañana».

Después, aunque no quiero leer los de Alex, no puedo evitarlo, y paso el dedo rápidamente para ver lo que ha escrito.

Alex: «¡Hola, preciosa! Tengo ganas de hablar contigo. ¿Estás ocupada? ¿Puedo llamarte?»», ese lo ha enviado a las once de la noche del martes.

Alex: «¿Dónde estás? Estoy preocupado, solo quiero saber si estás bien. Te echo de menos», este es del miércoles a las dos del mediodía.

Alex: Por favor, dime algo en cuanto puedas... Estoy realmente preocupado, llevo dos días sin saber de ti», este último es de esta mañana a las nueve.

Cuando leo esto, me entra una cosa por el cuerpo. No parece que esté jugando conmigo. ¿Por qué iba a ir hasta Londres solo para verme? ¿Por qué llama a mi oficina para intentar saber dónde estoy? Es todo muy contradictorio. Por un lado, está lo que me dijo Jose y, por otro, percibo que Alex tiene sentimientos hacia mí, si no, ¿por qué iba a hacer todo esto? No tiene sentido. Aunque mi orgullo se deja llevar por la dichosa palabrería de Jose, y no le contesto.

Salgo del hotel y pongo rumbo a casa.

El viernes por la mañana, acudo directamente a las oficinas. A primera hora teníamos la reunión con Martín y todo se desarrolla con normalidad. La operación resulta todo un éxito. Pedro y Raquel, salen de la sala de reuniones, y yo, siguiendo el procedimiento habitual, me quedo a solas con Martín. Me gusta dialogar un rato con la persona a la que acabo de arrebatarse su compañía. No me cuesta nada y nunca se sabe, puede que el día de mañana esa persona conozca a otra en la misma situación o, por el contrario, llegue a estar otra vez en lo más alto y, cuando vuelva a caer, yo estaré ahí de nuevo, como

una piraña, para volvérsela a quitar. Las buenas relaciones son indispensables en este negocio, y a mí eso se me da muy bien.

—Martín, ¿todo va bien? —le pregunto amistosamente.

—Sí, todo bien. Todo lo que acordaste lo has cumplido, así que, nada que reprocharte. A ver, no dejo de estar un poco apenado, acabo de perder mi compañía.

—Eso no es del todo cierto, acabas de venderla por un precio bastante razonable. Lo suficiente, para que puedas rehacer tu vida empresarial desde cero. Estoy segura de que con tu potencial y tu carisma se te volverá a ocurrir alguna idea y llegarás a estar de nuevo en lo más alto.

—¿Tú crees?

—Sí, lo creo de verdad. Se nota que eres buena persona y que tienes talento. El problema es que, a veces las cosas vienen como vienen. Eso también podría pasarme a mí o a cualquiera.

—Agradezco mucho tus palabras, eres un encanto. Y de verdad que me has dejado impresionado —comenta mientras me mira totalmente embelesado—. Por cierto, ¿qué hay de nuestra cena?

—No puedo cenar contigo hoy, pero... —Me quedo pensando que acabo de dar un pelotazo y eso hay que celebrarlo. Normalmente, lo hago con Raquel, pero, va a empezar a preguntarme cosas sobre Alex y de lo que he hecho estos días, y ahora no me apetece hablar de ello, pero tampoco quiero mentirle, así que, se me ocurre algo diferente—. ¿Te apetece ir a comer? Conozco un restaurante que se llama Aragón 58, donde se come de maravilla. ¿Qué dices?

—Yo me alojo en el Hilton y mi vuelo sale el domingo, así que, como ya hemos acabado aquí, encantado de ir a comer contigo, pero esta vez pides tú.

—Será un placer. Y con todos mis respetos, aquí sí que vas a disfrutar de una buena comida y de unos vinos exquisitos.

—Pues nos vamos ya, si quieres —sugiere impaciente.

—Voy al despacho a por el bolso y ahora te recojo.

—Claro, te esperaré aquí.

Paso por el despacho de Raquel y abro la puerta.

—Raquel, ¿me puedes reservar una mesa en Aragón 58 para dentro de veinte minutos? Di que es para mí. En el reservado de siempre, por favor.

—Enseguida —responde al tiempo que coge el teléfono para llamar.

Salimos de las oficinas y nos dirigimos al restaurante en mi coche. Una vez allí, disfrutamos de una comida encantadora. Me hace olvidar por un momento todo el mal rollo que me habían generado las palabras de Jose; es cierto que con una botella de vino y una buena comida, las penas son menos.

Martín es un hombre muy agradable y atractivo, además de inteligente. Parece estar interesado en mí, aunque todavía no sé de qué manera. Pero no soy capaz de dejar de pensar en Alex, no lo consigo. Lo que él me hace sentir es demasiado especial. Sí, son las dichosas mariposas. Esas que siempre me han faltado con todos los demás.

«¡Oh, mi dios griego! ¡Cuánto te echo de menos!».

—Martín, si me disculpas, voy un segundo al cuarto de baño.

—Claro. ¿Te apetece una copa?

—Sí, por qué no. Pídeme un *gin- tonic* de Tanqueray con lima.

—Ahora mismo.

Cojo el bolso y me dirijo al baño. Cuando estoy dentro, saco el móvil y veo un Whatsapp de Raquel.

Raquel: «Ha vuelto a llamar Alex. Le he dicho que estás bien y que estabas en una comida de negocios. Llámame y te cuento. Lo he notado muy angustiado».

Decido no llamarla ahora, no es un buen momento.

Cuando salgo del cuarto de baño, empezamos a tomarnos las copas que ya están encima de la mesa.

—Sara, disculpa, ¿te importaría llevarme a mi hotel cuando terminemos? — me pregunta Martín.

—Sí, claro, no hay problema. Te acerco. ¿Dónde me has dicho que te alojabas?

—En el Hilton. —Me quedo blanca, trago saliva. Me viene un *flash* a la cabeza, recordando esa noche tan mágica que pasé allí con Alex, bailando con él, besándonos, y luego, por un segundo se me cruza otro *flash* horrible: el asesinato de Marco.

—¿Quieres que te lleve ya? —pregunto para desviar mis pensamientos.

—Sí, pero espera a que me traigan la cuenta. —Justo en ese momento, se acerca el camarero y la coge apresuradamente.

—No, espera que pago yo. Estás en mi ciudad, ¿recuerdas? —le digo con suavidad.

—Estoy en tu ciudad, pero insisto, pago yo. Nunca dejo pagar a las damas y menos a ti.

—Como quieras.

Salimos del restaurante y en diez minutos llegamos al hotel. Por el camino lo he notado muy callado, ¿en qué estará pensando? No lo sé, pero yo tampoco le digo nada. Cuando llegamos a la entrada del Hilton, aparco el coche muy cerca, apago el motor y me bajo para despedirme. Martín ya ha salido del coche y yo me apoyo en la puerta. De repente me rodea con los brazos sin tocarme, apoyándose en la parte superior del vehículo, entre la ventana y el techo. Me mira con deseo.

—¡Quiero que subas a la habitación conmigo! —exclama.

Está lleno de pasión por mí, puedo leerlo en sus ojos.

—¿Perdona? No, no. Lo siento, pero no voy a subir —digo sin contemplaciones.

—¿Por qué? ¿Es por qué tienes pareja? —pregunta extrañado.

—Sí, hay alguien en mi vida. —Bueno o por lo menos eso creo...

—¿Él está aquí en Valencia?

—No, ahora mismo está en Madrid.

—Entonces, no tiene por qué enterarse. Sube conmigo por favor. Sé que lo deseas tanto como yo.

«¿Qué lo deseo tanto cómo tú? Ni en tus mejores sueños voy a subir contigo...».

—Martín, él no se va a enterar, pero yo sí. Mira, no me malinterpretes, de verdad, eres un hombre muy atractivo y lo he pasado muy bien contigo, pero ahora mismo estoy enamorada de esa persona, y no creo que pudiera darte lo que tú necesitas.

«¿He dicho enamorada? ¡Ay, mi madre, cómo ha salido esa palabra de mi boca...! ¿Me habré enamorado de Alex?».

—Solo con una noche contigo me conformaría —susurra mientras me tiene atrapada entre sus brazos. Aprovecha que casi no puedo moverme para abalanzarse sobre mí y besarme. Yo lo esquivo con mucha rapidez.

«¡Bien Sara, menudos reflejos!».

—Pero ¿se puede saber qué haces? —pregunto indignada, levantando la voz —. ¿No has escuchado lo que acabo de decirte? Mira, Martín, lo siento, pero tengo que irme ya. De verdad, es un placer haberte conocido y hasta otra.

—Discúlpame, por favor. No te enfades conmigo. Eres una mujer tan hermosa y me gustas tanto que no he podido resistirme. Ha sido un impulso.

—A ver, no pasa nada, pero mejor lo dejamos así, ¿vale? No lo estropeemos, que eres un tío genial y no quiero acabar enfadada contigo.

—Sí, perdona. Solo decirte que si cambias de opinión, estaré aquí hasta el domingo, y si después del domingo cambiaras de opinión, solo tienes que llamarme y vendré a por ti.

—Anda, dame dos besos que me voy.

Realmente es un hombre atractivo y divertido, pero no me quedo sin aliento cada vez que lo veo. Ahora mismo siento algo tan fuerte por Alex, que los demás no tienen nada que hacer, no me llenan lo suficiente. Y es que después de haber conocido a mi dios griego, ¿podría alguien superarlo? No lo creo, el listón está muy alto.

Me da dos besos, aunque tiene ganas de más. Me desea, eso está claro, pero yo a él no.

—Un placer haberte conocido, Sara. Hablamos pronto —dice desilusionado.

—Hasta luego, Martín.

Me siento detrás del volante y me voy directa a casa. Estoy cansada y tengo ganas de tumbarme un rato en el sofá para recuperarme. Por el camino voy pensando en el Whatsapp de Raquel. Voy a llamarla y que me cuente. En cuanto marco su teléfono, se conecta el manos libres del coche:

—Raquel, soy yo. Oye, ya hemos terminado de comer y acabo de acompañar a Martín al hotel. Ahora mismo estoy de camino a casa.

—Sara, ha llamado Alex a la oficina. ¿Me puedes contar de qué va todo esto? Porque yo, desde luego, no me entero de nada.

—¿Qué te ha dicho? —pregunto preocupada.

—Sara, no me cuentas nada, y yo no sé que pasa, pero está muy angustiado. No sabe nada de ti desde hace casi tres días. No contestas a sus Whatsapps... No lo has llamado... Me ha preguntado dónde estabas y con quién estabas.

—¿Y se lo has dicho?

—No me ha quedado otro remedio que decírselo; lo he notado muy preocupado.

—¿Le has dicho que estaba con Martín?

—Sí, solo es un cliente. Alex no sabe quién es. Supongo que le da igual el nombre que le haya dicho, ¿no? —En ese momento empiezo a ponerme nerviosa, ¿cómo que no sabe quién es Martín? Si oyó toda la conversación en Londres y se puso de celoso. Claro que Raquel no sabe nada de esto—. Nena, también me ha preguntado dónde se alojaba ese señor.

—¿Y se lo has dicho? —Esto me pasa por no contarle nada, la culpa es mía.

—Sí, qué más da dónde se aloje este tío, ¿no?

—Sí, supongo que sí —le contesto sin darle importancia, aunque por dentro me estoy muriendo.

—Sara, ahora tengo que dejarte. Voy a una reunión y no quiero llegar tarde; luego hablamos y me cuentas lo que ha pasado porque desde luego creo que me merezco una explicación. —Parece enfadada conmigo.

—Sí, ya hablamos luego. Un beso.

—Un beso.

Madre mía, después de esto, Alex no me va a mirar a la cara. Aunque, a lo mejor está en una habitación de hotel acostándose con otra. Cuando pienso en eso, me entran unos celos terribles. Es imaginarlo poseyendo a otra mujer como lo hace conmigo y el corazón se me parte en dos. Se me vuelven a llenar los ojos de lágrimas. Llora desconsoladamente durante todo el camino. ¡Quiero llegar a casa ya, por favor!

Por fin, meto el coche en garaje y llamo el ascensor. Introduzco la llave con rapidez... Quiero subir cuanto antes porque me siento derrotada mentalmente. Mi cara es pura tristeza y tengo los ojos encharcados de lágrimas. Vaya, se puede decir que no estoy en mi mejor momento. Las puertas del ascensor se abren, y al salir, doy un traspié al tropezar con el suelo... aunque ahora no le doy importancia a eso. Solo clavo la vista abajo, atormentada por mis pensamientos y avanzo siguiendo una imaginaria línea recta... Cuando levanto la mirada, lo veo allí, de pie, apoyado en la puerta de su casa. Me aproximo en silencio... Me mira fijamente a los ojos con una expresión de decepción. Mete la llave en la cerradura de su puerta y la abre. Sin decirnos nada, me coge de la mano y tira de ella para que entre.

—¿Me puedes contar de qué va todo esto? —Lo que me temía, está muy cabreado.

—Es que yo...

No me deja hablar. Se abalanza sobre mí y busca mis labios con desesperación. Me besa de una manera que me eriza toda la piel solo con la boca. ¡Dios mío, lo que este hombre provoca en mí es increíble! Me desabrocha la cremallera del vestido mientras sigue besándome con pasión. Lo desliza por mi cuerpo hasta que cae al suelo. Me acaricia la espalda y, con mucha habilidad, me desabrocha el sujetador. Lo deja caer para dedicarse al tanga, del que me despoja con rabia antes de alzarme violentamente. Entrelazo las piernas alrededor de sus caderas y, conmigo en brazos, se dirige al comedor... ¡Espera!, ¿no me lleva a su habitación? No. Me tiende encima de la mesa y, cuando me doy cuenta y lo miro, él ya se ha despojado de su ropa. Me levanta las piernas y las apoya en su torso. Ya me tiene preparada para hacerme suya... ¡Oh, cómo tensa la mandíbula! Está volviéndose loco de excitación... Ahora me atrae hacia él y se hunde en mi interior salvajemente a la vez que me aprieta los pechos con fuerza. Se inclina y me lame los pezones con devoción mientras me embiste una y otra vez sin parar. ¡Oh, Dios mío, esto es el paraíso! Se mueve sin descanso, penetrándome cada vez más fuerte, más profundamente, y ya no aguanto más, estoy al límite y me dejo ir... Estallo de placer. Aunque ha notado mi orgasmo, no le importa y continúa moviéndose con el mismo ritmo salvaje, hasta que me baja de la mesa y me vuelve a apoyar en ella, de espaldas a él. Me coge del culo y me amasa las nalgas antes de separarme las piernas y volver a sumergirse en mí bruscamente. ¡Oh, madre mía, cómo lo noto dentro de mí...! Se clava en mí con fuerza una y otra vez, hasta lo más profundo. Me coge del pelo y enroscándose en la mano, tira para acercarme a él. Me besa todo el cuello con pasión y jadea en mi oído sin parar. Su respiración agitada me lleva a un grado de excitación que no había sentido nunca.

—¡Susúrrame al oído! —le suplico.

—¿Quieres esto? ¡Dime!, ¿lo quieres?

—Sí, lo quiero —reconozco sin parar de gemir.

—¡Eres mía!, ¿entiendes? ¡Solo mía!

Posee literalmente cada parte de mi cuerpo. ¡Me encanta cómo me domina! Me tiene atrapada entre su torso y la mesa, y no me deja moverme. Ahora sí

que soy toda suya, porque el control que ejerce sobre mí no me permite pensar otra cosa.

«¡Dios, Alex, soy toda tuya...!».

Estamos totalmente fuera de control, entregados por completo. Convulsionamos y nos corremos juntos hasta que nos quedamos totalmente exhaustos.

Ha sido extremadamente salvaje. Él se ha desplomado sobre mí, cerca de mi cuello, de mi oído, y está intentando ralentizar su respiración. Después de unos segundos me levanta, me coge en brazos sin decir nada y me lleva a su habitación. Me tumba en la cama con sumo cuidado para acurrucarse a mi lado. Me rodea con los brazos apretándome contra él con ternura. Está mirándome muy serio, pero sus ojos brillan como nunca.

—¿Me vas a contar por qué no me has llamado? ¿Por qué no has querido contestar a mis Whatsapps? —su voz es suave, pero yo no respondo. No sé si contarle lo que he pensado, no quiero que se enfade más...—Por favor, no te quedes callada, ¿qué te ha pasado? —Está preocupado, quizá sí que debería darle una explicación. Será lo mejor.

—De acuerdo. Te lo contaré. Verás, vinieron unos policías a la oficina, a hacerme unas preguntas sobre la noche del asesinato de Marco en el Hilton y yo conozco a uno de ellos. Después del interrogatorio, él me llamó por teléfono y me dijo que te habían interrogado.

—Sí, me interrogaron el día que volvimos de Londres —responde sin darle demasiada importancia.

—Me dijo que cada vez que ibas a un evento en un hotel reservabas una habitación, entre otras cosas, por si te ligabas a alguna mujer esa noche. Me sentí mal, había pensado que entre tú y yo había algo especial.

—Y lo hay.

—Pero al saber eso, me sentí como si yo fuera una mujer cualquiera a la que habías conocido esa noche, y dejé de sentirme especial. Estuve en Alicante un par de días porque necesitaba pensar, relajarme un poco y luego volví a casa.

—¿Ese policía te dijo eso? —se sorprende—. Pues vaya, pensaba que lo que se hablaba en los interrogatorios era confidencial, pero aun así te lo voy a aclarar. Es cierto que siempre reservo una habitación en los hoteles cuando asisto a un acto, pero las razones son otras: si bebo, estoy extremadamente cansado o no me apetece volver a casa, por lo menos tengo la alternativa de poder descansar allí. También es cierto, que alguna noche puedo conocer a

alguien, claro que sí, y que puedo acabar allí con esa mujer. Como sabes no estoy casado, no tengo pareja, no dispongo de mucho tiempo que dedicarle a nadie, salvo a mi trabajo, y si una noche conozco a alguien interesante, ¿por qué no pasar un rato agradable?

—Pues yo sentí eso, que era una mujer más con la que pasaste un rato agradable.

«Sí, Alex una cualquiera, y no lo soy te lo aseguro».

—¿Realmente lo crees? Te seguí hasta Londres para estar contigo y me he vuelto loco intentando localizarte. He llamado no sé cuántas veces a tu oficina. Raquel debe pensar que estoy perturbado, y todo porque estaba muy preocupado por ti. ¿Crees de verdad que si solo fueras alguien interesante que he conocido una noche, iba a hacer todo eso? ¿No ves que estoy loco por ti? Tenía que volver mañana, he cancelado todo lo que tenía previsto en la agenda, y he vuelto hoy. —No digo una palabra... Solo me quedo embelesada escuchándolo pensando en lo atractivo que llega a ser este hombre. —¡Y ahora vas a contarme qué hacías comiendo con Martín y en la puerta de su hotel! — Su tono se eleva y su expresión se vuelve tensa.

—Son negocios, solo trabajo —respondo despreocupada. Aunque sabía que esto no le iba a hacer ninguna gracia. Empiezo a conocerlo y está claro que es muy posesivo.

—¿Y por qué ha intentado besarte? Quería hacerte suya, lo he visto en sus ojos.

—¿Y tú qué hacías allí? ¿Me has seguido?

«Pero ¿cómo se le ocurre tal cosa?».

—No te he seguido. Sabía dónde estabas; me lo ha dicho Raquel. ¡Cuéntamelo! ¿Qué quería de ti? ¿Por qué te tenía atrapada contra la puerta de tu coche?

—Me deseaba, quería besarme y quería que subiese a su habitación.

«¿Esto es lo que querías escuchar? Pues es todo verdad».

—¿Y tú lo deseabas? ¿Querías subir a su habitación y hacer el amor con él? —no respondo, me quedo callada, ¿cómo puede hacerme esas preguntas? ¿Acaso no se da cuenta de lo que siento por él? —¡No te quedes callada! ¡Contesta! —ordena.

—Ese hombre no me interesa. Solo te deseo a ti, y quiero que solo tú me hagas el amor. —Suelta un suspiro de alivio y se acerca a mí. Me desliza la mano por la mejilla antes de besarme.

—Pues no te metas en ese tipo de situaciones —sugiere—. Eres una mujer preciosa que cualquier hombre querría tener entre sus brazos, ¿comprendes?

«¿Esto es una reprimenda? ¡Eh, tranquilo...! Que yo no he hecho nada».

—Vale. —Bajo la cara y hago un mohín en señal de paz. Después le sonrío. Su cara se suaviza y se le escapa también una sonrisa.

—¿Te gusta que te susurre al oído?

Vaya, ese cambio de tema, así de repente, me hace sonreír.

—Me vuelve loca, me excita mucho. —Soy sincera con él; no quiero que deje de hacerlo nunca.

—Queda apuntado, señorita Larson.

Me vuelve a hacer sonreír.

—Me voy a ir a mi casa a darme un baño. —Estoy sudada y quiero refrescarme un poco.

—¿Y por qué no te bañas aquí conmigo?

—No tengo ropa para cambiarme.

—Yo te dejo una camiseta, pero no te vayas. —Me pone esa carita de niño bueno que me vuelve loca y no puedo negarme—. Voy a llenar la bañera, tú descansa —dice mientras se levanta de la cama.

Me quedo estirada entre sus sábanas, desnuda, con los brazos y piernas separados, observando la habitación. Está decorada con mucho gusto; todos los muebles son de color marfil. La pared que acompaña la cama es de color gris oscuro y tiene pintado un rectángulo beis claro que consigue que la cama parezca parte de un cuadro... El suelo es de mármol blanco, cubierto a los pies de la cama por una alfombra de pelo, de esas suaves. Justo encima hay un diván. Las lámparas de las mesillas son espectaculares, de estilo romántico, en armonía con el resto la habitación. Es muy acogedora.

—¡La bañera está lista! —grita desde el cuarto de baño.

Me impulso para bajarme de la cama. Asomo poco a poco la cabeza por la puerta con disimulo, con una sonrisa traviesa que no puedo reprimir.

—¡Madre mía, pero si esto no es una bañera, parece una piscina! —exclamo divertida.

—¿Te gusta?

—Me encanta —sonrío.

Es una bañera redonda como la mía, pero tan grande que casi podemos nadar en ella. El cuarto de baño es fabuloso, enorme y tiene también una ducha

al otro lado. Hasta hay una pequeña nevera del mismo color que la decoración del baño. Eso me ha gustado; se lo sugeriré a Luisa.

—Abre la nevera y saca una botella de cava. ¡Ah, y en el congelador hay copas frías también!

Parece que ahora está contento; no para de sonreír.

—Abre tú la botella, que no quiero sacarte un ojo. —Me empiezo a reír.

Uno de mis grandes defectos es lo patosa que soy. Y no es la primera vez que abro una y le hago daño a alguien... sin querer, claro. Él también se ríe al escucharme.

Me recojo el pelo con la pinza que llevo en el bolso y me meto en la bañera. Mientras tanto, va abriendo la botella y sirviendo el cava en las copas. Nos relajamos hablando de todo durante un rato, disfrutando de la velada romántica. Cuando acabamos la botella, vierte gel en la esponja nueva y la desliza por todo mi cuerpo para limpiar hasta el último rincón. Luego me sienta encima de él. Sé que es algo que le gusta hacer... nunca deja de perder el control conmigo; es posesivo y a mí me encanta que lo sea. Hace que sienta que es un hombre fuerte y dominante. Noto que está muy excitado, pero solo me mira, me observa. Me acaricia los pechos llenos de jabón y me besa con ternura. Mi cuerpo reacciona cuando me toca de esa manera. Consigue que me sienta como una diosa entre sus brazos. Nunca he sentido nada igual por nadie. Empieza a besarme el cuello y me respira al oído... ¡Oh, sí! Ya sabe que eso me pone a cien y lo hace con esa intención. Le gusta ver mi cara de excitación; me mira y le gusta lo que ve, pero quiere ir un poco más lejos...

—¿Qué estás haciendo conmigo? —me susurra al oído—. ¡Me vuelves loco!

—¡Oh! —gimo al sentir su excitación.

Cada vez respira con más agitación mientras noto su erección, aunque no hace nada al respecto, solo quiere jugar conmigo, torturarme, volverme loca. Quiere ver mi cara de deseo..., de deseo por él. Le gusta verme disfrutar — porque cómo me hace disfrutar... — y me sigue besando sin parar hasta que me mete un dedo en la boca.

—¡Chúpalo! —ordena en tono provocativo. Quiere que juegue con él y así lo hago. Me lo meto en la boca y lo succiono una y otra vez... Se vuelve loco cada vez que lo hago y la excitación se apodera de él.

—¿Más? —pregunto, e inmediatamente niega con la cabeza.

—No. ¡Para!

No puede contenerse más y, mientras sigo encima de él, emerge ligeramente

del agua y con un breve impulso me apoya la espalda contra la pared de la bañera... El deseo le hace rechinar los dientes —¡cómo me excita ver esa expresión en su cara!—, siento que me aprieta el cuello con una mano y las nalgas con la otra. Me inmoviliza para poseerme y controlar todo mi cuerpo. Se ayuda de la mano para penetrarme con fuerza y llegar hasta lo más profundo de mi interior. ¡Oh, sí...! Esto era lo que quería...

Y sigue entregándose sin control... Se está volviendo loco...

—¡Oh! —gime frenético cuando salgo al encuentro de su compás placentero.

—¡Oh, Alex! —grito. Estoy desbordada por el placer mientras él continúa imprimiendo a sus movimientos el mismo ritmo enérgico, salvaje... ¡Oh, Dios mío!

—¡Vamos, Sara, déjate llevar! —Una última embestida salvaje y me corro con él de una manera espectacular, convulsionando sin parar. Apoya la frente en un punto entre mi cabello y mi cuello para recobrar el aliento.

Yo estoy también completamente exhausta, tanto, que tiene que cogerme en brazos y levantarme de la bañera. Me deja un momento en el suelo para ponerme un albornoz, después me vuelve a levantar y me lleva a la cama. No digo nada, estoy sin fuerzas. Agotada. Él, que lo sabe, tampoco dice nada. Me duermo profundamente entre sus brazos.

Me despierta un ruido. Parece el de una puerta. Palpo las sábanas al otro lado de la cama y noto que Alex no está. Miro el reloj; son las cinco de la mañana. No hago demasiado caso a nada, estoy tan cansada que solo quiero seguir durmiendo. Al momento, se mete en la cama y me abraza...

Me despierta un cosquilleo en la nariz. Alex me está dando la espalda y yo lo abrazo desde atrás. Tengo la cara apoyada en su cuello y su pelo me roza la cara. Me doy cuenta de lo bien que huele este hombre... Su olor me recuerda a una pradera llena de flores blancas... ¿Rosas? ¿Tulipanes, quizás? No lo sé, pero me envuelve su aroma y no puedo dejar de besarle por todas partes: el cuello, la espalda, todo él... Completamente dormido, se gira un poco y se pone boca arriba. Lo deseo ahora mismo; quiero que sea mío. En la bañera metía el dedo en mi boca y se excitaba cada vez que se lo succionaba. Eso le daba placer. Ahora no es consciente, pero todo su cuerpo desnudo está a mi disposición. Me gustaría saber si es capaz de aguantar que yo juegue con él, si

es capaz de soportar no tener el control absoluto de la situación. Ahora que está dormido, es el momento de comprobarlo. Empiezo a besarlo por todo el cuerpo: desde el cuello, bajando por el torso, pasando por su ombligo... ¡Oh, qué piel tan suave tiene!, no puedo parar... Se está despertando y se mueve un poco. ¡Sí, ahora es el momento de hacerlo! Bajo un poco más, hasta su sexo, y me lo meto despacio en la boca. ¡Oh, qué bien sabe! Lo protejo de mis dientes con los labios y lo chupo con dulzura. Trazo círculos en la punta con la lengua y vuelvo a succionar un poco más adentro.

—¡Oh!

Lo oigo gemir. Le gusta, esto funciona... Ahora le chupo la erección con devoción, metiéndola y sacándola de la boca. Él se deja llevar... Otra vez, succiono y hasta el fondo. Empieza a gemir con más fuerza, esto le gusta... Sí, le gusta mucho, aunque sigue medio dormido. Mueve las manos y me las pone en la cabeza. Empieza a impulsarse hacia mi paladar. Quiere que lo trague hasta lo más profundo, para llegar al fondo de mi garganta, y respondo a sus deseos; quiero volverlo loco.

—¡Oh, Sara!

¡Dios mío, cómo gime!, esto le está volviendo loco. Vuelvo a trazar pequeños círculos en el glande y lo meto de nuevo hasta el final de mi garganta. Repito lo mismo una y otra vez. El ritmo se vuelve más enérgico, más rápido y él, arquea la pelvis a la vez que me aprieta más contra él con las manos.

—¡Amor mío, sigue, sigue...! ¡Oh! —gime enloquecido por el placer. Sigo imprimiendo a mis movimientos ese ritmo delicioso chupando, lamiendo y succionando sin descanso—. ¡Cuidado! —¿Me está avisando para que me aparte?—. No voy a aguantar mucho más —dice desesperado. Vaya, qué considerado, pero, de eso nada, no pienso alejarme.

«Vas a disfrutar al máximo, como tú me haces disfrutar a mí», le digo mentalmente.

Su erección está a punto de explotar, la siento palpar dentro de la boca; está muy excitado.

—¡Oh, Dios mío! —grita al tiempo que se estremece... Empieza a convulsionar con fuerza, poseído por unos espasmos incontrolados mientras se derrama en el fondo de mi garganta.

¡Uf! Ha sido increíble sentirlo así, me ha encantado. Menudo hombre, cómo me gusta estar con él. Ahora se ha quedado totalmente inmóvil.

—¡Ven! ¡Ven aquí, amor mío! —susurra finalmente con la voz entrecortada. Apenas puede articular una palabra. ¿Eso es qué le ha gustado...? Me acerco y me abraza con fuerza, con sentimiento. Yo le devuelvo la caricia con todo el amor que siento por él—. Eres una mujer increíble, ¿lo sabías? Me vuelves completamente loco.

«¡Alex, tú sí que eres un hombre increíble...!», pienso.

*E*l sábado por la mañana, cuando nos despertamos, me voy a mi casa. En la primera persona en la que pienso al entrar es en Raquel. Voy a llamarla enseguida, pobrecilla, seguro que le he hecho pasar un infierno estos días.

—Nena, soy yo.

—Espera, dame un segundo que estoy con Javier. —Se escuchan unos pasos, como si estuviera saliendo de una habitación—. Ya estoy en la terraza para hablar más tranquila contigo. ¿Me puedes decir qué narices ha pasado? Tengo todo el tiempo del mundo para que me lo cuentes, y te lo estoy diciendo muy en serio.

—Sí, tranquilízate, que te lo voy a contar. Lo primero, pedirte disculpas por no decirte nada y estar desaparecida estos días.

—Disculpas aceptadas, ¡pero sigue!

—Pues a ver por dónde empiezo... No quiero engañarte así que..., ahí va la bomba: creo que empiezo a sentir algo muy fuerte por Alex.

—Sara, no entiendo nada, por favor, sé más concreta.

—Verás..., todo empezó la noche del Hilton. Cuando me fui de allí, Alex se presentó de madrugada en mi casa y al final acabamos acostándonos. Luego ya sabes que fue hasta Londres para estar conmigo y la cosa siguió siendo maravillosa; bueno, como puedes imaginarte, el mero hecho de que se presente allí por sorpresa es increíble. Pero allí conoció a Martín, no personalmente claro, pero cuando Martín vino a despedirse de mí, a mi habitación, Alex estaba allí conmigo y escuchó toda la conversación. Se puso muy celoso porque Martín quería quedar conmigo en Valencia para cenar y tomar una copa, ya sabes, en plan cariñoso... De ahí el problema que le dijeras a Alex con quién estaba. Él sabía perfectamente quién era y probablemente adivinó su propósito. Después pasó algo... Alguien me informó de una cosa que Alex solía hacer cuando estaba invitado a eventos, y me sentó fatal.

—¿De qué te informaron? —pregunta desconcertada.

—Raquel, de eso no quiero hablar ahora, pero me quedé rota de dolor y necesitaba salir de aquí, aclararme las ideas un poco, por lo que me marché a Alicante dos días. Fui una tonta al creer lo que me dijeron. De sobra me ha demostrado lo preocupado que ha estado por mí e incluso ha venido de Madrid un día antes de lo que tenía previsto. Ha cancelado todo el trabajo para verme y saber qué me ocurría —suspiro—. Ayer pasé toda la tarde y toda la noche con él. Ha sido... ¡vaya! no sé cómo describirlo.

—Madre mía hija, pues yo sí. Estás enamorada de tu vecino hasta las trancas.

—Ya, me parece que siento algo muy fuerte por él, algo que no había sentido nunca. Y bueno, poco más. Quedan algunos detalles sueltos que ya te iré contando.

—Jo, nena, no tienes necesidad de tragarte todo eso tú sola, podrías haberme llamado.

—Lo sé y te pido disculpas de nuevo, pero ya sabes que me cuesta abrirme, que soy muy reservada con mi vida privada.

—Oye..., va..., venga..., que hay que animarse un poco. ¿Te apetece salir esta noche? —Parece emocionada.

—No puedo, tengo un compromiso, acompaño a Alex a una cena de trabajo.

—Ey, ey, ey... ¿Te ha pedido que lo acompañes a un evento relacionado con su trabajo? Este quiere algo serio.

—Raquel, como tú y yo siempre decimos, con prudencia, que luego los príncipes se convierten en ranas. Por cierto, ¿y tu príncipe Javier?

—Pues no te quiero entretener con tonterías, pero igual de pilladita que tú, hasta las trancas, nunca mejor dicho. —Reímos las dos sin parar.

—Me alegro mucho de qué te vaya bien. Tenemos que quedar los cuatro para cenar, y así nos conocemos todos.

—Pues sí, el sábado que viene. Si no surge nada raro nos vamos a cenar, y después a tomar algo.

—¡Vale, genial! Oye, ahora te voy a dejar, que tengo que prepararme para esta noche y todavía no sé qué narices voy a ponerme.

—Te sugiero el vestido verde, ese brillante que va sujeto en el hombro y tiene la abertura en la pierna. Elegante, porque va cerrado por arriba y no querrás llamar demasiado la atención y sexy, porque lleva una abertura de infarto por la que se adivinará esa pierna escultural que te gastas. Van a alucinar... Confía en mí, amiga, con ese, irás de muerte.

—Sí, me has convencido, asesora. Te haré caso, porque tienes el mejor gusto del mundo...

—Oye, un besazo, y mándame una foto cuando estés vestida.

—Vale, te la mandaré. Recuerdos a Javier.

—De tu parte.

La cena de esta noche me ha puesto de los nervios, ya que no es un evento normal. Se ha organizado para hacerle un homenaje a Marco, pero aun así, no deja de ser una presentación en sociedad. Conoceré a todos los compañeros de trabajo de Alex, y eso me pone muy tensa. Aunque no lo parezca, soy tímida por naturaleza, así que he decidido que por lo menos mi imagen tiene que ser perfecta. Llamo a Margot, mi estilista y maquilladora, y le pido que venga a casa. Me sugiere unas ondas al agua desde media melena y un maquillaje marcado. Da el visto bueno al vestido verde que me ha recomendado Raquel, y elige una sandalia atada a la pierna, también en color verde, con el tacón dorado. El resultado es espectacular y, por fin, pone el toque final con unos pendientes de esmeraldas con forma de lágrima y un anillo a juego.

—Si esta noche no se desmayan todos al verte, es que no entienden nada de belleza.

—¿Tú crees? —Hace un gesto afirmativo con la cabeza—. Gracias, Margot, eres un solete. —Ella siempre tan cumplida conmigo, es un amor.

—Anda, hazme una foto para enviársela a Raquel. —Le tiendo el móvil, y cuando me lo devuelve, suena el sonido del WhatsApp,.

Alex: «Te recojo a las ocho y media en tu casa».

Yo: «¿Tenemos una cita?».

Alex: «Sí, preciosa, tenemos una cita».

Sonrío como una tonta cuando lo leo.

Miro el reloj y veo que solo faltan cinco minutos para las ocho y media. Margot se despide de mí con un fuerte abrazo y luego se marcha.

Suena el timbre cuando estoy terminando de preparar el bolso. No sé por qué, pero se me acelera el corazón... ¡Qué nerviosa me estoy poniendo! Ya empiezan a agobiarme esas malditas inseguridades. ¿Iré bien vestida? ¿Estaré cómoda con toda esa gente? Me tiemblan las manos..., noto los músculos del

cuello muy tensos y estoy hiperventilando. ¡Uf, soy un caso! ¡Necesito una copa! Pero antes tengo que abrir la puerta.

«¡Ábrela ya, por Dios!», me digo a mí misma.

Bien, allá voy...

Cuando abro la puerta, ahí está él, con un esmoquin de Armani cubriendo ese cuerpo escultural y la cara de rasgos perfectos; impresiona verlo. ¡Dios, qué hombre tan increíblemente guapo! Cualquier mujer caería babeando en sus brazos... Pero está ahí, mirándome a mí con una expresión de admiración absoluta.

«¿Le gustará lo que está viendo? —me pregunto sin parar—. ¡Por favor, qué diga algo ya!».

—¡Estás..., estás...! —«Acaba la frase de una vez, ¡joder!», pienso con agitación —. ¡Estás impresionante! ¡Pareces una diosa! —Eso es que le gusta. ¡Bien, he acertado!—. Hoy voy a ser la envidia de muchos hombres —dice con orgullo.

—No lo creo —contesto sin darle demasiada importancia. Tampoco será para tanto. A él sí que lo van a devorar las mujeres, por lo menos con la mirada, de otra forma yo no lo permitiría ni de coña.

—¿Nos vamos? —pregunta a la vez que me coge de la mano. Solo asiento con la cabeza, sin decir nada...

Caminamos despacio por el pasillo, con pasos delicados y en silencio hasta llegar al ascensor. Cuando se abre la puerta, podemos vernos reflejados en el espejo que hay dentro. Realmente hacemos una pareja impresionante; sí, verdaderamente impresionante. Él no para de clavar los ojos en mí, y yo no dejo de estudiarlo a través del espejo. ¡Dios mío, bendita la magia que nos atrapa...!

—Te haría el amor ahora mismo, ¿lo sabías? —murmura con esa expresión de deseo que hace que me vuelve loca.

«¡Oh, mi dios griego! Y a mí me gustaría que me lo hicieras, no lo dudes», pienso en mi cabecita perversa.

—¿Ahora? ¿Aquí en el ascensor...? —le pregunto con excitación.

—Cómo me vuelvas a mirar así, bloqueo el ascensor y de aquí no te escapas.

«¡Oh, sí! Quiere poseerme. Está loco por arrancarme la ropa», lo leo en sus ojos.

—Compórtese señor Casas, que vamos a un evento y no querrá llegar tarde.

—Le provoco aún más. Por suerte se oye el timbre del ascensor y se abren las puertas.

—Salvada por la campana —dice riendo.

Con lo que me ha costado arreglarme. ¡Uf!, que me arranque la ropa después, cuando se acabe todo.

La limusina nos espera justo al salir del portal. El chófer está de pie junto a ella y, al instante, nos abre la puerta. Primero entro yo y luego él. De fondo se escucha la canción *Love on top* de Beyonce. Esta canción me anima tanto que me dan ganas de moverme.

—¿Quieres una copa de cava? —me pregunta Alex, animado.

—Sí, por favor. —¡Qué bien me va a venir! Y no una, me voy a tomar dos, tres, o las que hagan falta, para que se me vayan estos malditos nervios.

Tres copas de cava y unas risas después llegamos al hotel Sorolla, que está situado en la zona del Palacio de Congresos, enfrente del hotel Hilton. Por un momento pienso que Martín se quedaba hasta el domingo. Espero no encontrármelo por aquí, aunque si no está invitado, la probabilidad es muy baja. Me alivia pensarlo.

Desde el vestíbulo, nos acompañan al salón donde se celebra la cena. Cuando abren las puertas, está lleno de gente, pero enseguida se acercan muchas personas a saludar a Alex. Yo me quedo en un segundo plano, observando lo que me rodea. Todo el mundo va muy bien vestido, pero yo estoy impresionante con el vestido verde y lo sé, porque veo a las demás mujeres. Eso me tranquiliza y me da seguridad. De repente me doy cuenta de que hay mucha gente mirándome, muchos hombres, pero también mujeres. Claro, soy la novedad. Esta noche, estaré en boca de todo el mundo, eso seguro. Pues que hablen, que yo voy a intentar disfrutar de la velada.

—¡Alejandro, bienvenido! —dice un hombre acercándose con un gesto amistoso.

—¡Hombre! ¿Qué tal todo Ricardo? —Se dan un abrazo; se nota que se conocen mucho.

—Mucho mejor, ya sabes... El tema del divorcio que me ha llevado por la calle de la amargura. Pero cómo dicen, el tiempo lo cura todo. Ahora ya estoy como nuevo, preparado para lo que venga. —Se gira y se me queda mirando asombrado. A mí me entra la risa tonta, pero disimulo un poco, tampoco

quiero ser maleducada, pero es que con las tres copas de cava que me he tomado todo me parece más divertido—. ¿Quién es esta bella mujer que te acompaña? —lo pregunta con demasiado entusiasmo, mirándome con ojos de depredador. Alex se da cuenta enseguida.

—Es mi novia —responde sin pensárselo dos veces.

¿He oído bien? ¿Le ha dicho que soy su novia? Sonrío orgullosa por la palabra inesperada que acaba de salir de sus labios. Ahora sí que me siento invencible, desprendo seguridad y diversión. Eso era justo lo que necesitaba escuchar en este preciso momento.

—Para ti es la señorita Sara Larson —añade.

Se acerca a mí para estrecharme la mano.

—Yo soy Ricardo Dumas, encantado. Trabajo con Alejandro. Soy el consejero de educación. ¿Y tú, preciosa, a qué te dedicas?

«Uy, otro con lo de preciosa... Pero ¿qué les da a todos con eso?».

Alex se pone tenso.

—Es la presidenta de Tessa Corporación —interviene de inmediato en tono serio y cortante—. No creo que quiera hablar de eso. —Pone una barrera clara entre los dos. En pocas palabras, está dejando claro que yo soy suya. Ricardo es un hombre muy atractivo y, además, no tiene mujer ni pareja.

Mirándome a los ojos, me coge la mano, me la besa y la suelta como el que no quiere la cosa.

—Sara, luego resérvame un baile.

—Será un placer —contesto educada.

Después de las palabras de Ricardo, Alex me coge la mano con fuerza y tira de mí hacia adentro, donde mucha gente empieza a saludarle. Cortésmente, me va presentando a todos... Algunos hombres están solteros o divorciados, y otros con sus respectivas parejas. Hay mucha gente, *la crème de la crème* del politiquero.

Las presentaciones —bastante aburridas, por cierto— nos ocupan un buen rato, menos mal que los camareros van pasando con las bandejas llenas de copas y comida para beber y picar algo.

Los *maîtres* ya están avisando de que nos sentemos en las mesas porque van a servir la cena. Cuando me doy cuenta, tenemos enfrente a Ricardo y a una compañera de Alex que ha venido sola, seguramente porque no tiene pareja. A mi lado se ha sentado un matrimonio muy bien avenido, y muy divertido. Hacen que me integre en su conversación, consiguiendo que me ría sin parar.

Vaya, lo estoy pasando genial hablando con ellos... Cuando me doy cuenta, me he sumergido tanto en la conversación que están recogiendo ya el primer plato. Era un pescado pequeño, de esos que colocan en un plato gigante rodeado de mini flores y una crema que estaba bastante buena.

Entre el cava y el vino blanco me entran ganas de ir al baño. Cuando bebo siempre me pasa lo mismo.

—¿Dónde está el cuarto de baño? —le pregunto a Alex al oído, inclinándome hacia él.

—Está arriba, por esas escaleras —contesta con media sonrisa.

—Disculpad. —Me levanto y voy hacia allí. Cuando estoy de pie, noto las miradas de la gente, pero no me giro, sigo andando con mi espectacular vestido de Versace, dejando que asome mi larga pierna.

Encuentro los lavabos a la primera, todo un éxito por mi parte. Menos mal, porque no podía aguantar más. Cuando salgo para seguir con la velada, me encuentro con Ricardo y casi choco con él.

—¡Ay, perdona! —le digo, riéndome.

—Perdonada —contesta, risueño—. Oye, quería decirte una cosa.

—Dime...

—Me has dejado impresionado, eres una mujer muy bella.

—Vaya, gracias —le contesto por educación, es un compañero de Alex y no quiero soltarle una fresca.

—¿Hace mucho qué estás con Alejandro? —Parece estar interesado.

—No mucho, la verdad. Nos estamos conociendo. —Soy sincera.

—¿Y os va bien?

—Mejor que bien. —Soy tajante, a ver si con esta contestación deja de acosarme con tanta preguntita...

—Te voy a dar mi tarjeta por si algún día te apetece tomar un café conmigo.

—Ricardo, no me parece que esto sea lo correcto. —Estoy alucinada, menuda pieza.

—Solo un café, nada más. —La cojo por cortesía y la guardo en el bolso, aunque como Alex se entere, no le va a hacer ni puñetera gracia.

—Bueno Ricardo, voy a bajar. —A ver si logro salir de esta situación tan incómoda.

—Sí, ahora nos vemos, Sara.

¿Qué ha sido eso? ¿Estaba intentando ligar conmigo? Bajo a toda prisa y veo a Alex hablando muy cariñosamente con María, la morena que tengo enfrente.

Parece que tienen mucha complicidad..., ¿quizá demasiada? Él le sonríe sin parar, y eso es algo que no me gusta nada. Los celos se apoderan de mí, aunque disimulo cómo puedo y me acerco con mi mejor sonrisa. Ellos se callan de golpe al verme llegar. Intuición femenina, pero entre estos dos ha pasado algo o a alguno de los dos le gusta el otro. Acto seguido, baja Ricardo como si nada.

Acabamos el segundo plato, un solomillo también delicioso, y después el postre, frutos del bosque con una bola helada de yogur.

Después de terminar la cena, el presidente se levanta y dedica unas palabras de condolencia para Marco y su familia. El momento más triste para todos los invitados.

Cuando termina el discurso, vuelve a sentarse. Empieza a sonar la música, *Todo Cambió* de Camila. Ricardo se levanta de inmediato y me tiende la mano.

—El baile que tenemos pendiente señorita. —Acepto y, cuando me levanto, se me cae el bolso al suelo.

—No te preocupes, ya te lo recojo yo. Vete a bailar —me anima Alex con amabilidad.

Ricardo me lleva de la mano hasta la pista, donde somos los únicos que estamos bailando. Es un hombre muy alto, moreno, de unos treinta y ocho años y con cuerpo de deportista; resulta atractivo. Me coge de la cintura para bailar un vals. Se me dan muy bien este tipo de bailes, y él debe ir a clases, porque lo hace de vicio. Rodeamos toda la pista mientras todo el mundo nos mira.

—Esta canción es para ti, te la dedico —me dice inclinándose hacia mi oreja. La verdad es que no me había fijado nunca en la letra, pero cuando empiezo a escucharla: «Todo cambió cuando te vi...». ¡Joder!, me quedo alucinada y empiezo a sentirme incómoda. Tengo que contarle todo esto a Alex, si no voy a tener un problema.

En el último giro, puedo ver la cara de Alejandro, que está mirándome con una expresión de enfado... Me siento nerviosa, menos mal que la canción acaba ya y me suelta de una vez. Aunque para rematarlo, Ricardo me coge la mano y la besa. Miro a Alex con cara de circunstancias, mientras él me atraviesa con la vista... Está muy serio.

Cuando llego a la mesa, le sonrío, pero no me devuelve la sonrisa. Sin pensárselo dos veces, se levanta y le tiende la mano a María.

—¿Quieres bailar conmigo? —A la chica se le nota la emoción en la cara,

¿o tal vez esté enamorada? No lo tengo muy claro en estos momentos...

—Será un placer bailar contigo, Alex. —Yo me quedo muerta por dentro. Todo el subidón que tenía por el alcohol me baja de golpe. Me levanto decidida a ir a la barra que han puesto para los cócteles, donde pido un *gin-tonic*, me lo bebo en tres tragos sin mirar como bailan, simplemente paso. Corazón que no ve, corazón que no siente.

Sigo de espaldas a la zona de baile cuando se me acerca otro compañero de Alex, también bastante joven.

—¡Hola! —me saluda. Parece simpático.

—¡Hola! ¿Qué tal? —contesto. Necesito hablar con alguien, porque si no me va a dar algo.

—¿Eres la novia de Alejandro Casas? —¿Lo sabe o lo pregunta por curiosidad?

—Sí, aunque ahora está bailando con otra. —¡Uf!, no sé por qué he contestado eso... Pero la rabia que llevo por dentro hace que no pueda contener la lengua.

—Bueno, es su exnovia, a veces el cariño no se olvida.

—¿Es su exnovia?

«¡Joder, joder! ¿Su exnovia?».

—Sí, pensaba que lo sabías.

—No, no, que va, llevamos muy poco tiempo juntos. Hay cosas que todavía no sabemos el uno del otro.

—Claro, normal. Pero te voy a decir una cosa, si fueras mi novia, yo solo bailarías contigo.

—Vaya, gracias. Eres muy amable.

—Lo digo en serio. Antes cuando te he visto, he pensado que Alejandro tenía mucha suerte; eres una mujer espectacular y ahora que estoy hablando contigo, todavía lo pienso más. ¿Quieres bailar conmigo? —Arquea las cejas. ¿Está tan entusiasmado como parece?

—Lo siento de verdad, pero ahora mismo no tengo ganas de bailar, más bien, tengo ganas de irme a casa...

—¿Quieres que te lleve? Yo te acerco en un momento si quieres. —Se nota que es sincero y quiere acompañarme.

—¿Llévate adónde? —es la voz enfadada de Alex, a mi espalda.

—¡Hola, Alejandro! ¿Cómo estás? —El chico se pone muy nervioso y no sabe qué más decir...

—Mario, ¿nos dejas un segundo por favor? —Su voz es cortante y está realmente cabreado.

—Sí, claro. Disculpad... —El chico desaparece de nuestro lado como un rayo. Visto y no visto.

Yo le doy la espalda. Ahora mismo no me apetece hablar con él; estoy muy enfadada y lo único que me apetece es irme a mi casa. Con la música a tope, casi hay que gritar para escucharse. No quiero mirarlo.

—¿Me vas a explicar qué hacías con la tarjeta de Ricardo en el bolso? —me pregunta al oído.

Giro la cabeza con desdén.

—¿Y tú qué haces registrándome el bolso? —le pregunto indignada.

—¿Registrándote el bolso? Pero si se te ha caído al suelo. Solo lo he recogido y la he visto ahí.

Yo me pongo como una fiera.

—Pues pregúntale a él, ¡qué vaya compañero tienes! Me ha acosado en el baño, dándome su tarjeta para que le llame y me vaya a tomar café con él. Encima, me ha dedicado la canción que ha bailado conmigo. Sí, esa que dice: «Todo cambió cuando te vi». Tu compañero es un baboso y he estado aguantándolo porque trabaja contigo, y he tenido que mantener la compostura, si no te aseguro que le doy un guantazo que sale volando. Así que, no pienses cosas que no son, porque no las hay. ¿Y tú qué me dices? ¿Qué tal con tu exnovia? ¿O vuelve a ser tu novia? Porque es de muy mal gusto que me sientes enfrente de ella, que te pases todo el rato flirteando, riendo y, de remate, le pidas que baile contigo en mis narices. Mira, de verdad, no sé qué hago aquí, pero para esto no haberme hecho venir. Así que, me voy. Te dejo que subas esta noche a esa habitación, que seguro que tienes reservada, para que disfrutes con ella.

Abre los ojos como platos, se ha quedado en *shock*, escuchando todo lo que acabo de soltar por esta boca enfurecida, pero no dice nada, solo me coge del brazo. ¡Joder, me hace daño! Me arrastra y me lleva fuera de la sala, hasta un ascensor.

—¿Se puede saber qué haces? —le pregunto enfadada. No contesta. Su expresión solo desprende ira... Se abren las puertas y subimos hasta la última planta, donde saca una llave de plástico del bolsillo y, sin soltarme del brazo, abre la puerta de una habitación. Me arrastra al interior y me empuja contra la pared para mirarme fijamente a los ojos. Cíclope ataca de nuevo, y con más

fuerza que nunca. Levanta el brazo y me lo pone en la nuca, debajo del pelo, dejándome totalmente inmóvil. Tendría que estar muy enfadada, incluso con ganas de irme de aquí, pero es que este hombre me vuelve completamente loca. De repente acerca los labios a los míos y me besa con violencia, nuestros dientes chocan y su lengua atrapa la mía con una pasión tan desesperada que nos hace estallar y emitir un gemido erótico y placentero al mismo tiempo. A la vez y con mucho cuidado, está bajándome la cremallera del vestido que recorre mi costado desde la axila hasta la pierna. Cuando lo desabrocha y cae al suelo, me mira de arriba abajo. Llevo ropa interior de encaje del mismo color verde que el vestido, unas medias seductoras pegadas al muslo. Me observa con cara de deseo; es evidente en sus ojos.

—¡Dios mío...! —suspira con un susurro. —¡Qué hermosa eres!

Se desnuda con rapidez, dejando el esmoquin tirado por el suelo sin dejar de observarme, hasta que se queda solo con un bóxer negro de Dolce & Gabbana, que le queda impresionante. Me levanta y, cogiéndome en brazos, atraviesa la sala de estar y me lleva directamente a la habitación. Me tumba sobre la cama, me quita los zapatos y me levanta primero una pierna. Con sus manos suaves baja poco a poco la media para quitármela. No aparta su mirada de la mía, pero tampoco dice nada. Solo noto que tensa un poco la mandíbula por la excitación que esto le provoca. Hace lo mismo con la otra pierna; desliza con suavidad la media, hasta que se deshace de ella. Me desabrocha el sujetador para que me resbale por los brazos, después me quita las bragas. Cuando estoy totalmente desnuda y sin dejar de contemplarme, se quita el bóxer. Se pone encima de mí. Sus labios buscan los míos de nuevo y se deshacen de amor al besarme. Porque son besos de amor, de amor puro, como si no existiera un mañana, como si ya no hubiera un después... Los dos lo sentimos así, porque nuestros cuerpos están totalmente entregados a la pasión. Me acaricia la cara y el pelo con las dos manos, mientras sigue besándome sin descanso. Por fin va hundiendo en mí su excitada erección muy despacio, muy poco a poco, y cuando llega hasta lo más profundo, me levanta y me sienta encima de él. Quiere tener delante mi cara y mi cuerpo para sentirlo, para controlarlo... Me ciñe con los dos brazos por la espalda y el cuello.

—Lo siento, estaba muerto de celos —me susurra al oído.

—¿Celos de Ricardo? —indago, sin entender nada.

—Sí. ¿No te das cuenta del efecto que provocas en los hombres? —pregunta angustiado.

—No sé el efecto que provoco en los hombres, pero sí sé el que tú provocas en mí. ¿No te das cuenta de que soy tuya? —Y gimiendo sin descanso y con la voz entrecortada por cada embestida, sigo repitiendo lo mismo—. ¡Solo tuya...! ¡So-lo-tu-ya!

Cuando le susurro eso al oído, se vuelve loco de pasión y suspira aliviado al tiempo que me rodea con fuerza entre sus brazos. Me hace el amor muy despacio, clavándose y retirándose lentamente, disfrutando de cada parte de mi cuerpo. Me acaricia los pechos mientras sigue besándome sin parar en la boca, en el cuello, en los hombros, en todo mi cuerpo... Yo me quedo inmóvil, como a él le gusta y a mí me vuelve loca. Posee todo mi ser, pero esta vez, amándome como nunca antes lo había hecho.

—¡Por favor, susúrrame al oído! —suplico. Él levanta la mirada hacia la mía y se acerca a mí, jadeando sin parar.

—¡Me estoy enamorando de ti! —confiesa, y lo dice con tanta ternura que yo me derrito entre sus brazos. Ahora sí que soy toda suya, solo suya.

«¡Mi dios griego, si tú supieras lo que despiertas en mí, amor mío...!».

No decimos nada más y nos dejamos llevar juntos.

Está exhausto, y solo me abraza, me abraza y me abraza... Noto que se ha entregado con todo el sentimiento que llevaba dentro y se ha quedado sin fuerzas. Está tan agotado como yo.

—Ha sido precioso. —Quiero que sepa lo que me ha hecho sentir.

—Tú sí que eres preciosa — susurra, le cuesta hablar... Empieza a acariciarme el cabello y nos quedamos dormidos toda la noche.

Me despierta un ruido fuera de la habitación. Intento abrir un ojo, pero me cuesta demasiado. Debe ser por el rímel de anoche. Intento moverme y no puedo. Tengo la pierna de Alex encima de las mías, sus brazos me rodean y su cabeza está encima de mi pelo... Todo ello me arranca una sonrisa. Este hombre es único, es posesivo hasta durmiendo. Ese pensamiento hace que me despierte de buen humor, también recuerdo lo que me susurró anoche... ¿Se estará enamorando de mí? Espero que sí, porque yo lo estoy de él con todas mis fuerzas. Sigo contoneándome un poco, y hago que él se mueva.

—Buenos días... —dice medio dormido. Sonríe.

—Buenos días, ¿estás bien? —se lo pregunto para saber si ha dormido bien.

—Mejor que bien, no hay nada mejor que despertarme a tu lado. —Qué mono es al decirme eso. Me doy la vuelta y empiezo a besarle la cara, el cuello, y después el resto del cuerpo. Se excita muy rápido... Está claro que reacciona de una manera extraordinaria a mis besos y a mis caricias, así que decido apoyar mis pechos en su erección y jugar con ella... Es divertido; la tiene muy dura y está empezando a gemir de placer.

—¡Oh, Sara! —Siempre está dispuesto...

Juego un rato más con mis pechos hasta que me la voy metiendo con suavidad dentro de la boca... Esta vez, está más despierto y le gusta ver lo que estoy haciendo. Su cara está cambiando por el morbo que esto le provoca.

—Sigue... —susurra— ¡Oh! —Cuando gime, yo paro.

—¿Qué quieres? ¿Quieres que siga? ¡Pídemelo!

—Sigue por favor. Amor mío, no pares —suplica loco de deseo.

Vuelvo a introducirlo en mi húmeda boca y lo succiono una y otra vez... sin detenerme. Enseguida me pone las manos en la cabeza y me aprieta con fuerza, a la vez que impulsa la pelvis, para que llegue hasta lo más profundo de mi garganta. Hago lo que desea y vuelvo a parar.

—¿Te gusta? —pregunto con voz sensual.

—¡Oh, sí, me vuelves loco! —Quiere que demuestre más pasión y así lo hago, aunque en realidad lo que deseo es llevarlo al límite de excitación que jamás haya experimentado... Así que, cuando está a punto de dejarse ir, yo freno de golpe—. ¡Sara! —grita desesperado.

—Tranquilo —digo para calmarlo, y retomo de nuevo mi ritmo lento y delicioso... Sigo torturándolo durante un rato más, hasta que empiezo hacerlo con más energía. Cómo sé que está disfrutando y me gusta sentirlo así..., vuelvo a parar.

—¡Por favor, Sara! ¡No pares! —suplica de nuevo.

Ahora, que ya lo tengo en el punto donde quería, succiono hasta el fondo, repito de nuevo y dejo que se corra dentro de mi boca, en el fondo de mi garganta. Empieza a convulsionar de una manera brutal. Vibrando de pies a cabeza. ¡Madre mía!, sé que le he hecho disfrutar de verdad y eso es una satisfacción enorme para mí.

Levanto la cabeza y lo miro. Tiene toda la cara colorada y se ha quedado totalmente inmóvil. No puedo contener una risita.

—¿Quieres matarme? —me reprocha—. Ha sido... ¡Dios santo, Sara! —Casi no puede articular palabra. Lo he conseguido, eso era justo lo que quería

de él.

Le dejo un momento para recuperarse.

—¿Tienes hambre? —Seguro que tiene ganas de reponer fuerzas, aunque ahora mismo no puede ni moverse.

—Sí que tengo hambre, pero necesito recomponerme. Voy a llamar al servicio de habitaciones, ¿vale? ¿Qué te apetece? —Me pregunta como siempre, tan caballeroso.

—Pide el menú completo si quieres, que haya un poco de todo, mientras voy a darme una ducha rápida.

—Vale.

Mientras estoy en el cuarto de baño, cojo el móvil y llamo a Marisa. Me doy cuenta de que no tengo ropa para cambiarme y me niego a recorrer el hotel con el vestido de fiesta que llevaba anoche.

—¡Hola, Marisa! Sé que tienes el día libre, pero necesito un favor.

—Claro, dígame. ¿Qué necesita?

—Es preciso que vayas a mi casa y me traigas ropa y el neceser con todo lo necesario para arreglarme, estoy en la habitación 115 del hotel Sorolla y, por favor, tráeme el coche también.

—¿El Audi?

—Sí. Necesito unos *leggings* negros, el top largo de tirantes blanco y negro de Karen Millen, los zapatos de tiras de piel con hebillas y un bolso negro de Loewe. ¡Ah! Y la mañana de mañana cógetela libre, no es necesario que vengas a casa.

—Muy bien, en una hora como muy tarde estoy ahí con todo.

—¡Gracias, Marisa! Eres un encanto.

Me pego una ducha y como no tengo ropa para cambiarme, salgo envuelta en una toalla. Cuando me ve aparecer, Alex se me queda mirando con cara de bobo...

—¿Con quién hablabas?

«¿Ha estado escuchándome?».

—Con Marisa, mi asistente. No tengo ropa para salir de aquí y viene ahora con el coche y todo lo necesario para que pueda cambiarme.

—Yo siempre traigo ropa a la habitación por si acaso.

—Suerte la tuya —le contesto irónicamente. Inclino la cabeza a un lado y entorno un poco los ojos—. ¿Tienes planes para hoy? —pregunto.

—¡Estar contigo! —responde con esa sonrisa que me vuelve loca.

—Pues nos vamos a pasar el día a un sitio que te va a gustar.

—Genial. Voy a darme una ducha mientras llega el desayuno.

—Claro, ya abro yo cuando llamen.

—¿Vas a abrir así, cubierta solo por la toalla? —Su cara es un verdadero poema.

—No tengo nada más que ponerme. —Me encojo de hombros. ¿Qué quiere que haga?

—Voy a darme prisa y abriré yo.

—Cómo quieras...

«Ay, qué celoso es este hombre...».

Al rato, suena el timbre de la habitación: es el camarero y Alex está en la ducha, así que le dejo entrar... Pasados unos minutos vuelve a sonar el timbre, es mi asistenta que ha llegado con todo lo que le he pedido. Un poco después, él sale ya cambiado, con una camiseta negra ajustada y unos vaqueros que le quedan de infarto. Me gusta verlo vestido tan informal; es un hombre tan guapo que se me corta la respiración cada vez que lo miro.

—Ya te lo he dicho, pero estás impresionante de *sport*.

—Gracias, señorita Larson, viniendo de una mujer tan hermosa como tú, es un halago.

—Pues me vuelve loca, señor Casas. —Él se ríe y se abalanza sobre mí para besarme. Empieza a quitarme la toalla que llevo puesta y me deja desnuda—. ¿No ha tenido suficiente señor Casas? ¿Aún quiere más?

—Contigo, nunca tengo suficiente. —Ahora tiene ese brillo en los ojos que hace que me derrita...

—Mejor será que primero desayune y reponga fuerzas... ¿No querrá desvanecerse?

—A ver si la que va a desvanecerse eres tú. No me subestimes.

—Nunca lo hago, señor Casas. Empiezo a conocerle y sé de lo que es capaz.

—No, todavía no sabes de lo que soy capaz.

«¿Está pavoneándose y haciéndose el misterioso conmigo?».

—¡Ah!, pero ¿qué aún hay más?

—Muchísimo más. Siéntate aquí, anda, y desayuna.

Se crea un ambiente muy divertido en el desayuno, pues nos tentamos sin parar con nuestros comentarios picantes. Cuando acabamos, me visto y nos marchamos del hotel. Lo miro sonriente cuando estamos sentados en el coche.

—Señor Casas, ¿preparado?

—Preparado, señorita Larson.

—Ponte el cinturón y disfruta.

Pongo la primera y subo el volumen de la radio. Está sonando la canción *Love Me Harder* de Ariana Grande; una música movidita que me gusta mucho. Es perfecta para conducir. Cuando acelero, el rugido del motor es espectacular; me hace vibrar... No lo puedo evitar, lo disfruto. Lo exprimo al máximo, y Alex se queda impresionado por cómo lo conduzco.

Conecto el manos libres para llamar a Antonio.

—¡Hola, preciosa! ¿Cómo estás?

—¡Hola, Antonio! ¿Qué tal? Sé que es un poco precipitado, pero ¿quería saber si tienes el barco disponible para hoy?

—Para ti siempre está disponible. ¿Cuántas personas?

—Voy a llevar a alguien muy especial.

—Vaya, me prometiste que yo siempre sería el amor de tu vida —se empieza a reír...

—Antonio, lo eres. —Giro la cabeza y Alex tiene tal cara de cabreado, que hace que sonría...

—Teresa te manda recuerdos, la tengo aquí a mi lado.

—Un beso muy grande para tu mujer. —Miro de nuevo a Alex, que ya tiene una media sonrisa en la cara; lo ha pillado—. Oye, ¿entonces podemos ir?

—Claro. ¿Qué os apetece hacer?

—Queremos pasar el día navegando y comer algo en el barco.

—Muy bien. ¿Lo de siempre?

—Sí, lo de siempre. Gracias Antonio, eres el mejor.

—¿Cuánto tardáis en venir?

—Sobre una hora y media, más o menos.

—Vale, preciosa, vamos preparándolo todo para zarpar en cuanto lleguéis, y oye, no te preocupes que trataremos muy bien a tu invitado.

—Lo sé. Un beso, Antonio. Hasta ahora.

Miro a Alex, que tiene la mirada perdida, cuando de repente murmura:

—Vaya, estoy dándome cuenta de que todos los hombres te llaman preciosa, pensaba que solo lo hacía yo. Parece decepcionado.

—Es un adjetivo cariñoso y muy común, que vosotros utilizáis con todas las mujeres, ¿no?

—Perdona, con todas no, solo con las que lo son y contigo lo utilizan todos.

—¿Te molesta? Pues yo no le doy importancia porque, realmente, solo causa efecto en mí cuando me lo dices tú. —Espero que con esto que acabo de decirle, se dé por enterado.

Inmediatamente me coge de la mano, se acerca a mí y me da un beso en la mejilla.

—Así que, hoy vamos a ir en barco... —Su expresión ha cambiado y ahora parece divertida.

—No te he preguntado, ¿a lo mejor preferías hacer otra cosa? A veces soy un poco impulsiva y, cuando me apetece algo, no puedo resistirme; hasta que no lo consigo, no paro.

—No, está bien, me apetece pasar el día navegando y disfrutando. Me gusta hacer cosas contigo.

—¿Qué clase de cosas te gusta hacer conmigo? —Soy consciente de que estoy siendo un poco perversa.

—No me pongas esa cara que te hago parar el coche aquí mismo...

—¿Quieres hacerme el amor aquí...? ¿Dentro del coche? —No paro de provocarlo, me encanta picarlo. Es una de las cosas que más me gustan de él. Siempre me sigue el rollo en este juego divertido, pervertido y provocador.

—No, dentro del coche no, pero apoyada en el capó, sí.

—¿Eso te excitaría? Verme con los pechos apoyados en el capó, con el culito en pompa, desnuda para ti, a plena luz del día. —Lo miro y veo que está tragando saliva con dificultad, apretando las piernas con la mirada descontrolada... Parece muy, muy excitado. Seguro que ya tiene una erección.

—¿Por qué no paras el coche? —Se le nota en la cara que quiere poseerme.

—Lo siento, no hay tiempo —contesto riéndome.

—Vale, no hay tiempo. —¿Eso es resignación?—. Pero que sepas que eso que acabas de decirme, se cumplirá en algún momento.

—Todos sus deseos serán cumplidos, señor Casas, pero recuerde que todavía no sé de lo que es capaz, tal y como me ha dicho antes. Así que me tiene a su disposición para que se vaya mostrando cuando quiera...

—Deja de decir estas cosas... ¡Me estás volviendo loco! —Me coge de la

mano y la pone encima de su erección para acariciarse con ella—. ¡Detén el coche, por favor! —Quito la mano con rapidez, la necesito para conducir.

—Ahora no hay tiempo —Repito y cambio de tema para que le baje el calentón—. Al barco que vamos ahora es un catamarán que puede impulsarse a vela o a motor. A mí me gusta que vaya a vela, si el viento lo permite, y el capitán se llama Antonio. Tiene un par de ayudantes, y la cocinera es Teresa, su mujer. Prepara unas langostas a la brasa que están de muerte.

—Pinta bien. ¿Vas a menudo?

—Sí, sufro de momentos de mucha ansiedad todos los días y, de vez en cuando, paso los fines de semana en el barco, eso me relaja...

—¿Ansiedad? ¿Qué te ocurre?

—Bueno, no es algo que te pueda explicar brevemente.

—Me gustaría conocerte. Inténtalo, por favor, —me ruega.

—A veces siento que no encajo con lo que me rodea. Soy una persona muy fuerte y con mucho carácter, pero a veces me invaden inseguridades no laborales, sino de mi propia persona. Soy bastante nerviosa, ¿sabías que fumo?

—No, no tenía ni idea.

—Pues sí. Cuando paso un día difícil, en mi despacho tengo una terraza de lo más acogedora, y salgo allí para fumarme un cigarrillo.

—Pero conmigo no has fumado nunca, ¿no?

—No, contigo no —me empiezo a reír como una loca.

—¿De qué te ríes?

—Cariño, tú me quitas toda la ansiedad de golpe.

—¿Sí? ¿Cómo? —pregunta con inocencia, queriendo saber sobre mí.

—Haciéndome el amor como me lo haces...

—¡Uf! no sigas otra vez por ese camino, que en serio te hago parar el coche.

—¡Eh...! —lo corto en seco.

—Dime.

—Eres un hombre increíble y me gusta mucho estar contigo. Solo quería que lo supieras. —Al decirle eso, me mira y suspira... Sus ojos lo dicen todo; aunque no me contesta, no me importa, no me hace falta. Qué me mire de esa manera es mejor que cualquier palabra en estos momentos... ¡Oh Alex, es totalmente cierto, eres un hombre maravilloso!

Vamos hablando todo el camino de mis cosas y de las tuyas. Lo pasamos muy bien y reímos sin parar hasta que por fin llegamos a Denia, donde Antonio

y Teresa nos esperan en el catamarán.

—¡Bienvenidos! Está todo preparado, podéis subir y acomodaros. Teresa os ha preparado unos aperitivos y ha puesto a enfriar una botella de cava. También ha dejado bañadores y toallas por si las necesitáis, y toda clase de accesorios de aseo personal, ¿vale?

—Antonio, te presento al señor Alejandro Casas.

—¡Hola, Alejandro! —Le da la mano y se lo queda mirando—. Lo conozco. Es Casas, el político, ¿no?

—¡Hola, Antonio, encantado! Sí, soy el político.

—Es que lo he visto por la televisión y, además voté a su partido, al PP.

—Me alegra saberlo.

Me quedo pensando un segundo de lo que están hablando; yo no lo había visto en mi vida. Como se nota que paso absolutamente de la política y que además no tengo mucho tiempo para ver la televisión. A partir de ahora, me esforzaré para verla más, con un hombre así vale la pena.

—Bueno, preciosa, ¿estás preparada para pasar un día fantástico? —me pregunta Antonio con cariño.

—Preparadísima.

—Hale, pues a partir de ahora, os dejamos intimidad y cuando os haga falta algo, ya sabes, como siempre: botón verde, servicio de comida y bebida; botón amarillo, otros; botón rojo, volvemos a casa.

—Perfecto. Mil gracias, Antonio.

Cuando el barco zarpa ya estamos en la cubierta, en una especie de sofás enormes, tumbados, abrazados, viendo todo el horizonte y el mar que nos rodea. La jornada se presenta de lo más romántica. Pasamos horas hablando y besándonos sin parar. Después, Teresa prepara una succulenta comida con langostas a la brasa, pulpo a la gallega, almejas a la marinera y mucho cava. De postre una fuente de fruta cortada que está espectacular.

Creo que Alex está disfrutando de este día conmigo; se muestra alegre, divertido, despreocupado... Está tumbado en el sofá, abrazándome, acariciándome sin parar.

—Me gustaría que se detuviera el tiempo; no quiero que se acabe este día...

—me susurra al oído, haciendo que emita un pequeño gemido; me ha puesto

todos los pelos de punta al hacer eso—. ¿Qué te pasa? Tienes la piel de gallina. Te gusta qué te haga esto, ¿verdad? —pregunta, volviendo a hacerlo.

—¡Oh! —gimo.

—¿Te excita? ¿Te excita mucho? —Yo no contesto, no hace falta decirle lo que provoca en mí. Y continúa musitando tonterías sin parar—: Ahora voy a meter la mano por debajo de tu braguita y voy a jugar contigo. Cuando quieras que te haga el amor, vas a tener que suplicar...

Estoy tan excitada que no puedo esperar.

—¿Quieres bajar al camarote? Allí tenemos una habitación.

—Sí, vamos. —Me coge de la mano y tira de mí para llegar lo más rápido posible.

Cuando abre la puerta, se queda mirando la ambientación del camarote. En el techo hay unas vigas bajas y la pared está decorada con toda clase de cuerdas entrelazadas con nudos marineros, y pañuelos estampados con diferentes tipos de anclas. La cama es de madera clara de la que sobresalen cuatro palos altos en cada esquina. El cabecero también está hecho con tablillas separadas unos diez centímetros.

Alex observa todo con tanta intensidad que sé que alguna idea pasa por su cabeza. ¿Qué será...? Está muy pensativo.

Me tumba sobre la cama, me quita las braguitas y la parte de arriba del bikini antes de sentarme a mi lado. —Te voy a proponer un juego —dice.

—¿Qué juego? —Se levanta y coge un pañuelo de la pared.

—Te voy a tapar los ojos. —Parece estar divirtiéndose mucho—. ¿Confías en mí? —pregunta sonriendo.

—Confío en ti.

—Te voy a tapar los ojos con este pañuelo y quiero que te relajes..., que te dejes llevar. Si en algún momento te sientes insegura porque no ves lo que estoy haciendo, me lo dices y te quito la venda de los ojos, ¿vale?

—Vale —Estoy intrigada a la par que excitada. Por lo que veo, a Alex le gusta jugar...

Ya me ha tapado los ojos y no veo nada. Estoy totalmente desnuda en la cama. Él se levanta y, en silencio, coge algo de la pared. Se acerca a mí y me ata el tobillo izquierdo al palo de la cama, luego lo hace con el derecho, después me inmoviliza la muñeca izquierda y, finalmente, la derecha. Ya me

tiene como a él le gusta, totalmente inmóvil, pero esta vez de verdad. Se acerca a mí con mucho sigilo.

—Te voy a hacer disfrutar, amor mío —susurra.

Uf, mi cuerpo ya está erizado solo con eso, y él más seguro de sus actos porque lo está notando, me besa en la boca, me aprieta los pechos con fuerza entre las manos y me pellizca los pezones... Me besa de pies a cabeza. ¡Dios, estoy muy excitada...! Acerca la lengua a mi clítoris para deleitarse con él mientras estoy gimiendo de placer... Sigue y sigue sin parar, y mientras va metiendo un dedo dentro de mí; lo hace con fuerza, dentro y afuera...

Noto que estoy totalmente mojada y que no voy a aguantar mucho más. Él lo percibe y se detiene. ¡Uy!, este me está haciendo lo mismo que le hice yo a él; me está castigando.

—Sigue, por favor, sigue... —suplico.

—Tranquila, déjame disfrutar de ti —me susurra al oído acercándose de nuevo. Luego vuelve a bajar y sigue moviendo la lengua trazando círculos sin parar. Mete dos dedos con más fuerza, hasta lo más profundo. Me vuelvo loca y empiezo a gritar por el placer que eso me provoca. Él sigue moviendo esa lengua prodigiosa hasta que ya no puedo aguantar más y me corro en su boca. Mi cuerpo convulsiona sin parar...

«¡Madre mía! Qué intenso ha sido».

Enseguida me suelta las cuerdas de los tobillos con mucha destreza, demasiada, como si estuviera más que acostumbrado a hacer esto. Las de las muñecas solo las suelta de los palos, pero no de mis brazos. Me da la vuelta, me pone a cuatro patas y me ata a una de las tablillas del cabecero de la cama. Mi cuerpo está a su disposición, y aún no me ha quitado la venda de los ojos. Ahora se levanta de la cama y coge algo del baño y otra cosa de la pared, por lo menos me da esa sensación, ya que no puedo verlo, solo intuirlo. Se pone detrás de mí y se arquea contra mi cuerpo, me aprieta los pechos desde atrás una y otra vez. Por fin, me separa las piernas y se hunde en mi interior con fuerza.

«¡Oh, Dios mío! Está durísimo».

Jadea de placer, excitado, porque aunque no puedo verlo, sí que puedo sentirlo. De repente se detiene, desliza un pañuelo largo por mi cuello y empieza a tirar de mí. Hace que instintivamente tenga que levantar la cabeza para no ahogarme. Ahora controla todo mi cuerpo. Se queda inmóvil un segundo y se escucha como si abriera algo; mientras tanto, estoy en silencio,

ninguna palabra sale de mi boca, solo me dejo llevar... Al momento, siento algo frío dentro del culo. ¿Será un lubricante? ¿una crema...? Pero ¿qué va a hacerme? Nunca he probado algo así. ¿Qué hago? Algo me dice que confíe en él, y si me duele o no me gusta, se detendrá en cuanto se lo diga. Empieza a meter un dedo con mucho cuidado, muy poco a poco, mientras vuelve a embestirme con fuerza una y otra vez. ¡Uf, madre mía! Qué sensación más excitante....

—¿Te hago daño? —pregunta en un tono intenso y jadeante.

—No —respondo. Casi no puedo articular palabra por el placer que me está haciendo sentir.

Se descontrola. Empieza tirar del pañuelo con tanta fuerza que me está cortando la respiración. Como siga, llegará a asfixiarme... A la vez se mueve frenético, clavándose en mí hasta el fondo, con desesperación, compaginando sus movimientos con los de ese magnífico dedo que mete y saca de mi culo con suavidad. Jadea cada vez más fuerte, casi gritando. Jamás había tenido una experiencia sexual así, tan salvaje y al límite. Me siento confusa, pero excitada al mismo tiempo. Alex se apodera completamente de mí. Dejo todo el control de mi cuerpo en sus manos; él decide si respiro o, por el contrario, dejo de hacerlo... Es un juego peligroso y perverso, pero excitante al mismo tiempo

«¡Oh, Alex, bendita locura!».

Gimo y gimo sin parar hasta que, con tanta estimulación en todas las partes de mi cuerpo, estallo con un orgasmo monumental; él me sigue, convulsionando de una manera igual de intensa.

Enseguida me quita el pañuelo del cuello y de los ojos, me libera las muñecas y me aprieta sobre su cuerpo. Estoy sin fuerzas. No puedo ni moverme. Ha sido extremadamente salvaje.

Nos quedamos unos minutos en silencio, intentando recuperar el aliento y ralentizando nuestros latidos.

—Madre mía, pero ¿qué ha sido esto? No puedo decir que me hayas hecho el amor —pregunto sorprendida y perpleja al mismo tiempo.

—Ahora ya sabes de lo que soy capaz —informa en un tono suave a la vez que tajante.

—Entonces, ¿qué ha sido esto? ¿Sexo duro? ¿Es esto lo que te gusta? — Necesito conocerlo, saber qué siente...

Se queda callado, como si le costara responder.

—Te quiero solo para mí y necesito tener el control de todo tu cuerpo para sentir que eres completamente mía. Me vuelvo loco contigo.

—Pero si ya soy tuya, solo tuya. ¿No te das cuenta? —Se lo digo con todo el sentimiento del mundo para tranquilizarlo, pero él no añade nada, solo se queda callado. Tiene un gesto en la cara que no sé cómo interpretar... ¿Estará avergonzado? Puede ser que sea eso porque mi respuesta no le ha convencido demasiado.

—No volveré hacerlo hasta que me lo pidas... —murmura con la voz temblorosa.

—Pero Alex, ya sabes que te lo pediré. ¿Acaso en algún momento has sentido que no disfrutaba? Porque de ser así, seguro que hubieras parado, ¿no es cierto?

—No lo sé. No sé si hubiera podido parar. Cuando te tengo así de expuesta... ¡Oh Dios, no puedo controlarme! Quiero poseerte de todas las maneras posibles. Me vuelvo loco contigo. Eres tan hermosa. Necesito tenerte, estar dentro de ti, hacerte mía por completo. Provocas que saque mi lado más oscuro, que desate mis fantasías sexuales más ocultas. —Está siendo sincero conmigo y, a la vez, está hablando de esto con angustia. Así que intento cortar la conversación por lo sano.

—Eh..., ¡basta! —Le pongo la mano en la boca para que se calle. Creo que por hoy ya es suficiente—. ¡Bésame! —Me acerco a él y le doy un beso de amor puro, de esos que no dejan a nadie indiferente. Él me lo devuelve de la misma manera, siempre apasionado.

Noto que está más relajado, creo que le ha gustado y le ha venido bien.

—¿No te das cuenta de lo que siento por ti? —le susurro bajito, en el oído—. Eres lo mejor que me ha pasado en mucho, mucho tiempo y no quiero que cambies nada. Me vuelves loca así, tal y como eres... Además, contigo cada día es una aventura, eso es lo bueno de ti. Nunca sé con lo que me voy a encontrar. —Al decirle eso, sonrío de una manera especial y me abraza con ternura, cariño y amor, sentimientos que penetran por todos los poros de mi piel—. ¿Te parece bien, si le doy al botón rojo y volvemos a casa ya?

—Sí, me parece bien. Mañana me voy toda la semana a Madrid y tengo que preparar algunas cosas. Esta noche la pasaré trabajando.

—Yo también tengo mucho trabajo atrasado porque esta semana casi no he aparecido por la oficina.

Aprieto el botón rojo, y Antonio da la vuelta hacia la costa. Cuando

llegamos allí, nos despedimos de él y de su mujer con un cariñoso abrazo. Después nos ponemos en marcha, dirección Valencia.

Vamos relajados escuchando *Stop And Stare* de OneRepublic, pero conduzco más rápido de lo normal; quiero llegar pronto a casa. Él no me suelta de la mano en todo el trayecto. Me acaricia con el dedo pulgar y me gusta el contacto de su piel suave contra la mía. Cualquier roce, caricia o beso suyo hace que sienta que estoy en el paraíso.

Llegamos antes de lo previsto y, cuando estoy pasando por delante de nuestro edificio, veo un coche de la policía en la puerta. «Qué raro, ¿qué habrá pasado?», me pregunto. Aparco el coche en el garaje y subimos en el ascensor. Cuando se abren las puertas, vemos al sargento y a su ayudante esperando al final del pasillo, justo delante de la puerta de mi casa.

—¡Buenas noches, sargento! ¿Pasa algo? —le pregunto nerviosa.

—¡Buenas noches, señorita Larson! Señor Casas —a él le dan la mano—. Tienen que acompañarnos a comisaría.

—¿Por qué razón? —pregunta Alex algo asustado.

—Mejor lo hablamos en comisaría. ¡Acompáñennos por favor!

Subimos en el asiento de atrás del coche y Alex no me suelta de la mano. Puedo notar su inquietud por el sudor con el que me humedece los dedos. Se respira un silencio enrarecido en el ambiente, roto solo por la radiofrecuencia de la policía, que me está molestando en los tímpanos cada vez que dan avisos desde la centralita a los coches patrulla.

Por fin llegamos a comisaría. Me siento como una delincuente por la manera en que nos miran otros agentes cuando pasamos ante ellos. La situación es incómoda. Enseguida nos meten en un despacho a los dos juntos y nos sientan en unas sillas alrededor de una mesa redonda. El sargento López saca un sobre de color amarillo con unas fotos y las deja encima de la mesa, como si de una baraja de cartas se tratara. Cuando desvío la mirada hacia ellas y empiezo a mirarlas, siento debilidad muscular en todo mi cuerpo, me quedo pálida y no paro de sudar. Los ruidos de la sala se desvanecen... Creo que estoy a punto de desmayarme.

—¿Se encuentra bien señorita? —dice Jose, preocupado—. ¿Quiere que le traiga un poco de agua?

—¡Dios mío, es Martín! ¿Qué le ha pasado? —De inmediato, me pongo a llorar desesperada, sin parar de mirar cada una de las fotos detenidamente. Lo han asesinado. Está con todo el cuello cortado, cubierto de sangre. Su rostro amarillo da escalofríos; verdaderos escalofríos. Lo han degollado cruelmente. ¿Quién ha podido hacer algo así?

—Lo único que sabemos es que ha sido degollado con un arma blanca mientras dormía. ¿Conocía usted al señor Martín Espinosa? —me pregunta el sargento con semblante serio al tiempo que arquea una ceja.

—Claro que le conocía. Acabo de comprar su compañía. Vino el viernes a mis oficinas para firmar la cesión. Después comimos juntos en el restaurante Aragón 58 y luego lo acompañé a su hotel, al Hilton. Desde ese momento, no lo he vuelto a ver.

—¿Y dónde pasó usted la noche del viernes?

—La pasé con Alejandro en su casa. Estuve toda la noche allí.

—¿Durmieron toda la noche juntos? ¿O hubo algún rato que estuvieran separados?

—Dormimos toda la noche juntos —contesto *ipso facto*, mirando al sargento a los ojos.

—El asesinato se produjo en la madrugada del viernes al sábado, según el forense entre las tres y las cinco de la mañana y por lo que sabemos hasta ahora, usted fue la última persona que lo vio con vida —añade el sargento—. ¿Usted señor Casas confirma que estuvo con la señorita Larson toda la noche?

—Así es, dormimos toda la noche juntos, luego ya, por la mañana, a eso de las diez y media, Sara se fue a su casa.

—¿Señor Casas conocía usted al señor Martín?

—No personalmente. Sabía que la señorita Larson estaba negociando la compra de su compañía porque en algún momento me lo comentó, pero nada más.

—Bien, pues por ahora no hay más preguntas. Les doy mi tarjeta por si recordaran algún detalle que nos fuera de ayuda para la investigación. Pueden llamarme a cualquier hora y en cualquier momento, ¿de acuerdo?

—De acuerdo sargento —contestamos los dos a la vez.

Después del breve interrogatorio, nos llevan a casa de nuevo en el coche patrulla. Estamos callados durante todo el camino. Harta ya de ese silencio

agobiante, se me ocurre formularles una pregunta:

—Sargento, son ya dos asesinatos en el mismo hotel, ¿podría ser un asesino en serie?

—Todavía es pronto para confirmar eso, señorita, pero podría ser. De momento no se encuentra relación entre ambos casos, aunque los dos tengan el mismo *modus operandi*. Estamos investigando para averiguarlo, no se preocupe. De todos modos, prefiero que no nos haga este tipo de preguntas.

—Discúlpeme, pero estoy aterrorizada. Son dos personas que conocía y no puedo evitar pensar en lo ocurrido.

—Ya hemos llegado, les agradecemos su colaboración. —El sargento corta la conversación tajantemente justo cuando estamos ante la puerta de nuestro edificio.

—¡Adiós, sargento! Jose, gracias. Hablamos pronto. —Nos despedimos de ellos y caminamos hasta el ascensor que lleva hasta nuestra planta.

Alex está muy serio, solo me da un beso en los labios y se mete dentro de su casa sin decirme nada. Yo hago lo mismo, aunque me encuentro bastante mal. Me ha impactado demasiado todo lo que ha pasado y, sobre todo, que me hayan enseñado fotos de Martín en ese estado. Siento miedo e inquietud. Tengo un nudo en el estómago que me está provocando que esa maldita ansiedad invada de nuevo todo mi cuerpo. Decido ir directamente a la terraza para fumarme un cigarro y relajarme un poco, pero son muchas las preguntas que irrumpen en mis pensamientos sin parar de atormentarme. ¿Quién querría asesinar al pobre Martín? ¿Por qué él? ¿Será algún loco que pasea por ese hotel y elige al azar a sus víctimas? Tengo mucho miedo, y decido irme a la cama, aunque no consigo dormir. Doy vueltas y más vueltas, no paro de sudar y tengo taquicardias. ¡Joder, qué mal me encuentro! Miro el reloj; son las dos de la mañana y sé que Alex estará trabajando... Así que decido enviarle un Whatsapp.

Yo: «Te echo de menos».

Es escribir eso y, al minuto, oigo el timbre de mi casa. Voy corriendo a abrir. Ahí está él, con un pantalón corto y una camiseta blanca de cuello pico, en unas zapatillas de casa, con una carita... Para comérselo.

—¡Hola, amor mío! Yo también te echo de menos. —Se acerca a mí y me abraza con ternura.

—No puedo dormir —digo muy triste.

—Anda, ven a mi casa que estarás más tranquila. —Me coge de la mano y me acompaña a su habitación. Nos tumbamos en la cama y me abraza a la vez que me acaricia el pelo. Empiezo a relajarme hasta que al final me duermo profundamente.

—Cariño, cariño, despierta... —musita Alex—. Son las siete de la mañana, despierta dormilona.

—Hola —Estoy tan dormida que me cuesta hablar. Abro los ojos y veo que me mira con dulzura mientras me acaricia la mejilla. Se ha vestido ya con un traje de color gris, y huele muy bien...

—Me tengo que ir, mi avión sale dentro de una hora.

—Ya me levanto —murmuro. Me pongo de pie y lo abrazo como una sonámbula, le doy un beso y me dirijo a la puerta para irme a mi casa.

—Oye, volveré el viernes —asegura en voz baja.

—Vale.

—Te llamo esta noche y hablamos.

—Sí, adiós.

Mientras, en la comisaría de policía, el sargento López y su ayudante encargados del caso de los asesinatos del hotel Hilton, ya han recibido las grabaciones solicitadas por orden del Juez y se preparan para examinarlas. Están en un despacho con el típico café grande de Starbucks, pues saben que les llevará mucho tiempo revisarlas y se preparan para el día duro que les espera. Primero visualizan las de la noche de la fiesta, pero hay cuatro dvd, ya que había varias cámaras que filmaban ángulos diferentes. En el primero se ve cómo va entrando la gente y se sienta para cenar y es ahí donde van poniendo caras a los nombres que tienen en la lista de invitados. Repasan uno a uno y pueden comprobar que falta gente; personas que no asistieron al evento. Pasan al siguiente dvd.

—Mira, ahí es cuando la señorita Larson entra en la sala. Según la hora, son las once y dos minutos de la noche, tal y como ella nos dijo —informa el sargento a su ayudante. También la ven bailar con Alex y cómo se desarrolla la

velada—. Vamos a examinar de nuevo esta cinta y repasemos otra vez a toda la gente que está de pie en la pista de baile. —Van mirando y mirando hasta que Jose se da cuenta de algo y se estremece.

—¿Ha visto eso?

—¿El qué? —pregunta exaltado el sargento, a la vez que pega un pequeño bote de la silla.

—¡Rebobine hacia atrás! ¿No ha visto a ese tipo? ¡Pare la imagen! —Se ve a un hombre moreno que no ha reconocido en la lista de invitados a la cena. Solo se le ve de perfil y no con demasiada nitidez—. Haz zoom en la cara. — El sargento coge la lista y descubre que ese hombre no había sido invitado al evento. Tienen toda la lista de las personas colgada en un tablón, con las fotos de cada uno de ellos al lado.

—¡Bien Jose, bien! ¡Buena observación! Vamos a imprimir la imagen de este tipo, hay que averiguar quién es. Prioridad absoluta.

—¡Mierda, mierda! Sargento, ya ha salido de la impresora, pero mire... ¡Vaya!, no se le ve muy bien la cara.

—Cosas peores nos hemos encontrado, y al final hemos dado con la persona. No te preocupes.

—Si usted lo dice, sargento. —El ayudante emite un suspiro desgarrador, totalmente abatido. Sabe de sobra que les va a costar mucho identificarlo.

—Imprime unas cuantas copias y cuelga una en el tablón, al lado de los demás, con un interrogante. Vamos a seguir viendo todos los dvd por si descubrimos alguna persona más que no haya sido invitada.

—De acuerdo.

Continúan durante toda la tarde hasta bien adentrada la noche. Conforme van revisando las grabaciones, Jose le da mucha importancia a la de la terraza. Se queda mirando embobado el momento en el que el señor Casas está besando a la señorita Larson apasionadamente y entra Marco para avisarle de que vaya a la reunión y, sobre todo, cuando Alejandro le da a ella la llave de la *suite*. Llegan a la conclusión de que el señor Alejandro Casas no tiene coartada entre las tres hasta las cuatro de la mañana. Según él, esperaba a Sara en su *suite*, pero ella nunca apareció y según el forense, esa fue la hora aproximada de la muerte. En ese tiempo, habría tenido tiempo de sobra para asesinar a cualquiera. Además, un dato importante de la investigación es que la puerta de la habitación no estaba forzada, es decir, la víctima o bien conocía a su

asesino o este tenía la llave de la habitación. No significaba que fuera el principal sospechoso, pero desde luego, lo iban a tener muy en cuenta.

—Jose, faltan las grabaciones de las plantas de las habitaciones, ¿por qué no las tenemos? Quizás esté ahí la clave, seguramente se verá quién entra y quién sale de cada habitación y a la hora exacta que lo hace.

—Como se trata de la intimidad de los huéspedes, el juez no las ha admitido por el momento —contesta justificando al magistrado.

—Pero ¡por el amor de Dios, si ha habido dos asesinatos! Hay que hablar con el juez de inmediato y solicitarle esa orden ya. Procede a preparar el informe de lo investigado hasta el momento y házselo llegar.

—Son las once de la noche sargento, no sé si...

—Está bien, vete a casa y descansa un poco, lo haré yo

—No, descuide ya lo hago. Lo decía por no molestar al juez a estas horas.

—¡Pues que se moleste! Esto es mucho más importante que él esté en su sofá reposando la cena. De todas formas, me encargo yo, vete casa —suelta completamente enervado, en un tono bastante elevado.

—Está bien. Gracias, sargento.

—Eso sí, mañana a las siete de la mañana te quiero aquí. Hay que llegar al fondo de este asunto lo más rápido que podamos. No quiero más asesinatos... ¡Entendido!

—Descuide, aquí estaré —baja la cabeza y sale por la puerta.

El sargento se queda un rato más preparando el informe. Cuando plasma en él todos los detalles, se lo envía por correo electrónico al juez. Al no recibir respuesta inmediata, decide marcharse a casa. Hoy ha sido un día muy duro para él y también necesita descansar.

*M*iro el reloj, son las once y media de la noche y yo sigo en la oficina. Me suena el teléfono, es un Whatsapp.

Alex: «Te echo de menos... ¿Puedo llamarte?».

Yo: «Claro».

¡Qué ganas tengo de hablar con él! Al segundo ya está sonando mi teléfono.

—¡Hola, preciosa! ¿Qué haces? —su voz suena tan dulce y tranquila que me pongo tonta.

—¡Hola! Pues aquí, todavía en la oficina.

—¡Qué dices! ¿Aún? ¿Y con quién estás...? —¡Uy!, esa última pregunta parece de un controlador celoso.

—Sí, aún. Es el castigo por no aparecer prácticamente durante toda la semana pasada. No te haces una idea del trabajo que tengo atrasado. He pasado casi todo el día reunida y ahora estoy cerrando algunos temas.

—Pero ¿te ayuda alguien? —Y dale con la preguntita...

—Sí, está conmigo mi abogado.

—¿Tu abogado? —pregunta, sorprendido.

—Sí, él siempre trabaja conmigo.

—Pero mira qué horas son. ¿No le espera su familia en casa? —Qué forma más sutil tiene de averiguar si está casado y con hijos. Me entra la risa tonta.

—Alex, mi abogado no está casado, por suerte para mí. —Me sigo riendo, pero a él parece no hacerle ninguna gracia.

—¿Qué quieres decir con «por suerte para ti»? —Ahora lo está preguntando bastante serio.

—Si estuviera casado con hijos o simplemente tuviera una pareja, su implicación con esta compañía no sería igual. Ahora mismo no estaría aquí conmigo, solucionando tantos y tantos problemas que tengo pendientes. Alex, es mi mano derecha.

—¿Y cómo es? ¿Qué edad tiene?

Jolín, le ha dado ahora con el pobre Pedro.

—Pues es muy profesional en su trabajo y tiene cuarenta y dos años.

—¿Es atractivo?

Creo que esa pregunta ya sobra.

—¡Alex, basta, por favor! Es mi abogado, y punto.

—Necesito saberlo, está todos los días con la mujer que llena mi vida...

—Sí, es atractivo. —Se hace un silencio interminable. Como tengo una vena de maldad, dejo que sufra un poquito, pero pronto lo tranquilizo—. Y muy aburrido. No es mi tipo, tranquilo. —Él sigue callado durante un momento.

—¿Y quién es tu tipo? —pregunta sin poder evitarlo.

—¡Pues tú! —contesto rápidamente.

—¿Yo? —¿Lo pregunta cómo si no me creyera? Lo de este hombre es muy fuerte, voy a tener que darle un poco de caña para que espabile.

—Sí, tú. ¿No eres el que me quiere apoyar en el capó del coche, cogermelos pechos desde detrás y hacerme el amor salvajemente a plena luz del día?

—Sí, ese soy yo —se le escapan unas carcajadas.

—Pues si ese eres tú... es el tipo de hombre que me gusta y, por cierto, me gusta mucho.

—Te echo de menos. ¿Sabes que te haría el amor ahora mismo de todas las maneras posibles?

¡Madre mía! Si lo tengo delante ahora mismo, no sé lo que le hago. Aunque la culpa es mía, yo he empezado todo esto.

—¿Sí? ¿Y cómo me harías el amor? —Esta vez he puesto voz sexy porque quiero que se vuelva loco por teléfono.

—Creo que lo más probable es que te atara a la cama y besara todo tu cuerpo hasta que no pudieras más y me suplicaras que te hiciera el amor sin parar. Luego, cuando me cansara de escucharte suplicar, te la metería hasta el fondo una y otra vez durante toda la noche.

—Alex, por favor, ¡para! o me va a tocar coger un avión y presentarme en tu habitación.

—Eso es imposible, pero me encantaría —lo dice en un tono de resignación.

—Nunca digas nunca... —respondo divertida.

—¡Cómo te echo de menos! El viernes por la tarde ya estoy de vuelta. ¿Tienes planes para este fin de semana?

—Bueno, Raquel me propuso que quedáramos los cuatro para cenar el

sábado. Ella, su novio y nosotros. Tiene ganas de conocerte. ¿Te apetece ir?

—Sí, por qué no. Ella es importante para ti, ¿verdad?

—Sí, sí que lo es. Es muy importante tanto en mi vida personal como en la laboral. Es una persona muy especial. Te gustará mucho, estoy segura. Es muy alegre, divertida y positiva... ¡Vaya!, todo lo contrario que yo.

—¿Qué quieres decir? ¿Que no eres alegre y divertida? Yo me lo paso muy bien contigo.

—Bueno, soy diferente, más seria, más reservada... soy de otra manera.

—Pues a mí me encanta cómo eres.

«¡Qué mono! Parece que lo dice con sinceridad».

—Me alegra mucho que te encante. Entonces, ¿qué hago? ¿Le digo que sí?

—Sí, claro. Tengo ganas de conocerla.

—¡Genial! Bueno, pues voy a ver si recojo mis cosas y me voy ya de la oficina, que estoy un poco cansada.

—Vale, te llamo mañana y hablamos un rato.

—Un beso.

—Un beso. ¡Adiós!

Cuando estoy recogiendo las cosas para irme a casa, llaman a la puerta; es Pedro.

—¿Ya has acabado? —pregunta sonriendo.

—Sí, a punto de irme. Ahora iba a avisarte.

—Oye, estaba pensando... ¿Te apetece cenar algo? Cualquier cosa por ahí... —Es la primera vez que Pedro me propone algo así a estas horas, aunque sé que lo dice sin ningún tipo de interés. Es algo normal, dadas las horas que son y sin haber cenado nada.

—¡Por qué no! Estoy hambrienta.

—Conozco un sitio que cierran bastante tarde, y no está muy lejos de aquí. ¿Te gusta la comida japonesa?

—Me encanta, es una de mis favoritas.

—Estupendo, entonces. ¿Cogemos los dos coches?

—Sí, mejor. Así luego no tenemos que volver.

Salimos del aparcamiento y le sigo hasta el restaurante, que queda bastante cerca de las oficinas. Se llama Samurai. Aparcamos en la puerta —a estas

horas no hay demasiados coches—, y entramos. El sitio es muy acogedor. Al momento nos recibe una chica oriental muy guapa que nos acompaña a una mesa.

—Aquí es *buffet* libre a la carta. Elige los platos que te gusten y puedes pedir los que quieras... —me explica Pedro, que ya sabe cómo funciona el restaurante.

—¡Genial! ¿Y puedo pedir uno de cada uno? —pregunto divertida.

Se ríe.

—Bueno, mejor pide algunos y luego según el hambre que tengas, puedes ir pidiendo más.

—Eso me gusta, así puedo probar todos los platos nuevos que quiera.

Estoy tan emocionada, que parezco una niña pequeña; me gusta descubrir cosas nuevas.

Al cabo de unos minutos, se acerca la camarera y nos toma nota. Enseguida nos traen el vino y algunos platos. Empezamos a devorarlo todo.

—Oye, ¿y tú vienes mucho por aquí? —pregunto con curiosidad, pues apenas conozco a Pedro en su entorno personal.

—Menos de lo que me gustaría. La compañía donde trabajo me deja muy poco tiempo para disfrutar de estas pequeñas cosas.

«Está de guasa, ¿no?».

—Vaya, ahora me haces sentir culpable —compongo un mohín de pena—. Claro, te atreves a decirme estas cosas porque estamos fuera de la oficina... Pero allí tú estás siempre muy serio.

—No lo soy tanto como parece. Te sorprenderías, la verdad. Lo que pasa es que mi trabajo sí que me lo tomo muy en serio.

—Lo sé, por eso estoy tan contenta contigo. —Decido darle una palmadita figurada en la espalda. De vez en cuando es necesario motivar a las personas, y he de reconocer que me cuesta un poco hacerlo.

—Bien, un cumplido por tu parte. Eso es fantástico. —Pedro me está sorprendiendo mucho. Normalmente, pasamos tiempo juntos en reuniones y más reuniones... Podemos comer algo rápido en la oficina o incluso fuera, en el bar de abajo, pero nunca se había mostrado tan relajado y divertido; más bien parece siempre tenso y aburrido.

—Sé que debería decírtelo más a menudo, pero ya me conoces... Sé perfectamente que eres consciente de tu valía. Me refiero a lo importante que

eres para Tessa, por eso, a veces, lo doy por hecho. —Me sonrío sin parar, creo que le acabo de dar otra inyección de motivación.

—¿Y para ti soy importante?

«¿Qué? Pero ¿qué acaba de preguntarme? ¡Ay, mi madre!». Espero que esa pregunta no tenga un sentido equivocado, porque ahora mismo me muero de la vergüenza.

—Por supuesto que eres importante para mí, eres mi mano derecha. ¿Cómo no ibas a serlo? Y, por cierto, nos va muy bien juntos, ¿no te parece?

Él se queda serio, aunque disimula.

—Sí—contesta bajando la mirada. ¿Tal vez esperaba otro tipo de respuesta? Nos quedamos callados durante unos segundos, hasta que él rompe el incómodo silencio que ha surgido entre nosotros—. ¿Y cómo va tu vida personal? ¿Alguien importante por ahí?

—Discúlpame, Pedro, pero ya sabes que no hablo de mi vida privada.

Empiezo a ponerme tensa. Por muy mano derecha que sea mía, mi relación con él es estrictamente profesional y, por supuesto, no es asunto suyo con quién me acuesto.

—Sí, claro, perdona. —Vuelve a desviar la mirada hacia abajo... Creo que se ha quedado cortado con mi respuesta, porque pone cara de circunstancias.

Como ya hemos acabado de cenar, le digo con mucha naturalidad que nos vayamos ya. Nos despedimos en la puerta con dos besos, cogemos los coches y nos marchamos a casa.

Sigo dándole vueltas a lo que acaba de pasar y llego a la conclusión de algo: si en un futuro próximo me propone salir a cenar, será mejor que le diga que no. La regla más importante para mí y que no pienso romper nunca es no mezclar lo profesional con lo personal, excepto con Raquel, claro.

Por fin llego a casa, me pongo el pijama y me tumbo en el sofá. Como acostumbro me pongo el canal Historia y me quedo dormida.

A las siete de la mañana del martes, el sargento y Jose ya están en comisaría visualizando los dvd del día que asesinaron a Martín. Pueden comprobar en el primero que la señorita Larson llega con su coche a la entrada del hotel Hilton con Martín y cómo se desarrolla la despedida. Se quedan mirando entre ellos sorprendidos, por todo lo que sucede.

—Jose, parece ser que el señor Martín Espinosa quería algo con la señorita Larson, ¿no te parece?

—Sí, sargento. A mí me lo ha parecido. Con esa forma de mirarla y atraparla así entre sus brazos. Después la intenta besar. Se ve muy claro, pero ella se aparta, ¿lo ha visto?

—Sí, ella se zafa de él como puede y en la expresión de su cara se puede ver claramente que no quiere que la bese.

—Sargento, una cosa, ¿no le parece extraño que a la última persona que vieron las dos víctimas, según las grabaciones, fuera siempre la señorita Larson? ¿Podrían estar los asesinatos relacionados con ella?

—Es extraño, sí. El señor Marco, entra en la terraza, habla con el señor Casas y la señorita Larson, que justo se encuentra ahí en ese momento. Además, es ella la que lleva al hotel al señor Martín. Se puede ver perfectamente que hay un desencuentro por parte de ella, y luego aparece muerto. Jose, esto no me gusta. Hay que averiguar como sea, quién es la persona que aparece en la pista de baile. Por cierto, ¿tenemos alguna contestación por parte del juez?

—Voy a mirar... —El ayudante comprueba si ha contestado, y ve que está lista la autorización para que se entreguen los dvd de las plantas de las habitaciones—. Tenemos luz verde, sargento. ¡Vámonos al hotel!

—No, mejor ve tú, y yo seguiré visionando todo esto.

—De acuerdo. Enseguida vuelvo.

Ha pasado una hora cuando aparece el ayudante con un sobre de color amarillo, con todos los dvd de las plantas de habitaciones. El sargento está concentrado mirando la pantalla.

—Aquí los tengo.

—¿Hay muchos? —pregunta el sargento interesado.

—Sí, pero yo me centraría primero en las horas claves en las que se produjo la muerte según el forense.

—Me parece bien, y luego poco a poco ya vamos viendo el resto.

Así lo hacen, van directamente al grano. Buscan los dvd de las horas de los asesinatos. Primero ponen el de la décima planta, dónde están las *suites*, desde las dos y media de la mañana. En la esquina de la pantalla se puede ver el reloj digital que tienen por defecto en este tipo de cámaras; son números de color rojo brillante. Cuando llegan a las tres menos diez, la imagen se queda totalmente en negro. Es como si alguien hubiera tapado la cámara con algo, porque continúa la grabación, pero sin imagen. El sargento rebobina hacia delante y sigue la pantalla de color negro hasta las cuatro menos veinticinco de

la madrugada. Cuando cogen el otro dvd vinculado a la muerte del señor Martín, sucede exactamente lo mismo. Los agentes no pueden creer lo que están viendo. Tenían muchas esperanzas de encontrar algo o a alguien entrando en las habitaciones; pero con eso el caso se va a complicar mucho más. Aunque lo que está claro para ellos es que se trata de la misma persona, pues desarrolla el mismo *modus operandi*. Ahora falta averiguar de quién se trata, por lo tanto, deciden prestar toda su atención al individuo desconocido. Tienen que saber quién es a toda costa y también acabar de revisar todas las horas grabadas en esos días. Una tarea lenta y minuciosa. Son sabedores del tiempo que les llevará comprobarlo todo detenidamente.

Llega el viernes, la semana ha pasado muy deprisa, y los agentes han trabajado de sol a sol casi sin descanso. A pesar de todo el esfuerzo que han realizado, no han averiguado nada más sobre el caso, y se encuentran en el punto de partida, del que desgraciadamente no se han movido. Tienen demasiadas dudas y se hacen un sinfín de preguntas que todavía no saben cómo responder. De momento no han averiguado quién es el hombre misterioso de la noche del evento. Cómo ya imaginaba Jose, está siendo complicado. La imagen que obtuvieron no es lo suficientemente nítida para identificarlo. Así que les llevará más tiempo. Deciden volver a empezar desde cero y visionar de nuevo todas las grabaciones minuto a minuto por si se les hubiera pasado algo por alto. Revisar todo el metraje supone mucho trabajo y muchos días de dedicación, por ello, han pensado quedarse todo el fin de semana en comisaría para intentar llegar al fondo del asunto.

Se me complica el día y tengo que asistir a una reunión de negocios en Barcelona, pero voy en avión. He pasado una semana con mucho estrés en el trabajo y no me apetece demasiado conducir. Pienso que así iré más rápido y llegaré a tiempo para ver a mi Eros. Una semana entera sin verlo se me ha hecho eterna. Lo cierto es que cada noche he recibido una llamada suya, pero no nos engañemos, no es lo mismo una llamada telefónica que tenerlo desnudo poseyendo mi cuerpo de la manera en la que él lo hace.

«¡Madre mía, qué manera!» ¡Uf! solo con pensarlo, me entra un calor...

Cuando termina la reunión voy directa al aeropuerto. Son las nueve de la noche y, para mi sorpresa, el avión se ha averiado. Me han dicho que tiene un problema en el motor, por lo que no podrá salir hasta mañana.

Empieza a sonarme el móvil, y sé que es Alex.

—¡Hola, preciosa! ¿Estás en casa? Acabo de llegar.

—¡Hola! ¿Ya has llegado?

—Sí, ahora mismo. ¡Uf, no sabes qué semana he tenido de trabajo! Vente a mi casa y seguimos hablando. Tengo muchas ganas de verte.

—No puedo, estoy en Barcelona.

—¿Qué? ¿En Barcelona? —Su voz suena sorprendida y decepcionada.

—Sí, y además se ha cancelado el vuelo de vuelta por no sé qué avería del motor. Hasta mañana, a primera hora, no estará arreglado. No sé qué hacer, si quedarme aquí esta noche o buscar cualquier otro medio de transporte que pueda llevarme a casa.

—Igual en Euromed queda alguna plaza libre.

—Es muy tarde, lo dudo mucho. Voy a ver si puedo alquilar un coche para volver a Valencia.

—¿Conducir ahora? ¿No estás cansada? —pregunta con preocupación.

—Sí, bastante la verdad.

—¿Y por qué no haces noche ahí y vuelves mañana temprano?

—Porque tengo muchas ganas de estar contigo, pero pensándolo bien, creo que tienes razón. Mejor me quedo aquí y mañana temprano ya cojo el avión, así llegaré enseguida. ¿Qué opinas? Menos rollos, ¿no?

—Sí, mejor. Llámame cuando llegues, ¿vale?

—Será sobre las ocho de la mañana más o menos, pero te llamo. Un beso.

—Un beso, preciosa.

Decido quedarme en un hotel cercano al aeropuerto. Llamo al servicio de habitaciones y pido un sándwich para cenar. Después me pongo a dormir; estoy agotada.

Al día siguiente me despierto temprano. Son las seis y cuarto de la mañana cuando me visto y me voy directa a coger el avión. Afortunadamente salimos a la hora prevista, y en menos de cincuenta minutos estoy en Valencia. Voy con mi maleta de mano algo mareada por las turbulencias que hemos cogido en el vuelo y al atravesar la puerta de salidas, lo veo ahí de pie, esperándome, con una camisa blanca y un vaquero azul oscuro. ¡Madre mía! Mi dios griego, qué guapo eres... ¡Menuda sorpresa! Ni siquiera me ha dado tiempo a llamarlo. Me abalanzo sobre él, le doy un beso y lo abrazo con todas mis fuerzas.

—Pero ¿cómo que has venido? —pregunto mientras contemplo su cara perfecta... Estoy muy sorprendida de verlo aquí.

—No podía esperar más para verte. —Su rostro refleja alegría y sus ojos... ¡Oh, Dios! Sus ojos, cómo le brillan. Tiene esa cara de enamorado que hace que me derrita—. Anda, vámonos a casa. Tengo el coche en el aparcamiento. Ven, es por aquí. —Le sigo y llegamos enseguida. Como un caballero me abre la puerta de su Audi A7 de color gris oscuro, enciende el motor y conduce directo hacia casa. Por el camino no habla demasiado, pero no me suelta de la mano. Noto que tiene ganas de verme. Aparca el coche en el garaje y subimos en el ascensor hasta llegar a su puerta. Casi va arrastrándome con maleta incluida... Y no me permite ni dejarla en mi casa.

Abre la puerta, ansioso y me apoya contra la pared. Me levanta entre sus fuertes brazos mientras busca mis labios con los suyos para fundirlos en un apasionado beso. Me pone a cien... ¡Dios, mi reacción ante este hombre es brutal! Me ha erizado toda la piel.

—¡Cómo te he echado de menos! —me susurra al oído.

«¡Uf, qué calores!».

—Y yo a ti —musito.

Y él sigue hablándome sin parar hasta que me vuelvo completamente loca.

—¡Cómo te deseo! ¡Quiero que seas mía!

«Yo también te deseo a ti, como jamás he deseado a nadie en mi vida... ¡Hazme tuya!», pienso agitadamente para mis adentros.

—¡Oh! —gimo.

—¡Qué ganas tengo de hacerte el amor! —dice en tono erótico, totalmente descontrolado por la pasión.

Sin decir ninguna palabra más, se dirige al dormitorio conmigo en brazos, y va quitándome la camiseta y el sujetador con mucha agilidad. Me tumba sobre la cama sin parar de besarme, acariciándome la cara, el pelo, el cuello... Sus besos son pura pasión. Me despoja del pantalón y de las braguitas. Se queda mirando todo mi cuerpo mientras se desnuda con la cara totalmente desencajada por el deseo. Sus ojos gritan: «¡Voy a poseerte!». Cuando lo veo así, me excito todavía más.

«¡Oh, mi Eros! ¡Poséeme, soy toda tuya!».

Se pone encima de mí y se hace hueco entre mis piernas, deslizándose suavemente, hasta que hunde su erección en lo más profundo de mi cuerpo. Ese primer contacto nos hace gemir de placer a los dos. Estoy tan mojada que ha entrado con facilidad. Parece que estuviera hecha para él, como si nuestros cuerpos encajaran a la perfección. Se deleita clavándose y retirándose despacio a la vez que acaricia mis pechos sin parar... Me aprieta y succiona los pezones con devoción.

Estamos amándonos, haciendo el amor, disfrutando del placer que nos provocamos en el otro. Me busca las manos para entrelazar los dedos con los míos mientras sigue penetrándome sin parar; ahora más fuerte y más rápido. Me levanta para ponerme encima de él. Quiere tenerme enfrente, controlar mi cuerpo y observar mi expresión de placer. Le excita mucho mirarme. No controla su perversión y se vuelve loco cuando lo hace; lo sé por la forma en la que mueve despacio la mandíbula, de un lado para el otro, mientras gime de placer.

—¡Oh, Dios mío! —musito. Me tiene totalmente inmóvil, sujeta por la nuca con una mano y con la otra me controla la espalda. Es él quien lleva todo el ritmo con su poderío y masculinidad.

«¿Dónde has estado todo este tiempo?», me pregunto, sin dejar de mirarlo a los ojos... Derritiéndome de amor.

—¡Susúrrame al oído! —le suplico.

—¡Amor mío, te necesito! —dice bajito acercando con suavidad sus húmedos labios a mi oreja. Cuando me dice eso con tanto sentimiento me deshago por completo. Nuestras pulsaciones se aceleran, descontroladas... Gritamos. Nuestros cuerpos empiezan a convulsionar sin parar y estallamos los dos a la vez... ¡Madre mía, menudo orgasmo! Ha sido increíble, cómo si por un segundo tocase el cielo.

¿Puede haber algo mejor que hacer el amor con este hombre? No lo creo y por eso me doy cuenta de que estoy incondicional e irrevocablemente enamorada de él.

Cuando los latidos de nuestros corazones bajan la intensidad, me tumba sobre la cama con mucha delicadeza y me abraza. Casi no puedo articular palabra, estoy agotada y él, totalmente exhausto.

—Alex, yo también te necesito —musito con todo el amor que siento por él. Aunque no dice nada, no me importa, con que me abrace me llega.

Pasamos un día perfecto juntos en su casa: besándonos, amándonos, riendo sin parar... Hablando de nuestras cosas, de nuestras vidas... Hasta nos bañamos juntos. Disfrutamos mucho cuando estamos relajados. Y después se pone a cocinar para mí y me prepara unos *linguini* con almejas y langosta, que le salen de muerte. Nunca deja de sorprenderme con sus talentos.

Cerca de las siete de la tarde me voy a mi casa porque tengo que prepararme para la cena que tenemos con Raquel.

¡Hogar, dulce hogar!, qué a gusto estoy aquí. Está todo perfectamente ordenado y limpio, cómo me gusta. Me siento tan feliz que lo primero que hago es acercarme al equipo de sonido a poner música. Cojo el cd de Lorde y pongo la canción cuatro, *The Love Club*. Me pongo a bailar como una loca, y no me importa nada, solo disfruto del momento. Por lo pletórica que me siento, parezco una adolescente de instituto que ha empezado a salir con el chico más guapo de la clase, porque ese es el efecto que Alex tiene en mí: locura, pasión, amor, felicidad absoluta y no sé cuántas cosas más. No quiero dejar de sentirme así nunca. Es como una droga a la que estoy enganchada por completo. A cada momento necesito mi dosis de él, de su voz, de sus besos, de su cuerpo. Es el hombre que he estado esperando toda mi vida y por fin ha llegado.

Me doy una ducha rápida y me lavo el pelo. Voy al vestidor, donde me decido por un vestido corto en color visón del diseñador Altuzarra. Es

bastante sencillo, pero tiene algo que me encanta: la forma en la que resalta mi figura. Me siento atractiva con él. Lo acompaño con ropa interior casi invisible y unas medias cristal pegadas a la pierna. Añado unas sandalias de tacón del mismo color con el bolso a juego. Hoy pienso alisarme el pelo, planchar mi larga melena rubia porque sé que quedará espectacular con este *look*.

Cuando miro el reloj, son ya las nueve menos cinco de la noche. He quedado con Alex en que me recogería a las nueve. Me miro en el espejo de nuevo y me encuentro perfectamente arreglada; el maquillaje me ha quedado de miedo y los pendientes de diamantes rosas de Bulgari me dan un toque muy femenino.

Suena el timbre de casa y abro enseguida. Qué guapo está Alex con una camisa negra y el pantalón en el mismo tono. Cualquiera caería redonda al suelo solo con mirarlo.

—¡Hola, preciosa! ¡Estás impresionante! —Me recorre con la mirada, creo que le gusta lo que ve.

—Tú también estás muy guapo. —De hecho, se me cae la baba mirándolo.

—¿Nos vamos? —Me coge de la mano mientras nos acercamos al ascensor—. Hoy vamos en mi coche, ¿vale? —sugiere esbozando una sonrisa...

—Claro, cómo quieras.

Cuando entramos, se queda encandilado mirando nuestro reflejo en el espejo del ascensor...

—¿Qué estás pensando? —pregunto inquieta.

—Que hacemos muy buena pareja, ¿te habías dado cuenta? —lo dice con orgullo y muy seguro de sí mismo.

—Sí, me había dado cuenta. —Le sonrío a la vez que aleteo mis pestañas—. ¡La mejor pareja del mundo!

Emite un suspiro intenso, de esos que parecen decir: «¡Qué bien me siento al lado de esta mujer!»

Subimos al coche y nos dirigimos al restaurante Aragón 58. A Raquel le encanta ir allí y a mí también. Siempre nos tienen preparado un reservado, que es una habitación solo para nosotras donde podemos disfrutar de mucha intimidad. La atención en ese sitio es espectacular; siempre cuidan mucho los detalles, algo que para mí es tan importante, que marca la diferencia con otros restaurantes. Además, ¿qué decir de la comida?, es excelente.

Llegamos allí y Raquel y Javier están en la puerta esperándonos. Ella siempre puntual...

—¡Hola! ¿cómo estáis? —les pregunto cariñosamente.

—¡Hola! ¿todo bien? —contesta Raquel—. Sara, ¿te acuerdas de Javier?

—Sí, claro. —Cómo no, si es el pulpo de ocho brazos del Hilton... No podría olvidarlo—. ¡Hola, Javier! ¿Cómo te encuentras? —Él me da dos besos.—. Te presento a Alex, es mi novio. —En ese momento, Alex me mira y me regala una de sus mejores sonrisas. Parece que le haya gustado el sonido de esa palabra en mis labios

—¡Encantado! ¡Un placer! —Se inclina para tenderle la mano.

—Y ella es mi amiga, Raquel —lo digo con orgullo y se me nota en la cara.

—¡Encantado, Raquel! Por fin te conozco. Me han hablado mucho de ti.

—¡Encantada, Alex! Espero que todo cosas buenas. —Se dan dos besos.

—Sí, por supuesto, y oye, ¡muchas gracias por todo! —Ella sabe que lo dice por todas las veces que llamó a la oficina y ella le dijo dónde me encontraba y sobre todo que estaba bien.

—De nada, siempre es un placer ayudar. ¿Entramos?

—Sí, vamos.

En cuanto accedemos al local, nos recibe el *maître* y nos acompaña a la mesa de siempre con las cartas en la mano.

—¿Qué desean para beber? —pregunta antes de alejarse.

—Traiga una botella de vino blanco, un Terras Gauda y otra de tinto, un Muga Reserva. —Me quedo mirando a Raquel—. ¿Os parece bien? —pregunto—. ¿O preferís champan o cava? —Raquel mira a Javier y se hacen un gesto.

—No, está bien, por nosotros vino.

—¿Pedimos algo para picar y luego un plato para cada uno? —les sugiero a todos.

A ellos les parece bien, y así lo hago. Al rato van trayendo los platos y vamos comiendo; todo está delicioso. La velada se hace divertida. Todos participamos, y noto que Alex se lo está pasando muy bien; no para de reírse y está cómodo con ellos, aunque es fácil estar a gusto con Raquel... que es un amor. También parece conversar con Javier distendidamente... Se preguntan a qué se dedican y empiezan un tema de conversación muy profundo sobre política. A Alex le gusta profundizar en los temas que tratan. A mí, la verdad, como la política me aburre y no me interesa, hablo con Raquel sobre algunos temas de la compañía. Sin darnos cuenta, ya estamos en los postres.

—Ahora cuando acabemos, ¿os apetece tomar una copa en un pub que hay

aquí cerca? —pregunta Raquel entusiasmada, mirándonos a todos.

—¡Por mí sí! —digo con rapidez. Enseguida miro a Alex y él asiente con la cabeza. Eso es porque lo está pasando en grande.

Cuando acabamos el dulce, Alex pide unos chupitos de orujo de hierbas para todos.

—Sara, ¿qué tal está el restaurante japonés Samurai? —dice Raquel mientras esperamos al camarero—. Me dijo Pedro que el otro día fuisteis a cenar y que la comida es muy buena. —Me quedo blanca al escuchar esa pregunta justo ahora, ¡vaya!, qué inoportuna. Aunque ella la haya hecho sin ninguna mala intención y con toda la naturalidad del mundo, como no se lo he contado a Alex, me doy cuenta al instante de que esto no va a acabar bien. Se va a enfadar conmigo y encima va a desconfiar de mí por no habérselo explicado. Alex corta la conversación que mantiene con Javier al escuchar a Raquel y se gira bruscamente para mirarme. Su rostro refleja sorpresa y decepción al mismo tiempo, como si le hubiera traicionado. Pero no es así; solo fui a cenar con un compañero de trabajo, y ya está. No hay nada más. El problema es que unos minutos antes de irnos a cenar estuve hablando con él, y después no se lo conté. Y no lo hice porque es muy posesivo y sabía que no le iba a gustar, sobre todo, después del interrogatorio al que me sometió. He imaginado que omitir no es mentir. Craso error por mi parte.

—Sí, la comida es buena. Es tipo *buffet*. Puedes ir pidiendo los platos que quieras, pero te los sirven en la mesa —contesto sin darle demasiada importancia, como si fuera algo normal. Miro de reojo a Alex y veo que está muy serio. Empiezo a ponerme un poco nerviosa. No le ha hecho ninguna gracia, seguro, está demasiado tenso. Por suerte llega el camarero con los chupitos.

—¡Por repetir esta cena en el restaurante japonés ese del que habéis estado hablando! —dice Alex levantando el suyo para brindar. Raquel, Javier y yo también lo levantamos y brindamos todos, pero yo sé que lo ha dicho de modo sarcástico... Joder, «sarcástico» se queda corto.

—Bueno, ¿nos vamos ya al pub? —interviene Raquel, muy animada.

—¿Está muy lejos? —pregunto por curiosidad.

—No, está aquí al lado, a cincuenta metros. Por cierto, Pedro me dijo que igual se pasaba a tomar una copa.

—¿Qué dices, Raquel? —Lo que me faltaba.

—Sí, le comenté que igual íbamos por allí a tomar algo y eso me dijo. —

¡Madre mía!, esto se complica.

Salimos del restaurante y vamos directos al pub. Alex ni me ha mirado a la cara, ni siquiera me ha dado la mano...

Cuando llegamos allí, la música está fuerte y suena la canción *Style* de Taylor Swift. Seguimos a Raquel que es la que conoce el sitio, y vamos directos a la zona vip. Hay un reservado con unos sofás negros y una mesa de cristal. Todos se sientan menos yo, que veo los lavabos a lo lejos. Sigo andando y me meto en el cuarto de baño de chicas. Estoy un rato esperando porque hay un poco de cola y por fin salgo. Voy directa hacia ellos y veo que Alex no está.

—¿Dónde está Alex? —pregunto extrañada.

—Se ha ido. Me ha dicho que le han llamado y que tenía que marcharse urgentemente —explica Javier con cara de circunstancias.

—¿En serio? —Estoy sorprendida—. ¿Y no ha dicho nada más?

—Sí, ha preguntado si podíamos llevarte nosotros a casa. Le he dicho que no había problema. —No me puedo creer que se haya ido sin decirme nada. Debe haberse enfadado mucho conmigo para hacerme algo así.

—Disculpadme, pero yo también me voy.

—¡Espera, Sara, que te llevamos! —dice Raquel preocupada.

—No, Raquel, me cojo un taxi, de verdad, no hay problema. Disfrutar vosotros de la velada.

—¿Seguro? —Vuelve a insistir.

—Sí, seguro. Gracias por todo a los dos, lo he pasado muy bien.

—¿Nena ha pasado algo? —me pregunta Raquel insistentemente.

—No, no, que va. Me voy, ¿vale?

—Vale, vale.

Cojo mi bolso y saliendo por la puerta me tropiezo con Pedro.

—¡Uy, hola! —La sonrisa que esboza al verme le ilumina la cara.

—¡Hola, Pedro!, ¿cómo estás?

—Bien, ¿a dónde vas?

—Ya me iba, Raquel y su novio están dentro.

—Pero ¿no te quedas a tomar una copa?

—No, discúlpame, pero tengo que irme ya —le contesto un poco seca. Es a la última persona que me apetecía ver en estos momentos.

—¿Te llevo algún sitio? —Está intentando ser amable.

—No, gracias Pedro. ¡Hasta luego! —Literalmente paso de él, y me voy

corriendo a coger un taxi.

Afortunadamente hay una parada muy cerca de dónde nos encontramos y me subo de inmediato en uno de ellos... Dentro del taxi se escucha con un volumen no demasiado alto *Say Something* de Great Big Word y Cristina Aguilera. Le digo la dirección de destino y después saco el móvil. Llamo a Alex, pero tiene el teléfono apagado. Lo intento sin parar, mientras se me llenan los ojos de lágrimas. ¿Por qué se ha ido sin decirme nada? ¿Tanto le ha molestado enterarse de que fui a cenar con Pedro? No es para tanto ¡joder!, Pedro es mi abogado, y ya está. Sin embargo, él es el amor de mi vida.

Llegamos en solo cinco minutos, cojo el ascensor y subo a nuestra planta. Acelero el paso para llegar cuanto antes a su puerta. Llamo al timbre una y otra vez, pero nadie me abre. Sigo intentándolo sin parar, pero continúa sin hacerme caso...

«¿Por qué? ¡Por favor, Alex, ábrela ya!».

Mi corazón se parte en dos. Me deslizo poco a poco por su puerta hasta quedarme sentada en el suelo. Luego me desplomo sobre la moqueta para llorar desconsoladamente. Sin parar. Mientras sigo dando golpes con los nudillos a su puerta.

—¡Por favor, Alex, ábreme! —suplico. Si está dentro tiene que haberme oído, pero no lo hace, no me atiende... Únicamente se escucha el inquietante silencio del pasillo, y me quedo un rato ahí sentada, mientras las lágrimas se deslizan por mi cara...

El mero hecho de pensar que se pueda acabar esto tan maravilloso que tenemos por esta tontería me destroza por dentro y se me parte el alma.

Después de un buen rato esperando, decido entrar en mi casa. Sigo llamándolo sin parar por el móvil, pero no consigo nada. Por fin decido enviarle un Whatsapp. Aunque ahora tenga el teléfono apagado, los leerá cuando lo encienda.

Yo: «¿Por qué te has ido así?».

Yo: «Necesito hablar contigo. Por favor, llámame».

Yo: «¡Enciende el teléfono, por favor!»

Después de un rato, le mando el último.

Yo: «¡Alex, te necesito!».

Me pongo un *gin-tonic* y me voy al sofá. Me lo bebo en tres tragos sin apartar la mirada del teléfono. Necesito saber si ya los ha leído, pero veo que no lo ha hecho ni creo que lo vaya a hacer, por lo menos, esta noche. Empiezo a llorar de nuevo, pero esta vez con mucha más fuerza que antes por la impotencia de no poder hablar con él; de no poder explicarme; de no saber qué piensa; de no saber qué siente.

«¡Por Dios, amor mío, me estoy muriendo por dentro! ¡Contéstame por favor!».

En un momento que cierro los ojos, me quedo profundamente dormida...

Me despierta un ruido y abro los ojos; miro el reloj, son las siete menos veinte de la mañana. Ha sonado el móvil. ¿Será Alex? Enseguida lo cojo y veo que tengo un Whatsapp de él.

Alex: «No quiero volver a verte».

¿Qué? ¿Cómo? Cuando leo esto, siento como si mi corazón dejara de latir... No entiendo por qué tiene que acabar así algo tan maravilloso; se está imaginando algo que ni siquiera ha ocurrido. Fue una cena inocente con mi abogado, nada más. No me ha dejado explicarme nada, solo me suelta esa frase y ¿ahí acaba todo? Bien, decido contestarle, aunque no quiera volver a verme voy a intentar decirle lo que pienso y si quiere leerlo que lo lea y, si no, que lo borre.

Yo: «Solo ha sido una cena con mi abogado, nada más. Pasamos mucho tiempo trabajando juntos y a veces vamos a comer juntos, pero nunca hemos traspasado el límite de lo profesional. Si no te lo he contado, es porque no le he dado la importancia que le das tú. Para mí es algo normal. No siento nada por él y no podría sentirlo nunca, ya te lo he dicho. Solo me interesa un hombre, solo uno me vuelve loca, y solo estoy enamorada de uno por completo. Y ese hombre eres tú».

Cuando le mando este Whatsapp, me quedo pensando que estará tan cerrado en sus teorías de que tengo algo con Pedro, que lo más seguro es que no se crea nada de lo que le he escrito. Decido arriesgarme un poco más y ponerle algo más profundo, que podrá salir bien o, por el contrario, llevar al final.

Yo: «¡Alex, estoy enamorada de ti! Eres todo lo que necesito. ¿De verdad quieres romper la magia que hay entre los dos? Por favor, no lo hagas...».

Yo: «Aunque si eso es lo que quieres de verdad, respetaré tu decisión y te prometo que no volverás a verme. Respóndeme, por favor. Tengo el corazón roto en mil pedazos».

Creo que lo que le he escrito no ha podido ser más sincero, pues mana desde lo más profundo de mi corazón. Si no hace nada al respecto, es porque sus sentimientos son diferentes a los míos y realmente no vale la pena continuar. Al instante, miro si los ha leído, pero no lo ha hecho.

Me miro de arriba abajo y me doy cuenta de que todavía llevo el vestido de anoche. Me levanto y voy al vestidor. Me pongo el pijama y me vuelvo al sofá. Estoy tan triste, que solo tengo ganas de volver a dormir. Cierro los ojos y, poco a poco, caigo en profundo sueño...

Toco al otro lado de la cama y Alex no está. Levanto la muñeca y miro mi reloj. Son las cinco de la mañana y me ha despertado un ruido de una puerta.

—Alex, cariño, ¿dónde estás?

Pero Alex no contesta...

—¡Alex, Alex...! —Me siento angustiada porque no está a mi lado.

—¿En algún momento os separasteis en la madrugada del viernes al sábado, día que asesinaron al señor Martín Espinosa? —me pregunta el sargento López—. ¡Contesta Sara, contesta! —Se cruzan muchas imágenes confusas en mi cabeza, los agentes gritándome, Alex que no está en la cama conmigo. ¿Dónde está?

—Estoy aquí preciosa. Soy Alex, duérmete —dice entre susurros. Yo me siento tranquila, al escuchar su voz.

De repente me despierto. Estoy sudando. He tenido una pesadilla. Miro a mi alrededor y veo que sigo sola en el sofá. Enseguida me viene el recuerdo del Whatsapp de Alex: «No quiero volver a verte», pero con todos estos pensamientos de tristeza y sueños contradictorios, caigo en la cuenta de algo: pasé con Alex la noche que asesinaron a Martín, y su muerte, según el forense, sucedió alrededor las tres y media de la madrugada. La policía nos preguntó si en algún momento de la noche nos separamos y los dos contestamos que no, que estuvimos juntos, pero acabo de recordar que me despertó el sonido de una puerta. ¿Sería la de su casa? Él se volvió a acostar a las cinco de la

madrugada. ¿Y si Alex acabara de regresar a casa a esa hora? Yo estaba profundamente dormida, podría haber sido así. ¿O quizás solo fue al cuarto de baño? ¡No, basta! ¡Estos pensamientos son una locura! Automáticamente borro esas derivas alocadas y temerosas de mi mente. Alargo el brazo para coger el mando a distancia y enciendo la tele; eso me distraerá...

A las nueve y media de la mañana del domingo, cojo el móvil y veo que Alex ha leído mis Whatsapp, pero no ha contestado. ¿Cómo puede hacerme esto? ¿De verdad que esto se ha acabado? ¿Así, sin más? Solo de pensar eso me pongo a llorar de nuevo sin parar. ¡Qué impotencia, Dios mío! Pero, si yo no he hecho nada para hacerle daño. Pero si estoy locamente enamorada de él. No puedo soportarlo más. Estoy empezando a encontrarme fatal. Solo quiero que pase el tiempo y que desaparezca este dolor que tengo en el pecho. Corro hacia el baño donde tengo el armario de las medicinas, y me tomo dos pastillas para dormir. Me voy a la cama y me acurruco con las manos apretándome el pecho. Eso calma mi malestar mientras cierro con fuerza mis ojos llenos de lágrimas...

Algo me despierta, ¿qué es ese ruido? Estoy aturdida. Es mi móvil. Me pongo nerviosa pensando que será Alex. Miro la pantalla y es Raquel.

—¡Hola, cielo! —la saludo.

—Nena, ¿cómo estás? ¿Y esa voz? ¿Qué te pasa? —Tengo que tener la voz entrecortada. Entre las pastillas y que estaba durmiendo, no debo tenerla muy clara.

—No me pasa nada, Raquel.

—No me tomes por tonta, anda. O me cuentas ahora mismo que te pasa, o me presento en tu casa... pero ya.

—No me pasa nada, Raquel. —La verdad, no tengo ganas de hablar, ni de contarle nada.

—Eso ya me lo has dicho. —De repente se oye un silencio.

—¿Raquel? ¿Raquel? —¿Me ha colgado?

Quince minutos más tarde, suena el timbre de mi casa. Me pregunto quién será a estas horas, y más un domingo. Me levanto de la cama y respondo al telefonillo.

—¿Quién es?

—Soy Raquel, ábreme por favor.

—Sí, sube.

Vaya, esta mujer es de armas tomar. Me conoce tanto que sabe que me sucede algo grave. Le abro la puerta de casa.

Cuando entra, se me queda mirando fijamente.

—¿Qué te ocurre? —Mi cara debe ser un poema.

—Nada y todo. —Rompo a llorar, no puedo evitarlo. Ella se acerca a mí y me abraza con cariño.

—Anda, ven aquí al sofá y cuéntame todo lo que ha pasado.

—Raquel, no ha pasado nada realmente, pero la pregunta que hiciste ayer sobre el restaurante japonés, ese al que fui con Pedro, parece que a Alex no le ha sentado muy bien y ha decidido que no quiere volver a verme nunca más.

—¿Qué? ¿Por qué? No lo entiendo.

—Un rato antes de irme a cenar con Pedro, estuve hablando con Alex y me sometió al tercer grado sobre nuestro abogado. Preguntas del tipo de qué edad tenía, si era atractivo... Esas preguntas que hacen las personas posesivas e inseguras... Y Raquel, tú ya sabes que Pedro es mi abogado, nada más. Cuando me fui a cenar con él, no se lo conté a Alex porque sabía que no le iba a gustar. Después, tú sacaste el tema en la cena y se enfadó tanto conmigo que puso el pretexto de la llamada y se marchó del pub. Fui a su casa, pero no me abrió la puerta y apagó el móvil. Sobre las seis de la mañana, he recibido este Whatsapp, donde dice literalmente: «No quiero volver a verte».

—¿Va en serio todo esto? No doy crédito a lo que me estás contando. — Raquel se ha quedado atónita escuchándome—. Pero ¿este hombre tiene treinta y ocho años o quince?

—Raquel, ¿es cierto que esto tan maravilloso que teníamos se ha acabado por esta tontería? —Mientras hablo con ella, no puedo parar de llorar. Tengo tanto dolor dentro de mí, que no lo puedo soportar—. Y lo peor de todo es que no me ha dejado hablar con él. Siento una impotencia...

—A ver, a ver... un momento. Primero, tu trabajo requiere de muchas comidas y cenas con grandes ejecutivos para cerrar negocios. Si te deja solo por cenar con tu abogado, es que este hombre no es para ti. Piénsalo, va a ser una tortura estar a su lado. Parece que es muy celoso y estas relaciones suelen resultar tóxicas. Mi consejo es que mejor que se acabe ahora y así, que no sufras más en el futuro.

—Pero ¿qué estás diciendo Raquel? Tú no sabes lo que él significa para mí. Sé que nos conocemos desde hace muy poco, pero ha sido todo extraordinario,

intenso... Jamás en mi vida me habían hecho sentir como lo hace él. Siento mariposas por todo mi cuerpo cuando lo veo. Siento pasión, locura, pero sobre todo amor; mucho amor.

—Entonces, si has valorado todo lo que te he dicho y te merece la pena, lucha por él. Aunque para ti haya sido una tontería, igual para él ha sido una decepción que no se lo hayas contado y haberse enterado por mí.

—Pero si lo he intentado todo. Le he llamado mil veces, le he dicho por Whatsapp todo lo que significa para mí, he llamado a su puerta sin parar y nada, ninguna respuesta. No puedo hacer más. El siguiente paso, tiene que darlo él.

—Anda, vete a darte una ducha y vámonos a comer a la playa. ¡Venga, va! Qué te voy a llevar a probar un arroquito que te va a devolver la vida —me hace sonreír—. ¡Bien! Veo media sonrisa en tu cara. Algo es algo. ¡Va, venga! —insiste—. A ducharte, que yo me voy al vestidor a elegirte un modelo ibicenco que va a arder Troya. Hoy voy a ser tu *personal shopper* particular.

Sin apetecerme, me doy una ducha rápida y me maquillo para tapar las ojeras de oso panda que se me han puesto después de tanto llorar...

Me elige un vestido de lino blanco, con sandalias de cuña atadas a la pierna. Un conjunto perfecto para ir a comer a la playa.

—Iremos en mi coche, ¿vale? Tú relájate y disfruta —dice mientras me acaricia la mano con ternura.

Le hago caso en todo lo que me dice, y nada más subir al coche pone algo de Robin Thicke y Nicki Minaj, *Back together*. Hace muy buen día. Estamos en verano y los rayos del sol me abrasan en la cara. Me gusta la sensación... Me pongo las gafas de Gucci y parece que entre la canción y el día tan agradable que hace, empiezo a sentirme un poco mejor. Menos mal que he tenido el apoyo de mi amiga en estos momentos. No sé qué haría sin ella.

Nos dirigimos al restaurante el Rincón del Faro, situado en la zona de la costa del Perelló, y como conduce a toda velocidad, llegamos enseguida. El *maitre* nos acompaña a la mesa y nos trae la bebida. Acompañamos la paella de marisco con un vino blanco y picamos una bandeja de gambas rojas y cigalas. Están deliciosas. En realidad, pasamos una comida tranquila, hablando y riendo... Por un momento me olvido de todo. Después de los postres nos bebemos unos *gin-tonics* y después otros, y más tarde, otro más. Cuando me levanto para irnos, me siento mareada. De repente recuerdo que

me había tomado dos pastillas para dormir y puede que la mezcla no haya sido una buena idea.

—¿Qué te pasa? —pregunta Raquel, preocupada.

—Estoy un poco mareada. Antes me tomé unas pastillas para dormir y quizá haya sido un cóctel explosivo. —Estoy como... ¿aturdida?

—¡Vámonos a casa ya! —Está asustada, se le nota en la cara. Me agarra del brazo y me lleva al coche. Por el camino me quedo dormida...

—¡Nena, nena! Ya hemos llegado... ¡Despierta! —oigo voces, pero yo no despierto, estoy en un profundo sueño.

—¡Sara, por favor despierta! ¡Me estás asustando! —Empiezo a moverme un poco, pero no reacciono, me siento totalmente desorientada—. Ven conmigo, que te subo a casa. —Me abre la puerta del coche, me tira del brazo y me levanta como puede. Me acompaña hasta arriba, donde me tumba en el sofá—. Nena, ¿estás bien? —me pregunta angustiada.

—Sí, estoy bien, no te preocupes, de verdad. Vete, que esto se me pasa ahora.

—Ni de coña te dejo aquí sola en estas condiciones.

—Tranquila, que esto se cura durmiendo —se lo digo para que se vaya y no se preocupe más.

—Cómo quieras, pero te llamo luego. Y cualquier cosa que necesites, me lo dices y vengo enseguida.

—Sí, te aviso de lo que sea. Adiós.

—Adiós.

Ella se marcha y me quedo profundamente dormida en el sofá, hasta que me despierta un ruido. Es como si hubiera oído una puerta. ¿Será de la casa de Alex? ¿Habrá llegado ahora? ¿Y si voy y le llamo? No, mejor que no. Ha dejado bien claro que no quiere volver a verme. Pero yo lo quiero en mi vida. No voy a dejar que se acabe todo por una tontería, por algo que ni siquiera ha ocurrido. Tengo que pensar que hacer para que quiera hablar conmigo... Me paso un buen rato pensando y pensando, pero no se me ocurre nada... hasta que se me pasa por la cabeza una tontería. Me levanto del sofá, cojo una hoja de papel y un bolígrafo y escribo «Susúrrame al oído». Me voy directa a su casa y paso el papel por debajo de su puerta. Espero unos segundos y escucho

unos pasos que se acercan. Alguien ha cogido el papel del suelo. Estoy nerviosa, ¿qué hago? ¿Me marcho ya?

«¡No! ¡Espera unos segundos más!».

De repente oigo algo, es la llave de dentro que está girando. Mi corazón se acelera, ¿va a abrirme? Sí, sí, va a abrirme. Tengo una oportunidad. La puerta se abre y ahí está de pie, con un pantalón corto y una camiseta blanca de pico ajustada. Arrebatador como siempre.

—¿Qué quieres? —me pregunta en tono tosco y borde. Ni me ha mirado a la cara, y no quiero contestarle hasta que no me mire a los ojos. Como me quedo callada, levanta la cabeza y me clava la mirada mientras aprieta los labios.

Ahora sí ha llegado el momento en el que tengo que hablar.

—¡Te quiero a ti, Alex! ¡Te quiero con todo mi corazón! —Su expresión, no ha cambiado nada, sigue muy serio, frío como un témpano de hielo. Yo me desespero. No sé qué hacer. Pero pienso que si no hace algo pronto, después de lo que acabo de decirle, será mejor que me vaya. Espero unos segundos interminables y como no reacciona, doy media vuelta y me voy hacia la puerta de mi casa. No voy a suplicar más. Sé perfectamente que el único error que he cometido ha sido no contarle que fui a cenar con Pedro, por lo demás tengo la conciencia tranquila. Y me mentalizo de que, si abriéndole mi corazón como lo he hecho, no he conseguido nada, mejor que se acabe todo aquí.

—Adiós, Alex —digo en voz baja, consciente de que es el final, antes de cerrar la puerta.

Qué fuerte, no ha dicho nada en absoluto, ni un simple adiós. ¡Vaya decepción! Definitivamente mis sentimientos eran mucho más profundos que los suyos. Estoy yendo al comedor con el corazón destrozado, cuando suena dos veces el timbre de mi casa. Me acerco despacio y abro la puerta. Es Alex. Nos miramos y se abalanza sobre mí. Me besa apasionadamente. Cierra la puerta de mi casa y me lleva hacia la suya.

—Por favor, habla conmigo —le suplico con desesperación. Necesito que diga algo ya... Escuchar su voz. Saber que quiere estar conmigo.

—¡Necesito sentirte! ¡Quiero hacerte el amor y estar dentro de ti! —Me derrito por completo al escucharlo.

«¡Eros, mi dios griego!, ¿has vuelto? ¡Sí por favor, hazme completamente tuya!», suplico en mis pensamientos.

Me levanta entre sus brazos y me lleva a la habitación. Mientras me mira fijamente, rompe mi ropa y me la quita con agresividad. En cuestión de

segundos estoy desnuda y tumbada sobre la cama. Él hace lo mismo, se despoja de las prendas con rapidez y se lanza encima de mí. ¡Oh, amor mío, poséeme! No para de besarme. Está muy excitado e inflamado por la pasión. Sus ojos reflejan lujuria y oscuridad. Me coge y me da la vuelta boca abajo. Ya de espaldas, me sube los brazos hacia arriba para que no pueda tocarle y tener mi cuerpo totalmente controlado. Me separa las piernas con violencia y ayudándose de la mano, hunde su erección en lo más profundo de mí... Lo hace salvajemente y con rabia. Es la manera que tiene de mandar el mensaje, de sentir que soy suya y de nadie más. Los dos soltamos un gemido placentero ante ese primer contacto. ¡Oh, Dios mío! ¡Me encanta la fuerza con la que me penetra! Lo siento tan duro dentro de mí... ¡Madre mía, se apodera de mi cuerpo por completo! Me tiene totalmente inmóvil por la presión de su peso.

No estoy sintiendo que me esté haciendo el amor. ¿Es solo sexo y posesión? Quiero suavizarlo un poco, porque está siendo demasiado brusco.

—¡Susúrrame al oído! —suplico.

Y sigue y sigue poseyéndome, cada vez más rápido y con más fuerza, hasta que se corre dentro de mí, gritando de placer... Sin susurrarme nada. De repente me entran unas ganas horribles de llorar y se me encharcan los ojos de lágrimas. Él se deja caer de espaldas sobre la cama y se tumba a mi lado.

—¿Qué pasa? ¿Por qué lloras? —pregunta mientras me mira fijamente. Además de serio, su tono es déspota y carente de sentimientos.

—Alex, ¿por qué estás haciendo esto? ¿Por qué me castigas así cuando hacemos el amor? Digo haciendo el amor, por decir algo, porque esto ha sido sexo puro y duro, sin ningún tipo de sentimiento por tu parte. ¿Tan grave te ha parecido que me haya ido a cenar con mi abogado? —Él está callado y ahora ni siquiera me mira, pero yo sigo hablando—. Como y ceno con hombres. Es trabajo. Son negocios. No significa nada. Es lo que implica ser empresaria. ¿Cada vez que tenga una cena con cualquier otro hombre, me vas a decir que no quieres volver a verme? ¿Te vas a ir y me vas a dejar sola en cualquier otro sitio por eso? ¡Por Dios, pero si no he hecho nada! Solo pensar en ti cada segundo y volverme loca de amor por ti. —Ni siquiera me mira. Solo escucha, pero no dice nada. Yo me desespero y pienso que Raquel tenía razón. Esto no puede salir bien. Demasiado control y demasiado miedo a perderlo por cualquier cosa inocente que yo haga en el día a día. Me armo de valor y le digo—. Alex, te quiero, pero tienes razón, mejor que no nos volvamos a ver. Esto no va a funcionar.

Voy a levantarme para vestirme e irme, cuando me coge del brazo.

—Vale, ahora me toca hablar a mí. —Yo freno en seco y poco a poco, me vuelvo a recostar sobre la cama para escucharlo—. No estoy enfadado por el hecho de que fueras a cenar con Pedro, sino porque no me lo contaste. Minutos antes de que te fueras con él, te estuve preguntando sobre esa persona que pasa tanto tiempo contigo en el trabajo. Entiende que me sintiera traicionado cuando Raquel lo soltó de forma inocente.

—No lo entiendo Alex. Yo no le doy la importancia que tú le das, para mí es algo normal.

—Sara, es normal cuando no tienes pareja; entonces no tienes por qué dar explicaciones a nadie. Pero imagínate que estuvieras casada. ¿Podrías salir a cenar con cualquier hombre sin decírselo a tu marido? ¿Aunque sea por trabajo? Es cierto que nosotros no somos un matrimonio y también es cierto que estamos empezando una relación, pero para mí es lo mismo. Tú lo eres todo para mí; no es que no quiera que vayas a una comida o una cena de negocios, pero sí que me gustaría saber con quién estás y sobre todo que me lo cuentes. Creo que es lo normal. —Vaya, visto así, sí parece que tenga razón. Imagínate que fuera él quien se fuera a cenar o a comer con sus compañeras, secretarias, no sé, y yo me enterara por otra persona que no fuera él. Seguramente me enfadaría igual.

—Bien, si lo planteas así, tienes razón. Supongo que estoy acostumbrada a ir a mi bola, sin dar demasiadas explicaciones a nadie de mi vida y ahora estás tú. Creo que hay cosas que debo cambiar, está claro, y te pido disculpas por ello. Pero tú no te cierres en banda, no apagues el teléfono ni me digas de repente esas cosas de no querer volver a verme, sin hablar antes conmigo. Se me ha roto el corazón.

—Ya lo sé, pero me ha valido para saber lo que sientes por mí.

—Pero ¿qué dices? ¿En serio no sabías lo que siento por ti? —Las lágrimas vuelven a manar de mis ojos, con más fuerza que nunca—. Entonces, creo que hay algo que no estoy haciendo bien.

—Tranquila, ahora sí lo sé —responde con una sonrisa que ilumina su cara—. Pero...

—Pero ¿qué? —le corto de inmediato—. ¿Sigue habiendo peros?

—Pero... necesito sentir que eres mía por completo.

—¿Cómo puedo demostrarte que solo me importas tú? Alex, soy toda tuya, ¿no lo ves? —Cuando lo miro, me doy cuenta de que la expresión de su cara

ha vuelto a cambiar...

—Ahora lo veré, ¡ven aquí! —Me rodea con los brazos, besándome sin parar—. ¡Relájate! Abre las piernas y los brazos. —Su voz suena fuerte y seca, pero yo obedezco. Saca unas cuerdas muy finas de la mesilla y me ata las muñecas y los tobillos al borde de la cama, dejándome totalmente indefensa y con mi cuerpo totalmente a su disposición—. Hoy no te voy a vendar los ojos, quiero que veas todo lo que quiero hacerte. Quiero que sientas cómo voy a hacerte mía, pero mía de verdad. —De repente su cara está totalmente deformada, su mirada fuera de control por la perversión, el juego y la pasión. Me siento nerviosa... Siento ¿miedo?

Empieza besándome el cuello, mientras estoy oyendo su respiración agitada en mi oído. Poco a poco va bajando hasta mis pechos. Se deleita en mis pezones, rodeándolos y chupándolos con la lengua, mientras me aprieta sin parar los senos. Está como loco con ellos.

—¡Oh! —gimo. ¡Qué caliente me pone...! Sin soltarme los pechos empieza a bajar, besando mi ombligo hasta llegar al monte de Venus. Desliza la húmeda lengua hasta mi clítoris y empieza a obrar su magia. La mueve sin parar, dibujando círculos sobre él. ¡Oh, Dios! Me está volviendo loca. A la vez me pellizca los pezones sin parar. ¡Madre mía, que mojada estoy! ¡Me pone a cien...! Quita una de las manos de mi pecho e introduce un dedo con fuerza en mi vagina, luego añade otro más. Los mete y los saca sin parar. Estoy tan excitada que no voy a aguantar mucho más. Él sigue y sigue, sin descanso, hasta que empiezo a convulsionar y me corro contra su boca, gritando de placer ¡Dios, que orgasmo tan increíble! Me desata las cuerdas de las muñecas y de los tobillos. Me coge en brazos y me lleva al diván que tiene a los pies de la cama. Apoyando los brazos sobre él, me junta las muñecas y las ata con una de las cuerdas. Me pone de rodillas en el suelo, sobre la alfombra. Mi cuerpo y mi trasero quedan expuestos a él, que se deja caer sobre mí y, amoldándose a la curva de mi cuerpo, me retira el cabello hacia un lado

—Ahora vas a sentir que te hago mía de verdad —me susurra al oído.

Al decirme eso me erizo de pies a cabeza.

«Cómo me calienta cuando lo hace... ¡Amor mío, hazme tuya!».

Me da un fuerte golpe con la palma de la mano en el culo y me separa las piernas bruscamente. Luego se introduce dentro de mí mientras me coge los pechos desde atrás, apretándolos con fuerza. Está siendo tan violento que me giro para verle la cara; tiene la mandíbula desencajada, mueve la cabeza de un

lado al otro sin parar. Solo leo perversión en sus ojos, pero no quiere que lo mire y enrolla mi cabello en la mano y tira hacia él. Me hace daño. Lo hace para que deje de mirarlo y así sentir más control sobre mí. Se acerca de nuevo a mi oreja.

—¡Esto es lo que me gusta hacerte! —susurra—. ¡Eres mía, solo mía! — Está volviéndose loco, madre mía que forma de gemir. Está muy, muy excitado. Siento su dura erección dentro de mí, pero empieza a aflojar un poco el ritmo... Eso es que estaba a punto de correrse y se ha reprimido—. Quiero repetir lo del pañuelo —murmura, jadeando—. ¿Te apetece? —me pregunta con cautela, me figuro que por lo que le dije la otra vez en el barco.

—Lo deseo. —Quiero complacerlo tanto y estoy tan excitada, que me dejo llevar por sus deseos.

—Vale, dame un segundo.

Se levanta, se acerca a la mesilla y coge un bote de lubricante y un pañuelo largo y fino. Se acerca a mí y me lo enrolla en el cuello, pero haciendo doble vuelta. Si no tiene cuidado puede asfixiarme. Lo estira con una mano para que levante la cabeza y con la otra mano, hunde su erección dentro de mí. Cuando está asentado por completo, empieza a moverse despacio a la vez que me acaricia el culo con los dedos. Se chupa uno y empieza a meterlo despacio, para que sienta placer y no dolor. ¡Madre mía, es como si dos hombres estuvieran poseyéndome a la vez! Noto su duro pene dentro de mí y también su dedo juguetón, que entran y salen a distintos ritmos.

Grito por el placer que siento. No aguanto más y me envuelve un orgasmo salvaje. Lo sabe, pero no se corre conmigo. Creo que desea hacerme algo más... Lo sé, sé que no ha acabado conmigo. ¿Quiere algo distinto, quizá? Mientras sigue metiéndomela hasta el fondo, vierte el lubricante sobre mi trasero. Está frío, qué sensación más rara... Luego retira la erección de mi vagina y, ayudándose con la mano y muy poco a poco, la va metiendo dentro de mi culo. Estoy muy cerrada, y le cuesta bastante. Sé que desea hacerme eso y no sé por qué razón, pero le dejo hacerlo. Tal vez, porque le quiero...

Después de dilatarme mucho y de hacerme sentir un dolor punzante, por fin está dentro y empieza a moverse. Lo hace despacio, aunque poco a poco va subiendo la intensidad del ritmo, con cuidado. Qué sensación más extraña, aunque no me desagrada, me duele, me duele mucho... Es entonces cuando con la otra mano tira fuerte del pañuelo, con demasiada fuerza. ¡Oh, no! me está ahogando. Me asfixia. Me corta la respiración. Estoy a punto de

desmayarme... Está completamente descontrolado, metiéndomela hasta el fondo de una forma salvaje. La excitación a la que le lleva esta perversión es tan intensa, que empiezan a recorrerle espasmos sin control...

—¡Oh, Dios santo, Sara! —grita, y se corre dentro de mí, con todas sus fuerzas.

Yo no puedo ni moverme, me ha dejado totalmente extenuada. Me duele todo el cuerpo y, además, estoy muy mareada por la falta de oxígeno. Ha tirado demasiado fuerte del pañuelo, ha sido extremadamente salvaje. Demasiado para mí.

Inmediatamente me quita el pañuelo del cuello y me desata las muñecas. Me coge en brazos. No digo nada, e incluso cierro los ojos... Me deja sobre la cama y me envuelve entre sus brazos. Se queda preocupado al ver mi estado.

—¿Cariño, estás bien? —me pregunta.

—Estoy mareada —Casi no puedo hablar, mi voz parece débil.

Se levanta y me trae un poco de agua.

—Bebe un poco, te sentirás mejor. —Le hago caso, me incorporo y bebo un gran sorbo de agua, después cierro los ojos y me vuelvo hacer un ovillo en la cama.

Ahora, sí que sé de lo que es capaz cuando lo domina la más oscura perversión. ¿Es esto lo que necesita para sentir que soy suya? ¿Qué estoy a su disposición de esta manera que le da tanto placer? Ahora mismo me encuentro confusa y dolorida. Quiero estar sola.

—Alex, me voy a mi casa —digo mientras me levanto de la cama.

—¿Por qué? No quiero que te vayas.

«¿Está sorprendido?».

—Quiero irme. No quiero estar aquí... —Se levanta a la vez que intenta cogerme del brazo.

—¡Por favor, no! —suplica. Lo miro y tiene la mirada llorosa. La expresión de su cara es... no sé, ¿tiene miedo? Pero yo no me encuentro bien y ahora no me apetece estar con él. Necesito pensar y aclararme, porque desde luego que lo que ha ocurrido aquí no es muy normal que digamos.

—Lo siento, pero quiero irme de aquí. ¡Adiós, Alex! —Me visto y salgo de la habitación. Cuando cruzo el comedor hasta la entrada, doy un portazo y me voy a mi casa.

Él se ha quedado sorprendido por lo que acabo de hacer. Pero ¿qué esperaba? No podía ser de otra manera. A pesar de todo, sigo pensando que ha

tenido una reacción desmesurada con respecto a que haya ido a cenar con Pedro y me lo ha hecho pasar muy mal. Ahora tengo que pensar si realmente merece la pena estar con un hombre tan posesivo y dominante, que hace que mi cuerpo sea suyo y que esté a disposición de su perversión más absoluta. ¡Joder!, pero si ha estado a punto de asfixiarme...

Cuando llevo un rato en casa tumbada en el sofá sin parar de pensar, suena el móvil.

Alex: «Amor mío, te quiero. Necesito hablar contigo».

«¿Me quiere?». Es la primera vez que me lo dice. ¿Lo habrá dicho por qué me he ido? Por miedo, ¿quizá? Seguro. Yo sí que lo quiero, pero ahora mismo no tengo ganas de escribírselo. Apago el teléfono y simplemente lo dejo encima de la mesa. Necesito darme una ducha y acostarme. Mañana tengo que trabajar y me siento derrotada, moral y físicamente. Necesito dormir toda la noche de un tirón.

Y así sucede, duermo tan profundamente como Blancanieves después de morder la manzana envenenada...

Me despierta la música del despertador, son las siete de la mañana. Continúo aturdida, pero con muchas ganas de ir a la oficina a darlo todo. Mi empresa es mi fuente de inspiración y, desde que conocí a Alex, he descuidado algunas cosas que no se pueden descuidar si quieres estar en lo más alto. Hoy tengo una reunión a primera hora con Pedro, y no quiero llegar tarde. Me apresuro y no paro ni a desayunar en el Delius, ya tomaré algo en la oficina.

Entro directamente, sin distraerme, en la sala de reuniones, y Pedro ya me está esperando.

—¡Buenos días, Pedro! —Mi saludo es serio y estrictamente profesional; ya estoy harta de tantas tonterías. Yo soy la presidenta de esta compañía y voy a mantener aún más las distancias con todos los empleados, incluido él.

—¡Buenos días, Sara! ¿Qué tal el fin de semana?

—Todo bien, gracias —le pego un corte y hago una pausa antes de seguir—. ¿Están preparados los informes que te pedí?

—Sí, aquí los tengo, separados por prioridades.

Suena el teléfono de la sala de reuniones, línea tres. La de mi secretaria, Ana.

—¿Sí?

—Señorita Larson, tengo aquí a unos agentes de policía que desean hablar con usted.

—De acuerdo, acompáñalos hasta esta sala, por favor.

Cuando Ana llama a la puerta, le digo a Pedro que salga, que más tarde nos volveremos a reunir. Él se levanta y al salir se cruza con los policías. Jose se lo queda mirando como si hubiera visto un fantasma.

—¡Buenos días, señorita Larson! Sentimos la interrupción, pero hemos pasado para hablar con usted un momento.

—Claro, lo que necesiten. Ya les dije que en todo lo que yo les pueda ayudar, estoy a su disposición.

—¿Quién era el hombre que acaba de salir por la puerta? —me pregunta Jose intrigado.

—Es mi abogado, el señor Pedro de la Iglesia. Trabaja en mi compañía desde hace cinco años. —Jose, saca una libreta y va cogiendo notas de todo lo que voy diciendo.

—La noche del evento del Hilton nos dijo que tuvo que irse a sus oficinas por un asunto urgente. ¿Estuvo con su abogado?

—Sí, así es. Estuve con él un rato, y luego se marchó. Yo me quedé una hora y media aquí sola, aproximadamente.

—Sabemos que usted era la que estaba invitada y después se solicitó una invitación más. ¿Era para la señorita Raquel Sánchez?

—Sí. De mi compañía no había nadie más invitado. ¿Por qué lo pregunta? —Me parece extraño que me insistan tanto con ese tema.

—No se preocupe, son dudas que tenemos que aclarar. Y ya, por último, ¿ha recordado algún detalle más sobre esa noche, por insignificante que fuese?

—No, lo siento, pero no recuerdo nada que sea de interés. De todos modos, si fuera así, les llamo y les digo. —No quiero contarles el pequeño detalle de esa noche que recordé ayer, cuando Alex no estaba en la cama y oí una puerta. Estaba tan dormida que quizás esté equivocada y pondría a Alex en una situación muy comprometida. Como no puedo poner la mano en el fuego, omito esa información.

—Muy bien, pues eso es todo. Le dejamos que continúe con su trabajo, y disculpe las molestias.

—No, no que va, ustedes nunca molestan —les digo eso cordialmente, pero no nos engañemos, son como un grano en el culo. Interrumpir así en una reunión, ¿acaso se creen los reyes del mambo o qué?

Nos despedimos y llamo a Pedro.

—Pedro, soy yo. ¿Retomamos la reunión por favor?

—Sí, voy enseguida.

El sargento López y su ayudante salen de las oficinas de Tessa para ir al coche. En cuanto suben, el sargento se queda mirando a Jose y le dice:

—¿Qué te pasa? ¿Y esa cara?

—¿No ha visto a ese hombre, al abogado de la señorita Larson?

—¿Qué pasa con él?

—¿No cree que tiene un gran parecido con el tipo desconocido del evento? ¿No se ha fijado en su pelo y en los rasgos de su cara?

—No me he fijado demasiado, pero vámonos a la comisaría y así realizaremos un reconocimiento facial.

Pedro acude a la sala para proseguir con la reunión.

—¿Sara, todo bien con la policía? —me pregunta preocupado.

—Sí, solo algunas preguntas rutinarias, ya sabes que me encontraba en el Hilton el día del asesinato.

—¿Hubo un asesinato? —Su cara se ha quedado más blanca que la pared.

—Bueno, en realidad hubo dos, y tú conocías a uno de ellos, ¿es que no lees las noticias? Aunque también salió por la televisión.

—No he visto nada. ¿A quién conozco yo?

—El señor Martín fue asesinado en el Hilton el viernes por la noche después de estar por aquí.

—¡Ostras! Qué fuerte. No sabía nada.

—Sí. No me ha dado tiempo a comentarlo contigo. Con tanto trabajo, se me ha ido el santo al cielo. Pero vaya tragedia, ¿verdad? No tengo más información, así que, si te parece, mejor cambiamos de tema, que se me revuelve el estómago al hablar de ello y me entran unos escalofríos solo de pensarlo, que... —No puedo acabar ni la frase. Me aterroriza todo lo sucedido.

—Oye, ¿te parece que continuemos con la reunión? —Pedro intenta desviar mi atención al ver mi cara descompuesta y yo, muy agradecida de que lo haga.

—Desde luego. Nos habíamos quedado aquí...

Nos ponemos a fondo con todos los informes que tenemos que repasar; análisis de cuentas, personal, etc., ya que hay varias empresas con problemas que estamos valorando comprar.

Pasamos gran parte de la mañana trabajando sin parar... Ni siquiera desayuno; solo tomo un café en la máquina de la oficina, que, por cierto, sabe a rayos. Y todo por no querer romper el ritmo de trabajo.

Unos golpes en la puerta de la sala interrumpen nuestra concentración. ¿Qué narices pasa? ¿Por qué Ana no me avisa por teléfono? Odio que me interrumpen, ¡joder! Como nadie dice nada, me levanto y abro la puerta de golpe... Yo me quedo pálida, en *shock*. Es Alex.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto sorprendida. A mí no se me ocurriría presentarme en su lugar de trabajo y menos después de lo que pasó ayer—. Pasa, pasa —le hago un gesto con la mano para que entre.

—He pensado que, si no estás muy ocupada, podríamos salir a comer. —Después de decir eso, se queda observando al fondo de la sala y se da cuenta de que no estoy sola; hay un hombre sentado en la mesa. Se lo queda mirando fijamente—. Disculpa, no sabía que estabas reunida.

—Sí, estoy reunida. ¿No te lo ha dicho Ana, la persona de recepción?

—Bueno, me encontré con Raquel nada más entrar y me ha dicho que estabas aquí. Ella quería avisarte, pero he insistido en que quería darte una sorpresa.

—Vaya, y me la has dado. Disculpa, te presento a mi abogado, el señor Pedro de la Iglesia.

Alex, se acerca a él y le tiende la mano.

—Mucho gusto, Pedro. Yo soy Alejandro Casas, el novio de Sara.

¡Uf! Casi nada. Ahí, marcando el territorio. Lo está haciendo a propósito. ¡Desde luego...! Se puede palpar tal tensión entre los dos que yo estoy alucinando. Pedro se ha quedado estupefacto. No lo sabía y, desde luego, no se lo esperaba. Me preguntó por mi vida sentimental en la cena, pero yo no le di pie, así que, esto es una sorpresa total para él. Y ahí está, mirándolo de arriba abajo, con cara seria y desafiante. Alex, por otro lado, en plan «ya he llegado yo y esta mujer es mía...». ¡Qué lamentable es todo esto! Puñeteros hombres y sus peleas de gallitos.

—¡Mucho gusto, Alejandro! —Muy educado él, le tiende la mano y enseguida me mira a mí—. Sara, si quieres proseguimos la reunión más tarde.

—Sí, claro. Luego seguimos, Pedro. Casi debe ser la hora de comer —añado.

Miro el reloj y veo que es la una y media. Pedro se levanta y, casi sin mirarnos, se marcha a su despacho. Alex por su parte, se acerca a mí en cuanto él se va.

—Te he llamado, y tampoco has contestado a los Whatsapp que te he mandado. ¿Tienes el móvil apagado? —Su expresión es seria, y me lo está diciendo con ánimo de reproche.

—Verás, lo apagué anoche porque necesitaba pensar, desconectar de todo y esta mañana no me he acordado de encenderlo. Tenía una reunión muy importante con el abogado por la mañana y he venido temprano. —Él me escucha muy atento, a la vez que se va acercando hacia mí muy despacio. Hunde los dedos en mi pelo, a la altura de la nuca, acerca sus labios a los míos y nos fundimos en un delicado y apasionado beso. Después se detiene para empezar a deslizar la cara sobre la mía hasta que llega a mi oreja.

—¡Te quiero! ¡No puedo vivir sin ti! —susurra bajito.

Está mostrando sus cartas y, desde luego, las juega muy bien. Sabe que haciéndome eso, me voy a derretir... Y lo peor de todo es que no lo puedo evitar. Lo consigue y de qué manera... Me pone todos los pelos de punta. Encierra mi cara entre sus manos y me vuelve a besar. Solo necesita hacer eso para que me excite... Nunca me deja indiferente. ¡Madre mía, qué hombre tan intenso! Jamás había conocido a nadie como él, eso fijo.

—¡Alex, yo tampoco puedo vivir sin ti! —¿Por qué le he dicho eso? Debería estar cabreada. Sí, muy cabreada; replanteándome si quiero seguir con esta relación, pero en el fondo de todo me siento halagada. Me gusta que mi hombre me quiera solo para él. No quiero engañarme a mí misma, porque a mi mente perversa también le gusta lo que él hace conmigo. Su forma de dominarme lo convierte en un hombre único en su especie, o por lo menos yo jamás he conocido a nadie igual que él. Y aunque lo acompaña esa perversión oscura, si lo pienso fríamente, su prioridad es siempre hacerme disfrutar a mí primero, y eso sí que es increíble.

—Te quiero llevar a comer a un sitio muy especial. ¿Puedes escaparte un rato? —Me lo pide con esa voz tan encantadora, que no me puedo negar. Parece que ya se haya olvidado de todo y creo que, también lo he hecho yo.

Asiento con la cabeza y salimos de la oficina—. Ven, he aparcado aquí cerca —me explica sonriendo.

Entramos en el coche, y cuando lo pone en marcha suena *Olvidé respirar* de India y David Bisbal.

—Cuando no pude hablar contigo anoche y esta mañana... —me mira a los ojos con la voz entrecortada—. No podía respirar —lo dice tan angustiado y sincero que me llega al alma. Me coge de la mano y no me la suelta mientras me mira a cada momento, con esos ojos brillantes de enamorado. No puedo negar que estoy enamorada de él cuando vuelve a hablar—. ¡Te necesito, amor mío! —Me sumerjo en él, en la canción... El momento se convierte en algo mágico.

Mis sentimientos son imparables.

—¡Te quiero! —Las palabras salen de mi garganta como una explosión, desde lo más profundo de mi corazón. Él me mira y sonrío como un niño, lleno de alegría y de ilusión.

—¡Yo también te quiero! —Se acerca para besarme.

A los diez minutos, llegamos a un edificio del centro de Valencia. Aparca el coche, sale rápidamente y, como todo un caballero, me abre la puerta. Me coge por la cintura y me hace caminar con él. Yo empiezo a mirar para todos los lados.

—No veo ningún restaurante —digo, desconcertada.

—Pues lo hay. Anda, ven aquí. —Me acerca aún más a él, y entramos en un edificio. Subimos en el ascensor al último piso, a la terraza dónde está el restaurante.

—¡Qué maravilla, me encanta! —Me quedo alucinada. ¡Qué pasada de sitio! Tiene unas vistas espectaculares y todo es bonito y romántico...

El *maître* se acerca para recibirnos.

—Señor Casas, un placer tenerle aquí. —Le tiende la mano.

—El placer es siempre mío. Ella es mi novia, la señorita Sara Larson. —Me presenta con orgullo.

—Un placer conocerla —me saluda inclinando un poco la cabeza—. Espero que disfruten de la comida.

—Seguro que sí, Alberto, como siempre —contesta Alex muy educado.

Nos acompaña hasta una mesa redonda, que está pegada a la fachada. La mejor mesa por las vistas increíbles que tiene. Por supuesto, Alex la ha

reservado con antelación, porque daría por hecho que yo vendría con él y ahora que veo el sitio, no me arrepiento en absoluto.

Es una comida de lo más romántica, pero de muy pocas palabras... No nos hacen falta. En estos momentos solo existimos nosotros y las miradas llenas de ternura y caricias... Caricias de amor puro y profundo. La pasión que sentimos el uno por el otro nos transporta hasta un lugar tan mágico del que es difícil querer salir. Entrelazamos nuestras manos y las deslizamos suavemente por el brazo del otro, disfrutando del contacto de nuestra piel. Ese cruce de miradas constante, traspasa nuestras pupilas dilatadas llenas por el amor... Yo me quedo atrapada en las suyas. Apenas estamos comiendo, solo bebemos por la falta de saliva que nos provoca este estado hipnótico que no podemos controlar. ¿Qué es este sentimiento? ¡Dios mío! Aunque haya gente alrededor, no vemos a nadie. Solo estamos él y yo; todo lo demás, no existe.

—Quiero que nos vayamos a casa —me susurra al oído. Su voz me parece una melodía celestial, llena de notas de amor. Asiento con la cabeza e inmediatamente se levanta y habla con el *maître*. Me coge la mano y salimos de allí precipitadamente.

Por el camino seguimos sin hablar, solo conduce con rapidez por las calles, sin importarle nada, se nota que está impaciente por llegar. Deja el coche en el garaje y subimos a su casa a toda prisa. Me lleva a su habitación sin soltarme la mano.

Inmediatamente sus labios buscan los míos. Nuestras húmedas lenguas se encuentran y nos fundimos en un profundo y apasionado beso. Me va despojando de la ropa con delicadeza mientras yo se la voy quitando a él. Nos tumbamos juntos en la cama y seguimos besándonos con una intensidad que traspasa barreras. Desliza las manos poco a poco por mi espalda, por mis brazos, por mis piernas, por todo mi cuerpo, con un sinfín de dulces caricias. Yo hago lo mismo con él. Muy lentamente, le acaricio la espalda, los brazos, el pecho, y todo su cuerpo. Mi piel se funde con la suya... ¡Dios mío! ¿Qué es esto? ¿Es un sueño? Sí es así, no quiero despertar... Coloca las piernas entre las mías y cuando clava su erección en mi interior, vibra hasta la última célula de nuestro ser. En ese primer contacto nuestros espíritus se han unido en esta danza del amor y ha sido como si los dos ya fuéramos uno... Nuestros sentimientos están a flor de piel y gemimos de placer sin parar mientras nos perdemos, mirándonos el uno al otro. Me levanta con sus fuertes brazos para

ponerme a horcajadas sobre él y sigue con sus dulces caricias por mi cuello y mi espalda, mientras me va penetrando más profundamente cada vez...

«¡Oh, Dios! Qué placer. Qué manera de hacerme el amor...».

Me tiene atrapada con su cuerpo y se hunde en mí una y otra vez, con fuerza.

—¡Por favor, susúrrame al oído! —suplico desesperada.

—¡Amor mío, te quiero! —musita acercándose más...

Me derrito al escucharlo y su nombre sale mi garganta como de un volcán en erupción.

—¡Alex! ¡Oh! —emito un gemido tras otro, sin parar... Me hace tocar el cielo. Él me acompaña en este viaje de sentimientos y de placer. Se deshace dentro de mí y gime como yo, hasta que no podemos aguantar más... Comenzamos a palpitar de una forma incontrolable mientras nos corremos juntos, como si nos perdiéramos en el infinito.

Ha sido... ¡oh, no tengo palabras!

—¡Te quiero! —Es lo único que me sale.

—¡Yo también te quiero! —Hace una pausa—. ¡Amor mío, ven aquí! —Me abraza con fuerza. Ahora mismo no quiero estar en otro lugar, porque este es mi sitio favorito, entre sus brazos.

Estamos un rato abrazados sin decir nada, hasta que miro el reloj y veo que son las cuatro de la tarde.

—Cariño, tengo que irme a la oficina —le digo con pena. Me quedaría aquí, a su lado, solamente escuchando su respiración. No necesito nada más, en estos momentos.

—Sí, yo también tengo que irme al trabajo. ¿Nos vestimos y te acerco?

—¿No te importa?

—Por supuesto que no.

Nos arreglamos y Alex me lleva a la oficina. Me siento como si estuviera llegando de un paraíso tropical, con ese tipo de sonrisa tonta que no se puede disimular. Irradio felicidad por todos los poros de mi piel.

En el momento luego, voy directa a mi despacho. Conecto el móvil y me suenan tres Whatsapp seguidos, son los que me ha mandado Alex desde ayer.

Alex. «Ven a mi casa, por favor», lo envió a las once de la noche.

Alex: «Te necesito». A las diez de la mañana.

Alex: «¿Qué ha sido lo de hoy? ¿Magia? Nunca había sentido algo así por nadie. ¡Te quiero, amor mío!».

Este último, es de hace cinco minutos, y se me pone tal cara de gilipollas al leerlo que no la puedo controlar. Noto como se me nublan los ojos por los sentimientos tan profundos que siento por él.

Yo: «Alex, eso ha sido AMOR. ¡Te quiero con todo mi corazón!».

Suena el teléfono de mi despacho por la línea dos.

—¿Sí?

—Soy Pedro. Oye, cuando te venga bien, ¿podemos proseguir con la reunión?

—Sí, claro, dentro de cinco minutos.

—Ok —Uy..., ¿qué narices le pasará a Pedro? Vaya tono ha empleado para preguntarme si seguimos con la reunión.

Pasado ese tiempo, nos encontramos en la sala. Pedro llega con una expresión seria y distante. Se centra en comunicarme toda la información importante que había pendiente. Yo le consulto dudas que me van surgiendo, a las que él responde en un tono prepotente y cortante.

—¿Qué te pasa Pedro? —le pregunto finalmente—. Esa actitud tan distante y seria conmigo, ¿a qué se debe?

—A mí no me pasa nada, Sara.

—¿Seguro, Pedro?, te agradecería que me lo dijeras.

—Bueno, la verdad es que no tengo porque ponerme así contigo, pero me ha sorprendido saber que de repente tienes novio.

—Pedro, tú ya sabes que soy muy reservada de mi vida privada y no tengo porque contarte estas cosas...

—Pensaba que yo era importante para ti y el día que cenamos juntos podrías habérmelo dicho.

—Un momento, Pedro. Claro que eres importante para mí, como persona y como trabajador de Tessa, pero igual que yo no te hago esas preguntas a ti, no me gusta que tú me las hagas a mí. Nuestra relación es estrictamente profesional. Mira, ahora mismo, pareces un novio enfadado y eres mi abogado.

—No, no que va, discúlpame, por favor. Yo no tengo derecho a saber nada de tu vida, si tú no quieres. —Yo empiezo a ponerme nerviosa.

—Oye, ¿tú no sentirás algo por mí, más allá de lo profesional? —suelto sin pensármelo dos veces.

Empiezan a sonrojarse sus mejillas y sus palabras tropiezan en el aire sin parar.

—Er... No, no, no de verdad. —¿Está tartamudeando?

—Muy bien, pues creo que, por hoy, ya hemos acabado la reunión. Dame todos los informes y seguiré en mi despacho. —Su comportamiento me parece inaceptable y me hace explotar.

—Sí, aquí te los dejo. Pero Sara, no te enfades conmigo, por favor, que solo me ha pillado un poco por sorpresa saber lo de tu novio.

—Pues que sepas que a eso en mi pueblo se llama estar celoso. Y cuando uno está celoso, es porque siente algo por la otra persona.

—Bien, si tú lo dices... Puede que algún día te lo cuente. —Se levanta de golpe, se dirige hacia la puerta y la cierra dando un portazo, desapareciendo de la sala de reuniones...

No puedo estar más alucinada con todo lo que acaba de pasar... Menuda situación surrealista. Pero ¿este que se ha creído? Si no fuera tan importante para esta compañía, lo despediría ahora mismo.

Recojo toda la documentación y me voy sin pestañear a mi despacho. Estoy muy alterada y me salgo a la terraza a fumar un cigarro. Me sirvo una copa de cava antes de estirarme en la tumbona para relajarme un poco.

¿Qué narices le pasará a Pedro? ¿En serio siente algo por mí? Si es así, voy a tener un problema. Esos sentimientos no correspondidos le van a hacer desconcentrarse en su trabajo. ¿Cómo podría solucionar esto? ¿No sería mejor hablar con él de ello? Seguro que lo niega una y mil veces. No sé, intuición femenina, pero su comportamiento celoso me dice otra cosa.

Mientras sigo en la terraza, suenan unos golpes en la puerta. Me levanto y voy a ver quién es... ¡Vaya, es Pedro!

—Hola, Pedro, pasa... ¿Quieres un cigarrillo? ¿Una copa?

—Sí, las dos cosas —contesta algo nervioso. Le sirvo una copa y le ofrezco un pitillo y un mechero para que se lo encienda. Se deja caer en la tumbona que está al lado de la mía—. Siento mucho lo que ha pasado antes.

—Yo también. Pedro, no me gusta estar enfadada contigo, pero tienes que ser sincero y decirme por qué has reaccionado así.

—La verdad es que ni yo mismo lo sé. Hace unas horas me he enterado de que ya no estabas sola y no sé... Siempre he pensado que hacemos un buen equipo. Llevamos mucho tiempo trabajando juntos y quieras o no, para mí se

ha creado un vínculo muy fuerte entre nosotros, y solo imaginarme que eso se pueda acabar, me ha cabreado.

—Nunca te había visto así. Me he quedado descolocada y me preocupa sinceramente que eso pueda afectar en tu trabajo.

—Se me pasará dentro unos días y te aseguro que no afectará en nada a mi rendimiento. Te doy mi palabra.

—Pero hay una cosa que no me queda clara y necesito que seas sincero conmigo. ¿Tú sientes algo por mí, más allá de lo profesional? —Se queda callado, no responde—. Pedro, te hecho una pregunta; contéstame por favor.

—Bueno, eres una mujer muy atractiva y disfruto mucho trabajando contigo, pero no puedo contestar a tu pregunta porque no lo sé.

—Muy bien, te lo voy a poner más fácil. ¿Qué has sentido cuándo me has visto con Alejandro?

—¿Sentimientos? Mmm, no sé. Sorpresa, enfado por no contármelo...

—¿Algo más? Sé sincero, por favor.

—Sara, nunca hemos tenido este tipo de conversaciones entre nosotros y me incomodan un poco.

—Tampoco te habías comportado nunca como un novio celoso, por eso no se había dado el caso. Mira, voy a ser sincera contigo de forma excepcional, ¿vale? Ya sabes que nunca cruzo la línea con nadie de la empresa, pero como para mí, eres una de las personas más importantes de la compañía, voy a abrirte mi corazón y a explicarte lo que siento de verdad, si es lo que necesitas. Alejandro apareció en mi vida hace poco, y es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. Para mí no es un hombre cualquiera que haya conocido y que solo me guste. Es mucho más que eso. —Al sincerarme con Pedro, veo que su expresión es rara, pero corta la conversación de repente.

—¿Estás enamorada de él? —pregunta mirándome fijamente a los ojos.

—Sí, lo estoy. Como estaba intentando explicarte, él me hace sentir cosas que jamás había sentido con nadie. Es lo que siempre soñé tener a mi lado, o mejor.

—Ya veo que te tiene bien pillada.

—Sí, la verdad es que sí.

—Además, tiene un cargo político muy importante; no es cualquier persona.

—Pedro, eso es lo de menos. Esas cosas a mí me dan igual. Si me conocieras un poquito más, lo sabrías. Cuando nos encontramos por primera vez, yo no sabía quién era él, y nos gustamos desde el primer segundo. Por mí,

como si está en la cola del paro. El amor surge cuando surge, sin importar quien seas, ni lo que tengas... Eso a mí no me importa, de verdad.

—¿Sabes cuál es el problema?, que cuanto más te conozco en lo personal, más maravillosa me pareces. Así que mejor lo dejamos aquí. Gracias por sincerarte conmigo, y me alegra mucho de verdad que hayas encontrado a una persona que llene tu vida de ilusión y de amor.

Al decirme eso, le cojo de la mano desde mi tumbona.

—Oye —le digo—, ya sabes que eres muy importante en mi vida, y agradezco tus palabras. Siento que no sea esta la forma que a ti te gustaría que fueran las cosas, pero uno no elige de quién se enamora. Tú eres uno de los hombres más atractivos e inteligentes que he conocido en mi vida. Te admiro muchísimo, eso no lo dudes nunca. Seguro que cualquier mujer estaría encantada de estar contigo. —Él se incorpora y se sienta al borde de mi tumbona.

—Sé lo que intentas hacer... Te agradezco que pienses que cualquier mujer querría estar a mi lado, pero yo no quiero estar con cualquier mujer. Sara, el problema como bien has dicho, es que uno no elige de quién se enamora. —Lo veo tan agobiado que creo que necesita algo de contacto por mi parte.

—Anda, ven aquí y dame un abrazo. —Él se acerca a mí y me abraza con intensidad; no me suelta. Mis pechos quedan apretados contra su torso y noto que eso le gusta. Me toca a mí separarme de él al cabo de un rato, pero se queda a diez centímetros de mi boca y me está mirando a los ojos de una manera que...

—Ahora mismo te besaría, aunque solo fuera un beso y sentirte por un instante —dice sin apartarse.

—Pedro, ¿y de qué serviría? Yo estoy enamorada de otra persona. Mis sentimientos por ti son distintos. A lo mejor, un beso te haría sentir mucho más.

—Valdría la pena.

Recorta esos diez centímetros que nos separan y desliza su mano con suavidad por mi cuello. Ahora me acerca hacia él, con ternura y nos besamos apasionadamente. Yo no lo freno y en vez de apartarme o negarme, solo le digo:

—Pedro, puede entrar alguien.

—No va a entrar nadie; he cerrado la puerta con el pestillo. Y además le he dicho a Ana que estaríamos reunidos y que no nos molestaran.

Se acerca a mí aún más, y vuelve a fundir mis labios con los suyos otra vez.

Su húmeda lengua busca la mía, mientras me acaricia la espalda con dulzura... Sus caricias van cesando poco a poco, y ahora me abraza con deseo, mientras sus besos se vuelven cada vez más pasionales... Yo me dejo llevar aún no sé por qué. Sigue sin descanso y va deslizando su brazo hasta uno de mis pechos. Lo aprieta con la respiración cada vez más agitada. Es muy intenso. Está muy excitado y se nota que me desea con todas sus fuerzas.

Me va levantando el vestido y me lo desliza por encima de mi cabeza hasta que me lo quita. Se queda mirando mis pechos, deseoso de ellos, y me desabrocha el sujetador. Acerca sus labios y los besa..., los lame mientras los aprieta con las manos... Y mis pezones reaccionan. Me quita las bragas y mete un dedo dentro de mí. Lo mueve enérgicamente mientras se deleita con mis pezones. Yo estoy gimiendo sin parar por el placer cuando siento su dedo en lo más profundo de mi interior. Lo mete y lo saca sin parar hasta que se detiene para desnudarse con rapidez. Se tumba encima sobre mí y me penetra con todas sus fuerzas... ¡Oh Dios! Cómo gime. Se está volviendo loco. Me embiste una y otra vez con energía, con desespero, mientras me aprieta los pechos y me besa con pasión. ¡Uf! Estoy empapada... su erección entra y sale sin ninguna dificultad. Él no dice nada, solo disfruta de mi cuerpo, de mí al completo. Dejo que me haga el amor, y disfruto de ello. Cada vez lo noto más duro dentro de mí, y gimo y gimo de placer sin parar, hasta que los dos estallamos juntos.

Enseguida Alex me viene a la mente... Pero ¿qué he hecho? ¿Por qué me he dejado llevar así? Empiezan a entrarme unos remordimientos que me quiero morir. Miro a Pedro e intento apartarlo de encima de mí.

—¡Quita! ¡Quita, por favor! ¡Esto no tendría que haber pasado nunca! —Me pongo a llorar totalmente histérica... ¿Qué hecho? ¡Dios mío! ¡No, no, no!

—Sara, Sara, despierta...

—¿Qué? ¿Qué pasa? —Me he quedado dormida en la terraza de la oficina, y Raquel está despertándome. Respiro hondo y me doy cuenta de que había sido un sueño, no era real. Pero ¿qué narices de sueño he tenido? Tengo todos los ojos encharcados de lágrimas, pero nunca había sido tan feliz de saber que, eso no había sucedido.

—Nena...

—¿Qué te pasa? Estabas llorando cuando estabas dormida y gritabas: ¡No, no, no!

—Una pesadilla.

—Anda, ven aquí. —Raquel me abraza, y yo la abrazo a ella.

—Pero ¿qué has soñado? —Está muy extrañada, a la vez que preocupada.

—Nada, nena, nada. —No quiero contárselo, me da mucha vergüenza.

—Tranquila, solo ha sido una pesadilla. Anda, vamos adentro. Salgamos de aquí.

—Sí, vamos. —Me incorporo rápidamente y la sigo hasta mi despacho.

—Oye, una cosa, Pedro se ha ido ya. Me ha dicho que tenía algo urgente que hacer —me explica.

—¡Ah! Vale...

—Por cierto, estaba muy raro, pero raro, raro. —Raquel lo entona de una manera muy divertida y me hace reír...

—Hemos tenido una especie de discusión. A lo mejor es por eso.

—¿Discusión? —Ella no entiende nada—. ¿Por qué razón? Bueno, si se puede saber.

—Pues ha sido todo muy surrealista, la verdad, pero necesito contártelo. Hoy ha venido Alex a la oficina, como ya sabes, y ha interrumpido la reunión que tenía con Pedro; quería que fuéramos a comer. Les he presentado y Alex le ha dicho que era mi novio. Yo no se lo había contado a Pedro, porque no tengo por qué hacerlo. Es mi abogado, nada más, y salvo contigo, no tengo relación personal con ningún otro empleado de Tessa. Después cuando he llegado esta tarde, estaba muy raro conmigo, hasta tal punto, que ya harta de su actitud, le he preguntado qué le pasaba. Se ha puesto muy borde y al final me ha dicho que le había molestado que no le hubiera contado que tenía novio. Sobre todo, cuando el día que salí a cenar con él me preguntó si había alguien especial en mi vida. Yo desde luego no quise entrar en ese tema, más que nada porque no es asunto suyo y lo corté de golpe, sin darle pie a ninguna pregunta más sobre mi vida personal. Mira, mi impresión es que estaba celoso y cabreado, así que se lo he dicho; que ese comportamiento era de una persona celosa que tiene sentimientos por otra y él me ha respondido que «si yo lo digo...», y «que puede que algún día me lo cuente». Ha dado un portazo y ha salido de la sala de reuniones, hacia su despacho. Después ya no he hablado con él.

—Pero ¿esto es verdad? —Raquel empieza a reírse—. Hija, desde luego, te pasan unas cosas más raras.

—Dímelo a mí. —Me empiezo a reír con ella también. Por lo menos ahora me parece divertido y me he desahogado un poco.

—¿Y a ti te atrae Pedro? —me lo pregunta medio en cachondeo.

—¿A mí? ¿Estás de coña? No, no, en absoluto.

—Pues, por lo que me has contado, parece que tú a él sí.

—Raquel, no estoy para tonterías, de verdad. Es mi abogado, punto. El problema es cómo va a afectarle esto a él. —La verdad es que las dos hablamos del tema y se nos escapa la risa al darnos cuenta de lo delirante del asunto. Aunque intentamos tratarlo con seriedad, no podemos evitarlo...

—Lo he notado muy raro antes, de verdad, pero ya se le pasará.

—Eso espero, porque si no, no sé cómo voy a poder trabajar con él. Ha surgido algo incómodo entre nosotros y no tengo muy claro cómo vamos a hacerlo desaparecer.

—Bueno, deja que se relaje, que pase la marea y después, según sea su comportamiento, hablas con él.

—Sí, vamos a dejar que respire un poco, y en unos días decido qué camino seguir.

—Me voy al despacho y enseguida me voy ya para casa. Y tú deberías hacer lo mismo. Cualquier cosa me dices, ¿vale?

—Vale. Sí, yo me voy ahora también.

*M*e pongo a ordenar un poco mi mesa de trabajo. La tengo llena de dossieres y documentación de mil empresas. Empiezo a agobiarme con tanto desorden, ¡uf!, no puedo trabajar así... Y no me lo pienso dos veces, cojo el bolso y bajo al aparcamiento. Subo a mi coche y me marcho a casa.

Justo cuando meto la llave en la cerradura de la puerta, suena el teléfono. Es un Whatsapp de Alex.

Alex: «Acabo de oír la puerta... Ven a mi casa. Me muero de ganas de darte un beso».

Cuando lo leo, se me dibuja una sonrisa en la cara... ¡Qué ganas tengo de verlo! Sobre todo porque aunque haya sido solo un sueño, tengo muy reciente el sentimiento de culpabilidad, como si lo hubiera traicionado de verdad.

Saco la llave de la cerradura y voy directa a su puerta. Doy unos golpes con los nudillos; enseguida me abre y me lanzo a sus brazos para estrecharlo con todas mis fuerzas, como si ya no fuera a verlo nunca más...

—¡Te quiero! ¡Te quiero, amor mío! —le susurro al oído.

Inmediatamente busca mis labios y los besa sin parar. ¡Dios, lo que me hace sentir! Me baja un intenso escalofrío por la espalda... Nadie me hace vibrar como este hombre.

—¡Yo también te quiero! —dice, mirándome a los ojos con ternura. Desliza la mano por mi melena hasta la nuca, para sujetarme con fuerza mientras vuelve a besarme sin parar, cada vez con más intensidad, cada vez más y más... Tenemos algo especial... Es como si ardiéramos de pasión con un simple contacto, ya sea con una mirada, una caricia o un beso. Y qué decir cuando hacemos el amor, es increíble, apasionado y varonil. ¡Oh, sí! me derrito con cualquier cosa que me hace... ¿Será él el amor de mi vida? —Una cosa, ¿te vas a quedar a cenar conmigo? ¿Y a dormir? —lo dice con una voz y una mirada tan tiernas que yo me quedo tonta perdida.

—Claro, cariño.

—¿Te apetece que pidamos comida china?

—Me encanta la comida china.

—Vale, pues voy a llamar ya a un restaurante que conozco, que tiene una cocina muy buena. No sirven a domicilio, pero conmigo hacen alguna excepción.

—¡Genial! —Es adorable y cariñoso y yo teniendo estos sueños de traición. Desde luego, ¿cómo puedo ser así? —Voy a ir un segundo a mi casa para darme una ducha rápida y coger el pijama, ¿te importa?

—Sí, sí me importa, quiero estar contigo. Dúchate aquí. ¿Y para qué necesitas un pijama? Si te lo voy a quitar... —Me hace reír—. Yo te dejo una camiseta para que estés cómoda.

—Vale, me ducho aquí —respondo como una niña buena.

—Pues mira, mientras tú te duchas, yo llamo al restaurante y preparo la mesa.

—Me parece bien.

Camino hasta su habitación y me meto en el cuarto de baño. Me quito toda la ropa hasta quedarme completamente desnuda, luego entro en la ducha y cierro la puerta de cristal para que no se salpique el suelo. Empiezo a enjabonarme. El gel de Alex hace mucha espuma. Me doy cuenta de que estoy embadurnada de color blanco, pero me divierte verme así. Cuando paso la mano por mi cuerpo lo noto resbaladizo; la sensación me gusta... Mientras voy haciendo eso, se abre la puerta de la ducha y entra Alex completamente desnudo. Me mira y no puede parar de sonreír al verme llena de gel.

—¿Necesitas una ducha? —le pregunto divertida.

—No. Te necesito a ti. —Jo, vaya contestación. Me hace tan feliz cuando me dice esas cosas... Siempre me sorprende.

Con mucha dulzura, empieza a acariciarme con las dos manos, que resbalan con la espuma. Parece que le gusta, lo leo en sus ojos. De repente, me da la vuelta y me empuja contra el cristal. Me sube los brazos al tiempo que pega su pecho a mi espalda, luego me aprisiona los pechos desde atrás con fuerza y me los acaricia con pasión. Noto su erección contra las nalgas; está muy excitado. El chorro de agua cae ahora sobre él, sobre su espalda. Me separa las piernas y con ayuda de la mano, se introduce dentro de mí. Se oye un gemido de placer mutuo que se pierde en el interior de este espacio tan pequeño. Me embiste con fuerza, una y otra vez, sin dejar de amasarme los pechos. Su cuerpo es tan

fuerte que puede controlar el mío en cualquier postura, en cualquier situación. Esto me resulta increíble... Su dominación me tiene atrapada. ¡Oh! Qué placer me da que me penetre desde atrás, escuchar sus gemidos de gusto justo en mi oído. Sin darse cuenta, consigue llevarme a un estado de locura sexual. Me posee con fuerza, como solo él sabe hacerlo. Se retira de mi interior y me da la vuelta para levantarme y apoyarme contra el cristal. Me sostiene como si fuera una simple pluma y vuelve a penetrarme con fuerza... Me tiene sujeta por las nalgas, mientras me demuestra su amor besándome. ¡Madre mía, es increíble! Jadeamos sin descanso... Casi gritamos de placer.

—Déjate ir conmigo, amor mío —me susurra al oído.

Nos dejamos llevar y convulsionamos sin parar. ¡Oh, Dios! Ha sido espectacular. Me baja, me abraza y me sonrío.

—Voy a poner la mesa —dice divertido antes de salir de la ducha; yo me quedo unos minutos más, extasiada por lo que acaba de pasar.

Estaría todo el día haciendo el amor con este hombre... es maravilloso. Es como un sueño del que jamás quisiera despertar. Es guapo, inteligente y tiene un cuerpo impresionante. Cualquier mujer caería rendida a sus pies, estoy segura. Sobre todo yo, y me siento tan afortunada de ser la persona que llena su corazón.

Al cabo de un rato, salgo del cuarto de baño y paso a la habitación de Alex; veo que me ha dejado una camiseta blanca encima de la cama para que me la ponga. Qué detallista es... Ahora que pienso, debería traer algo de ropa aquí, por si me quedo más noches. Sí, eso sería una buena idea, porque ahora no dispongo de ropa interior.

Cuando salgo al comedor, veo la mesa: ha puesto un mantel blanco, y encima unos mantelitos individuales negros de bambú, con platos cuadrados del mismo color. Las copas de vino son muy elegantes y hay una rosa blanca justo al lado del plato que voy a usar.

—¡Qué bonita has dejado la mesa! Me gusta mucho.

—Me alegra que te guste. Quería darle un toque oriental.

—¿Y la rosa?

—Tengo unos rosales en la terraza y la he cortado para ti. Aunque no he visto ninguna planta natural en tu casa, pensé que te gustaría.

—Las rosas rojas no me gustan, pero las blancas me encantan. Son una de mis flores favoritas. En casa no tengo porque todas se me acaban muriendo. Es

por la falta de cuidados, por eso solo tengo plantas artificiales. Esas siempre están ahí y no tengo que preocuparme por ellas.

—¡Me alegra que te guste! —contesta con cara de satisfacción.

—Me gusta mucho, de verdad. ¡Gracias!

—No tienes por qué darlas.

Suena el timbre y Alex abre la puerta, ha llegado la comida. Se la lleva a la cocina para disponerla en varios platos. Hay de todo: rollitos de gambas, *dim sum*, tallarines, arroz, pato y pollo. Saca una botella de vino blanco del congelador, donde la ha metido para que esté realmente fresquito, y sirve unas copas. Nos sentamos y disfrutamos de todo; está delicioso. Tenía razón, cuando dijo que la comida era muy buena.

La velada discurre de forma agradable, hablando de nuestras cosas, hasta que finalmente empieza a contarme algo de su trabajo.

—En el partido se están replanteando cambios a corto plazo... —comenta con aires de misterio.

—¿Qué clase de cambios? —La manera de decirlo me hace sentir intrigada.

—Bueno, quieren dar otra imagen en el partido.

—¿A qué te refieres con dar otra imagen? Ya sabes que no estoy muy puesta en política y me cuesta un poco seguir el tema.

—El presidente lleva casi siete años de mandato y ya es un hombre mayor. Está perdiendo mucha popularidad, y eso se traduce en votantes, seguidores... Como quieras llamarlo, vaya, algo negativo para el partido. Los últimos sondeos han sido un desastre, y, viendo que dentro de un año hay elecciones, se replantean dar otra imagen; quieren centrarse en alguien más joven, con ideas frescas, acordes con lo que necesita ahora mismo el país. Los votantes quieren seguir creyendo en la derecha de siempre, pero con una política más moderna. Están cansados de lo que hay ahora.

—¿Y tú cómo te verás afectado con todo eso? —Lo miro sinceramente preocupada por él, porque no sé adónde quiere ir a parar con todo lo que me está contando.

—Bueno, la semana pasada llegó algo a mis oídos lo que quería contarte.

—¿Qué ha llegado a tus oídos? —pregunto con curiosidad.

—Que se barajan dos candidatos para la presidencia que por edad, experiencia y liderazgo, podrían optar al puesto.

—¿Y quiénes son?

—Uno sería Ricardo.

—¿Ricardo, el baboso? —Suelto de inmediato.

Le hago reír con mi pregunta.

—A ver, aparte de baboso es un hombre muy inteligente, y muy preparado para asumir la presidencia.

—Sí, bueno, será inteligente y todo lo que tú quieras, pero es un baboso, un asqueroso y un salido. —Los dos nos reímos sin parar ante mi comentario.

—¿Y el otro candidato quién sería? —La verdad es que no me importa demasiado, pero me gustaría saberlo por cotillear un poco, ya que en la cena conocí a casi todo el mundo relacionado con su trabajo.

—El otro candidato soy yo.

—¿Tú? —Lo miro en estado de *shock*.

—¿Qué pasa? ¿No me ves capacitado? —Parece asombrado por mi reacción.

—Claro que sí, no es eso. Es solo que...

—¿Qué? ¿Qué piensas?

—Yo prefiero que pongan al baboso.

—¿Por qué? El sueño de cualquier político es llegar a lo más alto. Después de eso, el siguiente paso es llegar a ser el presidente de España.

—Pues me alegro por ti. —Aunque me he puesto muy seria.

—No lo parece.

—Bueno, en realidad no me alegro. Eso supondría que tuvieras pegado a ti en cada momento un montón de seguridad. Periodistas, cámaras de televisión vayas a dónde vayas, y estar mucho más expuesto que ahora a la opinión pública. Y qué decir de tu implicación día y noche en la política, sin dejarte tiempo para nada. No nos veríamos nunca.

—El presidente de España, está casado y tiene dos hijos. Casi todos los presidentes tienen una vida familiar y si ellos lo han conseguido, ¿por qué nosotros no?

—Pero ahora en serio, ¿tú has visto al presidente de España? Si tiene cara de vinagre rancio. Ha envejecido muchísimo desde que está en las altas esferas. Y me apuesto contigo lo que quieras que, entre él y su mujer, solo tienen una relación de apariencias públicas. Dudo mucho que él le haga a ella lo que tú me haces a mí.

—¿En serio no te gustaría ser la novia del presidente de la Generalitat

valenciana?

—No, a mí me gusta ser la novia de Alex. Solo me importa el poder que tú ejerces en mí, no el poder político que tengas en la Comunidad. Tú eres todo lo que necesito... —Está sorprendido por la contestación que le he dado. Se le nota en la cara, parece decepcionado, como si le hubiera dado con un mazo en la cabeza.

—A cualquier mujer le gustaría estar con un hombre que tenga el poder en sus manos. —De repente me invade una tristeza al escucharlo.

—Alex, yo no soy cualquier mujer... Soy una persona muy independiente que ha luchado mucho por conseguir todo lo que tiene. A mí eso no me interesa, no lo necesito... Mira, esto es muy sencillo, a mí me gustaste desde el primer momento en que te vi, ahí, corriendo por los jardines y no sabía quién eras. Si hubieras estado sin trabajo, me hubiera enamorado de ti igualmente —confieso con un suspiro—. Seguro que cualquier mujer ambiciosa de poder querría estar con un presidente, pero, Alex, mis ambiciones no son esas, las mías son distintas.

—¿Sí? ¿Y cuáles son esas ambiciones de las que hablas? Me gustaría saberlo.

—No sé, pero aparte de mantener mi compañía en el nivel que ahora mismo se encuentra, mi mayor ambición es estar contigo, cenar como hoy, que me hagas el amor, que me abrases... Yo solo quiero disfrutar de ti.

Él me coge de la mano por encima de la mesa y me mira fijamente a los ojos.

—Ya sé que no eres cualquier mujer —dice—, eso me quedó claro desde el primer momento en que te conocí y por eso estoy loco por ti. Ya sabía que no te iba a gustar lo que te he contado, pero necesitaba oírtelo decir. Eres una mujer increíble, no me gustaría perderte por nada del mundo.

—De verdad, me alegro mucho por ti, no me malinterpretes. Cada uno de nosotros tenemos nuestros objetivos en la vida. Tú tienes que conseguir tu sueño, si es eso lo que realmente quieres y por lo que has luchado tanto. No importa lo que yo piense. Afortunadamente ya he conseguido el mío, al menos a nivel laboral, pero ahora me toca luchar por otro sueño mucho más importante, y es por la persona que tengo delante de mí. No hay nada que me haga más feliz ahora mismo que tú. —Simplemente con lo que le acabo de decir, creo que lo he dejado sin palabras, porque no dice nada, solo me mira con una cara de encandilamiento... Sus ojos brillan de amor y me sumerjo en

lo más profundo de ellos... Volvemos a estar en ese estado hipnótico que no podemos controlar; estamos locos el uno por el otro.

—¿Quieres algo más? —me pregunta, en referencia al postre o al café.

—No, estoy llena. No quiero nada.

—Voy a recoger esto; tú si quieres descansa en el sofá.

—No, quiero ayudarte.

Nos levantamos para recoger los platos.

Cada vez que cogemos algo de la mesa, nuestros dedos se rozan, y nos miramos sin decir nada, sonrientes. Colocamos los platos en el lavavajillas y después vamos a sentarnos al sofá, donde entrelazamos nuestras manos.

—Alex, en serio, mi opinión no importa —repito—. Es tu futuro y, si realmente es tu objetivo, haz lo posible por conseguirlo. —Jo, ahora me siento culpable por lo que le he dicho, no quiero condicionarlo y que se sienta frustrado por no intentarlo.

—Mira, al final son solo rumores, no hay nada en firme todavía, así que, llegado el momento, si es que llega, me lo meditaré. Solo quería saber tu opinión, aunque más o menos me la esperaba... Empiezo a conocerte un poco.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Empiezas a conocerme? —le pongo esa voz sensual, que tanto le gusta.

—Sí... Y nunca paras de sorprenderme.

—¿Por qué?

—Por tus valores en la vida, por tu integridad, por tu personalidad y por tu belleza... Me tienes enganchado por completo. De verdad, nunca había conocido a una mujer como tú.

—¿No? —Yo me veo una persona muy normal, pero me intriga conocer un poco más de su vida—. ¿Y cómo han sido las demás mujeres con las que has estado?

—No sé, supongo que superficiales, con ego, con afán de estar con una persona con un cargo importante a su lado... Al final uno se da cuenta y no llega a sentir eso tan intenso por esa persona. Simplemente lo que hay se evapora.

—Supongo que habrá de todo, no todas las mujeres son así.

—Bueno, casi todas... ¿Y tú con qué tipo de hombres has estado? —Vaya giro inesperado, siempre con ganas de saber.

—Con buenas personas que me han querido mucho. He tenido mucha suerte. El problema nunca ha sido de ellos, más bien, ha sido mío. —Me pongo

melancólica—. Creo que ya te lo dije en una ocasión, pero nunca he sentido que estuviera enamorada de verdad.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Cómo sabes que ese sentimiento no era de verdad? —Él quiere entender... Si he estado con hombres que me han querido tanto, ¿por qué yo a ellos no? Me quedo callada—. ¡Por favor, cuéntamelo! —insiste.

—Lo sé, porque nunca lo había sentido así hasta que te conocí a ti. — Cuando le digo eso, acerca la mano y me acaricia la cara con suavidad.

—¿Son las mariposas? —pregunta a cinco centímetros de mis labios.

—Miles de mariposas... —respondo, perdiéndome en sus pupilas dilatadas.

—¡Te quiero!

—¡Yo también te quiero!

Se abalanza sobre mí para besarme. Su lengua busca la mía con ternura, y nos sumergimos en un profundo beso que me pone la piel de gallina... Desliza las manos por las mías hasta llegar a mis hombros una y otra vez. Son caricias dulces y suaves, de amor puro, mientras sigue besándome cada vez con más intensidad. Me quita su camiseta blanca y ya me quedo totalmente desnuda. Le levanto también la suya y se la quito. Luego le hago lo mismo con los pantalones y el bóxer. Cuando por fin está desnudo, no puedo dejar de contemplarlo.

«¡Oh, mi dios griego!, ¡qué cuerpo tan impresionante tienes!».

Empiezo a besarle apasionadamente el cuello, bajo por su pecho, por su ombligo, hasta llegar a su sexo... Lo acaricio con mis labios y me lo voy metiendo en la boca muy despacio. Cuando lo consigo, él cierra los ojos al tiempo que emite un gemido de placer. Hoy lo deseo más que nunca y quiero hacerlo disfrutar; quiero que se vuelva loco, que grite de placer...

Me pongo de rodillas sobre un cojín en el suelo, entre sus piernas, mientras sigue sentado en el sofá. Vuelvo a metérmelo en mi húmeda boca y lo succiono. Lo hundo hasta lo más profundo de mi garganta. Cuando lo miro, tiene la cara desencajada por el deseo, y me excito con solo mirarlo. Acerca las manos a mi cabeza y me la empuja para que lo succione con más fuerza. ¡Oh, Dios mío! Si me fío de sus gemidos... se está volviendo loco. Lo noto cada vez más duro dentro de mi boca. Está tan excitado que hace que yo también lo esté. Retira las manos de mi cabeza para cogerme los pechos con fuerza mientras empieza a convulsionar de una manera descontrolada, derramándose en el fondo de mi garganta. Subo la mirada para verlo... Tiene

los ojos cerrados y está muy colorado. Estoy segura de que ha disfrutado mucho. No dice nada, necesita un momento para recuperarse, y se lo concedo... Pasan unos segundos antes de que me rodee con los brazos y me levante. Me sienta encima de él y me abraza estrechamente, envolviéndome. Después de la tormenta siempre llega la calma, y un bendito silencio relajado ha caído entre nosotros.

—Disfruto mucho cuando me haces esto —confiesa mirándome a los ojos—. Eres maravillosa.

—A mí me gusta mucho verte disfrutar. Tú eres increíble.

—¿Quieres que nos vayamos ya a la cama? —Asiento con la cabeza.

Debe estar muy cansado, porque con el ritmo que llevamos es para estarlo, pero para ser sincera, yo nunca me canso de hacer el amor o cualquier otra cosa con él. Me pongo la camiseta, voy al cuarto de baño a lavarme los dientes y entro en la habitación. Alex hace lo mismo y se mete en la cama.

—¿Cariño? —pregunta divertido.

—Dime

—¿Por qué te pones la camiseta?

—Para dormir cómoda —se acerca a mí y me abraza.

—A mí me gustas sin ella. —Me la sube para quitármela—. El contacto con tu piel y tu olor me hace sentir bien...

—Nada de camisetas entonces.

Me abraza mientras me besa con pasión... Empieza a acariciarme todo el cuerpo, deslizando las manos sobre mi piel. Primero por mis brazos, luego por mis pechos y después baja muy despacio hasta mi monte de Venus... Ahora introduce uno de sus dedos en mi vagina y lo mete hasta lo más profundo de mí.

—¡Oh! —gimo.

—Cariño, pero qué mojada estás... Eso me gusta. —Me excito tanto con todo lo que me hace, que no puedo evitarlo. Mi respiración está muy agitada porque me vuelve completamente loca. Se da cuenta de lo excitada que estoy y se detiene. Se incorpora para coger una cuerda que tiene dentro del cajón de la mesita. Me ata las manos para que no pueda tocarle. Se pone encima y se hunde con todas sus fuerzas dentro de mí. Me está mirando cuando cierro los ojos de forma inconsciente por el puro placer que me provoca cada embestida. Es como si el morbo lo atrapara y apareciera de nuevo su lado más salvaje.

—¡Susúrrame al oído! —suplico.

—Me vuelve loco notarte tan mojada... —¡Oh, Dios! ¡Cómo me gusta su voz entrecortada! Gimo sin parar, y, él, dejando salir su lado más perverso, sube la mano hasta mi cuello sin detener sus envites. Está gritando de placer absoluto cuando empieza a ceñirme el cuello con la mano. Está apretando tan fuerte que me está dejando sin respiración... Aprieta y aprieta, pero el grado de excitación es tan intenso que empezamos a convulsionar. Nos corremos a la vez, e instintivamente quita la mano de mi garganta con rapidez mientras nuestros cuerpos se contraen una y otra vez. Nos quedamos exhaustos... ¡Oh, madre mía, es increíble!

—Eres un hombre maravilloso, ¿lo sabías? —le digo completamente agotada.

—¿Te gusta lo que te hago?

—Me gusta mucho lo que me haces, es tan liberador...

—Y tú eres preciosa. Me vuelves loco...

Me río.

—¿Qué te hace tanta gracia? —sonríe.

—No lo sé, nada. Solo me río de felicidad. Me haces muy feliz, eso es todo.

—Se acerca a mí con un suspiro y me besa con tanto amor, que me derrito al instante. Ahora mismo, siento mil mariposas revoloteando por todo mi cuerpo. Por fin puedo sentir lo que es el amor, lo que supone estar enamorada de verdad. La sensación es adictiva, me gusta sentirme así.

«Es maravilloso...», pienso mientras entrelazamos nuestros cuerpos y nos quedamos profundamente dormidos.

—Cariño, despierta. ¡Despierta! —oigo la voz de Alex, pero me siento confusa en medio de la oscuridad. No sé qué hora es.

—¿Qué pasa? —Estoy totalmente dormida.

—¿Has oído eso?

—¿El qué? No he notado nada.

—He oído que se abría la puerta de casa. —Alex se levanta, enciende la luz de la mesilla y se pone el pantalón en un segundo—. No te muevas de aquí —me ordena.

Yo no le hago caso, me pongo la camiseta y le sigo hasta el comedor muerta de miedo. Cuando cruzamos la puerta, Alex enciende la luz y vemos a un hombre de pie, junto a la mesa, con un pasamontañas negro, tan sorprendido de

vernos como nosotros de verlo a él. Me tiemblan las piernas y las manos... ¡Joder qué miedo! Se nos queda mirando fijamente, sobre todo a mí. Puedo notar que clava los ojos en mis pupilas. ¡Dios mío! ¿Quién coño es este y qué quiere? Me pongo a gritar tan fuerte que parece que vayan a reventarme los tímpanos. No sabía que mis cuerdas vocales dieran para tanto.

—¿Quién coño eres y qué quieres? —le pregunta Alex, poniendo mis pensamientos en palabras, aunque creo que con mis gritos ni lo ha escuchado.

El hombre no contesta, no dice nada, solo me mira fijamente.

Se asusta por el ruido que estoy haciendo y sale por pies dejando la puerta abierta. Inmediatamente cojo el teléfono y llamo al sargento López.

—¿Diga?

Estoy tan histérica, que casi no puedo vocalizar.

—¡Sargento López! ¡Dios mío! Ha entrado un hombre con el rostro cubierto en casa de Alejandro mientras estábamos durmiendo.

—¿Están bien? ¿Algún herido?

—Estamos bien. ¡Vengan, por favor!

—Vamos enseguida. Por favor, cierren puertas y ventanas hasta que lleguemos.

—Sí, sí, lo haremos.

Cerramos todo tal y como nos pide el sargento, y nos vestimos. Después Alex me abraza.

—Tranquila cariño, ya ha pasado —intenta consolarme.

—¿Tranquila? Los cojones, tranquila, ¿quién era ese y qué quería? ¿Y por qué me miraba a mí todo el rato?

—Cariño, porque eres muy guapa.

—Déjate ya de guasas, que me tiembla todo el cuerpo.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Qué te ponga más nerviosa de lo que ya estás? Pero si seguro que lo has dejado sordo. —Se me escapa una risa nerviosa con su comentario—. Anda ven aquí...

—Pero ¿a ti qué te pasa? ¿No estás nervioso?

—Estoy nervioso, pero no histérico.

—¿Me estás llamando histérica?

—Sí, ven aquí conmigo y siéntate. —Le hago caso y, cuando tomo asiento, me abraza fuerte y me relajo un poco. Se escucha el sonido del telefonillo; es la policía. Enseguida sube el sargento acompañado de otro compañero que no

había visto nunca. Seguramente Jose tendrá el día libre y, por lo que parece, nunca pueden ir a un aviso en solitario.

—Buenas noches, ¿están ustedes bien? —pregunta el sargento.

—¡No! ¿Cómo vamos a estar bien? —Estoy al borde de un infarto. Alex me interrumpe de inmediato, pues sabe que estoy muy alterada, y creo que prefiere hablar él.

—Buenas noches, sargento. Nos encontramos bien. Estábamos durmiendo y he oído un ruido, como si se hubiera abierto la puerta de mi casa... Nos hemos levantado rápidamente para ir al comedor. Había un hombre con una especie de pasamontañas cubriéndole en la cabeza, justo ahí, de pie, al lado de la mesa. Al principio le hemos sorprendido, pero luego ha empezado a correr y se ha largado dejando la puerta abierta. Al momento, les ha llamado Sara.

—¿Pueden darme una descripción del sujeto?

—Más o menos sería como yo de alto. Iba con un vaquero negro y camiseta negra de manga corta.

—¿Edad aproximada?

—Iba con la cara tapada, no sé, no me aventuro a decir una edad.

—Más o menos.

—Entre treinta y cuarenta años.

—¿Complexión?

—Parecía que hacía deporte. Lo he notado en sus brazos, así que estoy seguro de que tenía complexión fuerte.

—¿No ha hablado?

—No, solo se ha quedado quieto, mirándonos.

—Bueno, en realidad me miraba a mí fijamente todo el rato —intervengo yo.

—Y después de mirarla a usted, ¿ha hecho algo más?

—Yo me he puesto a gritar sin parar, y ha salido corriendo.

—Aparte de todo esto, ¿algún detalle más que recuerden? Marca de pantalones, si llevaba tatuajes, si llevaba reloj.

—Ha sido todo muy rápido, pero no me ha parecido que llevara tatuajes, aunque sí que me ha parecido que llevaba un reloj de oro, o por lo menos dorado —dice Alex.

—¿Y cómo se ha fijado en eso, si ha sido todo tan rápido?

—Es una manía que tengo, me gustan mucho los relojes y siempre me fijo en eso. Es algo que hago de forma inconsciente.

—Muy bien, vamos a llamar a la policía científica por si el sujeto hubiera

dejado alguna huella dactilar y también voy a mandar a un agente de policía a vigilar su puerta durante toda la noche. Les agradecería que se fueran a casa de la señorita Larson y así, mientras trabajamos, ustedes estarán más tranquilos. Por otro lado, es necesario que refuercen la seguridad de los dos áticos hasta que averigüemos algo, tampoco les iría mal, algo de seguridad privada. Sobre todo, a usted señorita Larson.

—¿A qué se refiere? Aquí el político es él, debería tener más seguridad que yo.

—Sí, el señor Casas también, por supuesto, faltaría más. Pero algo me dice que hay alguien, al que no le gusta verla a usted cerca de ningún hombre. Es solo una intuición, ya que todavía, no tengo pruebas concluyentes para poder afirmarlo.

—¿Qué? ¿A alguien, a quién? —Empiezo a asustarme de verdad. Un psicópata que me acecha... ¡Joder, lo que me faltaba!

—Alguien que está conectado con usted de alguna manera. Todavía no puedo aventurarme a confirmar eso, pero podría ser cualquiera y después de lo de hoy... —El sargento hace una pausa y sigue—: ¿Señor Casas, podría hablar un momento con usted en privado?

—Sí, por supuesto, pase a mi despacho. —El sargento le sigue hasta la otra habitación.

Al cabo de un momento salen al comedor y Alex me pide que nos vayamos a mi casa para dejar trabajar al equipo de la policía científica.

Nada más entrar, cojo una botella de vino blanco con dos copas y me voy directa a la terraza a fumarme un pitillo.

—¿Qué haces? —me pregunta Alex, que me ha seguido hasta allí.

—Es evidente: estoy tomando una copa de vino y fumándome un cigarro.

—Apágalo, anda...

—No, estoy muy nerviosa y fumar me relaja. ¿Quieres una copa?

—Sí, ya me la pongo yo. —Mientras se sirve la copa, no para de mirarme—. ¿Qué estás pensando?

—Si lo que ha dicho el sargento es cierto, tengo a un psicópata acechándome. Estoy preocupada.

—Lo encontrarán, no te agobies ahora. Por cierto, ¿te viene alguien a la cabeza? ¿Alguna relación que no acabara bien? ¿Algún hombre que haya

querido tener algo contigo y tú lo hayas rechazado?

—Mis relaciones creo que no han acabado mal. No mantengo amistad con ninguno, lógicamente, pero nada traumático. Son ellos los que me han dejado a mí, por dejadez y por mi falta de implicación en la pareja.

—¿Y algún hombre que hayas rechazado? ¿Alguien que recuerdes?

—Eso es más complicado, han sido muchos...

—No sé, recientemente... Sara, piensa, por favor, es importante.

—Martín, y lo asesinaron. Ricardo, tu compañero, y...

—¿Y...? —¡Anda! Me quedo pensando en lo que ha pasado esta tarde en la oficina con Pedro, pero no digo nada—. Cariño, dime en quién estás pensando.

—Algo que me ha pasado hoy y que no te he contado. —Tengo miedo de explicárselo por si se enfada, pero creo que tiene que saberlo. Esto es mucho más importante, que cualquier enfado por celos.

—¿Qué te ha pasado hoy? —Frunce el ceño. Está intentando averiguarlo a toda costa. Yo me pongo otra copa, cojo otro cigarro y me lo enciendo—. ¿Otro, cariño?

—Sí, otro, es la ansiedad.

—Venga, vale, pero cuéntamelo, por favor.

—¿Sabes cuándo has venido hoy a la oficina para llevarme a comer? Te has presentado a Pedro, mi abogado, como mi novio. Él no sabía que salía con nadie.

—¿No lo sabía? ¿Por alguna razón?

—Bueno, porque mi vida privada no le importa a él ni a nadie del trabajo. Con la única persona que tengo una relación personal, es con Raquel. Ella es mi amiga. Soy muy reservada con mi privacidad y nunca cruzo esa línea.

—Vale, es lo que tiene que ser... Pero no pensaba que fueras tan fría en los negocios.

—Si quieres que las cosas funcionen bien, hay que serlo. Se pueden encontrar puntos débiles, conociendo la vida personal de una persona, y en mi puesto, no me puedo permitir ninguno.

—Bueno, ¿y qué ha pasado?

—Cuando he llegado esta tarde, Pedro me ha llamado para retomar la reunión que tú has interrumpido.

—Disculpa, igual no debería haberlo hecho.

—Por supuesto que sí, ha sido uno de los días más felices de mi vida.

—¿En serio? —Se le ilumina la cara con lo que le digo, pero enseguida me corta—. ¿Y...? Sigue, sigue...

—Cuando he llegado a la sala de reuniones, hizo gala de una actitud muy rara, cortante, desafiante, de mala leche. Poniendo pegos constantemente a las propuestas que yo le planteaba. Una actitud que nunca había visto en él... Por fin, no he podido aguantar más y, harta ya de esa actitud, le he preguntado qué le pasaba. Me ha dicho que le había sorprendido que tuviera novio. Imagínate, yo alucinando. Y después me ha recriminado que la noche que salimos a cenar, cuando me preguntó si había alguien importante en mi vida, no se lo hubiera contado.

—¿No se lo contaste?

—Cuando me hizo esa pregunta le pegué un corte y le dije que me disculpara, pero que yo no hablaba de mi vida privada con los empleados de mi compañía.

—¿Y luego?

—Le he preguntado si tenía sentimientos por mí, ya que su reacción me parecía desmesurada, vamos, como la de un novio celoso.

—¿Y qué te ha contestado?

—Qué puede que algún día me lo cuente. Ha pegado un portazo y ha salido de la sala de reuniones sin ni siquiera mirarme. Imagínate como me he quedado, si no fuera alguien tan importante para mi compañía, lo hubiera despedido al momento. Ha sido una situación surrealista..., no entendía nada.

—Hago una pausa y solo escucho silencio. Alex está muy callado, no mueve los labios y entonces le pregunto—: ¿Qué opinas de lo que acabo de contarte?

—Bueno, opino que sí, que sin dudar está celoso, por lo tanto, tiene sentimientos por ti. Y también creo que le voy a romper la cara.

—Guarde la compostura señor Casas. —le digo guasona para quitarle hierro al asunto—. ¿Crees que podría ser él?

—No tengo ni idea, pero sí, podría ser. —Se queda muy serio de repente. Su cara expresa pura melancolía.

—¿Qué te pasa? ¿He dicho o he hecho algo que te haya molestado? Te has quedado muy serio. —Él me coge y me sienta entre sus piernas en la tumbona—. Perdona, no quería incomodarte con esto —le digo mientras le acaricio la mejilla con la mano.

—No, tranquila. Es solo que al margen de la gravedad de lo que ha pasado hoy, me doy cuenta de que eres una mujer tan increíble, que todos los hombres

quieren tenerte entre sus brazos.

—Jo, tampoco es para tanto, tengo muchos defectos y muchas cosas negativas.

—No es cierto. Eres tan hermosa y especial que los vuelves locos a todos, incluido a mí.

—Vaya, pues eso es lo que me importa, porque a mí, quien me vuelve loca eres tú; a todos los demás hombres ni los veo, son invisibles para mí.

—Lo dices para hacerme sentir mejor, ¿verdad?

—¿En serio me haces esa pregunta? Un hombre tan inteligente como tú, ¿y me haces esa pregunta...? ¿En serio no percibes lo que produces en mí? ¿No sientes cómo te miro, te beso, te acaricio? ¿Cómo te hago el amor? No eres consciente de lo que yo siento por ti, ¿verdad?

—Sí lo noto, pero es algo mutuo.

—Yo nunca había sentido eso por nadie, solo por ti.

Me abraza.

—¡Te quiero!

—¡Yo también te quiero! —le contesto con todo el sentimiento.

—¿Alguien más? ¿Alguien que tenga que saber? —prosigue interrogándome.

—Cercano a mí, no que yo sepa. A no ser... —Me quedo pensativa—. Alguien con quien no tenga un trato tan directo. Pero ahí sería como buscar una aguja en un pajar. Yo trato con muchos hombres de negocios todos los días, pero vete tú a saber... Es muy difícil averiguar quién, de entre todos ellos, es el psicópata.

—Esto que me has contado de Pedro hay que exponérselo al sargento, a lo mejor podría ser de importancia para la investigación.

—Mañana lo haré, aunque me da miedo que sea una tontería, y el pobre Pedro tenga un problema.

—¿Pobre?

—Aunque ahora esté enfadada con él, es una persona muy importante para mí. Llevamos ya cinco años trabajando juntos y su trabajo es esencial para la empresa. Gran parte de mi éxito se lo debo a él. Su trabajo es de calidad; es el mejor en su área.

—Ya veo que sientes admiración por él.

—Sí, siento mucha admiración por cómo desarrolla el trabajo, pero no siento esa admiración como hombre, como creo que tú estás pensando.

—Bueno, a veces una cosa lleva a la otra.

—No, eso no es cierto. Yo lo conozco desde hace ya mucho tiempo y jamás me ha atraído como hombre. Sin embargo, no sabía quién eras tú y con la ropa de entrenar corriendo por unos jardines, me volví loca por ti en tres segundos. Te pongo un claro ejemplo del porqué una cosa no lleva a la otra. Alex, creo que has estado con mujeres muy diferentes a mí. Yo no busco estar con un hombre por su estatus social, su dinero o su trabajo. A mí no me hace falta nada de eso. Cuando siento algo por un hombre es por el conjunto en sí mismo. Está claro que al principio me atrae por su físico, y no tengo un prototipo especial. Simplemente alguien se cruza en tu vida y en un segundo, zas, surge esa chispa, que hace que desde el primer segundo no puedas parar de pensar en él. Luego esa persona tiene que ser también especial por dentro, no por lo que tenga o por lo que sea, sino por cómo te llena con las pequeñas cosas del día a día. Si eso sucede, ya está, entras en el estado en el que yo me encuentro contigo en estos momentos. Tú, eres eso para mí y que sepas, que te admiro muchísimo profesionalmente. Yo jamás podría realizar el trabajo que tú haces; para mí es demasiado complicado. Pero ¿sabes una cosa? Te admiro muchísimo más como hombre, eso es todo lo que yo necesito y lo que más feliz me hace. Lo demás no me importa. ¿Ves?, más sincera no puedo ser, te abro las puertas de mi corazón para que me conozcas y estés tranquilo de verdad, porque tú eres todo lo que quiero.

Por la cara que pone, lo he dejado alelado perdido.

—Jo, vaya... Ha sido muy bonito lo que has dicho. ¿Ves por qué provocas esa reacción en los hombres? Eres una mujer impresionante por dentro y por fuera, y no dejas a nadie indiferente. Al principio es tu físico lo que impacta, pero luego cuando más se te conoce, más maravillosa eres.

—Eso no es del todo cierto, porque yo solo soy así contigo. No me doy a conocer así como así, únicamente solo con quién yo quiero. Soy una persona reservada y tímida, además de vergonzosa, pero contigo soy yo en esencia pura.

—¿Y por qué solo conmigo? ¿Por qué dejas que el resto del mundo se pierda eso de ti?

—Porque así soy. Mi vida ha sido complicada y posiblemente sea una consecuencia de la inseguridad. Inconscientemente me hago una coraza y todo me resulta más fácil.

—¿Tú insegura? No me lo pareces.

—A ver, no en todos los aspectos de mi vida, pero en algunos, sí. Supongo

que esto me viene por mi infancia.

—¿Tu infancia? No me has hablado nunca de tu familia.

—Tú tampoco.

—Es cierto, ninguno de los dos hemos profundizado en ello, pero si te apetece ahora podría ser un buen momento...

—Claro, porque no. Verás, mi vida familiar ha sido un poco caótica. Mi padre murió cuando yo tenía once años y mi madre vive en Castellón. Tengo un hermano que es abogado y se pasa el día trabajando, prácticamente como yo. Nos vemos poco, pero nos llamamos todo lo que podemos. Me queda una abuela a la que adoro y siempre intento comer con ella una vez a la semana, cuando no viajo... y poco más. Hale, resumen rápido de mi familia. ¿Y tú qué me cuentas?

—Yo soy hijo único. Mis padres están jubilados. Viven en Cullera, en una casita en la playa y son muy buenas personas. No tengo abuelos, ya eran mayores y murieron. Y bueno, tengo tíos, primos... y ya, pero nos vemos muy poco.

—Ves, ya hemos dado un paso más, ¿te has dado cuenta? —No quiero seguir hablando de esto ahora, e intento desviar el tema.

—Me gustaría que profundizaras un poco más en tu familia, para poder conocer esas inseguridades de las que hablas, pero hazlo cuando te sientas cómoda.

—Sí, todo a su debido tiempo.

—Por mi parte, tienes todo el tiempo del mundo, no te preocupes.

—¿Quieres ir a dormir?

—Sí, mañana tengo que madrugar. —Mira su reloj y pone cara de sorpresa

—. ¡Son las cuatro de la mañana!

—¿En serio? —arquea las cejas.

—Sí, en serio.

—Se me pasa el tiempo volando cuando estoy contigo.

Sonríe.

—A mí me pasa igual.

Cuando acabamos de hablar, dejamos atrás la terraza y nos vamos a mi habitación para meternos en la cama.

—Este rato en la terraza —confiesa en tono sosegado—, has conseguido que me olvide de todo lo que ha pasado en mi casa.

—Pues a mí no se me ha olvidado ver al loco ese, pero me lo he pasado muy

bien. Ha sido increíble hablar contigo así, de esa manera tan profunda. Cuanto más te conozco, más enganchada estoy de ti. Eres como una droga para mí.

—¿Dura o blanda? —Reímos los dos ante ese comentario.

—Dura, cariño —le contesto con una carcajada. Él coge mi mano y la pone encima de su sexo.

—¿Cómo esta?

—Pero, madre mía... Lo tuyo no es normal. ¿No has tenido suficiente durante todo el día?

—Contigo nunca tengo suficiente, cariño. Te deseo de una manera, que no me puedo controlar.

—Anda, que tienes que descansar un poco. Y después de todo, ¿aún tienes humor para esto?

—Tienes razón, mejor voy a intentar dormir un poco.

Pasan unos minutos y no logro conciliar el sueño...

—Alex, ¿estás dormido?

—No, dime.

—Estoy pensando que mañana no voy a ir a trabajar, voy a arreglar todo el tema de la seguridad de la casa y de la seguridad privada.

—Yo tampoco tenía pensado ir.

—Entonces, ¿por qué te tienes que levantar pronto?

—Para arreglar todo lo de la seguridad igual que tú. —Volvemos a reírnos como locos.

Le paso la mano por el pene y empiezo a acariciarlo... Reacciona enseguida. Como no puedo dormir y me ha dicho que no va a ir a trabajar, voy a aprovecharme de su cuerpo.

—Pero ¿no me has dicho que tenía que descansar?

—Ya descansarás cuando seas un viejo de ochenta años. —Seguimos riendo sin parar.

Ahora meto la mano por debajo del bóxer, donde me aguarda una erección que madre mía. Se la acaricio muy suavemente. Él tiene su boca pegada en mi oído.

—¿Qué quieres? —susurra.

—Te quiero a ti.

Y sigue susurrándome sin parar...

—Pídeme lo que quieres... —Cada vez que susurra, yo respiro más agitadamente.

—Quiero que me toques como yo te toco a ti. —Al instante, mete la mano dentro de mis braguitas y empieza a acariciarme el clítoris. Su boca sigue pegada a mi oído, por lo que estoy casi cardíaca... Y sigue susurrándome.

—¿Así? ¿Quieres que ahora vaya metiendo mi dedo dentro de ti?

—Sí, por favor, mételo.

—Me encanta que supliques, ¿lo sabías? Me vuelve loco. —Introduce el dedo dentro de mí con fuerza y suelto un gemido.

—¡Oh!

—Uy, pero que mojada estás... Voy a tener que meterte algo más grande para que te sigas mojando de esta manera. —¡Oh, Dios! No existe nadie que pueda excitarme como él.

Rápidamente, se pone encima, me la mete hasta al fondo y se aproxima a mi oído para susurrar de nuevo—. ¿Lo quieres así? ¿Profundamente dentro de ti? —Si sigue así, no voy a aguantar mucho más, este juego me está excitando demasiado.

—Levántame y siéntame encima de ti —le ordeno. Quiero ver su cara, su mirada excitada... Lo hace sin ninguna dificultad. Ejerce tanta fuerza sobre mí, que enseguida estoy sentada sobre él. Me acaricia los pechos con fuerza y se aproxima de nuevo a mi oreja.

—¿Te gusta así, amor mío?

Gimo en cada embestida que me da. Sus manos acarician mi culo y mis pechos. No para. ¡Oh, Dios! Casi no puedo contestarle.

—Sí, me gusta. Alex... no voy a poder aguantar mucho más. —Le aviso porque me estoy reprimiendo, pero no puedo más, voy a explotar. Entonces se pone serio, para de golpe y me dice:

—Ah, no... Todavía no. —Y me deja caer sobre la cama... Pero ¿qué hace?

—¡Alex, no pares! —suplico.

—¡Silencio! Que tú no has parado de suplicarme y ahora me toca a mí... ¡Gírate! —ordena. Yo me pongo bocabajo. Me levanta del culo con premura y ya me tiene en una de sus posiciones favoritas, a cuatro patas y completamente a su disposición. Hunde la erección con todas sus fuerzas dentro de mí mientras me pellizca los pezones desde atrás. Nuestros gritos estallan a la vez, rompiendo el silencio de la habitación con el placer absoluto que nos hacemos sentir—. Ahora sí, amor mío. ¡Córrete conmigo! —dice completamente desbordado. Y acelera a un ritmo intenso y salvaje, embistiendo una y otra vez

hasta lo más profundo de mí... ¡Oh, madre mía qué locura! ¡Qué placer...!
Empezamos a convulsionar sin control y llegamos al clímax...

Al día siguiente, nos despertamos temprano y desayunamos juntos en mi casa. Hacemos unas llamadas para informar de que no iremos al trabajo. Hablo con Raquel y cuando le explico lo sucedido, se muestra horrorizada y me informa de que Pedro todavía no ha llegado a las oficinas. Por otra parte, Alex ya está haciendo algunas llamadas para solucionar lo de la seguridad.

Pasado un rato, tenemos al sargento y a Jose en casa.

—Buenos días, ¿han podido descansar algo? —nos pregunta el sargento López por cortesía.

—Sí, algo hemos descansado. ¿Los de la científica han podido encontrar algo? —se interesa Alex a continuación.

—No han encontrado ninguna huella, solo las suyas y las del servicio.

—Vaya, esa es una mala noticia.

—Bueno, no todo son malas noticias. Tenemos la identificación de un sospechoso que no estaba invitado el día del evento del Hilton.

—¿Sí? ¿Quién es? Parece que después de lo que pasó anoche, el sargento ya ha descartado como sospechoso a Alejandro y decide informarnos.

—Siéntense por favor. —Nos acomodamos en las sillas de la mesa del comedor, y ellos nos imitan—. A ver, la noche de la cena de gala del Hilton había una persona sospechosa que no estaba invitada al evento y por fin, hemos podido identificarla.

—¿Quién es? —vuelve a preguntar Alex ansioso.

El sargento se gira hacia mí

—Hemos tardado bastante tiempo en reconocer al señor Pedro de la Iglesia, su abogado —dice—. Las imágenes de las grabaciones de las cámaras no son muy buenas, pero después de la última visita a sus oficinas, nos cruzamos con él y notamos un gran parecido con la imagen. Han hecho un gran trabajo en la identificación de reconocimiento facial y parece ser que se ha llegado a la

conclusión de que existe un noventa por ciento de probabilidades de que pueda ser él. Y es un porcentaje muy alto.

—¿Cómo? ¿Pedro? ¿Y qué hacía allí? —pregunto confundida.

—Todavía no lo sabemos. Ahora mismo se encuentra en las dependencias de la policía, y hay una orden del juez para registrar su casa. El arma homicida todavía no ha aparecido, aunque no tenemos esperanzas de que la vayamos a encontrar, sería un descuido por su parte, pero podemos encontrar alguna prueba concluyente para detenerlo. —Alex enseguida les cuenta a los agentes todo lo que me había pasado con él el día anterior, pero yo intervengo de inmediato.

—Creo que nos estamos precipitando. Es mi abogado, lo conozco desde hace mucho tiempo y no lo veo capaz de hacer algo así. Es posible que sienta algo hacia mí, eso no lo voy a negar, pero de ahí a ser un asesino... Lo siento, pero no me lo creo. Seguro que hay una explicación para todo esto.

—Señorita, se sorprendería de los casos que hay de hombres que se obsesionan con mujeres, hombres de los que aparentemente jamás diría que son capaces de hacer daño a nadie, y luego son asesinos en serie; su único móvil es la obsesión. Simplemente pensar que esa mujer pueda estar con otro hombre que no sea él les impulsa a cometer un asesinato.

Me pongo a llorar angustiada... No me puedo creer lo que me están diciendo, y me niego a pensar que eso sea cierto. Pedro es muy buena persona, no un asesino.

—Eso no me lo creo. Les aseguro que lo conozco muy bien y no es capaz de matar ni a una mosca. Es mi mano derecha en la compañía y siempre me ha ayudado en todo.

—Señorita Larson, hemos investigado a este hombre y realmente tiene una vida muy solitaria, solo vive para usted y su compañía. Después de lo que nos ha contado Alejandro que pasó ayer, ¿no se da cuenta de que ha tenido una reacción desmesurada al enterarse de que usted tenía novio? Eso tampoco es muy normal que digamos, ¿no lo ve?

—No lo es y me ha sorprendido tanto o más que a ustedes, pero les aseguro que no lo veo capaz de hacer nada de eso; creo que solo hay pruebas circunstanciales. Puede que todo lo señale a él, pero se equivocan. Además, ¿qué tiene que ver Marco en todo esto...? Ese señor no iba detrás de mí, solo avisó a Alejandro para que fuera a una reunión. Yo no tenía contacto con él, ni siquiera lo conocía.

—¿En qué habitación se alojaba esa noche Alejandro? —pregunta el sargento López.

—En la 112.

—¿Y Marco?

—En la 111—contesto a la vez que me encojo de hombros.

—Señorita Larson, pensamos que hay una explicación bastante obvia para eso, y es que la vio bailando con el señor Casas en la pista. Hemos analizado una y otra vez en las imágenes que las cámaras grabaron y su mirada estaba fija en ustedes. La conclusión lógica es que pudo equivocarse de habitación. Marco estaba durmiendo bocabajo cuando lo atacaron. Según el informe policial, lo encontraron en esa posición. Alguien entró con una tarjeta maestra, de esas que abren todas las habitaciones del hotel, porque la puerta no estaba forzada. Entró en silencio y lo degolló. Miren, nosotros hemos venido a decirles lo que hemos descubierto en la investigación y a asegurarnos que han tomado todas las precauciones que les solicitamos ayer de llevar escoltas privados y reforzar la seguridad en sus casas. Ahora vamos a ir nosotros a comisaría para interrogar a este individuo, y no vamos a dejarlo marchar hasta que llegemos hasta el final del asunto.

—Una pregunta, sargento, ¿cuánto tiempo pueden retenerlo? Si solo tienen pruebas circunstanciales tendrán que dejarlo marchar, ¿no es cierto? —Alex es abogado y sabe de lo que habla.

—Solo setenta y dos horas, pero les mantendremos informados de todo; cuando acaba el interrogatorio y el registro. Será mejor que hoy no vayan a trabajar ninguno de los dos.

—Sí, eso lo tenemos claro, no pensábamos ir. Ya he llamado para que instalen un sistema de seguridad en las dos casas; vendrán enseguida.

—Muy bien, un agente de policía vigilará la puerta, hasta que sea sustituido por seguridad privada.

—Sí, eso también está en marcha. Empezarán dentro de aproximadamente una hora.

Los agentes se despiden de nosotros y salen de casa.

—Cariño, está sonando el timbre de tu casa... ¿Qué te ocurre? ¿No lo has oído? —Estoy en *shock* por todo lo que acaban de contar de Pedro, ¿se han

vuelto locos o qué?

—¿Eh?, sí, voy a abrir.

—¿La señorita Larson?

—Sí, soy yo.

—Venimos de urgencia a instalarle un sistema de cámaras de seguridad.

—Sí, pasen, por favor. Después tienen que colocar otro similar en el piso de enfrente.

—Será rápido, no se preocupe.

—Hola, soy Alejandro Casas, el que los llamó. —Se aproxima y les da la mano.

—Hola, ¿qué tal?, señor Casas. Les explicaré lo que vamos a hacer y cómo tienen que utilizar el sistema.

—De acuerdo.

—Voy a colocar este panel, que va conectado a la puerta de entrada. Cada vez que entren, tienen que poner un código de seguridad para que se desconecte, si no lo hacen, se disparará la alarma e inmediatamente les llamarán de la base de la agencia para preguntarles si todo va bien. Tendrán que responder con una palabra de seguridad; si no contestan al teléfono, se presentará un coche de policía para verificar que se encuentran fuera de peligro. En el caso extremo de que alguien les obligara a abrir la puerta de entrada, deberían introducir un código de seguridad diferente que hará que pasen aviso directamente a la policía, que vendría enseguida a socorrerles. Por otro lado, voy a instalar una cámara de video justo delante de la puerta. Esa cámara va conectada a este panel. Cada vez que llamen desde fuera, podrán ver a la persona, en esta pantalla de aquí. ¿Tienen alguna pregunta? Es bastante sencillo, pero cualquier duda que les surja, me la pueden plantear.

Alex me mira, y yo le hago un gesto para que sepa que lo he entendido.

—No hay ninguna pregunta, está todo claro.

—Ok. señorita Larson, aquí le dejo las claves y su palabra de seguridad, pero se pueden cambiar si quiere.

—Sí, sí que quiero cambiarlas.

—Vale, aquí en este folleto les explica cómo hacerlo. Es muy sencillo, solo tiene que introducir primero *1234* y luego poner #1234# seguido del número que usted elija y hacer lo mismo con la palabra de seguridad.

—De acuerdo.

—En unos minutos acabo y ya puede proceder al cambio de la clave. Señor

Casas, en su casa si quiere, también puede cambiarlo.

—Sí, mejor las cambiaré.

—Pues ya acabo aquí y vamos a hacer la instalación en su piso.

—Tranquilo, no hay prisa.

Poco rato después, ya tenemos instalado el sistema de seguridad en los dos pisos y llegan los guardias de seguridad a casa de Alex.

—¡Hola, soy Fran!

—Yo soy Agustín.

—Mucho gusto. Yo soy Sara Larson —Les doy la mano a los dos.

—Yo soy Alejandro Casas, ¿qué tal? Como les expliqué por teléfono la señorita Larson y yo necesitamos estar protegidos las veinticuatro horas del día. Supongo que harán turnos y después serán sustituidos por unos compañeros, ¿verdad?

—Sí, así es. Haremos cambios de turno a las ocho de la tarde y a las ocho de la mañana. Necesitaremos los itinerarios de la semana de cada uno de ustedes para planificarnos. Por favor, les rogaríamos por su seguridad, que no hagan cambios y que no improvisen sin avisarnos, podrían poner en peligro su vida —dice Fran muy serio. Parece que se toma muy a pecho su trabajo.

—Fran, siempre hay cambios de agenda, no les voy a engañar, pero intentaremos avisar con tiempo para que puedan planificar nuestra seguridad.

—Señor Casas, le voy a poner un ejemplo: piense que antes de que usted entre en un restaurante, tenemos que revisar el perímetro y asegurarnos de que es seguro. Por eso, es indispensable que no haya cambios. —Alex les pone mala cara—. Bueno, o los menos posibles.

—Ok, habrá los menos cambios posibles —dice resignándose.

Yo no digo nada, me he quedado pasmada viendo a estos tíos... Pero ¿cuánto deben medir? ¿dos metros? Parecen armarios empotrados. Son carne de gimnasio y sus brazos son como dos piernas más.

—Alex, quiero hablar contigo en privado.

—¿Qué pasa? Ven al despacho.

Entramos dentro, pero no cierra la puerta.

—Pues que yo no voy a ir con ese tío de dos metros por ahí todo el santo día, me niego en redondo.

—Sara, se trata de tu seguridad y no hay más que hablar.

—Alex, yo no estoy en peligro; si quisiera asesinarme a mí, ya lo habría hecho. No soy tonta, el sargento te llevó a hablar en privado y me dijo eso

para tranquilizarme. Me mintió. Eres tú el que estás en peligro, así que mejor, quédate tú a los dos.

—¿De qué hablas? El sargento no te mintió.

—Alex, no me mientas tú también. Puedo soportar que lo omitas, pero no que me mientas.

—Cariño, te estás alterando por nada.

—¿Me estás mintiendo?

—A ver, el sargento me llevó aparte, me dijo que no te contara nada, no quería que te preocuparas por mí; te ha notado muy alterada.

—Lo que sospechaba, pues mejor que te acompañen a ti así me quedo más tranquila. Uno por la mañana y otro por la tarde.

—Sara, deja de comportarte como una niña pequeña...

—¿Prefieres que ese armario empotrado esté todo el día pegado a mí? Y me acompañe al baño, a comer, al trabajo, al gimnasio, a la sauna, a la ducha, a tomar el sol... Por cierto, yo hago *topless*.

—Sara, me estás cabreando mucho, ¿lo sabías?

—Pues estás increíblemente sexy cuando te cabreas, ¿lo sabías tú? —se lo digo en tono chulesco y en cuanto le contesto así, me coge del brazo y me arrastra hasta su habitación. Cierra la puerta de un portazo y me empuja contra la pared. Tengo su boca a dos centímetros escasos de la mía y parece realmente cabreado...

—Deja de provocarme y de ponerme celoso —dice furioso, lo que me resulta condenadamente sexy.

—Bésame. —Cómo lo deseo... ¡Oh, sí!

—¿Qué te bese? —Me atraviesa con esa mirada de Cíclope por un segundo, pero enseguida vuelve a mostrarme esa expresión apasionada. Acerca los labios a los míos y me besa con violencia, como nadie. Me sale un gemido desde lo más profundo de la garganta, pues me ha puesto todos los pelos de punta. Baja despacio la mano hasta mi pierna y la aprieta contra mi sexo. ¡Oh, Dios! Tan apasionado como siempre... Noto su erección a través de la ropa interior, y eso me pone a cien. Desliza mi pierna hasta el suelo, mete la mano dentro de mis bragas e introduce su dedo prodigioso dentro de mí.

—¡Oh, Sara, siempre a punto! ¿Esto es por el seguridad de ahí fuera o es por mí?

—No lo sé, déjame que lo piense... —Quiero que se cabree más, me está gustando este juego.

—¿Qué tienes que pensar? —Al decirle eso, hunde el dedo hasta lo más profundo y lo mueve de un lado al otro, contra las paredes de mi vagina, con energía... ¡Madre mía, me vuelve loca! Empiezo a gemir sin parar por el placer que me provocan esos movimientos.

—¡Alex, oh! —grito.

—¡Calla! ¡Pueden oírnos! —sisea, poniéndome la mano en la boca y cubriéndomela con fuerza para que no haga ruido—. No me has contestado, dime, ¿esto es por él o es por mí?

Acerca la boca a mi oreja. Qué listo es..., sé lo que intenta, quiere que pierda la razón, lo sé... Se desabrocha el pantalón con la otra mano y lo deja caer hasta los zapatos. Se baja los calzoncillos rápidamente y me quita las bragas. Me levanta la pierna de nuevo con agresividad, y se pierde dentro de mí. Noto su respiración agitada en la oreja, y ya no puedo contener la excitación.

—Dime, ¿esto es por él o es por mí? —Intento responder, pero no puedo hablar con su mano tapándome la boca—. Porque creo que te está gustando, mira con qué facilidad me sumerjo en ti. Dime, ¿quieres más? —Intento hablar de nuevo, pero no puedo—. Te gusta así, ¿verdad? —Cada vez lo hace con más fuerza, hasta lo más profundo—. ¿O es así cómo te gusta? —¡Oh, madre mía! Estoy a punto de correrme; con él nunca puedo contenerme...

Retira la mano de mi boca y vuelve a besarme con violencia.

—¡Oh, Dios, es por ti! —digo mientras estallo de una manera grandiosa que recorre mi cuerpo de espasmos incontrolados. ¡Madre mía, que fuerte ha sido esto! Se retira de mi interior

—Eso creía... —Parece satisfecho por haberme hecho disfrutar.

¡Maldito sea! ¿Cómo consigue ser tan bueno? ¡Es extraordinario! Es, madre mía, no tengo palabras... Pero esto no va a quedar así ni en sus mejores sueños.

Yo también quiero hacerle disfrutar, así que me pongo de rodillas y capturo su erección con desesperación dentro de la boca. La chupo, la succiono, me deleito con ella. Paso la lengua por la punta y trazo pequeños círculos, después me la meto más adentro, hasta que me toca la garganta. Solo escucho su respiración jadeante... No puede gritar, ni gemir porque si no lo escucharían fuera y está a punto de explotar. Yo sigo y sigo sin descanso. Cómo me gusta saborearlo, chuparlo, succionarlo... Me acaricia el cabello y ahora siento que aprieta mi cabeza entre las manos, quiere clavarse en mi

garganta... ¡Oh sí, esto le está gustando! Yo sigo sin parar, una y otra vez, hasta que ya no puede aguantar más y estalla dentro de mí de una manera bestial. Cuando acaba, dobla su cuerpo hacia abajo, totalmente extenuado, como si hubiera corrido los cien metros lisos en unas olimpiadas... Yo me incorporo un poco.

—Me gusta como sabes, es el mejor sabor del mundo —le susurro al oído.

Cuando le digo eso, su respiración sigue a mil por hora y tiene la cara completamente colorada, pero me mira sorprendido... ¿Qué estará pensando? No puede articular palabra.

«Dónde las dan, las toman. Tanto para él, pero también tanto para mí», cavilo mientras me acerco al cuarto de baño.

Pasan unos segundos antes de que llame a la puerta suavemente con los nudillos. Le abro como si no hubiera pasado nada. Me mira con las pupilas dilatadas, llenas de amor.

—Alex, sin duda siempre me pongo así por ti —reconozco, y él se abalanza sobre mí para abrazarme con todas sus fuerzas.

—No tienes idea de lo que me haces sentir... —dice—. Nadie, me había hecho sentir así jamás. Te quiero, te quiero, te quiero...

—¡Oh, Alex, yo también te quiero! —Me abraza sin parar, pero percibo algo de tristeza en su rostro.

—¿Ocurre algo? —le pregunto, preocupada.

—Siento tanto por ti, que me asusta.

—A mí también me asusta. Eres la única persona que he querido de verdad en mi vida, cómo no iba a estar aterrada.

—Sí, es eso, a mí me ocurre lo mismo, por eso tienes que dejar que el hombre de seguridad haga su trabajo.

—Alex, a mí no va a hacerme nada, ¿no lo ves? Si soy su obsesión no lo hará. Confía en mí.

—Eres la mujer más cabezota que conozco, ¿lo sabías?

—Cariño, va a por ti. Tú sí que me preocupas y eres tú, quien tiene que estar protegido las veinticuatro horas del día. Eso, o dejarme...

—¿Qué quieres decir? —Me mira con una expresión de no entender nada. Lo que acaba de escuchar solo parece darle terror.

—Alex, si te alejarás de mí, no te pasaría nada.

—¡No! —Es un grito de angustia—. Eso ni se te ocurra volverlo a decir jamás.

—Vale, tranquilo. Yo solo quiero que estés a salvo, que estés bien.

—Prefiero morir a renunciar a ti. —¿Qué? Pero ¿qué acaba de decir? ¿Ha dicho qué prefiere morir a renunciar a mí? Si eso no es una declaración de amor, no sé lo que puede ser...

—Alex, a veces dices unas cosas que me dejas sin aliento. Sabes que te quiero, ¿verdad?

—Sí, y porque me quieres, dejarás que te acompañe un guardaespaldas a todos los sitios a donde vayas. Por favor... —me ruega.

Hago un mohín, resignándome.

—Vale. —No sé cómo lo hace, pero al final siempre se sale con la suya, claro, cómo no, si es un político y estos siempre saben cómo convencer a un país entero para que los voten. ¿Cómo no va a salirse con la suya en esta minucia?

—Voy a hablar con ellos para darles mi planificación semanal, y tú deberías hacer lo mismo.

—Sí, luego se la doy.

—¿Por qué no se la das ahora?

—Estaba pensando en ir a comisaría. Pedro tiene que estar pasándolo muy mal allí solo.

—¿Qué? De eso nada, tú no vas a ir a ningún sitio. —Se muestra horrorizado ante lo que acabo de decir.

—Alex, él no ha hecho nada malo, te lo aseguro. Cometan un error garrafal con él. Se están equivocando de persona y voy a buscar ahora mismo al mejor abogado penal de Valencia. Tengo que sacarlo de allí como sea... Voy a llamar a mi hermano.

—Pero ¿te has vuelto loca o qué te pasa?

—¿De qué hablas? No me he vuelto loca, él no ha hecho nada, y voy a sacarlo de allí ya.

—¿Y si es culpable? Te pido por favor que no lo hagas.

—Alex, confía en mí, es inocente.

—Ya veo... —Su cara ha cambiado, me mira asombrado, como si no entendiera nada.

—¿Qué ves? ¿Qué quieres decir con ya veo?

—Estás enamorada de él.

«Oh, no, no vayas por ahí, ahora no».

—Pero ¿qué estás diciendo, Alex? Creo que no estás pensando con claridad.

—Sí, pienso con claridad. Sientes algo por él, pero no quieres reconocerlo.

—Alex, te estás equivocando por completo. De la única persona que estoy enamorada es de ti y solo por ti tengo sentimientos. Solo por ti. Te quiero.

—Pues si me quieres de verdad, te pido que no vayas.

—No me hagas esto, por favor. Te quiero de verdad, pero no puedo dejar que le pase nada a Pedro. Es muy buena persona, y tengo que ayudarlo.

Enseguida cojo el bolso con intención de salir de la habitación, pero Alex bloquea la puerta con su cuerpo para que no lo consiga...

—Sara, te lo pido por última vez, no vayas. —Sus ojos están llorosos y ver su cara de súplica me está destrozando por dentro...

—¡Alex, déjame salir por favor! Tengo que ayudarlo. —Sé que le hago daño yéndome de esta manera, pero se le pasará. Tengo que ayudar a Pedro, esto es muy grave y puede acabar en la cárcel.

—Si sales por esa puerta, no vuelvas más.

«¿Cómo? No por favor, no digas esas cosas...».

—¿Lo dices en serio?

—Totalmente en serio.

—¿Estás seguro?

—Sí —Nos quedamos mirando el uno al otro con cara de decepción mientras me empiezan a caer las lágrimas por las mejillas. Lo aparto con la mano.

—Déjame salir, tengo que irme. —Sus ojos llorosos que no se apartan de los míos, los cierra con un suspiro de dolor y se separa de la puerta.

Me marcho a toda prisa, pasando por el comedor donde están los hombres de seguridad, con los ojos llenos de lágrimas.

—Señorita Larson, ¿a dónde va? Tengo que ir con usted —dice Fran, con voz autoritaria. Me giro de golpe.

—Hoy no necesitaré sus servicios —espeto en tono seco y bastante borde —, se quedarán los dos con el señor Casas. Es más importante que no le pase nada a él, ¿comprendido?

—Sí, claro, lo que usted nos diga. —Fran baja la cabeza de inmediato después de mi contestación.

Cuando cierro la puerta de la casa de Alex, siento una punzada en el corazón y mis latidos se disparan. Creo que estoy sufriendo un ataque de ansiedad; son taquicardias, sudor frío y me tiemblan las manos. Acabo de dejar al amor de vida detrás esa puerta y no sé, si podré volver a verlo más... Mi corazón se

rompe en mil pedazos. Dios, que mal me encuentro, pero no puedo dejar que le pase nada a Pedro, y a Alex tampoco. Después de esto que acaba de ocurrir, será mejor que me aleje de él, lo mantendrá a salvo.

Cojo el ascensor y voy directa al garaje... Siento que me falta la respiración, como si algo me obstruyera la garganta. Trago saliva y una vez en el coche, me recompongo cómo puedo y llamo a mi hermano.

—¿Diga?

—¿Éric? Soy yo.

—¡Hola, hermanita! ¿Cómo estás? ¿Te pasa algo? —Tengo la voz temblorosa y enseguida me lo nota.

—Necesito tu ayuda.

—¿Qué te pasa? ¿Qué ocurre?

—Necesito que ayudes a mi abogado.

—¿A Pedro?

—Sí, lo tienen detenido en la comisaría de Valencia, ahora te mando ubicación.

—¿De qué se le acusa?

—De doble asesinato.

—¿Cómo? Estás de broma, ¿no? ¿A Pedro?

—No es ninguna broma, por favor, tienes que ayudarme, quiero que seas su abogado. Tú eres el mejor en esto y necesito que lo saques de ahí ya. Te lo explico todo en cuanto te vea.

—Si es acusación por asesinato, será caro, ya lo sabes.

—Eso no es problema y además te pagaré el doble si te centras en este caso, como prioridad absoluta.

—Tú pagas, tú mandas.

—Quiero que te ayude más gente de tu bufete, los mejores que tengas.

—De acuerdo, mándame ubicación y nos vemos dentro media hora.

*M*e pongo a esperar a mi hermano delante de la comisaría. Cuando aparca delante, veo que viene acompañado de otra persona.

—¡Hola, Éric! —Le doy un abrazo.

—¡Eh, tranquila hermanita! No te preocupes por Pedro, vamos a ver qué ha pasado. Él tiene derecho a hablar con un abogado, así que vamos a ello. Mira, te presento a Laura León, la especialista del bufete en penal. Nos será de gran ayuda para el caso.

—¡Hola, Laura! Encantada de conocerte. —Esta chica tiene un aspecto agradable, me transmite tranquilidad.

—Lo mismo digo, mucho gusto. Y no te preocupes que vamos a sacarlo de aquí.

Allí mismo, delante de la comisaría, les cuento todo lo que sé, todo lo que ha ocurrido para que posean toda la información posible y vayan preparados, al menos con mi versión.

Mientras, han llegado el sargento López y Jose, y saludan a otros agentes que se encuentran en la entrada de la comisaría. Se apresuran por un largo pasillo que los lleva hasta una sala. Abren la puerta, y allí está Pedro, con la cara descompuesta y expresión de no entender nada.

—¡Buenos días! —dice el sargento levantando la voz, a la vez que cierra la puerta de un portazo—. ¿El señor Pedro de la Iglesia? —pregunta mirándole fijamente a los ojos, como si quisiera fulminarle, mientras toma asiento.

—Sí, soy yo, pero de verdad, ¿qué estoy haciendo yo aquí? ¿De qué se me acusa?

—Yo soy el sargento López y de momento no se le acusa de nada, simplemente queremos hacerle unas preguntas.

—Ya me han hecho las dichas preguntas sus compañeros y las he respondido todas. Quiero irme de aquí, tengo que ir a trabajar —implora,

mientras caen las gotas de sudor le cubren la frente.

—Mire, legalmente podemos retenerle setenta y dos horas para interrogarle. Como abogado debería saberlo. Preferimos que colabore y así podrá marcharse lo antes posible.

Pedro se incorpora, recupera la compostura y cuadrando los hombros se abrocha el botón de la americana, que segundos antes había soltado porque no le llegaba el oxígeno.

—Muy bien, ¿qué quieren saber? Les responderé encantado —contesta desafiante.

—¿Qué hacía usted en el evento que se celebró la noche del viernes 18 de junio, en el Hotel Hilton?

—¿Cómo? ¿Qué evento? Porque ahora mismo no caigo.

—Empecemos por el principio, si le parece. Voy a ir refrescándole la memoria... Esa noche, usted llamó a la señorita Larson para que acudiera a Tessa, compañía para la que usted trabaja, por un asunto urgente. Ella se encontraba de camino a la cena de gala que se celebraba en el Hotel Hilton, con la señorita Raquel Sánchez. Una vez allí, ella se quedó en las oficinas solucionando un problema y usted se marchó. ¿A dónde fue?

—Ah, sí, ya lo recuerdo... Me fui a casa a cambiarme de ropa y después fui a tomar una copa al hotel. Un abogado amigo mío, el señor Jorge García, me llamó y me preguntó, si me apetecía pasarme después de cenar para vernos y tomar unas copas juntos. Yo no le dije que no, y me acerqué hasta allí. Tomé una copa y me fui a casa. Él puede corroborar todo lo que estoy diciendo. De hecho, creo que, si van a acusarme de algo, tengo derecho a llamar a un abogado.

El sargento le hace un gesto a Jose y sale de inmediato de la sala para contactar con el señor Jorge García. El tiempo corre en su contra y tiene que dirigirse al bufete de abogados García & García para hablar con él y verificar esa información.

—Esto es solo es un interrogatorio —fanfarronea el sargento, sin querer darle demasiada importancia...

—¿Y por qué motivo tengo que estar yo aquí?

—Estamos investigando el asesinato del señor Marco Pérez, secretario del PP, hecho que ocurrió esa noche en el hotel y el asesinato del señor Martín Espinosa, persona a la que usted conocía, ya que sabemos que gestionó la

cesión de su compañía. Pero vamos a empezar por el primer caso, por el señor Marco. —Pedro, abre los ojos como platos y empalidece.

—Les aseguro que no tengo nada que ver con todo eso. Como les he dicho, estuve con mi amigo, tomé una copa y después me marché a casa.

—¿Y a qué hora llegó?

—Sobre las dos y media de la madrugada.

—¿Y no se encontró en el hotel con la señorita Larson?

—Sí que la vi, pero no me acerqué a saludarla porque fue algo improvisado y no quería incomodarla.

—Veo que tiene muy en cuenta la opinión de la señorita Larson —comenta de forma despectiva, el sargento.

—Desde luego, es la presidenta de Tessa y mi jefa.

—¿Ha tenido o tiene una relación personal con ella?

—¿Personal? ¿A qué se refiere?

—A una relación íntima.

—No.

—¿No a qué? ¿A qué sí la ha tenido, pero ahora ya no? ¿A qué no la tuvo, pero ahora sí...? ¿O no a todo?

—Me refiero a que ni la he tenido antes ni ahora —contesta Pedro levantando la voz, enervado.

—¿Por qué se altera al hacerle este tipo de preguntas?

—Porque me incomodan.

—¿Y por qué le incomodan? ¿Acaso tiene sentimientos por ella?

—No tengo porque responder a estas preguntas tan absurdas. Si no tienen nada contra mí, deberían dejarme marchar o pediré que venga un abogado.

—Señor de la Iglesia, como le he dicho antes, si colabora podrá marcharse lo antes posible, pero si sigue por este camino, vamos a agotar las setenta y dos horas de interrogatorio.

—Sí, es mi respuesta. Tengo sentimientos por la señorita Larson.

—¿Está enamorado de ella?

—Sí, lo estoy —contesta bajando la mirada, algo avergonzado.

—¿Y ella lo sabe?

—Lo intuye. Ayer ocurrió algo en el trabajo que se lo ha hecho pensar.

—¿Qué ocurrió exactamente?

—Bueno me puse celoso al enterarme de que tenía novio, y ella sospechó. A veces los sentimientos no se pueden ocultar.

—¿Sabe si ella tiene sentimientos por usted?

—No, está enamorada de esa persona.

—Pedro, en estos momentos tenemos varios agentes registrando su casa.

—Espero que tengan una orden, porque si no, les voy a demandar.

—Sí, efectivamente, tenemos una orden del juez, de otra manera nunca se hubiera llevado a cabo, como usted bien sabe, siendo abogado.

—Sargento, ¿y qué esperan encontrar allí? No soy la persona que buscan. Sinceramente se están equivocando conmigo, están perdiendo el tiempo y haciéndomelo perder a mí.

—Bueno, si está tranquilo, es buena señal y no tendrá que preocuparse por nada.

Justo en ese momento entra un agente en la sala y le hace un gesto al sargento López para que salga.

—¿Qué ocurre? —pregunta malhumorado.

—Tenemos al abogado del señor Pedro de la Iglesia y exige hablar con su cliente. La señorita Larson también se encuentra aquí.

—¿Qué? Pero ¿qué demonios hace ella aquí?

El sargento recorre alterado el pasillo directo hacia mí.

—¿Se puede saber qué hace usted aquí? —me dice en un tono más alto de lo normal.

—Sargento, tengo que estar aquí, Pedro es mi abogado y sé que es inocente.

—Bueno, eso todavía no lo sabemos, así que...

—Disculpe sargento —mi hermano interrumpe la conversación y habla en un tono sosegado y tranquilo—, soy Eric Larson, abogado del señor Pedro de la Iglesia y quisiera saber de qué se acusa a mi cliente.

—De momento de nada concluyente, estamos interrogándolo.

—¿Tienen alguna prueba incriminatoria para retenerlo aquí?

—Ahora mismo se está registrando su domicilio y, como ya le he dicho, solo lo estamos interrogando.

—Entonces ya sabe el procedimiento, a partir de ahora mi cliente no va a decir nada más. Simplemente esperará el resultado del registro de su domicilio, ya que es por orden del juez y, si no encuentran nada, tendrán que dejarlo marchar. Y ahora mismo, quiero pasar a la sala donde se encuentre mi cliente, para hablar con él.

—Sí, claro, desde luego, pase por aquí —dice el sargento resignado.

Me quedo fuera, pues como es natural no me dejan entrar. Laura se queda conmigo en una sala de espera.

Estoy nerviosa, siento como si el techo —pintado de un blanco ya ennegrecido por el paso del tiempo—, estuviera a punto de caérseme encima. ¡Qué agobio, por Dios! Es por esta sala, minúscula y con olor a rancio, con estos asientos azules de plástico enganchados a la pared y esta televisión pequeña encendida, pero sin volumen. ¿Lo hacen para que te distraigas mirando las imágenes? ¡Vaya estupidez!

Van pasando las horas, hasta que sale mi hermano ¡Por fin!

—Éric, ¿todo bien?

—Ya han acabado el registro y no han encontrado nada. En dos horas como mucho, Pedro tiene que estar en la calle. No tienen ninguna prueba incriminatoria contra él, así que lo van a soltar. Esperaremos aquí para arreglarlo todo. ¿Por qué no te vas a casa?

—No quiero irme, quiero esperar a que salga.

—Como quieras, pero estate calladita. —Pero ¿por qué tendría que decir algo yo? Maníaco de la última palabra...

Pasadas las dos horas, veo aparecer a Pedro por los pasillos. Está pálido y desorientado. Laura y mi hermano, se quedan un rato más, para firmar toda la documentación en una de las salas con el sargento López.

—Pedro, ¿cómo estás? —Yo no puedo evitar consolarlo y le doy un abrazo. Parece abatido, ¡mierda! ¿Qué le han hecho?

—Ahora ya bien, gracias por traer a Éric.

—No podía dejar que te pasara nada y ya sabes que él es el mejor abogado penal.

—Todo esto... —hace un gesto negando con la cabeza—. Esto es un malentendido. ¿Cómo pueden pensar que yo podría hacer algo así?

—Tranquilo, ya ha pasado todo. Es evidente que se han equivocado de persona, pero ahora relájate y vámonos. Te llevo a casa. —Sí, esa es una buena idea. Llevarlo a casa para que descanse.

Salimos a toda prisa de la comisaría y nos acercamos al aparcamiento donde está mi coche.

—Qué alivio que estés aquí. Gracias, de verdad.

—Somos un tándem, ¿recuerdas? Tú me has sacado de muchos apuros, no iba a ser menos.

—Pero ¿me crees?

—Por supuesto, Pedro, esa pregunta sobra. No estaría aquí si no te creyera, ¿no te parece?

—Sí, supongo que sí —detiene su paso y me mira—. Oye, por cierto, siento mucho lo que pasó ayer...

—¿Qué pasó ayer?

«No menciones eso ahora, por favor, es irrelevante».

—Que me enfadé contigo.

—Olvídalo, yo ya lo he hecho —suspira y me sonrío.

—Entonces, ¿me llevas a casa? ¿De verdad que no te importa?

—Te llevo a casa y no, no me importa. Ven, he aparcado aquí.

Nos subimos al coche y vamos hacia su casa. Pedro también vive por la zona de la Alameda, donde llegamos enseguida.

—Gracias por traerme y... por todo.

—¿Cómo te encuentras? —se lo vuelvo a preguntar, necesito cerciorarme de que esté bien.

—Mal, la verdad. Que te acusen de asesinato cuando eres inocente... Creo que hoy no figurará como uno de mis días favoritos. Además, sigo siendo sospechoso, por lo que no me permiten salir de Valencia. Tengo que presentarme cada quince días en comisaría para firmar.

—Vaya, pues que ilusión.

—Ni que lo digas... Oye, una cosa, ¿por qué no subes a mi casa y tomamos algo?

Me quedo pensativa. En realidad, no sé qué hacer, pero a lo mejor sí me necesita. Después de cómo lo tiene que haber pasado hoy, necesitará a una amiga. Ha estado todo el día allí encerrado, seguramente ni habrá comido. Debe estar hambriento.

—Claro. Pedro, ¿tienes hambre? ¿Quieres que vaya a por algo de comer?

—¿Hambre? Tengo el estómago cerrado, me encuentro fatal. Mejor una copa y un cigarrillo de esos que tú llevas siempre encima y que tanto me gustan.

—Creo que puedes comprarlos en el estanco, ¿no te parece? —Intento desviar su atención con este tipo de comentarios, prefiero que se relaje un poco y olvide todo lo que acaba de pasar.

—Es cierto, pero me gusta más que me los des tú de vez en cuando. Es más divertido y así fumo menos.

—Estás de suerte, llevo un paquete entero en el bolso, solo para nosotros.

¿Tienes algo para beber en casa? —Seguro que tiene. Este es como yo, después de un día duro, siempre toma una copa de un buen vino.

—Sí, tengo de todo.

—Venga, pues vamos arriba.

—Si quieres, puedes dejar el coche en el garaje; tengo dos plazas libres.

—Genial, ¿por dónde se entra?

—Gira por aquí a la derecha y esa es la entrada.

Sigo sus indicaciones, aparco el coche y subimos en el ascensor hasta su puerta. Tiene una casa muy bonita y sofisticada, decorada con mucho gusto en estilo minimalista. Muy él, se podría definir.

—Ven, pasa. —Hace que lo siga hasta la cocina. Abre la nevera y saca una botella de vino blanco. La pone en un enfriador que ha sacado del congelador y coge dos copas—. ¡Vamos a la terraza! Sígueme, es por aquí.

La terraza es impresionante: tiene un *jacuzzi*, y está llena de plantas naturales, sofás, y hay un equipo de sonido alucinante. Va directo hacia él y lo enciende. Se empieza a escuchar música *chill out* de fondo. Yo me acerco a los sofás y me siento en uno de ellos. Él me mira y, después de llenar las dos copas de vino, se sienta a mi lado.

—Anda, saca ese paquete de Novel que tienes por ahí, en ese bolso inmenso...

—Claro, ahora mismo. —Los dos encendemos uno, y lo acompañamos con un gran sorbo de vino—. Me gusta este vino, ¿cuál es?

—Es Albariño de Fefiñanes. Está bueno, ¿verdad?

—Sí, entra muy bien. —Me quedo mirándolo y vuelvo a insistir... —¿Cómo estás?

—Como si me hubiera pasado un camión por encima. ¿Cómo se les ha ocurrido pensar que yo podría ser capaz de hacer algo así?

—Supongo que era la única pista que tenían. Un invitado al evento que no tenía invitación. Eso es todo Pedro, no le des más vueltas.

—No voy a hacerlo, si no voy a volverme loco.

—Por cierto, ¿sabes qué? Ayer mientras dormíamos, entró un tipo con la cara tapada en casa de Alejandro. Nos dio un susto de muerte.

—¿Cómo? ¿Qué dices? Esto ya parece una película de terror. Pero ¿qué está pasando?

—Estábamos durmiendo, y Alex oyó la puerta de su casa abrirse. Salimos al comedor y ahí estaba un tío mirándome con la cara tapada con un

pasamontañas negro. Yo empecé a gritar como una loca y se marchó corriendo. Luego llamé a la policía y bueno, vinieron muy rápido.

—Estarás muerta de miedo, ¿no?

—El sargento me ha dicho que cree que es alguien que está conectado conmigo. Alguien que no soporta verme cerca de ningún hombre. Así que, la verdad es que no estoy muy tranquila. También me dijo que llevara seguridad privada día y noche, pero no sé... Eso no es para mí. Pienso que si alguien quisiera hacerme algo, ya lo habría hecho.

—¿Tú crees? Creo que sí que deberías llevar la seguridad privada vayas a donde vayas.

—Para que no le pase nada a Alex, tengo que alejarme de él y no verlo nunca más, así ¿qué sentido tiene mi vida? Me da igual lo que me pase.

—¿Por qué dices eso? ¿Habéis roto la relación? —Ya no soporto más la conversación y empiezo a llorar sin parar—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras?

—Sí, hemos roto, y es lo mejor. Yo no quiero que le pase nada malo, lo quiero muchísimo. —Pedro no dice nada, solo me abraza con fuerza y me seca las lágrimas con los nudillos—. Vaya, lo siento. He subido para hacerte compañía y que estuvieras mejor, y solo estoy empeorando las cosas.

—De eso nada, me encuentro mucho mejor, más relajado y todo gracias a ti. Disfruto mucho de tu compañía. Son ya muchos años juntos, aunque solo tengamos una relación profesional, estoy seguro de que también podríamos ser muy buenos amigos.

—Yo también lo creo. Ahora que te estoy conociendo más íntimamente, voy teniendo otro concepto diferente de ti.

—¿Qué concepto tenías de mí? —pregunta, mientras arquea las cejas de forma inquisitiva, esperando mi respuesta.

—No sé, serio, aburrido, pero de verdad que no lo eres.

—Ya te lo dije en la cena, el trabajo es el trabajo, yo no soy así en lo personal. Pero volviendo al tema de antes... ¿Cómo qué habéis roto?

—No quería que fuera a la comisaría. Tuvimos una discusión y me dijo que, si me iba, ya no volviera. Pedro, yo no podía dejar que te pasara nada malo. Una vez lejos de él, pensé que, eso sería lo mejor. Es la única manera que tengo de protegerlo, de mantenerlo a salvo.

—¿Y ahora qué va a pasar? ¿Qué vas a hacer?

—No lo sé, es mi vecino, así que creo, que no me queda otra que volver a mi antigua casa. Así lo haré más fácil para los dos.

—¿Quieres quedarte aquí esta noche? —Su cara se ilumina.

«Pero no, Pedro, no me voy a quedar aquí a solas contigo».

—No, Pedro, no creo que eso sea lo más apropiado.

—Es lo menos que puedo hacer por ti después de cómo te has portado conmigo. Tengo cinco habitaciones, puedes escoger la que quieras.

«Ay, Pedro, que yo ya sé cómo acaban estas cosas... esto solo trae problemas».

—Pedro, te lo agradezco, pero no se trata de eso. Lo primero, tampoco quiero ponerte a ti en peligro y luego está Alejandro. No le sentaría nada bien si se enterara.

—Pero ¿no me acabas de decir que ya no estáis juntos?

—Sí. —Yo me vuelvo a derrumbar y mis lágrimas se derraman por mis ojos sin parar.

—No llores más, por favor.

—Pedro, demasiadas emociones para un solo día. Me voy a marchar a casa y mañana nos vemos en la oficina.

—Como quieras, cualquier cosa que necesites, aquí me tienes.

—Lo mismo te digo. Éric se ocupará de tu caso y no te preocupes por nada, estás en buenas manos y, por supuesto, tienes todo mi apoyo. Otra cosa, si necesitas cogerte unos días, me lo dices, que no hay problema.

—No, prefiero estar en Tessa contigo. Estar trabajando me mantendrá la mente ocupada y no pensaré en toda esta mierda que ha pasado.

—Vale, entonces te veo mañana.

—Sí, pero te voy a acompañar a sacar el coche del garaje.

—Sí mejor, gracias.

Entramos en el ascensor, mete la llave en la cerradura del cuadro de control y bajamos hasta la última planta. Está muy callado, y yo también. Cuando se abren las puertas, me sigue los pasos hasta mi coche...

—Sara, nos vemos mañana. —Pero cuando me mira, se abalanza sobre mí y me abraza durante un buen rato. Siento que es un abrazo tierno, aunque me deja un poco descolocada. En realidad pienso que después de lo de hoy, qué menos que algo de contacto por parte de los dos; seguro que nos vendrá bien. Cuando se separa, veo en sus ojos esa mirada especial y brillante. Siente algo por mí, lo sé. Es algo que no puede disimular.

—Adiós, Pedro.

—Adiós, Sara. —Me meto en el coche y salgo como un rayo de allí.

Y ahora que son las diez de la noche, ¿a dónde voy? ¿Me voy a casa? ¿Y si está Alex? Aparco el coche en la calle para pensar qué hacer. Cojo el móvil; no tengo ninguna llamada, solo unos cuantos Whatsapp de Raquel para saber cómo ha ido todo, y cómo estamos Pedro y yo. Le contesto muy brevemente que estamos bien; también le escribo que Pedro ya está en casa. Me quedo un rato escuchando música dejando divagar mis pensamientos. Finalmente, armándome de valor, cojo el teléfono de nuevo. Solo quiero saber si está bien, solo es eso nada más, luego me alejaré por completo de su vida.

«¡Mentirosa! Solo te estás diciendo mentiras», me muero por verlo y estar entre sus brazos. Ahora mismo tengo el móvil entre las manos y le doy al botón para llamarlo, sin pensar. Mi corazón palpita, va muy rápido, como si hiciera eco dentro del coche. Suena y suena el sonido interminable de la llamada, pero él no contesta. Tenía algo de esperanza, pensaba que, aunque solo fuera por saber cómo estaba, se dignaría a cogerlo, pero me equivocaba.

Por fin, después de un rato dentro del coche, decido irme a casa. Mañana lo organizaré todo con mi asistenta para volver a mi antiguo piso... Es lo mejor para los dos.

Metó el coche en el garaje y, por alguna razón, el silencio que reina cuando salgo me asusta muchísimo. Mi corazón empieza a latir con rapidez. Oigo un ruido y me giro de golpe. Me quedo mirando el pilar azul del fondo y me parece percibir la sombra de una persona. Mis latidos se disparan y aprieto el paso para llegar hasta el ascensor. Estoy asustada. Metó la mano en el bolso y me pongo a buscar las llaves, pero con los nervios no doy con ellas... Empiezo a sudar... La ansiedad invade todas las partes de mi cuerpo, hasta que por fin las encuentro e introduzco una con rapidez en la ranura. Enseguida llega el ascensor. Entro deprisa y aprieto el botón del ático. Estoy oyendo unos pasos cada vez más cerca, pero por suerte, las puertas se cierran. ¡Menos mal! No paro de temblar, reflejo del miedo que acabo de pasar. Se abren las puertas de nuevo y salgo disparada. Avanzo silenciosamente por el pasillo de moqueta que, de repente, me parece interminable, y presiento que alguien me sigue, alguien que anda igual de rápido que yo. Apuro aún más el paso a la vez que cojo la llave de casa para abrir lo más rápido posible. Estoy empapada de sudor, tengo la camiseta totalmente pegada a la espalda y me tiemblan las manos. No quiero girarme, tengo miedo ¡Dios mío! ¿Quién me sigue? Metó la

llave en la puerta de mi casa a toda velocidad, y me giro instintivamente. ¡Joder que susto!

—Jose, ¿qué haces aquí? —Me lanzo sobre él y le doy un abrazo. Me consuela saber que la policía está aquí conmigo.

—Quería saber si estabas bien.

—Me has dado un susto de muerte. —Me fijo en que no va vestido con el uniforme de policía; debe haber acabado el turno.

—¿Por qué no llevas la seguridad privada?

—Porque no quiero. Si me quiere asesinar a mí, que lo haga. No voy a ir con un tío de esos por ahí todo el día —fijo la mirada en él y sigo—: Anda, entra en mi casa, no nos quedemos aquí fuera... —Abro la puerta, desconecto la alarma y Jose me sigue hasta el comedor.

—Siéntate. ¿Te apetece tomar algo?

—Sí, una cerveza si tienes. —Voy a la nevera y le sirvo una. Yo me pongo una copa de vino.

—¿Y qué te trae por aquí? ¿No estás de servicio?

—No, por hoy ya he acabado. Quería saber cómo estabas. Con todo lo que ha pasado, estaba preocupado por ti.

—Ya me ves, no estoy bien. Creo que empiezo a tener paranoias. He oído como si alguien me siguiera por el garaje y he subido temblando.

—Anda ven aquí, no tengas miedo. —Se acerca demasiado a mí y me abraza sin venir a cuento. No entiendo nada—. Qué bien hueles —dice de repente.

—Jose, ¿qué haces? —Le quito los brazos de encima y me fijo en algo que lleva en la muñeca... ¿Es un reloj de oro? Alex comentó que el tipo que entró en su casa llevaba uno. ¡Dios mío! ¿Podría ser él?

—Consolarte; es lo que necesitas, ¿no? —Me vuelve a abrazar e intenta besarme.

—Jose, pero ¿te has vuelto loco o qué te pasa? No quiero besarte, quiero que te vayas de mi casa.

—No quiero irme. —Empiezo acojonarme. ¡Parece que se ha vuelto loco! Tiene una mirada diferente, como ida.

—¡Qué te vayas de mi casa! —grito.

Se abalanza sobre mí y me tira al suelo. Empieza a besarme el cuello. Noto que sus babas repugnantes se van deslizando por mi piel... Forcejeo e intento quitármelo de encima cómo puedo... Pero él, tiene más fuerza que yo, y no lo consigo.

—Te voy a follar. Es lo que te gusta, ¿no? Que te follen duro.

—¡Nooo! ¡Quítate de encima! ¡Me haces daño! —Está tirándome de la ropa y metiéndome la mano por la cinturilla del pantalón.

—¡Oh, sí, nena! ¡Te voy a hacer disfrutar cómo nadie! —Yo empiezo a llorar... Me tiembla todo el cuerpo. Esto va en serio, ¿va a violarme y a matarme?

—¡Quítate! ¡Por favor, no lo hagas! —grito desesperada.

Me está metiendo la mano por debajo de la camiseta y empieza a apretarme los pechos con tanta violencia... que me hace daño. Siento náuseas; tengo ganas de vomitar.

—¿Te gusta esto zorra? ¿Eh? ¡Contesta! ¿Te gusta? Porque voy a follarte hasta reventarte.

Me tiene inmovilizada, ¡Dios mío, qué horror! Me baja los pantalones y arrastra la mano dentro mis bragas para tocarme sin parar... Se baja los vaqueros con rapidez y, en un descuido, cuando separa las piernas, le doy un rodillazo en los huevos...

—¡Ay! —se retuerce de dolor—. ¡Putá! —grita con toda la rabia que lleva dentro, y el instinto de poder se adueñan de él para propinarme un puñetazo en la cara con todas sus fuerzas... ¡Mierda!, siento como si se me hubiera partido la ceja.

Lo empujo con todas mis fuerzas y logro escapar de él. Me levanto con dificultad y voy corriendo hasta el despacho. Esa habitación tiene una puerta de seguridad. La cierro lo más rápido que puedo y llamo al sargento López desde el teléfono fijo que hay sobre la mesa.

—¿Diga?

—Soy Sara, Sara Larson, estoy en peligro. Por favor, venga a mi casa, es urgente. Su compañero Jose está como loco, ha intentado violarme y sigue en mi casa. Me he encerrado en el despacho.

—¿Qué? ¿Jose?

—Por favor, dese prisa si no quiere que me mate.

—Estoy muy cerca de su casa, enseguida llegamos.

Jose está aporreando la puerta del despacho e intentando abrirla; es policía y seguro que sabe cómo hacerlo.

—¡Zorra, abre la puerta! ¡Voy a acabar lo que he empezado!

Empiezo a escuchar que está forzando la cerradura.

«Va a entrar, piensa Sara, piensa rápido, no hay tiempo. Busca algo con lo

que defenderte, está a punto de entrar. ¡Ay, madre mía!».

Miro a mi alrededor, pero solo veo un abrecartas con el filo lo suficientemente puntiagudo como para poder usarlo para defenderme. Lo aprieto con todas mis fuerzas con la mano derecha. Mi ojo..., ¡oh, no! Estoy notando como un reguero de sangre se está deslizando desde mi ceja hasta el suelo y manchando de sangre por todas partes. Me siento muy mareada, como si estuviera a punto de desmayarme; solo veo vagamente por el ojo izquierdo como Jose acaba de abrir la puerta y se abalanza sobre mí. Siento el impacto de otro puñetazo en la cabeza.

Intento abrir los ojos... Todo está oscuro. Escucho voces, pero los vuelvo a cerrar...

—Aquí el sargento López, manden una ambulancia urgente a la avenida Alameda número cuarenta y tres, ático cuatro.

Vuelvo a abrir los ojos y todo sigue oscuro... Se oye el ruido estridente de una sirena que me molesta en los oídos y los vuelvo a cerrar... Así ya no oigo nada.

¡Qué dolor de cabeza...! ¿Dónde estoy? Intento abrir los ojos, pero me duelen. No veo muy bien, está todo borroso, distorsionado... ¡Ay, la cabeza...! ¡Oh, qué dolor! Me duele mucho. ¿Qué coño ha pasado?

—Cariño, soy mamá. ¿Puedes verme?

—Mamá —balbuceo, apenas puedo hablar.

—Tranquila, cariño. Voy a llamar al médico. —Siento que me suelta de la mano y, al momento, me la vuelve a coger.

—Hola, Sara. Soy el doctor Salvatierra. Se encuentra en el hospital 9 de Octubre y voy a explorarla. —Enciende una linterna—. Ahora quiero que siga mi dedo con los ojos.

Hago lo que me dice.

—¿Cómo se encuentra?

—Me duelen mucho la cabeza y los ojos. ¿Qué ha pasado?

—Le han dado varios puntos en la ceja derecha, y tiene además una conmoción cerebral. De ahí que le duelan los ojos y la cabeza. ¿Recuerda algo de lo ocurrido?

«Piensa, Sara, piensa... Sí, Jose me agredió... ¡Oh, no!».

—Sí, el agente me atacó en mi casa. Solo recuerdo que escapé de él, pero abrió la puerta y luego me volvió a dar otro puñetazo. No recuerdo nada más...

—Después llegó la policía, y la ambulancia la ha traído hasta aquí.

—Doctor, él quería violarme. —Solo de pensar en que haya podido hecho, me siento aterrada. Me estoy dejando llevar por el pánico...

—No llegó hacerlo. No abusó de usted; se le ha realizado una exploración. Esté tranquila en ese sentido.

—¡Uf, menos mal! —Siento un profundo alivio en mi interior. Solo de pensar que ese depravado me hubiera... No lo habría podido soportar. Sería un trauma psicológico de por vida.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Lleva dos días inconsciente. Además de los golpes que le propinó su agresor, se cayó al suelo y se dio un fuerte golpe en la cabeza. Una cosa, señorita Larson, el sargento López se encuentra aquí fuera, en el pasillo. ¿Se ve con fuerzas para mantener una conversación con él? Si no puede ahora, no pasa nada, ya habrá tiempo cuando esté mejor.

—No, dígame que pase. —Tengo tantas preguntas que hacerle que no puedo esperar; podré soportarlo.

—Está bien, yo pasaré más tarde, ¿de acuerdo? Vamos a mantener los góteros durante dos días más. Pasados esos dos días, volveremos a hacer un escáner. Si todo está normal, podrá marcharse a casa.

—Bien. Gracias doctor.

—De nada. Como le he dicho antes, pasaré dentro de un par de horas para ver cómo se encuentra. —Me sonrío y sale por la puerta.

Se oyen voces fuera de la habitación, pero no consigo entender de lo que están hablando. Enseguida entra el sargento López.

—Señorita Larson, ¿cómo se encuentra?

—Bueno, bien.

—Jose está detenido, ya no tiene de qué preocuparse.

—Sargento, me ha dicho el doctor que llegaron a tiempo antes de que me... Bueno ya sabe, de que abusara de mí sexualmente. —Solo el hecho de pronunciar esa idea en voz alta hace que se me revuelva el estómago.

—Sí, señorita Larson, llegué a tiempo, justo a tiempo, gracias a Dios. Mire, solo he entrado para tranquilizarla y decirle que, Jose está detenido. Cuando usted se encuentre mejor, tendrá que declarar en comisaría y luego en el juicio, pero por ahora, descanse y no se preocupe por nada.

—Sargento...

—Dígame.

—¿Es él? ¿El asesino en serie?

—Pensamos que sí puede ser él. Llevaba el reloj de oro que el señor Casas indicó. Y bueno, lo que le hizo a usted, no tengo palabras...

—¿Y por qué a mí...? No lo entiendo.

—Verá, hemos registrado su casa y hemos encontrado fotos tuyas bastante comprometidas. Parece ser que estaba enamorado de usted desde que era un niño, cuando estaba tan unida a su hermana Carla. Entonces se convirtió en una obsesión para él.

—¿Yo era su obsesión? Pero ¿por qué?

—Bueno, hemos encontrado muchas fotos tuyas...

—Fotos mías, ¿qué me dice?

—En una de las habitaciones de su casa, tenía una pared completamente empapelada con fotos tuyas de todos estos años. Le aseguro que estaba realmente obsesionado con usted, y yo lo tuve delante de mis narices todo el tiempo y no fui capaz de darme cuenta. Le pido disculpas por ello.

—¿Cómo iba a saberlo? Sargento, lo importante es que me salvó la vida. Gracias por llegar a tiempo. Si no lo hubiera hecho, no sé qué hubiera sido de mí. Gracias de corazón.

—De nada, estamos para ayudar. Sara, me voy a marchar ya y así, la dejo descansar.

—Vale, sargento.

El sargento sale por la puerta y aunque me duelen todas las partes de mi cuerpo, no puedo sentirme más feliz. ¡Qué alivio! Mi madre vuelve a cogerme de la mano.

—Cariño, ha venido a verte Éric; hace un rato que se ha marchado. Tenía un caso muy importante que atender, pero me ha dicho que vendrá esta tarde. Tu abogado, Pedro, está fuera. ¿Quieres hablar con él?

—Sí, dile que entre.

—Os dejaré un ratito solos. Voy a comer algo a la cafetería.

—Claro, mamá, estás muy delgada.

—Me has tenido muy preocupada y no quería separarme de ti. —¡Oh, vaya, pobrecita! Se le nota en la cara. Seguro que no ha comido nada estos días y está agotada... —Bueno, cariño, voy a avisarlo.

Se abre la puerta y oír la voz familiar de Pedro, hace que me sienta feliz.

—Sara, ¿cómo te encuentras?

—Más tranquila ya, aunque me duele todo.

—No vuelvas a darme un susto así, nunca más.

—Te aseguro que jamás quisiera darte un susto así, prefiero ir a cenar al japonés ese que tanto me gustó que estar aquí.

—Si te portas bien y haces caso a todo lo que te digan los médicos, te llevaré otra vez.

—Vale, seré una niña buena. —Hago un mohín, pero me duele hasta el alma.

—Sara, tengo que contarte algo importante, aunque había prometido que no lo haría...

—¿Qué pasa? ¿Tengo que preocuparme? —No podría soportar más problemas en este momento.

—No, no que va. Es solo que... No tendría que contártelo porque he dado mi palabra, pero te aprecio demasiado como para no hacerlo.

—Dímelo ya, anda, me estás poniendo nerviosa.

—En cuanto el médico te ha hecho el reconocimiento y ha sabido que estabas bien, Alex se ha marchado a su casa. No te ha dejado sola en ningún momento durante estos días. El sargento lo avisó cuando pasó todo y desde que te subieron a la ambulancia, él estuvo contigo y ha estado aquí día y noche. Sara, no se ha separado de ti ni un solo segundo.

—¿Qué dices? ¿Alex? —Mi corazón estalla de alegría; creo que el dolor que siento por todo mi cuerpo ha desaparecido por un instante.

«Alex, ¿es cierto que has estado aquí y sin separarte de mí? Te quiero amor mío».

—Lo que te estoy diciendo. Está destrozado y se culpa por todo lo que te ha pasado; por no haber estado contigo y haberte protegido. Nos ha hecho prometer a tu madre y a mí que no te diríamos nada, no quiere que lo sepas. Solo quiere darte espacio y tiempo para que te recuperes.

—¿Por qué? ¿Por qué no debería saberlo?

—Se siente muy mal... No despertabas, y creyó que no volvería a verte nunca más. Lo llamaste un rato antes de que ocurriera todo, y él no te contestó. Piensa que si lo hubiera hecho podría haberte evitado todo esto, que podría haberte salvado. Estaba desesperado solo de pensarlo.

—Pero, tú sabes igual que yo, que, si no hubiera sido ese día, este loco lo hubiera intentado cualquier otro. Así que no es culpa suya ni mucho menos.

—Lo sé. He intentado convencerle de eso, pero creo que ha sido inútil. Por cierto, cambiando de tema, Raquel ha venido ya unas cuantas veces al Hospital, pero la he mandado a Tessa. Hay muchos asuntos pendientes allí, pero no para de llamarme cada cinco minutos, está muy pesada... Solo por no aguantarla, quería que te despertaras ya.

Eso me hace reír, pero el dolor en la cabeza contrataca de nuevo.

—Pedro, eres la leche, ¿lo sabías? Me tranquiliza que estés aquí conmigo.

—Al menos te has reído. —De repente se queda pensativo... —Sé que no es el momento de hablar de esto, pero ese Alejandro es un tipo con suerte. La mujer más maravillosa que he conocido en mi vida está loca por él. Así que o espabila o se las verá conmigo.

—Pedro... —Le regaño y él, hace una mueca aceptando la regañina.

—No me has dejado acabar, sé lo que sientes por él y he visto lo que él siente por ti. ¿Por qué estáis así?

—Bueno, ya me lo has dicho tú, necesita darme tiempo y espacio. Recuerda que lo dejamos.

—Sí, lo recuerdo, además, añádele que se siente culpable por todo lo que te ha pasado. Pero no pienses que si no está aquí ahora es porque no te quiere, porque no se ha separado de ti en ningún momento y seguro que va a llamar a tu madre cada dos por tres para saber cómo estás.

—¿Por qué haces esto, Pedro?

—Ya sabes por qué...

—No, no lo sé. Dímelo por favor.

—Siento algo por ti, pero cuando te vi ahí en la cama inconsciente, eso pasó a estar en segundo plano. Estos últimos días contigo han sido muy intensos y pensé que, si despertabas y estabas bien, me gustaría ser tu amigo no solo tu abogado y compañero de trabajo.

—Sí, yo también lo he pasado muy bien contigo estos últimos días, y será un placer ser tu amiga.

—Por cierto, Alejandro me ha dicho que estaría casi tres semanas fuera por trabajo. Le ha tocado viajar a Bruselas por algo de una cumbre... Su avión salía la noche que ocurrió todo.

—¿Sí? ¿Y se quedó conmigo?

—Se quedó contigo, no vaciló.

La enfermera entra de golpe y empieza a reñir a Pedro.

—Oiga, la paciente tiene que descansar. Por favor, salga de la habitación.

«Jo, qué mala leche tiene esta enfermera».

Pedro hace un gesto de resignación.

—Sí, claro —se disculpa con resignación—. Ya me voy. Sara, mañana pasaré a verte.

—Protege el fuerte, por favor.

—Claro, eso siempre. Y tú, recupérate pronto, ¿vale? —Se acerca, me da un beso en la mano y luego sale de la habitación.

La enfermera empieza a cambiarme los goteros y las vendas de la cara.

—El cirujano ha hecho un buen trabajo. Por lo que veo, no le va a quedar cicatriz en la ceja —comenta mientras retira la gasa. Parece que ahora está más calmada.

—Me alegro. Tengo un poco de sueño.

—Es por los calmantes. Es mejor que duerma, se recuperará antes.

Y así lo hago, cierro los ojos y empiezo a relajarme hasta que me quedo dormida...

Al día siguiente ya me encuentro mucho mejor. Mi madre sigue conmigo en el hospital y vienen a visitarme Raquel y mi hermano. Es agradable estar acompañada en un momento así por las personas que te quieren, aunque yo solo piense en él.

«Alex, cuanto te echo de menos...».

El doctor vuelve a realizarme todas las pruebas.

—Sara, no he encontrado nada raro en el escáner —me comunica después de examinarlas de forma exhaustiva—. La he encontrado mucho mejor, así que, voy a firmar el alta. En cuanto se la traiga la enfermera, puede irse a casa si quiere. Recuerde que dentro de algo más de una semana se le caerán los puntos. Si notara alguna molestia fuera de lo normal: dolores de cabeza muy fuertes o mareos, debe volver inmediatamente al hospital, ¿de acuerdo?

—Sí, doctor. Muchas gracias por todo, de verdad.

—De nada, para eso estamos.

—Mamá, tú vete ya a casa, que llevas aquí cuatro días y se te habrán hecho eternos.

—¿Por qué no te vienes conmigo? Así podría cuidarte mejor y estaría más pendiente de ti.

No, por Dios, yo solo quiero irme a mi hogar.

—Mamá, te lo agradezco, pero estoy mucho mejor, solo necesito unos días de descanso en mi cama. Además, mi asistenta me ayudará con todo.

—Susi, no te preocupes que yo me encargo de ella —interviene Raquel—. Vete ya a casa, que debes estar muy cansada. De verdad, confía en mí que, está en buenas manos.

—Bien, como queráis, pero cualquier cosa me avisáis, y llámame todos los días para saber cómo estás.

—Claro mami, te llamaré, no te preocupes. Anda, dame un beso. —Mi madre se acerca y me estrecha entre sus brazos.

Con el alta en la mano, Raquel me coge del brazo y me lleva hasta su coche.

—Ahora vas a ser una chica buena y no vas a pisar Tessa en unos cuantos días. Ya he hablado con Marisa y estará toda la semana contigo, incluido el fin de semana. Le he dicho que te prepare tus comidas favoritas. —Raquel me

trata como si fuera una niña pequeña, pero yo la adoro. Es la mejor amiga que una puede tener.

—Seré buena, te lo prometo. Estaré en casa, aunque ya sabes que puedo trabajar con el portátil.

—De eso nada.

—Raquel, mírame. —Cuando lo hace, su gesto es tierno y tiene los labios curvados—. Estoy mejor, te lo prometo. Ya has oído al médico, algo más de una semana para que se caigan los puntos y como nueva. Ese es el tiempo que voy a estar en casa, aunque puedo trabajar con el portátil y el móvil.

—Cabezota, ese es tu segundo nombre. En fin, desisto. Iré a verte con Pedro todos los días que pueda y te llamaré. —Lo de llamarme, ya sé que lo va a hacer y por mi propio bien, espero que no sea cada cinco minutos, como le hizo a Pedro. Me hace gracia ese pensamiento—. ¿Qué te hace gracia? —Vaya, me ha pillado. Esta mujer se mete dentro de mi cabeza, ¿o qué? Empieza a darme miedo...

—No nada, que cada día te pareces más a mi madre. Pero sí a todo lo que me has dicho.

—No me des la razón como a los locos.

—De verdad que te hago caso.

—Bueno, vale. Oye, ya hemos llegado... Voy a subir contigo y así hablaré con Marisa para acabar de darle instrucciones.

Enseguida subimos, y Marisa me da un fuerte abrazo.

—Señorita Larson, ¿cómo está? Estaba muy preocupada. —Me mira de arriba abajo y le saltan las lágrimas cuando ve el estado en el que estoy.

—Estoy bien, Marisa, ya ha pasado todo. No te preocupes.

—Voy a cuidar de usted; todo lo que necesite me lo dice.

—Gracias, Marisa.

—¿Tiene hambre? Le he preparado una sopa de pescado suave. Un caldito le vendrá muy bien.

—Sí, me apetece mucho. Gracias.

—De nada.

Marisa se va a la cocina a paso demasiado ligero. Creo que no la había visto nunca ir tan rápido para traerme algo. Raquel la sigue y se mete en la cocina con ella. Seguro que quiere darle instrucciones, bueno, qué pesada está con las dichas instrucciones. En fin, voy a dejar que se salga con la suya, si eso le hace feliz, luego ya haré yo lo que quiera.

—¡Marisa, voy a ponerme cómoda en mi cuarto! —Levanto la voz para que me escuche. Necesito tumbarme y descansar.

Cuando me dejo caer en la cama, siento la calidez de mi hogar, y ese sentimiento me abraza, me envuelve, me relaja... Me sumerjo en mis pensamientos. En la primera vez que estuve aquí con Alex... En cómo me besó, en cómo me acarició, en cómo cerramos los ojos cuando me hizo el amor. Fue algo tan placentero, tan exquisito... ¡Uf! Me estoy excitando solo con recordarlo.

—Aquí tiene la sopa, y quiero que se la tome toda. —Vaya, han llegado Marisa y Raquel con la bandeja llena de comida y me han arrancado de mis pensamientos. Y mira que me gustaban esos pensamientos... No pasa nada, tengo más de una semana para recrearme con ellos.

—Nena, me voy a ir a la oficina.

—Me parece bien.

«Sí vete ya. No es que no agradezca tu compañía, todo lo contrario, pero ahora mismo me apetece estar sola», pienso.

—Te llamaré luego y, por favor, haz caso a todo lo que te diga Marisa. Si te encuentras mal, avísame y te llevo al hospital.

—Estoy bien, de verdad.

«Raquel, vete ya, por Dios».

—Vale, dame un beso. Descansa.

—Oye Raquel, gracias por todo.

—De nada, tonta.

Raquel, se marcha de mi casa y yo, devoro la exquisita sopa que me ha preparado Marisa. Estoy muy a gusto en la cama, no es como en la del Hospital, que menudo colchón más incómodo. Allí se me clavaban los malditos muelles en la espalda. Empiezo a relajarme y me quedo profundamente dormida hasta que la voz de Marisa me despierta...

—Señorita, perdone que la despierte, pero lleva un día entero durmiendo y tiene visita.

—Hola, Marisa, ¿quién es?

—Es el señor Pedro de la Iglesia.

—Enciende las velas de las mesillas, sube un poco la persiana y dile que pase. —Marisa se apresura y sube demasiado la persiana—. Marisa, no la subas tanto, me molesta mucho la luz. Solo un poco por favor.

—Claro, disculpe. Solo un poquito. —Marisa sale y vuelve acompañada de

Pedro.

—Sara, ¿cómo estás? —Su cara se ilumina al verme. Debo estar hecha un asco, pero qué más da, ¿no?

—Estoy mucho mejor.

Me mira intensamente de arriba abajo con un gesto de ternura.

—Estás preciosa, como siempre.

—Pedro, estoy hecha un asco.

—Bueno, vale, pero tienes que reconocer que lo de preciosa anima. — Suelto una carcajada. Debo decir, que el señor Pedro de la Iglesia me tiene fascinada con su nuevo sentido del humor, y digo nuevo, porque hasta estas últimas semanas, no sabía de su existencia.

—La verdad es que sí, eres muy amable.

—Oye, quieres que te prepare algo de comer, soy un gran *chef*. —Otra novedad. ¿Quién lo hubiera dicho?

—No, tengo a Marisa para eso, no te preocupes. Anda ven, siéntate aquí. — Le hago un gesto con la mano para que se acomode en el borde de la cama—. ¿Cómo va todo por la oficina?

—Va muy bien, no te preocupes ahora por eso, pero ya te adelanto que, para las próximas semanas, vas a tener muchas reuniones. Hay novedades que te van a gustar, así que sé buena y recupérate pronto.

—Estoy en ello. Oye, ¿y tú cómo estás?

—Estoy bien, aunque te echo de menos. Ya sabes, no es lo mismo sin ti.

«Qué mono...».

—Anda, dame un abrazo.

—Claro. —Se acerca y me abraza con cuidado. No me suelta. ¿Es un abrazo de cariño? ¿De amor? ¿De amistad? No lo sé, pero yo también lo necesito y no quiero soltarlo. Finalmente se separa un poco—. Necesitas una ducha.

Me hace reír como una tonta.

—Sí, creo que tienes razón. ¿Me ayudas a levantarme?

—¿Levantarte? ¿Adónde vas?

—A darme una ducha, huelo fatal. Con todo lo que me ha pasado no he podido lavarme, y tienes razón, me hace falta. Ayúdame, anda.

—Ven aquí. —Me levanta con cuidado y le indico que me acompañe al vestidor.

—Pedro, coge ese pijama negro de ahí. Bien, ahora, abre ese cajón y coge ropa interior.

—¿Yo?

«¿Está avergonzado? Por el amor de Dios, que son solo unas bragas... Ni que no hubiera visto unas en su vida».

—Pedro, por favor son solo unas bragas, ropa limpia. —Resignado abre el cajón.

—¿Y cuáles quieres? Hay tantas...

—No sé, cualquiera. Elige tú. No puedo agacharme.

—¿Estas? —pregunta tímidamente.

Ha cogido unas de encaje negro.

—Esas están bien. Pedro, si te incomoda esto, llamo a Marisa, no te preocupes.

—No me incomoda, es solo que... —se queda callado, pensativo—. Bueno, ya sabes...

—Qué te gusto y no puedes ayudar a una amiga convaleciente a coger su ropa interior, porque no puede agacharse, ¿es eso?

—Bueno, yo no lo hubiera dicho así, pero sí.

—¿Y cómo lo hubieras dicho?

—Déjalo, Sara.

—Solo intento entenderte, Pedro.

—Me gustas, y elegir tu ropa interior...

—Vale, entendido. Pensaba que después de la conversación del Hospital, eso ya había pasado a segundo plano.

—Sí, ha pasado a segundo plano, pero ya sabes que los sentimientos son los sentimientos y... —se queda callado.

—Lo entiendo Pedro y te pido disculpas. Solo quería que me ayudaras, aún no puedo valerme por mí misma. He sido una egoísta y no me he dado cuenta de que esto podría avivar tus sentimientos por mí. La verdad, no le he dado la importancia que tú le has dado. Ha sido sin ninguna mala intención.

—No, no que va. Soy un idiota, quiero ayudarte de corazón. Discúlpame tú.

—Entonces, ¿qué hago? ¿Llamo a Marisa? Yo solo quiero ducharme, huelo fatal, solo es eso.

—No, no la llames, por favor. Yo te ayudo.

—¿De verdad?

—Sí, no hay problema.

—Vale, llévame al baño. —Pedro me deja apoyarme en su brazo mientras en la otra mano lleva el pijama y la ropa interior.

—¿Y ahora? —Está nervioso, ¿qué coño le pasa?

—Y ahora sales del baño, para que pueda ducharme.

—¿Y si te caes? —Parece angustiado

—Dentro de la ducha hay una repisa, ¿lo ves? Está pensada para que pueda sentarme, no te preocupes. Pero no cierres la puerta por si acaso.

—Vale.

—¿A qué no ha sido tan difícil?

—No, la verdad es que no.

Abro el grifo y me lavo con cuidado para no mojarme la cabeza, todavía tengo los puntos y, por supuesto, no se pueden humedecer. Salgo de la ducha cuando acabo de enjuagarme. La puerta del cuarto de baño está abierta y supongo que Pedro me espera fuera. Cojo una toalla, pero antes de secarme me quedo desnuda frente al espejo; todavía no me había visto bien. Observo que estoy mucho más delgada; debo haber perdido unos cuatro kilos. Mi ceja está llena de puntos y tengo el ojo a la virulé, aunque ya va cogiendo alguna tonalidad amarilla, señal de que se está curando. Me seco los brazos, los pechos y las piernas por arriba, ya que no puedo agacharme. Por fin, me envuelvo en la toalla. Cojo las bragas y el pijama. Sigo estando frente al espejo mientras me visto y cuando desvío la mirada hacia él, veo que Pedro está sentado en el borde de la cama, observándome. Cuando se da cuenta de que lo he pillado, baja la mirada al suelo. ¿Me habrá visto desnuda? No lo sé.

«¡Joder, Pedro! Solo es un cuerpo desnudo, nada más».

—Ya he acabado, Pedro. —Levanto un poco la voz para que venga, y entra enseguida. Me mira mientras me sujeta del brazo. Me lleva de nuevo hasta la cama para que me acueste y me tapa con la sábana. Parece serio y pensativo

—. ¿Te pasa algo?

—No, nada. Tengo que irme ya.

«¿Pero ahora qué le ocurre? ¡Uf!, qué tío más raro».

—Vale. —Se acerca, me da un beso en la mejilla y sale rápidamente por la puerta. Así es él... Pedro y sus rarezas.

Poco después, Marisa me trae algo para cenar y vuelvo a dormirme.

El tiempo va pasando, y voy recuperándome poco a poco. Hago balance de ello, de los días que he estado en casa, y pienso que Marisa se ha portado como una segunda madre. Me ha cuidado como nadie, y tengo que compensarla

por todo lo que ha hecho... En cuanto esté mejor, voy a regalarle un fin de semana para ella y su marido. Quiero que se vayan a un buen *spa*, para que se relajen y disfruten. Sí, creo que eso les gustará. Raquel, ha venido a verme dos veces y me ha llamado unas mil... Menos mal que tenía el móvil en silencio, si no, me hubiera vuelto loca. Con respecto a Pedro... Bueno, él nunca más ha vuelto a mi casa. Algo raro, casi tanto como él. Debió verme desnuda y se traumatizó, o vete tú a saber lo que le pasó por la cabeza. Es difícil descifrarlo, incluso después de cinco años, aún no lo he conseguido... Y ya, por último, ninguna noticia de Alex. Lo único que sé de él es que está en Bruselas en una cumbre de economía. Ninguna llamada, ningún Whatsapp, nada de nada, por lo menos a mí. Si se ha puesto en contacto con mi madre o con otra persona no creo que me lo vayan a decir.

«Te echo de menos, amor mío. Tengo tantas ganas de verte... Estás en mi cabeza a cada momento. Ojalá supieras lo que siento por ti...».

Me voy recomponiendo hasta que los puntos se caen por fin. La buena noticia es que prácticamente no se aprecia la cicatriz. Bien por el cirujano. ¡Sí, señor! Un buen profesional.

Ya empiezo a contestar los correos electrónicos del trabajo y a ponerme al día con todo. Hoy es martes, y estoy pensando en ir mañana a Tessa. Creo que ya estoy preparada; además, no creo que pueda soportar pasarme más días encerrada en casa. Cojo el móvil y llamo a Pedro.

—¿Sara?

—Hola, Pedro. Cancela todo lo que tengas programado para mañana. Reunión a primera hora.

—¿Estás mejor? ¿No es un poco pronto para venir a la oficina?

—Estoy bien, gracias.

—Me alegro. Entonces, mañana a primera hora. —Parece que ya volvemos a tener una relación como la de siempre. ¿Qué fue de lo de quiero ser tu amigo? Blablabla... Vamos, que es más raro que un perro verde. Nos dedicaremos a lo estrictamente profesional.

Luego llamo a Raquel.

—Nena, ¿cómo estás? —contesta enseguida.

—Estoy bien. Cancela todo lo que tengas programado para mañana. Reunión a primera hora.

- ¿Vas a venir ya mañana?
—Sí, estoy lista para volver.
—Muy bien, eso es estupendo. Tengo ganas de tenerte por aquí.
—Yo tengo ganas de volver... Un beso y mañana nos vemos.
—Un beso. Hasta mañana.

Cuando me despido de Raquel y cuelgo, me empieza a sonar el teléfono. Miro la pantalla, y veo que es mi hermano.

- ¿Éric?
—¡Hola, hermanita! ¿Cómo estás? —Parece contento.
—Mejor, ya se me han caído los puntos. El moratón ha desaparecido milagrosamente, y mañana vuelvo a la oficina. Todo un triunfo.
—Mejor, me alegro de que ya estés recuperada porque quería preguntarte algo.
—¿Qué quieres preguntarme?
—El sábado que viene se organiza una fiesta del colegio de abogados de Valencia y me gustaría invitarte. ¿Me preguntaba si te apetecería venir?
—Éric, no sé si me apetece estar con tanta gente.
«Otra fiesta... no, por favor, ahora no».
—Es algo informal, pero van a otorgarme un premio. —Vaya, un premio. Suena emocionado.
—¿Qué clase de premio?
—A los veinte años de carrera y quería que estuvieras conmigo en ese día tan importante para mí.
—Tratándose de algo así..., sí que iré. ¿Dónde es?
—Es en el restaurante Marina Beach. Lo cierran para el evento. Te hago llegar la invitación lo más rápido que pueda. —Uy, me encanta ese sitio. Es muy *chic*, porque no solo es restaurante, sino que también tiene dos terrazas enormes: una de ellas, con piscina y espacios *chill out*, es ideal para este tipo de eventos informales; la otra está en la parte de arriba, en lo más alto del restaurante. Puede ser interesante. Además, está tocando literalmente la arena de la playa.
—Has dicho que era informal, ¿a qué te refieres?
—A que no tienes que ir de largo. Arreglada, pero no de gala. Esta vez han querido salirse un poco de lo típico, porque al final siempre en hoteles...

resulta ya aburrido.

—Sí, eso es cierto, además ahora es el lugar de moda de Valencia, ¿no?

—Sí, ahora todo el mundo va a ese sitio.

—¿Habrá mucha gente?

—Calculo que más de doscientas personas.

—Éric, estoy orgullosa de ti.

—Lo sé, gracias, pero yo también lo estoy de ti y, oye..., resérvame un baile, ¿vale?

—¿Un baile de salsa? Eso es lo que te gusta, ¿no?

—Sí, de salsa, hermanita.

—A ver si me acuerdo de cómo se baila... Una salsa reservada para ti. Un beso.

—Un beso, nos vemos el sábado. Adiós.

*E*l miércoles me levanto mucho mejor. Voy directa al baño y me miro al espejo. El reflejo de mi rostro no me desagrada. La herida casi ni se aprecia y el moratón ha desaparecido. Creo que estoy lista para una ducha y retomar la rutina que tanto echo de menos, así que voy a arreglarme un poco e iré a la oficina. A continuación, me dirijo al vestidor y elijo una camisa blanca con una falda tubo negra entallada combinadas con unos zapatos de salón negros. ¡Perfecta! Justo lo que necesitaba para la vuelta al fuerte. Cojo el bolso y bajo al garaje. Me traiciona el subconsciente y miro al fondo, al último pilar azul.

«¡Estabas ahí, desgraciado, esperándome para hacerme daño!». Me tiemblan las manos y el sonido del latido de mi corazón, que tan familiar me resulta últimamente, me acecha de nuevo. Es la asquerosa ansiedad que se apodera de todo mi cuerpo. ¡No la soporto más!

«Tranquila, sube al coche, esto pasará...».

Metó la llave y pongo algo de música. Está sonando *Ecós de amor* de Jesse y Joy en la radio. ¡Oh, no!, una canción romántica. Ahora no quiero escuchar nada así, pero sin darme cuenta me dejó llevar por ella y no puedo evitar pensar en Alex. ¿En qué punto nos encontramos ahora mismo? Me invade una sensación de tristeza, como si me atravesaran el corazón con una espada recién afilada. No sé si aún estamos juntos, si realmente quiere estar conmigo. Él me dijo que si me iba, no volviera. Entonces, ¿se ha acabado todo de verdad?

«No seas idiota, Sara —me recrimino—, luego estuvo en el hospital y no se separó de ti en ningún momento».

Pero puede que solo fuera porque se sentía culpable, como dijo Pedro. Aunque, Pedro también me ha dicho que Alex me quería. ¿Sí o no?

«¡Olvídalo ya de una vez! No va a estar contigo nunca más». Esta tortura en mi cabeza hace que mis lágrimas me inunden los ojos. No quiero llorar, por

Dios, estoy yendo a la oficina y soy la presidenta de una compañía, no pueden verte así.

Ya estoy llegando, respiro hondo y me seco las lágrimas que casi me estropean el maquillaje. Meto el coche en el aparcamiento y subo en el ascensor. Atravieso la puerta...

—¡Buenos días, señorita Larson! —me saluda Ana. Aunque temblorosa como siempre, me sonrío de una manera especial, ¿cómo si se alegrara de verme? Supongo que en la oficina se habrán enterado todos de lo que me ha pasado. O tal vez no y simplemente se alegrado después de más de una semana sin verme por aquí. Bueno, qué más da, tampoco me importa demasiado.

—¡Buenos días, Ana! No me pases llamadas a no ser que sea algo muy urgente. Estaré toda la mañana reunida con el señor de la Iglesia y la señorita Sánchez.

—Muy bien, señorita Larson.

—Gracias, Ana.

—De nada. ¿Quiere que le traiga algo para desayunar?

«Uy, cuánta amabilidad...».

—Sí, llama al *catering* de siempre. Desayuno para tres y que lo suban lo antes posible.

—Enseguida.

Me acerco a mi despacho y, cuando abro la puerta, me inunda la sensación más maravillosa del mundo, trabajo y libertad. Me siento, cojo el teléfono de la mesa. Marco el uno y llamo a Raquel.

—¡Hola, Raquel! Dentro de cinco minutos te quiero ver en la sala de reuniones.

—¡Hola, Sara! ¿Puedo ir a tu despacho a darte un abrazo y comprobar que estás bien?

—Ahora no. Nos vemos dentro de nada, no te preocupes. Todo controlado.

—Vale, de acuerdo.

Luego llamo a Pedro, línea dos.

—Pedro, soy Sara. Dentro cinco minutos en la sala de reuniones.

—¡Hola, Sara! De acuerdo, nos vemos ahora.

Abro el bolso y busco el paquete de tabaco. Cojo un cigarrillo antes de salir a la terraza. Lo enciendo y doy una calada. ¡Oh, sí, esto me relaja! Sé que es una mierda pensarlo porque en realidad hace todo lo contrario, pero me relaja de verdad. Es todo psicológico, lo sé...

Voy a la sala de reuniones y, cuando entro, ya están Pedro y Raquel sentados. Se levantan y me dan dos besos.

—¿Cómo estás? —me pregunta Pedro.

—Mejor.

—¿De verdad? —insiste Raquel.

—De verdad, estoy bien. Vamos a pasar página de todo esto y volvamos al trabajo. —Me muestro implacable, no quiero hablar más del tema.

Y así es... Trabajamos durante toda la mañana sin parar, analizando el estado de las compañías ya compradas y de futuras fusiones. A Raquel se la ve entusiasmada de tenerme de vuelta, y a Pedro, pues... Pedro en su línea, con todas sus rarezas incorporadas. Veo que todo sigue como siempre.

La mañana transcurre muy rápido después de tanto tiempo sin aparecer por aquí... Tengo mucho trabajo atrasado y miles de decisiones que tomar. Al final resultan unas horas muy productivas, y salgo contenta a comer. Bajo al bar a por un sándwich y me subo al despacho a comérmelo.

Me suena el móvil.

—¿Diga?

—Señorita Larson, soy el sargento López. Necesito que venga a comisaría a hacer una declaración. ¿Cuándo podría pasarse?

—Esta tarde, sobre las cinco. ¿Le vendría bien?

—Sí, me viene bien a esa hora. ¿La espero entonces?

—Sí, allí estaré. Hasta luego.

—Hasta luego.

Cuando miro el reloj, veo que ya son las cinco menos veinte, y recuerdo que tenía que ir a comisaría. Sin dudarlo, recojo mis cosas para bajar al aparcamiento, me meto en el coche y salgo apresuradamente hacia allí. Hay un poco de tráfico y tropiezo con algún semáforo en rojo, pero llego enseguida.

En la puerta hay un agente de policía mirándome con mala cara.

—Buenas tardes, tengo una cita con el sargento López —le digo.

—¿Para qué?

—Me va a tomar declaración.

—¿Y su nombre es...?

—Soy la señorita Larson.

—Ah, sí... Acompañeme por aquí, por favor.

Le sigo por un largo pasillo hasta que por fin llegamos al despacho del sargento. El agente llama con los nudillos y abre la puerta.

—Sargento, ha llegado la señorita Larson.

—Qué pase.

Entro, y el sargento se levanta de su silla para saludarme. Me da la mano antes de volver a acomodarse en su asiento.

—Siéntese, por favor —dice amablemente—. ¿Cómo se encuentra?

—Mucho mejor.

—Me alegro. Entonces, si le parece bien, comencemos con la declaración.

—De acuerdo.

—Lo primero, pedirle disculpas por hacerle volver a revivir todo lo que sucedió esa noche, pero ya sabe que no tengo más remedio. Tiene que empezar a contármelo todo desde el principio, y cuantos más detalles mejor, ¿de acuerdo?

Trago saliva, respiro hondo y empiezo a hablar.

—Sargento, yo llegué sobre las diez y cuarto de la noche al garaje de mi casa. Cuando aparqué el coche y salí, fui hacia el ascensor... Y tuve la extraña sensación de que había alguien, concretamente, una persona detrás del pilar azul del fondo. Me asusté y cada vez me apresuré más... No quería girarme porque me daba miedo, pero oí unos pasos cada vez más cerca de mí. Metí la llave para llamar el ascensor. Se abrieron las puertas, entré rápidamente y apreté el botón del ático. Cuando llegué arriba, salí y corrí hacia mi puerta, pero percibí de nuevo unos pasos a mi espalda... Metí la llave en la cerradura de la puerta y justo cuando me giré, era Jose. Sentí un gran alivio en mi interior, por un momento me sentí protegida por un agente de policía. —Trago saliva, me tiemblan las manos... No puedo. Me cuesta continuar con este calvario.

—Sara, siga por favor.

—Me extrañó que no fuera vestido de uniforme. Me dijo que su turno ya había acabado y que pasaba por mi casa para saber cómo estaba. Le ofrecí algo de beber y me pidió una cerveza. Se la llevé y me serví una copa de vino. Después nos sentamos en el sofá y me pregunto cómo estaba. Yo le contesté que no muy bien. Entonces, sin venir a cuento, me abrazó y me di cuenta de que llevaba un reloj de oro en la muñeca. Me sorprendió, la verdad, no se lo había visto nunca, me pareció que era como el que había descrito Alejandro del tipo aquel que entró en su casa. Después, intentó besarme. Le dije que no quería

besarle, me enfadé y lo invité a marcharse de mi casa. Me dijo que no se iba a ir y empecé a asustarme. Su cara había cambiado; estaba ido, como loco. Me tiró al suelo y se me puso encima, diciéndome todo tipo de barbaridades... Algo así como que si me gustaba que me follaran duro, que él me iba a follar hasta reventarme... —Al recordarlo todo, comienzo a llorar sin poder contener las lágrimas...

—Sara, ¿quiere tomarse un descanso?

—No sargento, quiero acabar con esto de una vez por todas y borrarlo de mi mente para siempre.

—Está bien. Continúe.

—Empezó a tocarme los pechos y luego me metió la mano dentro de las bragas... No paraba de tocarme hasta que, en un descuido, le di un rodillazo en sus partes. Me llamó puta y me pegó un puñetazo en el ojo. Me levanté como pude, corrí hasta el despacho y me encerré allí. Luego cogí el teléfono y le llamé a usted. Cuando consiguió abrir la puerta, solo recuerdo que me llamó zorra y que me volvió a pegar otro puñetazo en la cabeza. Después me desperté en el hospital.

—Vaya... ¿Algo más?

—No, eso es todo lo que pasó. —El sargento escribe en el teclado de su ordenador todo lo que ha salido por mi boca, pero está muy callado. No hace ningún tipo de comentario al respecto; y eso es algo que necesito que haga ya, con urgencia. Como no lo hace, no puedo evitar preguntarle—. ¿Es él? ¿Es el asesino en serie del Hilton?

—Sara —dice mi nombre y hace una pausa...—. No tenemos pruebas contra él.

—Pero, tiene que ser él, ¿no? Se supone que es la misma persona que me acechaba. La que estaba obsesionada conmigo.

—Eso pensamos y Jose lo está. Podemos acusarlo de delito de agresión e intento de violación, pero no tenemos ninguna prueba más que indique que él asesinó a esas dos personas. Son solo suposiciones como usted ha dicho. No hay nada concluyente al respecto.

—Y él, ¿qué ha dicho en el interrogatorio?

—Sara, quería enseñarle algo. —Su gesto es de preocupación y no me gusta. Se avecina algo que no me va a agradar.

Inmediatamente el sargento gira la pantalla del ordenador y aparece una imagen en pausa del interrogatorio de Jose. Le da al botón para poner en

marcha la grabación y se le ve allí sentado en la sala, con la cara desencajada.

—¡Yo no lo hice! —grita—. ¡Yo no asesiné a esas personas! Ella lo sabe.

—¿Quién lo sabe? —le pregunta el agente que realiza el interrogatorio.

—Ella, ella, ella... —Parece poseído, su mirada dice que está al borde de la locura.

—Jose, contesta a la pregunta, por tu propio bien. No juegues más con nosotros.

—Sara, ella sabe que yo no lo hice.

Yo me quedo en *shock*. ¿Pero qué coño ha dicho? Y el sargento detiene de inmediato la grabación.

—¿Qué opina? ¿Por qué ha dicho que usted sabe que no lo hizo?

—No tengo ni idea de por qué ha dicho algo así. Está completamente loco. Yo no sé nada de su vida, solo es el hermano de mi amiga Carla, y lo conozco por eso. De pequeños jugábamos juntos de vez en cuando, pero nada más. Hacía muchos años que no lo veía.

—Pues él a usted la conoce muy bien. Voy a enseñarle algo.

De repente saca un sobre amarillo lleno de fotos y las pone encima de la mesa. Bajo la mirada y siento que me pongo blanca a pesar del maquillaje. Es cierto que tenía toda la pared de su casa llena de fotos mías. Algunas desnuda... Otras comprometidas con algún novio. También fotos con mi familia y con Alex. ¡Vaya chalado! Esto es realmente escalofriante; se me ponen los pelos como escarpas.

—Sargento, esto es... aterrador.

—Ya sé que la puede preocupar, pero tenía que enseñárselo.

—Y si no encuentran pruebas determinantes contra él, ¿cuántos años de cárcel podrían caerle?

—No tiene antecedentes y no llegó a abusar sexualmente de usted.

—¿Qué quiere decir? —pregunto alzando un poco la voz.

—Que podrían caerle cuatro años y se podrían reducir a dos.

—Está de broma, ¿no? Saldrá y lo volverá a intentar. Me violará y me matará —digo mientras trago saliva y palidezco aún más.

—No, eso no pasará.

—¿Cómo lo sabe? ¡Diga! ¿Cómo lo sabe? —mi tono de voz se eleva y suena desesperado.

—Es cierto, no lo sé. —Esto no va a acabar nunca, hasta que acabe conmigo.

—¿Ha terminado sargento?

—Sí.

—Entonces, quiero irme ya.

—Lo entiendo. Le llegará una citación del juzgado para declarar en el juicio.

—¿Y verle la cara de nuevo? ¿Y revivir todo el martirio por el que me ha hecho pasar?

—No necesariamente. Si lo desea, puede solicitar que le pongan un biombo para que no se vean durante el juicio. —Me levanto indignada y me despido de modo arisco.

—¿Un biombo...? Muy bien, sargento. Tengo que irme. —Él también se levanta enseguida de la silla.

—Voy a acompañarla a fuera.

«¿Acompañarme? ¿Eso es todo lo que puede hacer por mí?».

—No hace falta que se moleste, conozco el camino de salida. Adiós, sargento —me despido cabreada...

—Adiós, Sara. De verdad, no pararemos hasta que le caigan veinte años.

No le contesto y salgo abatida de allí. ¿Cuatro años o tal vez menos...? Es un enfermo mental e irá a por mí, lo sé. Tengo que protegerme como sea.

«Piensa, piensa...», me digo. Voy a sacarme la licencia de armas. Tengo que aprender a disparar y tomaré clases de defensa personal. ¿Kárate? Eso es muy peliculero, ¿o tal vez no? Bueno, no lo sé, pero voy a informarme de todo y, si viene a por mí, por lo menos estaré preparada...

Cuando llevo recorrida la mitad del pasillo de la comisaría, me freno en seco. Apoyo la parte izquierda de mi cuerpo contra la pared y, sin ser consciente de ello, la empujo con todas mis fuerzas... Clavo la mirada en un punto del suelo, pero no veo nada... Solo la imagen que se ha quedado grabada en mi cabeza, Jose diciendo: «Sara sabe que yo no lo hice». ¿Por qué? ¿Por qué ha dicho eso...?

Doy media vuelta y, a paso ligero y con mucha energía, abro la puerta del despacho del sargento sin ni siquiera pedir permiso para pasar.

—Sargento, tenemos que solucionar esto. Necesito hablar con Jose.

—¿Se ha vuelto loca? ¿Cómo va a volver a ver a su agresor? —contesta estupefacto mientras levanta las palmas de las manos.

—Hay que hacerlo. Es la única manera de averiguar por qué ha dicho que yo lo sé. —Levanto los brazos y mi tono de desesperación le hace inclinar un

poco la cabeza mientras se pasa los dedos de la mano derecha por la frente... Está pensando cómo tranquilizarme, seguro.

—Está bien. Lo haremos. ¿Se sientes con fuerzas para verlo cara a cara y poder mantener una conversación con él?

«Desde luego que no. ¿Cómo coño voy a sentirme con fuerzas para ver y hablar con ese desgraciado?».

—Sí, sargento. Yo no puedo vivir así... compréndalo. —Miento como una bellaca, pero esto tiene que acabar de una vez por todas.

—Señorita Larson, voy a hacer una llamada. Vaya a la sala de espera que enseguida salgo.

Obedezco y salgo de su despacho. Camino rápido y cuando llego a esa habitación tan familiar para mí últimamente, me siento. Tengo un ligero temblor en las piernas y en las manos... Es la ansiedad, lo sé. Solo estoy pensando que sea quién sea a quién tenga que llamar, por favor, que me deje ir a hablar con él.

Pasados unos minutos veo aparecer al sargento en la sala donde estoy.

—He hablado con el juez de instrucción que lleva el caso y, como es usted quien solicita hablar con él, lo ha autorizado.

«¡Uf, menos mal!».

—¿Tienen a Jose retenido? —No creo que lo tengan todavía en el calabozo, ¿no?

—Está en la cárcel de Picassent. La acompañaré hasta allí, ¿de acuerdo?

—Sí, sí, de acuerdo.

Subimos al coche patrulla y nos dirigimos hasta Picassent, la cárcel de Valencia. Estamos callados todo el camino, menos mal que solo tardamos doce minutos en llegar hasta la pequeña garita de la entrada.

—Buenas tardes —nos saluda el guardia civil que se encuentra sentado dentro, a la vez que hace el típico saludo ritual al lado derecho de la visera de la gorra con la palma de la mano extendida hacia adentro.

—Buenas tardes —contesta el sargento con el mismo gesto—. Venimos a ver al preso Jose Martínez Díaz. Tenga nuestras identificaciones, señorita Larson y Sargento López.

—Un momento. —Baja la cabeza y fija la vista minuciosamente sobre la mesa... Está leyendo algo, pero desde aquí no puedo ver lo que es—. Sí, aquí está la autorización. Un segundo, y les subo la barrera.

En cuanto la levanta y nos devuelve las identificaciones, aparcamos muy

cerquita de la entrada. Salimos a la vez del coche.

—Ven, Sara —me coge por el codo—. Es por aquí a la izquierda, en el módulo de preventivos.

Yo sigo sus pasos como un peón despistado por estos lares nuevos para mí. Y digo nuevos porque es la primera vez que vengo aquí, a la cárcel. Lo observo todo vagamente sin prestar demasiada atención a nada. Se abre una puerta y, cuando entramos, tenemos que esperar unos segundos a que se cierre para que se abra la siguiente. Es una buena medida de seguridad para que nadie se escape. Seguimos atravesando puertas... una tras otra, hasta que nos sale al encuentro un funcionario.

—¡Buenas tardes! Venían por una visita que ha autorizado el juez Castro, ¿verdad? —pregunta mirando al sargento.

—Sí, queremos ver al preso Jose Martínez Díaz.

—Esperen en este locutorio de aquí, enseguida lo traigo. —El sargento no dice nada, solo asiente con la cabeza.

En cuanto el funcionario se marcha, el sargento me coge bruscamente del brazo chocando con mi bolso sin querer.

—Sara, ¿estás segura? —me pregunta de nuevo con cara de preocupación mientras me mira fijamente.

—Completamente. Acabemos con esto de una vez.

—Vale. ¿Quieres que entre contigo?

—No. Si usted entra conmigo no hablará, y todo esto no habrá servido para nada.

—De acuerdo, pasa. —Me hace un gesto, mientras me abre la puerta—. ¿Ves ese botón rojo de ahí? —Desvió la mirada buscándolo, hasta que doy con él.

—Sí, lo veo.

—Solo tienes que apretarlo para poder hablar por el interlocutor. Entra ya. Estaré fuera, esperándote, ¿vale?

—Sí, sargento.

Cuando entro, observo que se trata de una habitación muy pequeña, apenas caben dos sillas y dos personas detrás de ellas, como mucho. El otro lado del locutorio por donde aparecerá él es exactamente igual. Solo nos separan dos cristales, uno a cada lado del habitáculo con unos barrotes en medio. Podremos vernos, pero no correré peligro. Porque, aunque él quisiera

romperlo, sería imposible que traspasara esas barras de hierro. Me tranquiliza saberlo.

Se oye el ruido de una puerta, y me estremezco de pies a cabeza sin control... Estoy asustada. Tengo que armarme de valor.

«¡Venga, Sara! Hazlo por ti», me digo a mí misma para aligerar la angustia que siento.

Veo que entra un funcionario con alguien cogido del brazo. Ahí está, ¡mierda! Viene sonriendo con esa cara de psicópata mientras me mira desafiante... ¡Qué asco me da! El funcionario lo acerca a la silla tirando de él y lo obliga a sentarse, luego se marcha, dejándonos solos.

Empieza la agonía, la tortura. ¿Seré masoquista?

«Venga Sara, no te fustigues más y aguanta el tirón».

Me armo de valor, acerco la mano temblorosa al interfono y presiono el botón rojo.

—Jose, necesito hablar contigo. —«Bien, ya he podido emitir la primera palabra».

Trago saliva con dificultad, pero me mantengo firme. Él me observa detenidamente mientras sonrío de una forma despiadada... ¡Uf! Va a ser complicado que consiga que hable; sigue callado, se limita a clavar los ojos en mí.

«¡Joder, di algo ya!».

Veo que levanta el brazo muy despacio, hasta que por fin llega al botón rojo y lo aprieta para hablar.

—Sara, Sarita, Sara... —dice de forma despectiva y pausada—. Eres la última persona que esperaba ver por aquí. ¿A qué debo el honor de tu visita?

Después de escuchar sus primeras palabras solo tengo ganas de insultarle y escupirle en la cara, pero controlo mis impulsos como puedo.

—Jose, ¿por qué has llegado a esa situación conmigo? —pregunto—. Me pegaste e intentaste violarme... ¿Por qué? Pensaba que nos teníamos aprecio y creía sinceramente que me protegías. —Él no dice nada, solo inclina un poco la cabeza hacia la derecha—. Por favor, contéstame... Estoy aquí, ¿no?

«¿Estoy suplicándole? Parece que sí. Y es lo que tengo que hacer. Si me ve alterada no soltará nada».

—Te lo merecías. Después de todo lo que hice por ti...

«Pero ¿de qué habla? Eso no tiene ningún sentido. ¿Habrá perdido la cabeza y está completamente loco?».

—¿Me merecía que me agredieras? Después de lo que me hiciste estuve muy grave en el hospital, ¿lo sabías? Mi familia pensó que no despertaría. ¿Qué es eso tan importante que hiciste por mí para justificar tal sufrimiento a mis seres queridos?

«Sigue así, Sara. Si vas por ese camino de tiernos sentimientos le tocarás la fibra sensible, y viendo el gesto de su cara parece que estás provocando ese efecto en él».

—Tu no recuerdas nada, ¿verdad? —Su tono de voz se ha normalizado, lo que me anima a seguir con este calvario.

—¿Recordar? No sé de qué me hablas... ¿Qué tendría que recordar? —Me estoy desesperando porque no sé a qué se refiere.

—Entonces, ¿no recuerdas nada? —pregunta arqueando una ceja a la vez que inclina la cabeza a un lado.

—No. Por favor, ayúdame a entenderte —suplico de nuevo, y vuelve a presionar el botón rojo.

—Esa memoria tienes que cuidarla.

«¡Maldito seas! Deja de jugar conmigo malnacido y suelta lo que sea de una puñetera vez».

—Tienes razón. Cuéntamelo tú y ayúdame a recordar. —Intento complacerlo y creo que lo consigo.

—Ocurrió algo en tu infancia, Sara... ¿Lo recuerdas ahora? —Hago un gesto de negación con la cabeza mientras lo miro—. Siempre jugábamos juntos en casa, con mi hermana Carla. Mis padres eran amigos de los tuyos, y te traían cuando tenían que trabajar y no podían cuidarte. —Es verdad, ahora estoy recordando todos esos años de nuestra niñez—. A ti te gustaba mucho estar conmigo, confiabas en mí... Y cuando tenías diez años, y pasó lo que pasó, yo estuve a tu lado; te apoyé, te cuidé y te hice una promesa que he cumplido con creces.

—Pero ¿qué paso? ¿Qué narices pasó? —pregunto ya desquiciada, levantando la voz unos tonos más de lo normal.

De repente, recuerdo...

«¡Nooo!» Se ha desactivado algo que tenía bloqueado en mi mente igual que si un artificiero hiciera explotar una bomba Blockbuster 4000. Y, como una película que se esté rebobinando hacia atrás, retrocedo hasta ese día y empiezo a recordarlo todo... Estoy en *shock*. Noto que las gotas de sudor se

van deslizando por mi cuello y empapan la fina tela de mi blusa blanca. No puedo moverme. Lo intento, pero no puedo. Estoy paralizada.

—Viendo tu expresión, sé que has vuelto allí, a ese momento. Ya lo recuerdas todo, ¿verdad? —Intento hablar, pero no puedo—. Esa tarde mi hermana Carla tenía clases de danza. Yo estaba en casa con mi madre, que preparaba una deliciosa cena en la cocina. Tu tío llamó al timbre y te dejó con nosotros. Cuando subiste no hablabas, estabas asustada. Nunca te había visto así y comprendí que te había ocurrido algo. Te cogí de la mano para llevarte a mi cuarto. Cuando entraste, empezaste a llorar y me abrazaste. Sí, me abrazaste fuerte, muy fuerte. Yo no dije nada, solo te consolé y cuando por fin te tranquilizaste, me contaste que tu padre tenía trabajo esa tarde y que fue tu tío el que te recogió en el colegio... Te llevó a su casa y te obligó a desnudarte, luego te manoseó por todas partes. Te sentías sucia y no parabas de repetir que querías morirte. Me hiciste prometerte que, pasara lo que pasara, jamás dejara que un hombre te tocara. Y eso es lo que he hecho, cumplir mi promesa. Sin embargo, tú eres una desagradecida.

Después de quedarme casi en estado catatónico reviviendo ese momento, siento como si me dieran una descarga en el corazón con un desfibrilador y vuelvo en mí. Me estremezco. Estoy completamente empapada de sudor, pero lo ignoro y sigo hablando como puedo.

—Te agradezco mucho tu apoyo en esos duros momentos para mí. Gracias. Pero yo solo era una niña y estaba desesperada y asustada. Lo que te hice prometer solo fue cosa de chiquillos, ¿comprendes? Promesas que se dicen, pero no se mantienen... ¡Qué locura! —Al escucharme atentamente, aprieta un poco los labios y pone los ojos en blanco; creo que está furioso, pero me obligo a continuar—. Por eso asesinaste a esos hombres, ¿cierto?

—Así es. Aunque tengo que admitir que fallé dos veces con Alejandro Casas. La primera me equivoqué de habitación en el Hilton, y la segunda no esperaba que tú estuvieras en su casa.

Ahora la que está rabiosa soy yo, y con toda la furia que llevo dentro y que ya no quiero controlar se apodera de mí.

—¡Espero que te pudras en la cárcel y no salgas de aquí en tu vida! —le grito—. ¡Estás loco!

—Ay, Sara, Sarita... —se ríe—. Toda la vida enamorado de ti y tú, como siempre, no te das cuenta de nada. No hay pruebas contra mí. Solo voy a estar

dos años aquí dentro y ten por seguro que, en cuanto salga, iré a por ti y acabaré lo que empezamos.

Empiezo a estremecerme de pánico. Se me llenan los ojos de lágrimas, y lloro y lloro sin parar, mientras lo veo reírse al otro lado del cristal. Ya no puedo más. Me levanto de la silla impulsivamente y me quedo mirándolo un breve instante con cara de odio. Salgo de allí lo más rápido que puedo y, al abrir la puerta con mucha energía, acabo estampándome contra el sargento.

—Sara, ¿está bien?

—No. Vámonos de aquí, por favor.

El sargento me coge del brazo y me sostiene mientras recorremos el pasillo. No me suelta. Me sujeta para que no caiga por la debilidad que siento en las piernas hasta que llegamos a la salida.

Una ráfaga de aire fresco me acaricia la cara y me siento muy agradecida por ello. Me alivia. El sargento me guía hasta el coche patrulla, donde me siento en cuanto me abre la puerta. Me doblo hacia delante con ganas de vomitar.

—Sara, Sara —me llama, pero no puedo contestar, siento demasiada angustia—. Sara, tome un poco de agua, la ayudará —sugiere a la vez que coge un botellín que tenía a un lado del asiento. Bebo un gran sorbo de agua. Cuando pasan unos segundos, la angustia comienza a desaparecer y empiezo a llorar, dejando salir toda la exasperación que estaba conteniendo.

—Sargento, fue él quien asesinó a Marco y a Martín, me lo ha confesado. Se lo juro. ¡Lo ha dicho! Dios mío, ¿qué podemos hacer...? Y lo peor de todo es que sabe que no hay pruebas contra él, que no podemos acusarlo. En dos años vendrá a por mí y me matará. Me ha amenazado con ello; ha sido muy claro. —Cada vez que lo pienso, me fallan las fuerzas. Estoy derrumbada psicológicamente, no puedo más.

—Tranquila —contesta el sargento seguro de sí mismo a la vez que esboza media sonrisa.

—¿Cómo que tranquila?

«¡Joder! ¡¿Cómo que tranquila?!».

—Deme el bolso.

—¿Mi bolso? —¿Y este para que quiere ahora mi bolso? No me está escuchando, ¿o qué?

Se lo tiendo y empieza a rebuscar dentro de él hasta que da con una... ¡Joder, una grabadora!

—Antes de que entrara en el locutorio le metí una grabadora en el bolso sin que se diera cuenta. —Empiezo a rebobinar y... ¡Claro!, fue cuando me cogió del brazo y chocó con el bolso—. Todo ha sido una estrategia para grabar la conversación y obtener su confesión sobre los asesinatos. Se armó de valor y quiso venir hasta aquí para hablar con él... esa ha sido la mejor elección. Cuando me puse en contacto con el juez decidimos llevar a cabo este plan porque sabíamos que sería la única posibilidad para que hablara.

—¿Y por qué no me dijo nada?

—Sara, no podía decirle nada. Podría haberlo estropeado todo sin querer. Estaba demasiado nerviosa...

Sin pensármelo dos veces me lanzo a sus brazos en señal de agradecimiento y le aprieto con las pocas fuerzas que me quedan.

—¿Y ahora qué pasará? —pregunto preocupada.

—Ahora no saldrá de aquí en mucho, mucho tiempo. Por lo menos veinte años. Así que, ya puede vivir tranquila.

—Sargento —elevo la voz, mientras lo miro con adoración—, gracias. Gracias por todo.

—De nada, es mi trabajo —contesta mientras me dedica una sonrisa triunfadora.

Madre mía, miro atrás y pienso por todo lo que he pasado... Y me invade un sentimiento de culpabilidad por sentirme tan feliz. Sí, feliz de estar viva; feliz de poder vivir tranquila, y feliz de que todo haya acabado de la mejor de las maneras. Ahora solo queda esperar, darme tiempo a mí misma para curar estas duras cicatrices que se han quedado grabadas en lo más profundo de mi alma. Tengo que pasar página y volver a la normalidad... a mi trabajo, a mis amigos, ¿Y Alex? No sé, para empezar me centraré en la aventura de dirigir la compañía; eso se me da bien y me ayudará a recobrar la calma.

*L*os días van pasando mientras sigo sumergida en mi trabajo como me propuse; así me siento mucho mejor, en mi ambiente.

Sin casi darme cuenta, llega el sábado. Mi hermano me ha mandado la invitación.

«¿Dónde la he puesto? Me parece que la dejé por aquí...».

La encuentro en el despacho, encima de la mesa.

Invitación de honor

El Ilustre Colegio de Abogados de Valencia, tiene el placer de invitarle a usted y a su acompañante a asistir al cóctel de entrega de premios honoríficos, que se celebrará en el restaurante Club Marina Beach.

Calle Marina Real Juan Carlos I s/n.

Día: 30 julio

Hora: 22:30

Agradecemos de antemano su asistencia.

He llamado a Margot, la necesito más que nunca. Todavía no sé qué voy a ponerme. Tanto tiempo sin salir a ningún evento, y habrá mucha gente. Mi hermano me aseguró que se trataba de algo informal, pero ¿cómo de informal?

—¡Marisa, llaman a la puerta! ¿Puedes abrir? —Estoy saliendo de la ducha, tengo el pelo mojado y estoy envuelta en una toalla.

—¡Enseguida! —Abre la puerta y se oye la voz de Margot a lo lejos. Es dulce y pausada, sí, de esas voces que nunca te cansas de escuchar; valdría para un programa de radio nocturno, de esos que, sin darte cuenta, te dejan completamente hipnotizada durante horas...

Marisa acompaña a Margot hasta mi habitación.

—¿Cómo estás, cariño? —Se acerca a mí y me da un fuerte abrazo. Sabe por todo lo que he pasado y su cara solo refleja preocupación.

—Mucho mejor, más tranquila. Estoy bien, de verdad, pero eso sí, hoy necesito que seas mi hada madrina y arregles a este pobre adefesio.

—¿Adefesio tú? Bueno, pues muchas querrían ser un adefesio como tú, no lo dudes. Aunque lo que sí que voy a hacer es ponerte una ampolla revitalizante en la cara mientras te peino, y así irá haciendo efecto, porque esa mirada tan triste, no me están gustando nada.

—¿Tanto se me nota?

—Tengo que decirte que sí, pero solo será un ratito, hasta que obre mi magia.

—Gracias Margot, no sé qué haría sin ti.

—Lo que tienes que hacer por mí es pasarlo muy bien esta noche, y a ver si ese novio que tienes se desmaya cuando te vea, porque te pienso dejar impresionante.

—Mejor dejemos el tema de mi novio, que eso está muy complicado. —No sabe que ya no estamos juntos, que ni siquiera he tenido noticias tuyas desde hace más de dos semanas.

—Vale, entonces no hablo de ese tema —conviene a la vez que coge mi mano con ternura—. Me has dicho qué era un cóctel, ¿no?

—Sí.

—Pues si es un cóctel y vas a Marina Beach... Desenfadado, sexy, pero con un toque elegante. ¿Vamos a mi lugar favorito de tu casa?

—Sí, vamos al vestidor, anda. —La acompaño hasta allí y empieza a examinar todos mis vestidos... Después de un rato descolgando perchas y volviendo a dejarlas en su sitio, elige un vestido blanco con pedrería dorada y blanca de Roberto Cavalli. Es bastante corto, pero como tiene el escote redondo, manga corta y hombreras que estilizan mucho, resulta muy elegante. Una obra de arte del diseñador. Luego va directa hacia la estantería de los zapatos y escoge unos Manolo Blahnic de color blanco, abiertos en la punta y con una piedra dorada en el centro. Ideales para combinarlos con ese vestido. Luego añade un bolso de mano dorado, de Loewe.

—Creo que este es el conjunto más apropiado para esta ocasión. Ahora voy a ocuparme de tu pelo. Te voy a dar mucho volumen y, con las tenacillas, voy a marcarte algunas ondas.

—Margot, soy toda tuya, ya te he dicho que hoy me iba a dejar llevar...

—Muy bien, así me gusta.

Poco a poco Margot va obrando su magia y, cuando termina de peinarme y maquillarme, estoy lista para probarme el vestido y los zapatos. Al acercarme al espejo del vestidor, me quedo impresionada. Esta mujer es una artista, no

cabe duda. Parezco otra persona, no la que hace un rato tenía los ojos caídos y tristes. Me gusta lo que estoy viendo en el reflejo del espejo. Ahora ya es el momento de irme. Me despido de Margot y Marisa y salgo por la puerta. Miro el reloj, son las diez y cuarto de la noche, parece que voy a llegar un poco tarde.

Hoy he decidido moverme en el Aston Martin, no quiero una limusina ni a ningún chófer que me dé la lata con su charla. No tengo ganas de aguantar a nadie, solo necesito motivación, así que pienso conducir este pedazo de joya que tanto me fascina. Sí... ¡Marina Beach, allá voy!

Echo un vistazo al reloj del salpicadero por el rabillo del ojo, y veo que son las once menos cuarto de la noche. Espero llegar antes de que le entreguen el premio a mi hermano, si no, va a matarme. Aparco el coche muy cerca del restaurante y voy caminando hasta la entrada. Es un lugar precioso, y lo han decorado con muchas flores. Una música tranquila flota en el aire. La señorita que recibe a los invitados lleva un esmoquin negro con pajarita y luce una sonrisa agradable en el rostro. A su lado hay un chico moreno también vestido de esmoquin, pero algo más serio.

—¡Buenas noches! Su invitación por favor.

—¡Buenas noches! Tenga. —Ella la estudia y rápidamente le hace un gesto a su compañero para que me acompañe a la sala.

—Ya puede pasar. Bienvenida, esperamos que pase una noche agradable.

—Gracias.

Cuando estoy dentro, me doy cuenta de que la ceremonia ya ha empezado. Hay un hombre vestido con un traje blanco, hablando con un micrófono en la mano y cinco hombres mucho más mayores sentados detrás de unos atriles en un pequeño escenario que han colocado en el fondo del restaurante; van vestidos con togas negras y parecen jueces. Todo el lugar está lleno de sillas forradas con una tela de color blanco, como si fuera un teatro, y todos los presentes se hallan sentados, escuchando. Sigo al chico de la entrada que me acompaña hasta la última fila, donde parece que hay un sitio libre.

«¡Por favor, qué no se lo hayan dado todavía!».

—El ilustre abogado don Miguel de María: premio honorífico a veinte años de carrera —dice el señor que está entregando los premios. Se levanta un hombre que debe rondar los cuarenta y algo a recoger su premio. Le dan un diploma con un marco dorado bastante grande. ¡Qué orgulloso debe sentirse uno al recibir algo así! Bueno, viendo la cara de ese hombre, me lo puedo

imaginar. Los jueces se levantan y le dan la mano mientras hacen miles de fotos.

Miro a mi alrededor para ver si veo a mi hermano, pero con tanta silla y tanta gente, no lo encuentro. Creo que ahora le toca a otro.

—El ilustre abogado don Éric Larson Durá: premio honorífico a los veinte años de carrera. —Ahí va mi hermanito... ¡Qué emoción! Me levanto de la silla y aplaudo como una loca hasta hacerme daño en las manos. Luego saco el móvil y me acerco por el lateral para hacerle unas fotos mientras le entregan el diploma. Él sonríe, más emocionado que yo.

«¡Bravo hermanito! ¡Qué contenta estoy por ti!».

Cuando acaban de darle la mano los jueces y le hacen las fotografías correspondientes, baja hasta el lugar donde estaba sentado. No puedo acercarme a él, puesto que está al otro lado de la sala y no hay sillas vacías a su alrededor. Así que me resigno y vuelvo a la mía. Cojo el teléfono y le mando por Whatsapp las fotos que le he hecho, por lo menos que sepa que estoy aquí y que no está solo. Constató que las recibe porque está mirando el móvil, enseguida gira la cabeza. Me levanto y le hago señas con la mano. Él sonríe y alza la mano también para saludarme.

Después de que se entreguen dos premios más, termina la ceremonia.

—Nuestro más sincero agradecimiento a todas las personas que han asistido hoy a esta entrega de premios honoríficos —comenta el presentador de la gala—. Ahora, por favor, pasen a la zona de las terrazas, donde tendrá lugar el cóctel.

Me levanto y me voy directa a buscar a mi hermano. Hay mucha gente, pero llego rápidamente hasta él.

—¡Éric! —Me lanzo a sus brazos y me levanta en volandas—. ¡Qué orgullosa estoy de ti!

—¿Lo has visto? —Está tan emocionado que parece un niño pequeño.

—Acabo de enviarte todas las fotos recogiendo el premio. ¿Cómo iba a no verte? —No le confieso que casi me lo pierdo, que he llegado por los pelos.

—Vamos afuera, que empieza el cóctel. —Enlaza nuestros brazos, y salimos a la terraza donde está la piscina. Todo está precioso..., las luces, la música. Los camareros ofrecen bandejas llenas de *delicatessen* a los asistentes. Como tengo hambre, voy picando de todas las que pasan por mi lado. Los buñuelos de bacalao están deliciosos, tengo que repetir... Acompañamos la comida con una copa de vino blanco.

Mi hermano va presentándose a sus compañeros de profesión; se lo ve encantado y feliz. Se nota que está en su salsa. De repente, sale disparado hacia la zona donde está el dj y veo que habla con él. Viene hacia mí y me coge de la mano. Empieza a sonar la canción *Vivir lo nuestro* de Marc Antoni.

—Sara, mi baile. ¡Salsa!

—Es verdad. A ver si me acuerdo.

—Tú déjate llevar...

Me coge de la mano, y empezamos a movernos... ¡Madre mía, como baila mi hermano! De escándalo. Me dejo llevar. Una vuelta, un paso adelante y un paso atrás... Parece que estemos flotando. Cuando me doy cuenta, nos ha rodeado ya todo el mundo. Han hecho un corro a nuestro alrededor, y observan nuestro baile con expectación, pero es que Éric es un profesional de la salsa y es muy fácil bailar cuando es él quien te lleva. Consigue que parezca que yo también soy una artista.

—¡Vamos Sara! Así me gusta. Viva ese contoneo. Y ahora vuelta triple y te levanto.

Me está avisando de que ya se acerca el plato fuerte del final. La gente empieza a aplaudir y allá vamos... Espero no caerme con estos tacones. Triple vuelta, me levanta dejando mi pierna entrelazada sobre la suya y luego me baja muy poco a poco. Y ya..., la última vuelta.

Todo el mundo aplaude, se oye algún silbido y algún ¡bravo! Me siento avergonzada, pero es mi hermano, así que... ¡qué más da!

—Sara, muy bien, ha sido impresionante. Eres una gran bailarina.

—Qué va, el buen bailarín eres tú. Haces que la salsa parezca fácil; eres un maestro. —Se ríe con mi comentario y enseguida le dicen algo al oído los compañeros que tiene al lado.

—Tienes como locos a mis compañeros de trabajo, todos quieren conocerte —me dice, acercándose a mí.

—Lo siento Éric, pero ahora no. —Mi hermano parece un poco sorprendido. Parece no entender nada—Te voy a dejar un rato con ellos, vengo enseguida.

—Oye, espera... Un momento, que tengo que decirte algo —me retiene cogiéndome del brazo.

—Ya me lo dirás cuando vuelva. Voy a dar una vuelta para ir al cuarto de baño.

—Es que... —No le dejo acabar. Cojo una copa de la bandeja de un camarero que pasa en ese momento por mi lado y desaparezco. Me estaba

agobiando un poco con tantas presentaciones.

Voy hacia la piscina, donde hay una barra redonda y la zona *chillout*. Me apoyo en ella mientras acabo la copa.

—¿Desea algo para beber? —me pregunta el camarero al ver mi copa vacía.

—Sí, por favor un vino blanco.

—Enseguida. —Coge una botella, una copa y la llena. Me deja cerca una bandeja con canapés, por si quiero coger alguno.

—¡Hola! —me dice alguien a mi espalda. Me giro y veo que es Ricardo.

—¡Uy, hola! ¿Qué haces tú por aquí? —Vaya hombre, a la última persona que esperaba ver aquí dentro.

—Soy abogado, estoy invitado. ¿Y tú? ¿A qué debemos el honor de tu presencia?

—He venido a acompañar a mi hermano, es Éric Larson. Le entregaban hoy un premio.

—Ah, sí... Lo conozco. En esta profesión casi todos nos conocemos. Por cierto, ¿ya no estás con Alex? Este tío es imbécil o se lo hace. Menuda preguntita.

—No creo que eso sea asunto tuyo —respondo secamente. ¿Qué quiere ahora este tipo?

—Vale, vale, no te enfades, que solo era una pregunta.

—¿Y cómo te va todo? —Solo lo digo por quedar bien y para desviar el tema, porque no me importa nada su vida.

—Muy bien, como ya sabrás, me han propuesto como candidato para la presidencia de la Generalitat valenciana; Alex ha renunciado a presentarse para el puesto.

«¿Qué? ¿Cómo? Que Alex ha hecho, ¿qué?».

—No, no lo sabía. —Me siento descompuesta. ¿Por qué habrá tomado esa decisión?

—¿No lo sabías? Eso quiere decir que ya no estás con él. —Se pasa la mano por el pelo y sonrío con cara de póquer—. Entonces, ahora que ya no estás con Alex, y que voy a ser presidente, me gustaría mucho pedirte una cita.

Empiezo a ponerme roja como un tomate y, desde luego, que no es por vergüenza, estoy realmente cabreada.

—Mira Ricardo, voy a ser clara contigo. No tendría una cita contigo ni aunque fueras el rey de España o el último hombre de la faz de la tierra. ¿Quién te has creído que soy yo?

—Una mujer que lo pone difícil, eso me gusta. Seguro que estarás encantada de salir con un hombre que va a ser presidente, ¿no?

—Ricardo, te estás pasando... Ya te he contestado. Es un no rotundo. Búscate a cualquier mujer de las que estés acostumbrado a tratar, seguro que alguna estará encantada de estar contigo. —Se acerca a mí y me coge de la cintura, inclina la cabeza e intenta besarme.

¡Y ahí va mi acto reflejo! ¡Zas! Le pego un guantazo en la cara y me quedo de lo más a gusto. Cojo el bolso, la copa y me alejo de ese maldito espacio. Cuando me giro para mirarlo, tiene cara de pasmado... Seguro, que eso sí que no se lo esperaba. ¡Anda y que te jodan, cabrón!

Me dirijo al cuarto de baño a toda prisa, atravesando el restaurante hasta la entrada y llamo el ascensor. En esta parte del restaurante la música es suave, la tienen solo para ambientar, de una forma tranquila y relajada. Mientras estoy ahí de pie, esperando, acariciándome las uñas con el dedo pulgar, están empezando a sonar las primeras notas de la canción: *Tanto* de Pablo Alborán. Por fin se abren las puertas del ascensor.

Tengo la cabeza gacha, pues estoy sumergida en mis pensamientos atormentados, por lo que solo veo unos zapatos y unos pantalones. Cuando voy subiendo la mirada poco a poco, veo una americana en un cuerpo masculino perfecto. Parece que todo transcurre como a cámara lenta, pero solo es un segundo o quizá menos. Al llegar a su cuello, me resulta familiar.

Por fin veo su cara. ¡Dios mío, es Alex! Los latidos de mi corazón se aceleran. Sus ojos se sumergen en los míos, mientras se escucha de fondo la letra de la canción.

Enséñame a rozarte lento, quiero aprender a quererte de nuevo.

Susurrarte al oído que puedo.

Si quieres te dejo un minuto, pensarte mis besos, mi cuerpo y mi fuego que yo espero si tardas, porque creo que te debo mucho.

Ahora, que me he quedado solo, veo que te debo tanto y lo siento tanto...

—¡Sara! —Parece que le arrancan mi nombre, pero a mí me suena como una música celestial, y hace reverberar todo mi cuerpo.

—¡Alex! —Lo digo de la misma manera que él. Con añoranza, con amor, con miles de sentimientos difíciles de explicar, a no ser que te sientas tan incondicional y profundamente enamorada como yo.

Justo cuando van a cerrarse las puertas, alguien pone la mano para impedirlo. Es una pareja joven.

—Disculpen, ¿van al piso de abajo?

Vaya, que inoportunos...

—Sí —contesta Alex. Yo me quedo a su lado, al fondo del ascensor y la pareja se queda delante. Aprietan el botón de la planta baja. Solo es un piso, por lo tanto, serán unos segundos. Alex me mira de una manera increíble. Sus ojos brillan, y sé que los míos también. Solo eso, nos miramos, pero saltan chispas. Nos envuelve esa bendita magia, tan difícil de encontrar en la vida. Se inclina hacia mí.

—¿Lo sientes? —me susurra al oído.

«¡Madre mía Alex, claro que lo siento!».

Muevo la cabeza para darle una respuesta afirmativa.

Las puertas del ascensor se abren y salimos detrás de la otra pareja. El chico se mete en el cuarto de baño de caballeros y la chica en el de señoras. Cuando veo que cierra la puerta de uno de los cubículos, y que no hay nadie más, cojo a Alex de la corbata, tiro de él para meternos en otro. Cierro la puerta con pestillo.

Me mira fijamente un instante y se abalanza sobre mí inmediatamente, con desesperación. Nuestros dientes chocan cuando me besa con violencia. Nuestras húmedas lenguas se encuentran por fin después de tanto tiempo. ¡Oh, sí! Es el mejor sabor del mundo; el que hace que me derrita dentro, el que me eriza la piel. ¡Dios, lo que este hombre me hace sentir! Me abraza mientras nos besamos con pasión, sin parar. Mis manos se hunden en su pelo, atrayéndolo cada vez más cerca de mi cuerpo y, cuando noto su erección pegada a mí, nos hemos convertido en sensaciones.

—¡Oh, Sara! —me susurra al oído. Noto su respiración agitada...

«¡Dios, estamos excitadísimos!».

Desliza la mano por debajo del vestido y me acaricia la pierna al tiempo que me la levanta para apoyarla sobre la suya. La pasión que se desata es como una oleada salvaje

—¡Alex, te quiero dentro de mí! —suplico—. ¡Vamos, amor mío, quiero sentirte! —Se está volviendo loco, su cara está totalmente deformada por la excitación del momento.

—¡Oh! —gime—. ¡Sara, no sabes cómo te deseo! —confiesa mientras me tira del tanga. Se desabrocha el cinturón y el botón de los pantalones, que se

deslizan junto con el bóxer hasta los zapatos. Luego se ayuda de su mano para hundirse dentro de mí.

—¡Oh! —gimo fuerte. ¡Dios mío, cómo anhelaba esto!

Él apoya la frente en el hueco de mi cuello a la vez que jadea entrecortadamente de placer en mi oído.

—¡Cielo santo, Sara!

Ninguno de los dos se controla, esto no va a durar mucho... Me embiste una y otra vez con fuerza hasta lo más profundo. Está como loco...

«¡Oh sí, sigue Alex! ¡No pares!».

—Córrete conmigo, amor mío —me susurra. Sus palabras son el detonante necesario para que alcance el placer absoluto, y estallamos juntos. Nuestros cuerpos empiezan a convulsionar con espasmos incontrolados.

«¡Madre mía ha sido un visto y no visto!».

Tanto tiempo sin sus besos, sin sus caricias, sin sentirlo así dentro de mí, tanto tiempo sin Alex...

Continuamos de pie; sigue dentro de mí, con la mano en mi nuca.

—Sara, tenemos que hablar —dice casi sin aliento, acariciándome el pelo.

—Sí, tenemos que hablar. —Tenemos muchas cosas que aclarar.

—Tengo una *suite* en el hotel Las Arenas, muy cerca de aquí, ¿nos vamos?

—Sí. —Levanto la vista, pensativa.

—¿Qué pasa? —pregunta al ver mi gesto.

—Que tengo el coche en el aparcamiento. —Tuerce un poco los labios, creo que eso no le ha gustado.

—Déjalo ahí, y nos vamos en la limusina. —Se separa de mí para subirse el bóxer y el pantalón.

—No puedo dejarlo ahí toda la noche, he venido en el Aston Martin.

—Bien, pues vamos los dos en él. ¿Has bebido?

—Sí, tres copas de vino.

—Entonces conduciré yo.

Se me escapan unas carcajadas.

—¿De qué te ríes?

—No creo que sepas conducir ese coche.

Gira un poco la cara y arquea las cejas.

—¿Cuestionas mi manera de conducir?

—No la cuestiono, conduces muy bien, pero si no estás habituado a conducir ese tipo de coches, no es fácil. Además, solo he tomado tres copas, nada más.

—No vamos a discutir ahora. Conduzco yo y no hay más que hablar.

—Muy bien, no hay problema —desisto—. Antes de irnos tengo que despedirme de mi hermano. Solo será un momento.

—Te acompaño.

—Espera un segundo. —Cojo un poco de papel y me limpio. Miro al suelo en busca del tanga y me agacho para recogerlo.

—¿Qué pasa? —pregunta mientras se abrocha el cinturón.

—Me has roto el tanga, voy a ir sin bragas.

Se ríe, y su cara risueña parece la de un niño pequeño que acaba de hacer una travesura.

—No importa, no hay diferencia entre llevar eso tan pequeño y nada. ¡Vamos! —Su expresión divertida desaparece y vuelve esa cara más seria, que tanto me incomoda.

Salimos por el restaurante hasta la terraza y, después de dar una vuelta, veo a mi hermano con un grupo de compañeros comentando algo y bebiendo. Nos acercamos hasta allí.

—Éric, me voy ya.

—¿Ya? ¿Tan pronto? Oye, tengo que decirte una cosa. —Enseguida se da cuenta de que tengo detrás a Alex.

—Dime.

—Bueno, ya nada. Solo era para avisarte de que Alex estaba por aquí —me dice en voz baja al oído. De repente un compañero de mi hermano que va más bebido de la cuenta empieza a levantar la voz.

—¡Vaya pedazo de hermana que tienes, cabrón! Preséntamela, ¿no? —Alex que está detrás de mí se pone delante al oír eso y le da la mano a mi hermano.

—Éric, nos vamos ya. ¡Ah! y felicidades por el premio que te han entregado hoy.

—Gracias —contesta sonriendo.

Pero el compañero de mi hermano vuelve a la carga...

—Oye Éric, preséntamela ya, ¿no?

Mi hermano pone cara de circunstancias, y es Alex quien le responde.

—No te la va a presentar —espeta muy enfadado—. ¡Déjalo!

—¡Ah!, ¿no? ¿Y por qué no? ¿Tú quién coño eres?

—Yo soy su novio, así que cállate de una puta vez. —El borracho agacha la cabeza avergonzado antes de darse media vuelta y alejarse unos metros.

—Bueno Éric, nos vamos. —Me acerco para darle un beso en la mejilla.

Alex se despide con un gesto de cabeza, y seguidamente salimos del

restaurante y andamos hasta el aparcamiento. Él me lleva cogida de la mano y tira de mí, casi arrastrándome.

—Hay cosas que nunca cambian —refunfuña, con gesto disgustado.

—¿Qué has dicho? ¿A qué te refieres? —¿Qué le pasa ahora?

—Pues eso, que hay cosas que no cambian, los hombres te desean.

Parece muy cabreado y, aunque lo intento, no entiendo por qué...

—Alex, deja eso ahora, no creo que sea importante.

Se gira bruscamente hacia mí.

—¿Qué no es importante? Recuerdo cuando te vi en el suelo, en el despacho de tu casa cubierta de sangre, pensé que habías muerto. —Se le llenan los ojos de lágrimas al recordarlo.

—Alex, yo no tengo la culpa. ¿Por qué estás tan enfadado conmigo?

¿Por qué me culpa a mí de eso? Me invade una tristeza profunda.

Se vuelve a girar con gesto desesperado y me pone las manos en el cabello, encerrando mi cara entre sus dedos.

—Te quiero, y no quiero que te pase nada, ¿no lo entiendes?

¿Ha dicho que me quiere y antes a ese borracho que yo era su novia? Aunque esté enojado conmigo y no entienda el motivo, ¿puede haber un atisbo de esperanza para nosotros?

—Yo también te quiero, Alex. —Él me tiene agarrada con fuerza y, dando un gran suspiro con los ojos lloroso, me besa con muchísima intensidad.

—Vámonos de aquí de una vez. Tenemos que hablar, y no quiero hacerlo aquí. ¿Dónde está tu coche?

—Ahí. —Lo señalo con la mano; apenas estamos a veinte metros.

Llegamos al coche y me tiende la mano con la palma hacia arriba, decidido.

—¿Las llaves?

—Claro, toma. —Abro el bolso y se las doy. Ahora me toca a mí reírme un poquito.

«Menudo listillo, si se piensa que conducir este coche, es igual que conducir el suyo, lo lleva claro...».

Abre el coche y se acomoda en el asiento. Intenta ponerlo en marcha, pero no lo consigue. Me reprimo para no reírme, aunque no lo consigo y se me escapa una risita maliciosa. Vuelve a intentarlo y nada. Empieza a ponerse nervioso.

—Alex, mejor conduzco yo, ¿vale? Estamos aquí al lado, no va a pasar nada.

—Muy bien —se rinde todo enfurruñado. Abre la puerta y se baja del coche para sentarse en el asiento del copiloto.

—Mira, es que estabas metiendo la llave del revés. —Se me vuelve a escapar otra risa maliciosa. Él intenta no reírse, pero no puede aguantarse y también se ríe—. Y ahora, vas a disfrutar de este coche. Ponte el cinturón, anda.

Cuando aprieto el acelerador, el motor ruge como el de un deportivo de Fórmula 1. A Alex le gusta, lo noto en su cara. Meto la marcha atrás y luego la primera. Después acelero y enseguida me incorporo a la carretera. La gente de la noche que pasea por la zona señala y mira este pedazo de coche, es espectacular.

—Lo que te faltaba, ir con este coche. Pero si lo va mirando todo el mundo...

Me vuelvo a reír.

—Cariño, el coche es impresionante, por eso lo miran. Ya sabes que solo lo cojo en ocasiones especiales.

No tardamos mucho en llegar, porque el hotel está prácticamente al lado del restaurante. Cuando ya estamos en la puerta, el aparcacoches viene a recibirnos.

—¡Buenas noches, señores! ¿Las llaves?

—Sí, aquí las tiene y, por favor, cuídelo. —Le doy una buena propina, tengo mucha estima a mi juguete y no quiero que lo rayen.

Entramos en el hotel —¡Y vaya hotel!—, en el que nunca había estado antes y miro a mi alrededor con agrado; me gusta. Él me lleva de la mano y va directo al ascensor. Subimos y vamos a la habitación. Enseguida saca la llave de plástico para abrir la puerta. Cuando entra, le sigo en silencio. Se deshace de la americana y la deja apoyada en uno de los sofás que hay en la sala de estar. Yo no digo nada; estoy esperando a que él dé el primer paso.

—¿Quieres una copa? Hay cava.

—Sí, por favor. —Se acerca a la mesa donde está la botella, coge las dos copas que han dejado al lado y las llena.

—Ven, sentémonos en el sofá. —Su gesto es serio, y yo estoy muy nerviosa. Tengo miedo de lo que va a decirme... Bueno, sinceramente estoy aterrada. No

quiero escuchar nada parecido a «No quiero estar contigo». Él lo es todo para mí.

Me siento a su lado, doy un gran sorbo a la copa de cava y la dejo sobre la mesita de cristal que está enfrente del sofá.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta preocupado.

—Estoy bien, ya recuperada. —Se acerca a mí y me estrecha entre sus brazos con fuerza.

—He tenido mucho miedo. Pensaba que iba a perderte...

—Estoy bien, ya ha pasado todo. No te preocupes. Estoy aquí.

—Siento mucho no haber contestado a tu llamada. Si lo hubiera hecho, se podría haber evitado todo lo que pasó, pero estaba muy enfadado contigo y no te cogí el teléfono. —Su mirada se queda clavada en algún punto del suelo.

—Mírame, Alex. —Deslizo la mano por su cara, levantándole la barbilla para que me mire—. Es cierto, podrías haberlo evitado ese día, quizás, pero ¿hubieras podido evitarlo cualquier otro? Nadie sospechaba de él, ni siquiera su propio compañero el sargento López. Ese tío está enfermo. Tenía una pared de su casa con fotos mías de todos estos años, besándome con mis novios, haciendo *topless* en la playa, riendo, llorando..., hasta durmiendo. Estaba obsesionado conmigo desde que éramos pequeños. Solo era una cuestión de tiempo que ocurriera en algún momento. Por favor, no te sientas culpable por ello. —Alex me escucha y me mira expectante, pero no dice nada—. No es culpa tuya. Quítate eso de la cabeza de una vez, por favor. Sé que estuviste conmigo día y noche en el hospital. No te separaste de mí y eso sí que importa, es lo que más importa.

—Te quiero, Sara.

—Yo también te quiero, Alex, más de lo que imaginas. Estas semanas sin ti han sido horribles, más que cualquier cosa que me haya pasado.

—No digas eso, es terrible todo lo que te ha ocurrido. —La tristeza enturbia su precioso rostro.

—Estar sin ti, aún lo es más... —Tuerce un poco los labios a modo de sonrisa y me mira fijamente...

—He estado dos semanas en Bruselas y he vuelto hoy, pero he hablado con tu madre todos los días para saber cómo te encontrabas. Ella me contó que fuiste a visitar a Jose a la cárcel y que, con ayuda del sargento, conseguiste una confesión de los dos asesinatos.

—Así es. Ahora se pudrirá en la cárcel para siempre.

—Cuando me llamó tu madre para contármelo... —se le llenan los ojos de lágrimas al recordarlo—, fue una de las mejores noticias que me habían dado en mi vida. Ahora sé que estás a salvo.

—Ya acabado todo —confirmo aliviada—. Tenemos que pasar página y continuar con nuestras vidas... yo ya lo estoy haciendo.

—Tienes razón. Lo haremos, te lo prometo.

Recordar todo me angustia tanto que no quiero seguir hablando más de ello. ¡Cambio de tema ya!

—Así que has estado hablando con mi madre, ¿no?

—Un poquito. —Sonríe—. Nos hemos hecho muy amigos. Me gusta, te quiere mucho.

—Sí, es buena persona, pero ¿por qué no me has llamado a mí? Eso no lo he acabado de entender. Te necesitaba más que cualquier cosa. Sabía que estabas en Bruselas y que no podías estar conmigo, pero una llamada... Escuchar tu voz...

—Pensaba que me odiabas por no haberte salvado de ese perturbado y tenía miedo de tu reacción, de tu rechazo. Quería darte espacio, tiempo, no sé... Estaba fuera y prefería hablarlo contigo en persona y sabía que estarías en este evento para la entrega de premios a tu hermano.

—Claro, siendo abogado también estabas invitado, no había caído.

—He venido con la única intención de verte. No me interesaba nada de lo demás... —A continuación, se queda callado y pensativo—. Te he visto bailando salsa con tu hermano. Bailas muy bien.

Cambia de tema, su especialidad.

—No, qué va. Él llevaba todo el peso del baile, yo solo lo seguía.

—Pues se me ha caído la baba viéndote bailar así. Bueno, a mí y a veinte hombres más, claro.

—Tampoco será para tanto...

—Y luego te he visto hablando con Ricardo...

¿Ha seguido todos mis movimientos? Pues ahora voy a explicarle yo cuatro cosas de ese imbécil.

—¿Y no has visto el guantazo que le he dado? ¿Y lo a gusto que me he quedado después de hacerlo?

—¿Qué te ha dicho?

—Qué has rechazado presentarte a la candidatura de presidente. ¿Por qué lo has hecho? Era tu sueño... —No me contesta, solo me mira—. No te quedes

callado, por favor, contéstame.

—Deja el tema, no quiero hablar de eso. —Niega con la cabeza.

—No quiero dejarlo. Tú mismo me dijiste que era a lo máximo que podías aspirar.

—No si puedo perderte.

No, por Dios, se sentirá frustrado durante toda su vida y yo seré la culpable.

—Alex, no vas a perderme nunca. Salvo que tú quieras.

—No estoy seguro de eso. Conozco tu opinión y sé que, si aceptara, como bien dijiste, mi vida personal se vería muy expuesta.

—Pero no importa lo que yo dijera. Importa lo que tú deseas de la vida. Lo que te haga feliz, lo que te llene. Has luchado mucho por conseguirlo.

—A mí me hace feliz estar contigo.

—Y también llegar a lo más alto en tu carrera profesional. Por favor, no renuncies a nada de eso por lo que te dije. Sentirás un vacío durante toda tu vida por no haberlo intentado. Lo sé, confía en lo que te digo. No quiero ser la culpable de eso.

—Pero no quiero perderte.

Y dale con perderme. Me quedo embobada mirando la expresión de su cara, dan ganas de comérselo a besos. Parece un niño pequeño poniendo esos morritos hacia fuera, como si no le dieran su juguete favorito.

—¿Por qué estás mirándome así? —pregunta

—Deja de poner esos morritos, o lo que vas a perder va a ser la ropa...

—¿Provoco ese efecto en ti? —Sonríe y vuelve hacerlo.

—¡Alex, para de hacer eso, por favor!

—Pues tú para de mirarme así, o voy a tener que hacerte el amor sin parar hasta mañana...

Existe una tensión sexual tan fuerte entre nosotros que no puedo parar de mirarlo con deseo, con amor, con esa explosión de sentimientos llamada magia, que nos lleva al uno hacia el otro como un imán.

—¡Ya está!, seguiremos hablando luego... Ven aquí. —Se inclina hacia mí y me levanta. Me sienta encima de él a horcajadas. No decimos nada... Me quedo atrapada por sus pupilas dilatadas por el deseo. Desliza las manos por mi pelo y me acerca a él para que lo bese. Nuestras bocas se funden, su lengua busca la mía y estalla un gemido placentero desde el fondo de su garganta, lo que hace que la pasión se desate entre los dos.

Me baja la cremallera del vestido y me lo desliza por los brazos y la

cabeza. Cuando me suelta el sujetador, me quedo completamente desnuda. Me mira, me contempla fascinado como si yo fuera la única mujer que ha visto en su vida—. Eres preciosa —dice, mientras me recorre el cuerpo con las manos muy despacio. Primero la espalda, los brazos, el cuello... Luego los pechos, los pezones...

Noto su erección debajo de mí; está muy excitado. Sus caricias no cesan, y se me eriza la piel al contacto con la suya. Me levanta y lo rodeo con las piernas mientras me lleva a la habitación. Me tumba sobre la cama y empieza a desnudarse sin dejar de contemplarme ensimismado en sus pensamientos...

Sus ojos no se apartan de mi cuerpo. Me desea, y yo lo deseo a él como jamás deseé a nadie en mi vida. Ahora se tumba a mi lado este dios griego que el destino ha querido poner en mi camino. Y le doy las gracias por ello, porque no podía aspirar a un hombre más maravilloso.

—Alex —digo su nombre a modo de súplica.

—Dime... —musita.

—¡Hazme el amor!

Su mirada es tierna, pero empieza a besarme con desesperación como si le fuera la vida en ello... Se pone encima de mí y juguetea entre mis piernas hasta que poco a poco va hundiéndose entre ellas, como si fuera a su lugar favorito. Me penetra despacio, hasta lo más profundo de mí, con pasión, con amor, con anhelo, con miles de sentimientos que no puede contener y asoman a sus ojos. ¡Oh, Dios cómo le brillan! —¡Oh! —suelto un gemido tras otro, mientras cierro los ojos embargada por un placer absoluto.

—¡Mírame! —me ordena, y los abro—. ¡Quiero que me mires mientras te hago el amor! —No dejo de mirarlo con deseo mientras sigue con su ritmo delicioso... ¡Oh, qué maravilla!

—¡Susúrrame al oído! —suplico, y él obedece acercándose a mi oreja. Percibo su respiración agitada mientras se hunde hasta el fondo.

—Sara, he añorado esto, estar dentro de ti —susurra en voz baja—. ¡Oh, Sara me vuelves completamente loco...!

—¡Oh! —No puedo dejar de gemir. Lo que me hace me lleva a un estado de excitación desenfrenada. Estoy empapada, y eso facilita sus embestidas. Es como si nuestros cuerpos fueran dos piezas de un puzzle y encajaran a la perfección.

«¡Oh, Dios cómo te deseo!».

Me levanta y me sienta encima de él, agarrándome los glúteos y

apretándolos con fuerza. Me tiene atrapada, me posee como a él le gusta, y yo me entrego a él. Ya no soy dueña de mi cuerpo, ahora lo es él, que me controla por completo... Mi pelvis y la suya se unen en un ritmo perfecto y placentero convirtiéndonos en uno.

—¡Alex, no voy a aguantar mucho más! —le aviso, y baja el ritmo de inmediato, haciéndolo más lento, más suave. Se mueve despacio y de pronto, con un fuerte envite, se clava profundamente en mí.

—Todavía no, te quiero justo así, en este punto. Así, amor mío, disfruta de esto conmigo, por favor. —Y como el gran maestro que es, me tiene justo ahí, al borde del orgasmo, sin dejarme traspasar esa línea, para que no se acabe este bendito frenesí—. Así amor mío, así... —Y continúa moviéndose con ese ritmo lento salpicado repentinamente por otra embestida fuerte. Y de nuevo hace lo mismo... Me mantiene en vilo durante un rato, sometida con esta tortura de placer absoluto. ¡Qué delicia!

—¡Oh! —Me está volviendo loca. Me hace disfrutar ejerciendo ese control sobre mí. Es capaz de llevarme al límite.

—¡Ahora sí! Esto va a ser brutal, déjate llevar... —Cuando se desvanecen sus palabras en el aire, aprisiona mi cabello con la mano y tira con fuerza para que eche la cabeza hacia atrás arqueándome un poco. Ahora empieza a moverse a un ritmo más rápido, más enérgico, mucho más fuerte, y hunde la cara entre mis pechos un instante antes de empezar a lamerme los pezones.

—¡Alex! —grito su nombre... No puedo aguantar más y estallo en un orgasmo grandioso.

—¡Oh! ¡Dios santo, Sara! —grita él mientras me sigue.

Y se desploma sobre mí.

¿Qué puedo decir después de que un hombre así me haga el amor de esta manera? Solo puedo quedarme tumbada en la cama mientras él me rodea con los brazos. Lo acaricio, consciente de que me ha quedado una cara de gilipollas, que no quepo en mí. Menos mal que no me está mirando en estos momentos. El tranquilo silencio que reina en la habitación solo es interrumpido por los latidos acelerados de mi corazón, que me retumban en la cabeza. Nos hemos quedado totalmente exhaustos.

—¿Qué piensas? —pregunta impaciente como si necesitara meterse dentro de mi cabeza...

—Alex.

—Dime...

—Te amo.

Mis sentimientos salen de mis labios, como un huracán de fuerza cinco, lleno de emociones, de puro amor.

Me estrecha entre sus brazos, pero no dice nada. De inmediato, me invade la tristeza; esperaba que me respondería con algo parecido, pero no lo hace y se me llenan los ojos de lágrimas hasta que nos quedamos profundamente dormidos...

Cuando abro los ojos poco a poco, entra una ligera luz a través de la cortina. Me doy cuenta de que no estoy en casa, sino en el hotel; sí, anoche dormí con Alex. Desvío la mirada y está a mi lado, mirándome...

—Hola —le digo con voz somnolienta—. ¿Qué estás mirando?

—A ti, eres tan hermosa... que podría pasarme horas mirándote mientras duermes.

—Seguro que tienes cosas mejores que hacer.

—Se me ocurren unas cuantas, pero todas contigo. —Parece haberse despertado juguetón esta mañana. —Oye, estaba pensando...

—¿Qué pensabas?

—Hoy tengo una comida familiar con mis padres en Cullera y me gustaría que vinieras —me propone.

—Claro, me gustaría conocerlos.

—Te gustarán, estoy seguro.

—¿Es en su casa?

—Sí, estaremos los cuatro. Algo íntimo. Mi madre es una excelente cocinera.

—Pues eso lo has heredado de ella. Tú también cocinas muy bien. —Aún recuerdo los *linguini* con langosta que me preparó... Me parecieron espectaculares.

—Gracias. Oye, ¿te apetece desayunar?

—Ahora no tengo hambre, prefiero darme una ducha.

—Pues yo sí tengo hambre, quiero comerte entera.

Arqueo las cejas sorprendida, no esperaba esa contestación.

—¿Tienes hambre? ¡Pues cómeme! —Aparto la sabana de encima y le ofrezco mi cuerpo desnudo.

—Voy a taparte los ojos y a atarte, ¿vale?

«Oh, qué cara de salido acaba de poner...».

—Vale. —Abre el cajón de la mesita y coge cuatro cuerdas y un pañuelo. Parece que siempre está preparado para hacer esto. Es un perverso, pero a mí me encanta que sea así. Me engañaría a mí misma si me dijera lo contrario. Me ata las muñecas y los tobillos a la cama y me pone el pañuelo en los ojos para que no pueda ver nada. Mi cuerpo desnudo queda totalmente expuesto a él, con las piernas y los brazos totalmente separados.

—Sara, que hermosa eres... —murmura en tono provocativo. Luego empieza a acariciar mi cuerpo con los dedos; primero el cuello, los brazos, a continuación los pechos, las piernas...

—¡Oh! —Emito un gemido que es puro reflejo de la excitación que me provoca. Se sienta encima de mí y me besa el cuello mientras me aprieta los pechos. Luego baja a los pezones y me los lame sin descanso, primero uno y luego el otro. Los rodea con la lengua y luego los muerde... ¡Uf, qué calor! Mi pelvis se arquea de forma inconsciente, pues deseo que me posea este dios. Me recorre la cintura, el ombligo, prodigando besos húmedos por toda mi piel hasta que por fin llega al monte de Venus, y toma el control su prodigiosa lengua. Yo me retuerzo sin parar. ¡Oh, ningún otro hombre podría darme tanto placer! Sigue lamiendo mi clítoris sin parar, hasta que introduce su dedo en mi interior.

—¡Dios, estás empapada! ¡No imaginas cómo me excita que estés así! —confiesa, mientras sigue moviendo el dedo sin descanso dentro de mí, de un lado al otro, tocando las paredes de mi vagina a un ritmo realmente frenético—. ¡Vamos, amor mío! ¡Estás apunto! ¡Córrete! —Y continúa lamiendo y succionando mi clítoris sin descanso, hasta que cabalga un orgasmo grandioso... —Así me gusta —dice mientras me desata los tobillos y las muñecas.

Me coge en brazos, pero no me quita el pañuelo de los ojos. Ya sé lo que viene cuando me pone de rodillas delante de la cama, apoyada en el diván. Me separa las piernas con violencia y con ayuda de la mano, impulsa su erección dentro de mí con fuerza.

—¡Oh, Sara! —Con esa primera embestida suelta un gemido salvaje mientras él arquea el cuerpo amoldándolo al mío y me tira del pelo, para que

eche la cabeza hacia atrás. Ahora escucho sus gemidos en el oído, y sé que está volviéndose loco. Mientras me sujeta del pelo, me aprieta el pecho con la otra mano y tira de un pezón; siento el pellizco como si fuera una corriente eléctrica. Y sigue embistiéndome...

«¡Madre mía...! Parece que no puede detenerse».

—Susúrrame al oído —le suplico. Me suelta el cabello y me pega a él totalmente. Tengo la espalda completamente recta cuando me pone la mano en la garganta y empieza a apretármela con fuerza. Con la otra mano, me amasa los pechos con lujuria.

Tiene los labios pegados a mi oreja mientras sigue penetrándome salvajemente una y otra vez.

—¡Oh, Sara, cómo te deseo! Tú, eres mía... Solo para mí. —Empieza a gemir muy fuerte, está casi gritando y yo con él hasta que nuestros cuerpos empiezan a convulsionar a la vez, sin parar...

«¡Dios, ha sido increíble!».

Cuando acabamos, no se retira de mi interior. Estoy extenuada, mareada por la falta de oxígeno. Me he quedado sin fuerzas, pero él sigue aferrándose a mí y con sus labios aún en mi oreja.

—Cuando te corres —susurra—, me das pequeños mordisquitos con la vagina. No imaginas el grado de excitación que eso me provoca...

«Y tú a mí con todo lo que me haces, amor mío —pienso—. Con tu posesión, con tu perversión, con todo tú, Alex».

Enseguida se inclina y me quita el pañuelo de los ojos. Me giro y le sonrío. Se retira de mí y me coge en brazos con esa fuerza que le caracteriza para llevarme a la cama. Estoy agotada; con este hombre no me hace falta practicar ningún deporte, ¿para qué si ya me mantiene en forma?

—Ayer al final no me contaste por qué le diste un guantazo a Ricardo... ¿Qué pasó?

—¿Quieres hablar ahora de eso? —«Yo prefiero hablar de otra cosa, ¿de sexo, por ejemplo? Ese sería un buen tema de conversación».

—Sí, quiero hablar de ello —contesta con inquietud.

—Me preguntó si tú y yo seguíamos juntos. Le respondí que no era asunto suyo y pensó que lo habíamos dejado. Así que me pidió una cita.

—¿Qué te pidió una cita? —Se queda sorprendido, creo que eso no se lo esperaba.

«Sí, mira cómo es ese amigo tuyo. Menudo cerdo».

—Sí, me pidió una cita. Pensó que como ahora iba a ser presidente, yo le diría que sí.

—¿Y tú que le contestaste?

—¿Estás de broma? Le contesté que no tendría una cita con él, aunque fuera el último hombre de la faz de la tierra. Nunca. Jamás.

—¿Y él que te dijo? —Aprieta los labios con gesto de furia. Está muy cabreado.

—Que cuanto más difícil se lo ponía, más le gustaba. Se acercó a mí para besarme y le di un guantazo. Luego cogí mi copa y me largué de allí. Después, me encontré con un hombre impresionante en el ascensor y me lo tiré en el baño. El resto es historia... —Alex empieza a reírse sin parar, creo que lo último le ha hecho gracia. Pero yo solo quiero quitarle importancia al asunto, no quiero que se ponga celoso de Ricardo sin motivos. Aunque lo que sí me importa es que sepa de una vez por todas qué tipo de amigo tiene. Amigo, por llamarlo de alguna manera, porque si lo fuera, no haría algo así.

Alex me mira, parece estar cavilando sobre alguna cuestión.

—¿Qué piensas, Alex?

—Nada. —Está mintiendo.

—Dímelo, por favor. —Me acerco a él, y hundo la mano en su pelo suave, acariciándoselo. Lo miro antes de darle un tierno beso en los labios. Alex me lo devuelve y, por primera vez siento su miedo—. Necesito que me digas qué pasa —insisto, preocupada.

—Todos quieren lo que es mío —responde finalmente—. Tengo miedo.

—Miedo, ¿a qué?

—A perderte. A que se cruce alguien en tu vida y... —No acaba la frase, creo que le aterra el mero hecho de pronunciar las palabras.

—Alex, nunca había sentido por nadie lo que siento por ti. Nunca. Yo también tengo miedo de perderte todos los días. De que te canses de mí, de que se cruce otra persona en tu vida y te enamores de ella. De que alguien te de algo que yo no pueda darte. Si hay miedo, es porque hay sentimientos, y si hay sentimientos, hay amor. —Me escucha en silencio.

—¿Qué hacemos entonces? ¿Te apetece desayunar? —cambia de tema. Y me mosquea que lo haga. ¿A qué ha venido eso?

—Pide algo si quieres, yo no tengo mucha hambre —le respondo. Estábamos hablando de algo profundo y desvía la conversación de esta manera. No me ha gustado nada que haya hecho eso.

—Has adelgazado mucho, tienes que comer.

—Sí, he perdido algunos kilos. Con todo lo que ha pasado, se me ha cerrado un poco el estómago, pero pide algo que picaré un poco.

Y así lo hace, llama al servicio de habitaciones y nos suben el desayuno. Me tomo un café con leche y una tostada, mientras que Alex se da el gran festín. Normal después de la noche que hemos pasado, parece capaz de comerse un buey entero.

—Estoy pensando que me voy a mi casa a ducharme. Una vez más, aquí no tengo ropa para cambiarme.

—Entonces, yo también me ducharé en la mía. Vámonos.

Nos vestimos y nos marchamos a casa. Cuando ya estamos arreglados, nos vamos a casa de sus padres, en Cullera, con su coche. Me he puesto una falda tubo color beis y una camisa blanca con zapatos de corte salón, clásica, pero a la moda, y él unos vaqueros, una camisa blanca y una americana. Tan guapo y elegante como siempre.

—Estás muy callada, ¿te pasa algo? —me pregunta durante el camino. Y tiene razón, pero solo es por los dos detalles de esta noche a los que no paro de darle vueltas. Le digo que lo amo, y no me contesta. En el desayuno le abro mi corazón para que sepa todo lo que siento por él, y cambia de tema. Pasa algo y no sé lo que es. No siente lo mismo por mí que yo por él, empiezo a tenerlo claro. Sin duda, mis sentimientos son mucho más profundos que los suyos, y eso me aterra.

—No, no me pasa nada. —«¡Mentirosa!», me recrimino mentalmente. Le estoy mintiendo, y odio hacerlo, pero volver a sacar el tema, no me apetece... Los momentos son los momentos y si dejas que pasen de largo... ¡Adiós! Ya no se puede volver atrás.

—Estamos llegando, es esa casa de ahí —comenta, señalando una vivienda con el dedo mientras nos aproximamos.

Viven cerca del faro en un chalé muy bonito con una entrada preciosa. Cuando llegamos a la verja, la abre con un mando a distancia que saca de la guantera y mete el coche dentro. Al escucharnos, sus padres salen a recibirnos.

—Alex, cariño. ¿Cómo estás? —dice su madre mientras lo abraza. Es una mujer de unos sesenta y cinco años más o menos, muy elegante, con el pelo corto, teñido de un color castaño claro, casi rubio.

—¡Hola, mamá! —La abraza con cariño.

—Hijo, ¿qué tal el viaje? —pregunta su padre. Un señor muy atractivo, de la misma edad que ella, al que Alex se parece mucho.

—Muy bien, papá. Os presento a Sara. —Enseguida me miran.

—¡Hola, Sara! Yo soy Elisa, encantada de conocerte por fin. —Se acerca y me da dos besos.

—Encantada, Elisa.

—¡Hola! Yo soy Francisco, pero puedes llamarme Fran. Encantado de conocerte. —También me da los dos besos de rigor—. ¡Pero qué guapa eres! Es mucho más guapa de lo que nos habías dicho —comenta sonriendo, mientras mira a Alex.

—¡Papá! —le regaña por el comentario, que está claro que es una broma.

—Encantada también de conocerlo. —Su padre parece un hombre divertido.

—Venga, hijos, vamos a entrar, que la mesa está casi lista.

Su madre nos acompaña hasta el comedor. Es una casa preciosa, de estilo colonial, que resulta muy acogedora. La mesa está puesta con un gusto excelente. Hay un centro de flores con rosas blancas que huelen de maravilla.

—¿Un poco de vino? —me pregunta su padre.

—Sí, por favor. —Me llena la copa de vino blanco mientras su madre empieza a servir platos con una pinta exquisita. La pena es que tengo el estómago cerrado y no creo que pueda comer demasiado.

—Bueno, Sara, ¿y tú a qué te dedicas?

Su madre empieza a abrazarme a preguntas cuando estamos sentados. Lo normal.

—Tengo una compañía, Tessa Corporación.

—¡Ah!, ¿sí? —Se hace la sorprendida, pero seguro que Alex se lo tiene que haber contado—. ¿Y qué hacéis allí, exactamente?

—Nos dedicamos a comprar grandes empresas con problemas financieros, luego las dividimos en partes más pequeñas y las vendemos.

—¿Y tú eres la dueña?

—Sí, soy la presidenta.

—¿Y te ganas bien la vida con ese trabajo?

Sonríó porque me hace gracia la pregunta.

—Mamá... —Alex regaña a su madre por la indiscreción y por el tercer grado al que me está sometiendo, pero a mí no me importa. Es normal que ella quiera saber con qué tipo de mujer está su hijo.

—No, Alex, no pasa nada, contesto encantada. Creé esa compañía desde la nada y ahora es una de las mejores y más productivas de la comunidad valenciana.

—Vaya, entonces estarás muy contenta por tu éxito.

—Pues he estudiado y trabajado mucho para conseguirlo, así que sí, estoy bastante contenta.

—¿Y qué carrera estudiaste?

—Administración y dirección de empresas.

—¿Sí? Yo estudié lo mismo, aunque nunca he trabajado. Mira, ya tenemos algo en común —se gira para mirar a su hijo y continúa—: Alex, es una chica muy guapa y muy lista.

—Mamá, por favor —la vuelve a regañar, rojo como un tomate.

—Bueno, hijo, ¿y tú que me cuentas? ¿Cómo va lo de la promoción para el cargo de presidente? —Alex me mira de reojo, y, por la expresión de su cara, me parece que no le apetece mucho hablar del tema.

—Lo más seguro es que yo no sea el candidato por el que apuesten.

—Ah, ¿no? ¿Y quién es mejor que tú? Estás capacitado más que de sobra para ese puesto.

—Bueno, también está Ricardo. Creo que él tiene más posibilidades de salir elegido.

—Pues a mí ese Ricardo no me gusta nada. —Mira por donde, ya me está cayendo bien su madre.

—Opino lo mismo que usted, Elisa. Su hijo tiene un carisma que Ricardo jamás poseerá.

—¿Tú lo conoces? —«Ay, Elisa, si tú supieras...».

—Sí, lo conozco, por eso puedo opinar.

Mantenemos una conversación muy distendida durante toda la comida y, poco a poco, se va haciendo más divertida. Su madre y yo coincidimos en más cosas a medida que nos vamos conociendo, y luego, con los comentarios de su padre nos morimos de la risa. Cuando miro el reloj, ya son cerca de las siete de la tarde. Se me ha pasado la comida volando, sin darme cuenta. Cuando pasa eso, es porque te encuentras muy a gusto, en el sitio y con la compañía. Sí, lo hemos pasado muy bien los cuatro juntos.

—Mamá, nos tenemos que marchar ya.

—Claro hijo, como queráis. Pero no tardes tanto tiempo en visitarnos, ¿vale?

—Mamá, es por el trabajo, ya lo sabes, pero te prometo que intentaré venir más a menudo.

—Lo he pasado muy bien, Elisa. Gracias por la comida, y encantada de haberla conocido. —Me dirijo a su madre sonriente.

—De nada cariño. Esta es tu casa, y podéis venir cuando queráis.

—Papá, nos vamos.

—Sí, hijo, cuídate mucho, y déjate ver más. ¡Ah!, y Sara, un placer haberte conocido. —Su padre le guiña el ojo a Alex, creo que en señal de aprobación a la vez que esboza una pícaro sonrisa.

—El placer ha sido mío, Fran. Muchas gracias por todo.

Nos despedimos de ellos con un abrazo y dos besos, después nos subimos al coche y nos dirigimos a casa...

—¿Qué te han parecido? —Alex parece ansioso por saber mi respuesta.

—Me gustan, lo he pasado muy bien. Me he sentido como en casa.

—Siento mucho el interrogatorio, pero soy hijo único y mi madre, bueno..., er..., ella es así. Siempre impaciente por saber...

—Sí, lo he notado, pero no te preocupes, es normal. Tú tienes un cargo público y a mí no me conocen. Solo se preocupan por ti. Tu padre es la leche, me he reído mucho con él.

—Es entrañable y muy divertido. Siempre está con sus bromas.

—Es muy simpático.

—¿Tú estás bien? Te noto rara desde esta mañana. —Es listo y yo, demasiado transparente, por desgracia.

—Sí, estoy bien. —Vuelvo a mentirle.

—¿Vas a cenar conmigo esta noche en mi casa?

—Claro, si tú quieres. Aunque no tengo mucha hambre, así que tomaremos cualquier cosa.

Me siento triste, no estoy eufórica con Alex, y es por esas dos cosas que han pasado y a las que no paro de darles vueltas a mi cabeza. Pero no se lo puedo decir. Ese sentimiento tan fuerte que siento por él, y que parece que no es correspondido con la misma intensidad, está haciendo que me ponga una coraza. Sistema automático de protección contra el dolor de corazón. Literalmente, ese es su nombre.

Ya estamos llegando a casa... Mete el coche en el garaje y subimos en el ascensor hasta el ático. Recorremos el pasillo mientras busca las llaves y abre la puerta rápidamente. Lo primero que hace es ir a la cocina, donde mete una botella de cava en una cubitera y coge dos copas. Las llena enseguida y me ofrece una.

Me siento en el sofá del comedor, pero él sale a la terraza. Enciende las luces y pone algo de música. Se escucha de fondo la canción *When I look at you* de Miley Cyrus.

—¡Sara, ven aquí fuera! —levanta un poco la voz para que lo escuche. Cojo la copa, me pongo de pie y voy hacia allí.

Cuando salgo a la terraza...

—¡Dios mío! —Es... es increíble. Está todo lleno de rosas blancas por todas partes. Por las paredes, por el suelo, por la mesa... Solo ha dejado un pequeño pasillo estrecho, para que llegue hasta donde está él. ¡Qué bonito está todo! Es como un sueño...

—Ven, amor mío. —Yo voy acercándome a él mientras se me llenan los ojos de lágrimas por la emoción. El aroma a rosas que se respira es tan intenso que siento que estoy en el cielo. Él está mirándome de una manera tan especial, le brillan mucho los ojos y su sonrisa es... ¡Oh, qué sonrisa se dibuja en su cara! Está radiante.

—¿Te gusta? —me pregunta un poco nervioso, mientras se pasa la mano por el pelo.

—Alex, esto es... ¡Madre mía!, no tengo palabras.

—Me dijiste que las rosas blancas eran tus flores favoritas.

—Sí, pero esto es... Nunca había visto algo tan hermoso.

—Yo tampoco —contesta, pero él está mirándome fijamente, como si yo fuera lo más bonito que ha visto en su vida.

Empiezo a llorar de felicidad. Me coge la mano y se la lleva al pecho, justo encima del corazón, que siento que palpita a un ritmo demasiado agitado. Está muy nervioso.

—Sara, hace muy poco tiempo que nos conocemos, pero ha sido todo muy intenso. Has llenado por completo mi vida de amor verdadero... Me he dado cuenta de que ya no puedo continuar con mi existencia si tú no estás a mi lado. Y, por supuesto, aunque anoche no te contestara, yo también te amo con todo mi corazón.

«¡Oh, madre mía, que bonito lo que acaba de decirme! ¿Entonces sí me ama

cómo yo le amo a él?».

¡Dios!, pero ¿qué está haciendo ahora? Está... está apoyando la rodilla en el suelo. Y mete la mano en el bolsillo de la americana para sacar una caja negra. La abre y es... ¡Es un anillo! Un diamante enorme, engarzado en oro blanco.

—Sara Larson, prometo cuidarte, amarte y serte fiel durante el resto de mi vida. ¿Me concederías el extraordinario honor de casarte conmigo?

Me quedo paralizada, en *shock*. Pero la emoción es muy intensa.

—¡Sí! ¡Claro que sí! —¿Cómo iba a responder otra cosa? Sonríe a la vez que lanza un suspiro de alivio.

Entonces retira el anillo con delicadeza de la caja y me lo desliza suavemente en el dedo. Se pone de pie y me levanta del suelo.

—Te amo —repite mientras empieza a dar vueltas conmigo en brazos.

¿Se puede morir de felicidad? ¿Realmente voy a casarme con este hombre extraordinario?

«Alex, te quiero con todo mi corazón. Jamás he amado a nadie como te amo a ti. Jamás...».

Epílogo

Tres meses después...

—Cariño deja que te coloque bien el velo, no quiero que tropieces —dice mi madre en un tono dulce con una extraña expresión en la cara. La luce desde que me ha visto vestida de novia en mi casa. En serio, ¿no puede cambiarla? Me hace gracia ese pensamiento, pero es que su sonrisa de oreja a oreja se le ha quedado ahí, grabada en el rostro como si no pudiera gesticular—. Ya está, perfecto.

—Hermanita, ¿estás preparada? —pregunta Éric mientras me ofrece su brazo para acompañarme al altar.

—Sí, preparada —respondo a la vez que respiro hondo, cerrando los ojos un segundo. Aunque me tiembla todo el cuerpo, son nervios de los buenos, de los que me gustan.

—Aún estás a tiempo de salir corriendo —suelta una carcajada.

—¡Qué gracioso!

Él y sus chistes. Bueno, tengo que reconocer que en estos momentos me vienen muy bien, y sin querer se me escapan unas risitas.

Se empieza a escuchar la canción *From this moment* de Shania Twain.

—Sara, ha llegado el momento, vamos allá.

Y ahí estoy, rígida como un palo, sin poder moverme hasta que Éric tira un poco de mí y empiezo a caminar a su lado. Voy mirando al suelo y solo levanto la cabeza cuando he dado tres pasos. Observo ilusionada todo lo que me rodea. ¡Qué bonita es esta masía! Está llena de flores, de árboles, y hay unas antorchas encendidas que iluminan nuestros pasos mientras recorremos una interminable alfombra roja hasta el altar.

Ya casi hemos terminado el primer tramo, solo quedan unos metros.

Mi hermano me mira y hace un pequeño gesto arqueando las cejas, advirtiéndome que ya vamos a girar. Los latidos de mi corazón se disparan,

respiro hondo de nuevo y... ahí están los invitados, de pie, delante de unas sillas blancas. Todos sonrían mirándome, con ganas de verme pasar con el espectacular vestido de sirena de Atelier Pronovias. Hay mucha gente, pero no me distraigo mirando a nadie; solo veo por el rabillo del ojo a Raquel y su novio, junto a Pedro. Unos metros más adelante está mi madre también de pie, al lado de un sillón rojo, ¿aún sigue con la misma expresión? ¡No puede ser! Verla así me hace sonreír. Y cuando centro la mirada en el altar... ahí está Alex. Creo que se me acaba de parar el corazón. Son las dichosas mariposas que revolotean por todo mi cuerpo, como si provocaran una descarga eléctrica dentro de mí.

«¡Dios mío! Qué guapo está con su chaqué azul marino...».

Conforme voy acercándome a él, lo miro orgullosa al recordar esa valentía que demostró para conseguir lo que pensaba que era su sueño: la presidencia. Y aunque un candidato inesperado, el consejero de justicia, Alfonso Quindel, les desbancó por mayoría absoluta a Ricardo y a él, nunca lo había visto tan feliz de haber perdido... y, la única razón de esa felicidad era yo y solo yo. Para tener la libertad de estar siempre conmigo.

Sigo sin apartar la mirada... y veo que desliza los dedos por debajo de los ojos con disimulo, para eliminar las lágrimas que se le han escapado al no poder contener la emoción al verme. ¡Oh, y de qué manera me está mirando! Como si pensara que soy la mujer más hermosa del mundo...

Cuando por fin llegamos junto a Alex, en el altar, mi hermano le saluda con un fuerte apretón de manos y me entrega a él, poniendo mis dedos sobre los suyos.

«¿En serio voy a casarme con el hombre más maravilloso del mundo?», es lo único que puedo pensar mientras lo miro.

Y cuando estoy inmersa en un estado de absoluta felicidad, de profunda emoción, empiezo a escuchar el sonido de las primeras palabras que pronuncia el alcalde.

—Estamos aquí reunidos para celebrar la unión de Alejandro Casas y Sara Larson...

Agradecimientos

A Jesús Brisa debo expresar mi agradecimiento por su paciencia y apoyo incondicional. Por ser la primera persona en leer ese borrador, por terminarlo y dejarme ver cuánto le sorprendió y lo que le hizo sentir.

A la abogada Ana Ruíz por ser la segunda persona en leer ese borrador. Y aunque faltaban todavía muchos matices por pulir, solo me decías que no podías parar de leerlo y que te había enganchado la historia por completo. Gracias también por asesorarme en ese mundo tuyo tan complejo como es el derecho penal.

A Verónica García, una devora libros, por sus críticas constructivas; me hiciste darle el último empujón a esta novela.

Y, por último, al grupo editorial, en especial a María José Losada, agradezco todo el esfuerzo y trabajo realizado, por guiarme y enseñarme... Gracias de corazón por dejarme cumplir este sueño.

© 2019, Yolanda Montiel

Primera edición en este formato: mayo de 2019

© de esta edición: 2019, Roca Editorial de Libros, S. L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

actualidad@rocaeditorial.com

ISBN: 978-84-17705-20-6

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.